

YOLANDA QUIRALTE

 **EL**
CHOCOLATE
NO HACE
PREGUNTAS



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cumbres borrascosas

La historia interminable

La insoportable levedad del ser

La hoguera de las vanidades

El código Da Vinci

La divina comedia

Veinte poemas de amor y una canción desesperada

Los miserables

El mito de la caverna

La Odisea

Mauro, yo soy tu madre

El principito

Lo que el viento se llevó

Los puentes de Madison County

La isla del tesoro

La vuelta al mundo en ochenta días

En busca del tiempo perdido

La Celestina

Orgullo y prejuicio

Grandes esperanzas

Rimas y leyendas

Drácula

El amor en los tiempos del cólera

Los buscadores de conchas

La casa de los espíritus

Como agua para chocolate

La conjura de los necios

Epílogo 1

Epílogo 2

Referencias a las canciones

Nota de la autora

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Bruno García acaba de invertir todos sus ahorros en La Bookería, una librería con tintes neoyorquinos situada en una pequeña ciudad española.

Decidida a dar un cambio a su vida, Sara Bueno entra una mañana en el local para participar en las citas a ciegas programadas para San Valentín.

Tras el primer encontronazo, marcado por una tensión sexual resuelta a medias, ambos traman nuevas formas de volver a verse. Bruno, porque se ha enamorado, y Sara, porque cree posible que Bruno sea el hijo del hombre al que vio morir tras un atropello y a quien lleva buscando dos largos años.

Un tesoro inexistente que Bruno se inventa para pasar tiempo con ella, mucha química, ausencia de lógica y un amor poco convencional los llevarán a vivir situaciones surrealistas hasta que encuentren, por fin, el deseado botín.

EL CHOCOLATE NO HACE PREGUNTAS

Yolanda Quiralte

Esencia/Planeta

Para Javi Sos y Xaro Haro.

Javi, jamás olvidaré cómo me ayudaste,

fregona en mano, aquel día en el que pensaba

que se me acababa el aire para respirar. GRACIAS.

Y para ti, Xaro, gracias por ser amiga,

compañera y hermana SIEMPRE.

Os quiero

Cumbres borrascosas

Emily Brontë

A Sara se le daba bien encontrarse con idiotas. Hacía muchos años que había dejado de creer que era por pura casualidad, así que, resignada, una vez más se colocó la paciencia en el lugar de siempre, la punta de la lengua, y respondió:

—Demasiada cabeza para tan poco cerebro.

Fin de la cita a ciegas.

Las anteriores no habían terminado de una forma mucho más ortodoxa. Por alguna razón, desconocida hasta la fecha, tenía cierta tendencia a utilizar el cerebro y sus elementos en los alegatos finales: «Tus neuronas no saben realizar sinapsis, te caíste de pequeño y se te aplastó el cerebro contra el frontal, sufriste falta de oxígeno al nacer...», y alguna que otra retahíla que la hacía salir con dignidad de los miles de citas que sus amigos le proporcionaban sin descanso, así que, por una vez en su vida, decidió independizarse de ellos y buscarse la próxima ella solita.

Para ello sólo necesitaba dos cosas:

1. Valor.
2. Una buena excusa.

Hallar lo primero iba a ser complicado, pero lo segundo acababa de proporcionárselo el escaparate de una librería junto al que se había parado para comprobar si llevaba bien pintados los labios, que una cosa era haber huido de una cita espantosa y la otra ir hecha un adefesio.

ATRÉVETE A PARTICIPAR EN NUESTRAS CITAS A CIEGAS

EL PRÓXIMO VIERNES, DÍA DE SAN VALENTÍN

Quizá era por la falta de sexo desde hacía casi una década, bueno, vale, un año o... dos sólo, pero es que había cosas que se echaban tanto de menos que le daba la impresión de que vivía sin ellas desde el instituto; la cuestión fue que se sintió tentada de participar.

Un año y siete meses. Desde que Roberto le rompió el corazón. ¿Quién iba a decirle que su novio de siempre, aquél con el que estaba destinada a casarse y procrear cuando tuviera tiempo para la relación y para él, iba a dejarla por una mujer doce años mayor que ella y que, para más fastidio, era su casera? La de los dos. Un desastre para su alma y, sobre todo, para la confianza hacia los hombres. Fulminada, desaparecida. Extinguida. *Caput*.

Soltera. Desconfiada pero inteligente, así se definía. Y valiente también, ¿por qué no? Animada ante su nuevo yo, o lo que comenzaba a atisbarse de él, empujó la puerta de cristal de la librería y cruzó el umbral..., o casi, porque uno de sus pies se quedó en el escalón por si de repente sentía la necesidad de huir.

—Buenos días —saludó alguien desde detrás del mostrador—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, a ver... —respondió sin saber muy bien lo que decía.

Entre que el corazón le latía a una velocidad similar a cuando se corre un maratón y que el contraste entre la luz de la calle y la de dentro del local era lo más parecido a la noche y el día, se sentía bastante perturbada.

—¿Estás mareada? ¿Quieres sentarte? —le propuso la voz desconocida.

Era un chico. De edad indeterminada. Esperaba que guapo, aunque en su estado actual, similar a la catatonia, ciega y medio sorda, no estaba muy segura.

—No, sólo necesito enfocar bien.

—¿Tienes problemas de visión? ¿Quieres que te ayude a entrar? Mira, da otro paso y alarga las manos, ¿ves? Ya te tengo —afirmó mientras se las

agarraba—. No te preocupes. Aquí somos muy solidarios con las personas con discapacidad.

Sara respiró. Hondo. Profundo. Como quien se aguanta las ganas de reír.

—Me he deslumbrado al entrar. Fuera hace mucho sol.

—No te preocupes, admitir nuestras limitaciones es un gran paso.

—Anda, ¡si es usted sordo!

—¿Y usted ciega?

Sara entornó los ojos y meneó la cabeza. Cualquiera que la conociera habría identificado esos dos gestos como el inicio del subidón de su mala leche. Además, ya enfocaba bien.

—Veo a la perfección. Puede soltarme las manos.

El librero detectó el tono a la primera. Además, no le había gustado nada la forma en que la rubia medio cegata lo había mirado.

—No sabe lo que me alegro. —Lo que no sabía era si se alegraba de haber dejado de tocarla. ¿Qué era eso que lo había recorrido de los pies a las meninges?

—Estupendo entonces —resolvió Sara a la vez que rebuscaba algo en su bolso—. Ah, aquí están, ¡mis gafas!

—Ya decía yo que no veía un pijo...

—¿Perdone?

La estampida de sus amigas, llegado este punto, habría sido similar a la de los ñus en la sabana africana.

—¿Puedo ayudarla en algo, repito? —preguntó él rectificando cuando, por fin, dos ojos negros cargados de mala baba se posaron sobre su ser.

—Busco un libro, pero con lo grosero que ha sido usted, mejor me va a sacar una hoja de reclamaciones y así zanjamos este asunto.

—¿Qué asunto?

Bruno acababa de explotar. Y no en el sentido sexy de la palabra, no, en el otro. ¿Quién se creía que era aquella individua para amenazarlo con la hoja de reclamaciones? ¡Pero bueno, si sólo se había preocupado por ella!

—El de su tendencia a ser maleducado, desde luego. Sáquela.

—¿Así, sin previo aviso? ¿Sin preliminares? —bromeó él, tan nervioso que, al parecer, sólo podía decir una estupidez detrás de otra.

—Grosero.

—Loca.

—¡¡He dicho que la saque!!

—¡No sea cochina, señora!

—Disculpe usted, pero soy señorita.

—Fíjese que no me extraña nada que esté soltera.

—Es usted un imbécil. ¿Lo saben en su casa?

—Sí, les dieron la noticia el mismo día que usted se cayó y le pisó la cabeza un tren.

—Lo que acaba de decir no tiene el más mínimo sentido.

—¿Y puede saberse por qué no lo tiene?

—Porque, como neurocirujana que soy, puedo asegurarle que si me hubiera pisado la cabeza un tren no estaría viva y, mucho menos, discutiendo con usted.

—¡Está muy chalada! Mire, vamos a calmarnos porque puedo jurarle que no estoy comprendiendo nada.

—¡Lo sabía!

—¿Qué sabía?

—Que tiene un bajo cociente intelectual. Se le ve a la legua, así que le pido disculpas. Le había presupuesto una inteligencia normalita.

—Toma pastillas, ¿verdad?

—No, ¿por...?

—Porque le hacen falta. Tres o cuatro al día. Hágame caso.

—Me cae usted muy mal.

—Me alegro infinito. Y ahora, si es tan amable, ¿quiere hacer el favor de irse de mi librería? No sabe usted lo tranquilo que estaba antes de que se le ocurriera abrir esa dichosa puerta.

—¿Me está echando?

—Es muy probable.

—¿Trata así a todos los clientes?

Bruno respiró. Respiró hondo, muy hondo. Con el diafragma, tal y como le habían enseñado en las clases de yoga a las que iba desde hacía un mes para combatir el estrés. Tener una librería en tiempos de lecturas digitales era algo así como hacerse el harakiri a diario, pero él era un hombre de fe y estaba seguro de que, con todas las nuevas propuestas, su amada Bookería saldría adelante.

—Mire..., ¿cómo se llama? —quiso saber tras oxigenarse.

—Eso no es de su incumbencia.

—¿Ha probado alguna vez a ser amable con los demás?

—¿Me está diciendo que no lo soy?

—¡Es evidente que no! ¿No se da cuenta?

—Admito que no he tenido un buen día —suspiró Sara—, tal vez sea por eso. Pero usted tampoco es un dechado de amabilidad. Lleva metiéndose conmigo desde que he entrado.

—Mi día tampoco está siendo espectacular, a la vista está —replicó Bruno confuso—. ¿Qué le parece si nos tranquilizamos y la invito a tomar un café? Tenemos la mejor máquina de toda la ciudad.

—No estará intentando ligar conmigo, ¿verdad?

¿A esa chica qué demonios le pasaba?

Sara estaba preguntándose lo mismo. Desde que había mandado a hacer puñetas a su cita, todo estaba saliéndole mal. Bueno, todo, menos su prepotencia, porque, para ser honesta, el dependiente de la librería no estaba tirándole los trastos. ¡¿Y por qué no se los tiraba?! Autoestima *down*.

—Voy a hacer como que no he oído esa pregunta. ¿Quiere el cafelito o no?

—No me apetece un café.

—¿Un té?

—¿Es necesario?

—Mujer, tanto como necesario, no, pero me salen muy bien.

—La modestia tampoco es una de sus virtudes. —¿Por qué tenía que ser tan desagradable?

Bruno suspiró, con respirar ya no le entraba aire suficiente. Suspiró tanto que se atragantó y todo. Si no hubiera sido porque estaba nervioso perdido de mirarla, ya la habría mandado a... la mierda. Sí, allí. Lo malo era que habría ido a buscarla después. Si es que no se podía ser tan bueno en esta vida, ni ella ser tan atractiva. Vale, *stop*. Acababa de pensar, sentir, saber, que ella estaba buena. ¿Desde cuándo no se le pellizcaba así el corazón? Desde nunca. ¡Pero si los flechazos no existían!

—Entonces ¿qué hacemos? Se lo digo porque tampoco parece que tenga muchas ganas de irse de aquí —consiguió decir.

Muda. Muda se había quedado. Pues no, no tenía ganas de irse porque siempre era más entretenido discutir con un memo que irse fracasada y sola a casa.

El guantazo emocional le llegó al plexo solar. Sola y fracasada, ¡jarrea con el pensamiento!

—Creo que tomaré el té que me ofrece —dijo después de titubear, enfadada consigo misma. ¿Desde cuándo valoraba el triunfo en el amor como el triunfo de la vida? Vale, sí, comenzaba a rayarse a nivel de un dios.

Mientras Bruno iba preparando el té, las cabezas de ambos hervían de histeria.

El uno porque se había enamorado. Así, de golpe, de forma irremediable y para cada uno de los días de su vida.

La otra porque pensaba que jamás se enamoraría. Acababa de verse en un piso solitario, pijo, rodeada de gatos y pantuflas. Lo de las pantuflas no lo comprendía muy bien, pero ahí estaban, con todas sus pelusas.

—Con sacarina, supongo... —Ese carácter agrio no era el de una mujer que se sentía bien con el azúcar.

—¿¿Encima me estás llamado «gorda»??

Explosión nuclear. Alerta mundial. Y fuera el trato de usted.

Bruno jamás había visto, oído, presenciado, imaginado tener delante de sus pupilas a una mujer tan alterada y con la capacidad de estallar en un microsegundo con tantísima facilidad. ¿Ahora qué había dicho?

—Me rindo —alegó, a la vez que iba levantando los brazos como si tuviera una metralleta en la sien—. Juro que no tengo ni idea de qué ha pasado desde el momento en que has entrado en La Bookería, y puedo asegurarte que mi propósito ha sido ayudarte cada segundo, pero de verdad que debo de haberme equivocado, y mucho. Te pido disculpas, si crees que es necesario. Yo ya no sé qué más decirte.

«Sólo me queda echarme a llorar y rezar para que te vayas», pensó, arrepintiéndose al momento porque, si ella se iba..., ¿qué iba a ser de él?

Su pensamiento quedó interrumpido cuando la vio coger un mechón de pelo rubio entre los dedos anular y meñique y enrollarlo a toda velocidad con el pulgar. Era hipnótico.

—Lo siento yo también —murmuró una voz femenina en un tono similar al que emplea cualquier niño cuando está confesando una travesura—. No es una excusa, pero hoy he tenido un día muy difícil y mucho me temo que lo he pagado contigo.

—Me llamo Bruno.

Vaya, encima tenía que llamarse así, debía tener el nombre «prohibido».

—Yo, Sara —dijo titubeando.

Aún estaba impresionada por el nombre que acababa de oír.

Bruno, ajeno a lo que ella pensaba, caviló que, si hubiera tenido un nombre más precioso, en ese mismo momento estaría desmayado entre libros y revistas. Que sí, que estaba enamorado. Loco, pero enamorado.

—No sé si decirte que estoy encantada de conocerte, y no me lo tomes a mal —apuntó ella ávida, intentando olvidar que se llamaba «así»—. Como te he dicho, desde que me he levantado hasta ahora, ha sido uno de esos días para quedarse metida en la cama leyendo...

A Bruno le sonó a gloria. Vio estrellitas a su alrededor, oyó a los ángeles tocar las trompetas, a las hadas cantar himnos de paz y amor, y la cara de sus amigos choteándose de él por haberse colado tan pronto por una mujer, guapa y sexy, pero medio zumbada. ¿O el zumbado era él? ¡Y qué más daba, si tenía al amor de su vida, a la madre de sus hijos, a su compañera de viaje, delante! ¡Madre mía, ¿qué diablos le pasaba?!

—... porque Roberto me dejó sin darme demasiadas explicaciones, salvo que se había enamorado de nuestra casera, una MILF fea de narices pero resultona, y desde entonces mis amigas sólo me preparan citas, una detrás de otra y cada una más espantosa que la anterior. Que yo no sé si tú me comprendes, pero mi vida es un desastre. Trabajo en el hospital con unos turnos horribles mientras sigo estudiando inglés. Voy al gimnasio, me dijeron que era bueno para paliar el estrés, bueno, eso ya lo sabía porque soy neurocirujana, pero, en fin, siempre va bien que te lo recuerden, y poco más. Sólo trabajo, estudio inglés, voy a citas insoportables y al gimnasio. Y, sí, dejo el gimnasio en último lugar porque casi que es peor que ir a cenas con tíos que no me gustan nada. ¿Me estás escuchando, Bruno?

No, la verdad era que no la estaba escuchando, porque verla hablar ya era bastante espectáculo. Esa boca, qué delicia, por favor. Cualquier pintor del Renacimiento la habría dibujado. Ese cuerpo, cincelado bajo la magia del hechizo de Eros, y, Dios, esas piernas esculpidas por algún artista...

—... y, claro, ahora entro en una librería que en principio tenía buena pinta y me encuentro con que el dependiente...

—Dueño, si no te importa. He hipotecado hasta las córneas de mis ojos, pero soy el dueño —matizó, aún en plena disertación sobre arte.

—... con que el *dueño* se mete conmigo desde que he llegado. ¡Conmigo! Yo, que me he envalentonado para entrar y apuntarme a las citas a ciegas esas que anunciáis en el escaparate.

—¿Quieres venir a las citas a ciegas?

Bruno interrumpió sus pensamientos sobre artistas de épocas pasadas al

instante. Acababa de quedarse estupefacto.

—¿No dices que odias las que te preparan tus amigas?

Vale, ahí él tenía razón.

—No se puede comparar. Ellas me conocen de toda la vida y he supuesto que aquí entra en juego el azar, esa fuerza de la naturaleza en la que no creo.

—¿No crees en el azar?

—No. Soy neurocirujana, creo recordar que te lo he dicho. ¿Ves? No me escuchabas.

Sara miró a su alrededor. Necesitaba sentarse, y los enormes sofás verdes estaban demasiado lejos. Discutir estaba resultándole bastante agotador. Además, había tenido una guardia complicada. A toda la gente le daba por ponerse enferma a la vez.

—¿Puedo? —preguntó cuando vio que detrás del mostrador había dos taburetes—. Los zapatos están haciendo estragos en mis pies.

Bruno asintió. El hecho de que ella nombrara sus pies le daba permiso para recorrer esas piernas maravillosas sin que pudieran tacharlo de mirón.

—Son unos zapatos preciosos —atinó a decir antes de convencerse de que, efectivamente, debía de haberle dado un chungo en la cabeza. ¿Dónde estaba el Bruno que tardaba un siglo y medio en enamorarse? Es más, ¿se había enamorado alguna vez? Que él recordara, sólo de la niña aquella de rizos cuando ambos iban a cuarto de primaria.

—Gracias —exclamó Sara sorprendida ante el piropo—. Deja de mirarme así.

—¿Cómo te miro?

—Como si tuvieras delante a una marciana. Sólo soy una chica que ha tenido un mal día, y deberías hacer algo para arreglarlo.

—¿Yo?! —preguntó alucinado una vez más. A lo mejor los cabrones de sus amigos le habían montado una cámara oculta. ¡Eso era! ¡Un rollo tipo «Inocente, inocente»! Qué pardillo, ¡había caído como un memo!

Buscó las cámaras, tenían que estar por algún lado. ¡Qué mamones! Empezó

a reírse como un poseso. ¿Cómo podía ser tan idiota?

—¿Y ahora qué te pasa? —soltó Sara, descalza ya y con la taza de té entre las manos.

—¡Venga, va, te he pillado!

—¿A mí? Madre mía, sí que estás chalado. No sé qué hago aquí aún... En cuanto me termine el té, me voy, no vaya a ser que se me pegue algo.

—Mira, Sara..., si es que ése es tu nombre real. No hace falta que disimules más. Te he pillado, descubierto, llámalo como quieras, pero no es necesario que sigas fingiendo. Reconozco que me la he tragado entera.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando, pero, para que te sientas bien, admito que tu té está muy rico. Tenías razón, lo haces muy bien.

Bruno estaba estupefacto. ¡Qué buena actriz! Seguro que llegaría muy lejos.

—¿Dónde tienes el micro? —preguntó con la mano ya puesta en las solapas del abrigo de Sara.

—¡Si vuelves a tocarme, te muerdo!

—¡Hazlo! ¡A ver si tienes valor! No creo que quedase muy bien en tu programa de bromas.

—¿Qué programa? ¡Quita las manos de mi abrigo!

—¿Qué programa? ¡Pues el de bromas que estáis grabando a mi costa! ¡No pienso quitar las manos!

—¡O las quitas o te muerdo!

—¿Que tú me muerdes a mí? ¿Como si fueras un chihuahua histérico en medio de la grabación del *show*? No los tienes tú bastante grandes, guapa.

¡Ah! Eso sí que no. Con el tamaño de sus ovarios no se metía nadie. Acababa de darle un siroco de los suyos, uno de ésos en los que perdía el control, pero del todo. Cabreada como una mona y con ansia viva por morderlo, lo agarró de la pechera de la camisa y aprisionó su labio inferior entre los suyos propios. La descarga de adrenalina fue letal.

Bruno acababa de marearse. Sara estaba mordiéndolo. En realidad, se parecía mucho a un beso, a uno de esos besos que hacían temblar hasta los

dientes.

Le habría encantado descifrar qué pensaban las tontas de sus neuronas. A decir verdad, habría sido maravilloso saberlo, eso si es que pensaban, cosa que dudaba, porque le estaban dando el beso más explosivo de esta vida y de las siete anteriores.

La chica sabía besar, de eso no había ninguna duda.

—Espera, Bruno, ¿qué estás haciendo? —balbuceó Sara sin darse cuenta de que la que había comenzado todo aquello era ella.

—Preciosa, no tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero si algo tengo claro es que me gusta mucho lo que *tú* estás haciendo.

A Sara le encantó el piropo, además, los labios que le devolvían el beso sabían muy bien lo que hacían. Abrió la boca para recibir con más pasión el calor con el que Bruno le envolvía la lengua y gimió despacito, como quien tiene miedo de hacerlo más fuerte por si desaparece la magia. Envalentonada, hundió los dedos en el pelo canoso del hombre al que conocía desde hacía diez minutos y que, sin embargo, la besaba como si adivinara cada espacio de sus sueños.

Bruno, en cambio, no podía pensar. Hacerlo le habría supuesto un esfuerzo sobrehumano y ya bastante le estaba costando controlar el temblor de su cuerpo. ¿Qué estaba pasando? Lo único que lograba discernir era que necesitaba sentirla más pegada a él. Supo que ella estaba en la misma onda cuando noto cómo amasaba su pelo y se aferraba a él con pasión. Nervioso, y con la capacidad de raciocinio bajo mínimos, la cogió por la cintura y la apretó contra él. Un solo gesto bastó para que Sara se acoplara, y entonces... el beso sí que fue explosivo.

—Suena el teléfono.

—No sé ni cómo me llamo, voy a saber dónde está el teléfono...

—Deberías cogerlo. Y te llamas Bruno —suspiró Sara, sin importarle demasiado que él prefiriera continuar con el beso. ¡Un momento...! ¿Beso? ¿Bruno?

—¿Me llamo Bruno?! —gritó él de repente.

—Por favor, ¡qué berrido! ¿Sabes que puedes matar a alguien de un susto?

Acababan de darse cuenta de lo que habían estado haciendo y, para ser honestos, los dos estaban muertos de miedo y medio ahogados.

—No puedo respirar —aseguró él mientras intentaba abanicarse con las manos.

—Eso es porque estás hiperventilando. ¿Tienes ansiedad? —Decir idioteces delante de él iba a terminar siendo deporte nacional, pero es que o hacía uso de ellas o se caía redonda.

Bruno la miró sarcástico. ¿Ansiedad? De eso nada, lo que estaba era tan excitado que apenas podía mantenerse de pie.

—Tampoco parece que tú puedas respirar genial. ¿Ansiosa, tal vez? —se jactó él sin poder evitar agachar la cabeza para sujetarse las rodillas. Acababa de darse cuenta de que tenía una potente erección que cualquier ojo humano podía ver sin esfuerzo alguno.

—Vamos, que sólo nos hemos besado; no irás a desmayarte por un beso, ¿no?

La ironía siempre le había funcionado muy bien. No era cierto que sólo se hubieran besado, de lo contrario, no se sentiría calcinada como si hubiera explotado en una especie de combustión espontánea.

Bruno levantó un poco la cabeza para mirarla y la erección se le pasó de golpe. Ahí estaba ella, tan fresca, como si no hubiese sucedido nada.

—No, sólo estaba comprobando si se me habían desatado los zapatos.

Era tonto de remate. No había otra explicación.

La historia interminable

Michael Ende

Tras el pacto jurado de no volver a hablar del «beso más impresionante de sus vidas», Bruno pensó que Sara desaparecería para siempre. Le costó asumirlo una carrera de dos horas en la que casi se dejó los dientes, el aliento y hasta las piernas. ¿Cómo podía pasarle *eso* a él? Y cuando discernía sobre el *eso* no se estaba refiriendo a que una mujer impresionante lo besara, no, tampoco le había sucedido antes, pero en ese caso, lo que de verdad lo tenía trastornado era lo que había sentido nada más verla. Aquello traspasaba y mucho lo físico. Se le había metido en el corazón, y ante *eso* sí que no sabía qué hacer. De acuerdo, había tenido varias relaciones. Con su última pareja había estado casi ocho años, los seis últimos incluso vivieron juntos, y aunque cuando lo dejaron lo pasó fatal, no podía comparar con nada el vacío que se le había instalado en el pecho cuando Sara salió de la librería. Le había temblado el alma.

Una semana después, seguía hecho polvo. Quería achacarlo al trancazo que había pillado tras la carrera, pero sabía que se estaba engañando. Ni la fiebre, más de cuarenta grados, tenía la culpa de que él se hubiera enamorado a primera vista.

—¿No deberías quedarte en la cama un par de días más? Se te sigue viendo pajizo.

«Lo que debería es haber contratado a una dependienta menos honesta», pensó Bruno en cuanto vio a Maika y su cresta... rosa.

—Vas a achicharrarte el pelo. Un día irás a peinarte y se te quedará en la mano.

—¡Qué mala leche tienes, jefe! Eso es por el resfriado ese que has ido a pillar. Anda y no seas borde, vete a la piltra dos días más, que aquí lo tengo todo mazo controlado.

Veinte años, de alguna tribu urbana de origen o planeta desconocido y una lengua suelta. Desde luego, era brillante a la hora de encontrar empleados. Si no fuera porque era un hacha convenciendo a los clientes, ya la habría despedido hace tiempo.

—Tronco, si estás pensando otra vez en despedirme —increíble, era increíble su capacidad para leer la mente—, anda y mira primero las ventas que he hecho desde que te pusiste mustio.

Bruno cogió con poca confianza la hoja que le tendía la anillada mano de Maika.

—¿Has vendido la *Enciclopedia de los peces del Amazonas y ríos adyacentes*? —preguntó alucinado.

—¿Cómo se te ha *quedao* el cuerpo, colega? Ya te he dicho mil veces que aquí la Maika es una fiera vendiendo. Vino una tipa un poco lerda y me dijo que estaba buscando unos libricos que le quedaran cucos en la estantería del comedor.

—No hables así de los clientes.

Maika se metió un chicle en la boca a pesar de que sabía que Bruno detestaba que lo hiciera mientras trabajaba.

—Es de fresa, ¿quieres?

—Ya sabes lo que opino sobre el tema...

—En serio, tronco, tienes que abrir la mente, *open mind* un poco, *tron*, que te estás poniendo rancio. Vamos a ver, ¿cuántos años tienes ya? Seguro que menos de lo que parece con tanta cana.

—Al menos podrías ser un poco más clemente, que es mi primer día de trabajo después del constipado.

—Pero... ¿tú te has visto? Vamos, pavo, que no tienes más de treinta y cinco y estás hecho un asco. ¿Desde cuándo no te compras ropa? ¿Sabes lo que es

una peluquería, macho? Córtate el pelo, ponte guapo y luego vuelves. Ah, y no tardes, que hoy tengo que irme a las seis, que tocan Los Pardillos Desalmados, y eso sí que no me lo pierdo.

Fin de la conversación a las diez y trece minutos de la mañana. Bruno decidió hacerle caso. No supo el porqué, pero decidió hacerlo, a pesar de que no movió un pie.

—¿Te vas a la peluquería o no?

—Ya me has bajado bastante la autoestima hoy. Además de seguir con fiebre, creo que también voy a darme de cabezazos contra la mesa del despacho. ¿Tan mal se me ve?

Pompa de chicle.

—Lo tomaré como un sí. Cambiando de tema, ¿qué tal fueron las citas a ciegas del viernes?

—Impactantes.

Bruno se puso las gafas de pasta negra ante el resoplido de su ayudante.

—No veo de cerca.

—Estás hecho un viejo, tío. Ponte lentillas...

—Y me lo dice alguien que lleva una cresta fucsia y una anilla en la nariz...

—No ofendas, colega, que yo estoy siendo muy sincera.

—Si eso es lo que me tiene hundido... ¿Qué tal las citas a ciegas?

—Tres chavales de menos de quince, dos frikis, un cachas, dos crías de catorce, una loca y una tía buena rubia. Súbete las gafas, que pareces mi abuela la de Cuenca. ¡Hostias, tío, ¿cómo se llamaba?!

—¿Tu abuela? —preguntó distraído. La mayor parte del tiempo no atendía a lo que Maika le decía.

—No, la piba rubia y guapa. Me preguntó por ti varias veces. Creo que lo apunté —dijo a la vez que señalaba un montón de pósits de todos los colores y tamaños—. Sí, lo apunté. Ya saldrá cuando mires por ahí.

A Bruno le habría encantado pedirle de nuevo que fuera un poco ordenada mientras la veía rebuscar algo, pero seguía leyendo la lista de ventas, y tenía

que admitir que era impresionante.

—Algún día, Maika, tienes que explicarme cómo lo haces para vender libros que nadie leería.

La dependienta se sonrojó, en realidad, se puso rojo cangrejo. No estaba muy acostumbrada a los piropos, y cuando alguien se los echaba nunca sabía bien qué responder. Era algo que le sucedía desde pequeña.

—Pues cosas mías. De la lista negra del mes pasado ya sólo queda el *Decora tu jardín con recuerdos de tu infancia*, que ya hay que ser un *trastornao* para ponerle ese nombre a un libro. Pero tú tranquilo, ¿eh?, que yo te lo vendo, no te preocupes por nada. Ya está aquí Maikita para hacer lo imposible. ¡Vete a la peluquería! ¿Quieres que te pille cita en la mía?

—NO, rotundo. Antes prefiero raparme el pelo con un cortacésped. ¿Algo más que decirme del trabajo?

—Qué genio te ha dejado el trancazo, colega. No, nada más..., ah, sí, los de las citas a ciegas se lo pasaron tan bien que les dije que vinieran el viernes otra vez.

—¿Perdona? Eso deberías habérmelo consultado. Esto es una librería, no una casa de citas.

—Toma, macho, qué poco confías en mí. Éstos son los tíquets de las consumiciones. —Bruno volvió a quedarse con la boca abierta—. Cuando cierres el pico, me dices si hice bien en prometerles que podrían repetir el viernes.

—Nada que objetar.

—¿Perdona? Repite eso. Espera, que creo que me mareo y todo.

A Bruno no le quedó otra que reírse ante la cara y la pose de Maika. ¿De dónde la habría sacado? Para ser sincero consigo mismo, siempre que ella estaba de turno, las ventas aumentaban, en algunos casos, hasta más del treinta y cinco por ciento. Caía bien a los clientes, con sus pintas de macarra. Los sorprendía descubrir en ella una cultura tan impresionante. Maika podía hablar de casi cualquier cosa y, además de eso, conocía la historia de la imprenta y

de los libros como nadie. Cuando alguna venta se le atragantaba, era capaz de envolver al lector explicándole la de siglos que habían tenido que pasar hasta poder tener un ejemplar como el que trataba de venderle, y, zasca, era imposible no comprar el libro.

—¿A qué hora me has dicho que es el concierto de tus amigos?

—A las seis, ¿te vienes?

—No, la fiebre no me ha dejado tan loco, pero, anda, cógete la tarde libre. Has estado al cargo de La Bookería toda la semana tú sola y te lo mereces.

—Tú me quieres, pavo, ¿verdad? —preguntó Maika al borde del abismo debido a la emoción.

Bruno volvió a reír.

—Digamos que te tengo cierto... cariño.

—Quiero una foto mía con un marco dorado donde ponga que soy la empleada del mes.

—Eres la única empleada de la librería.

—También estás tú... —sentenció ella con absoluta seguridad.

* * *

Tras comprobar junto a Maika todas las cuentas y los pedidos de la semana anterior, Bruno se encerró en su zulo, situado en el piso de abajo. Durante las tardes, de forma habitual, él estaba en el despacho, mientras que la dependienta se ocupaba de los clientes. Por las mañanas, que era cuando tenían lugar los cursos y las otras locuras que se les iban ocurriendo, disponía de mucho menos tiempo para ocuparse del papeleo. Se sentó en el despacho de sillas amarillas y suspiró. Estaba agotado. La enfermedad lo había dejado desanimado. La Bookería no iba mal, sobre todo desde la incorporación de Maika, pero no funcionaba como él había soñado. Sí, era un incauto, lo sabía. ¿A quién se le ocurría montar una librería en una época en la que pocos leían? A él, a un enamorado de *La historia interminable*. Se la sabía de memoria. De

hecho, era un libro que siempre lo acompañaba. Tenía varias copias y las dejaba en los lugares donde más tiempo pasaba. Abrió el primer cajón de su mesa para asegurarse que estaba ahí el ejemplar que compró en chino en una de las últimas ferias a las que había ido. Qué más daba el idioma si era capaz de recitar todos los párrafos de la novela.

Estaba raro, o al menos así era como se sentía. Seguro que era por la fiebre. ¡Tantos días con tos dejaban a cualquiera hecho un asco! Intentó concentrarse en lo que tenía entre manos, un puñado de albaranes, pero no lo consiguió. Quizá debería tomarse unas vitaminas. ¡Eso era! Sacó la agenda y lo apuntó. Era muy meticuloso con sus cosas. Aprendió a serlo cuando estudiaba Administración de Empresas en la universidad. Por aquel entonces, compaginaba las clases con un trabajo de media jornada en una de las librerías más emblemáticas de la ciudad donde estudió. Se sentía feliz entre los libros y desgraciado entre las paredes de la facultad, pero sabía bien la ilusión que hacía en casa y todo el esfuerzo que habían hecho sus padres para que pudiera estudiar, así que hizo lo que se esperaba de él, hasta dos años atrás, cuando decidió que la vida sólo se vivía una sola vez y que había que arriesgarse. Lo aprendió cuando murió su padre. De repente, sin dejar una nota, sin que pudieran despedirse, sin nada. Salió a caminar y un coche lo atropelló. A él, al hombre de convicciones férreas, a aquel ser que luchó durante toda su vida por hacer lo correcto, al que tapiaba sus propios sueños para trabajar de sol a sol en la misma empresa de toda la vida, al que abandonó la pintura hasta que se jubiló. Su padre, la persona por la que Bruno era alguien a quien no reconocía, pero al que quería tanto que jamás se había atrevido a desilusionarlo. Encima, no llegó a tiempo a su funeral. Estaba en Tokio en un viaje de trabajo, de un trabajo al que odiaba. Revolucionado y con la necesidad de cambiar, escribió su carta de renuncia dirigida a la misma empresa para la que había trabajado su padre en cuanto fue capaz de razonar, fue al banco, pidió un crédito, alquiló el local de sus sueños y un mes después abrió su amada Bookería, una librería con tintes neoyorquinos situada en una

ciudad que no estaba preparada para casi nada. Era un concepto distinto, con grandes sofás en el centro para que los lectores pudieran sentarse a disfrutar de los libros, con una cafetera casi mágica, unos dulces que le llevaban expresamente desde otra ciudad y hasta una dependienta extravagante que bien podría haber sacado del Bronx. Lo único que le faltaba era que terminara de arrancar, y que él borrara de su corazón ese sentimiento de estar defraudando las expectativas que su padre había depositado en él.

Tocó con la mano izquierda su libro favorito e intentó concentrarse en el trabajo. Solía darle resultado.

En el piso de arriba, Maika acababa de vender el dichoso *Decora tu jardín con recuerdos de tu infancia*.

* * *

A Sara las cosas tampoco le iban fenomenal. Tras una cita extraña con un cachas más raro aún, decidió no volver a esa librería tan peculiar, pero la promesa que se hizo le duró sólo unas horas; al fin y al cabo, él se llamaba Bruno. Por no hablar de que había sido el mejor beso de toda su vida, aunque, siendo justa, tampoco podía valorarlo de otra forma, porque también era la primera vez que ella tomaba la iniciativa. Además, si no recordaba mal, era la única manera que había encontrado de callarle la boca a ese ~~guapo~~ impertinente.

Se decepcionó cuando no lo vio al viernes siguiente por la tarde en las citas a ciegas. Volvió a quedarse blanca cuando no lo vio el lunes, y ya comenzó a preocuparse cuando tampoco lo localizó el martes, día en el que dejó a un lado su estúpida timidez y decidió preguntarle a la dependienta rarita de la cresta verde.

—Disculpa, por favor, ¿podría hablar con Bruno?

Maika la observó con cautela, como si en lugar de estar mirando a una rubia preciosa estuviera avistando un ovni.

—Hoy tampoco va a aparecer por aquí —decidió responder; al fin y al cabo, aquella tía había estado el otro día en las citas a ciegas. La emparejó con el cachas. No pegaban ni con silicona, y por eso lo hizo. Ojalá le fueran las mujeres, pero estaba claro que era hetero perdida.

—Bruno es el dueño de la librería, ¿no? —No quería ser pesada, pero necesitaba saber si era *ese* Bruno y explicarle, en el caso de que no lo fuera, que le había dado un brote de locura transitoria y que por eso lo había besado.

—¿Eres algo así como el Cobrador del Frac?

—¡No, por favor! Sólo necesito hablar con él de algo... de trabajo.

—¿Librera también? ¿Comercial?

La impertinencia debía de ser requisito imprescindible para trabajar allí.

—No.

Silencio total y absoluto. La de la cresta verde, sin problema alguno ante el silencio, y Sara sintiéndose cada vez más incómoda.

—Hoy no tengo prisa. Puedo esperar.

—Ahí hay sofás, como puedes ver, pero ya te he dicho, tronca, que hoy tampoco va a venir.

—Pues no lo entiendo.

—Colega, tú fumas marihuana, ¿verdad?

Sara pensó que sus demasiadas horas de trabajo debían de estar pasándole factura. Tenía tantas ojeras que ya no sabía ni cómo taparlas.

—¿Tan mala cara tengo?

—Mi madre dice que no tengo filtro, así que mejor no me preguntes lo que no quieras oír, guapa. ¿Algo más? ¿Puedo recomendarte un libro? Estoy pensando en uno que va genial para el estrés —añadió mientras se levantaba para ir a buscar uno de los invendibles anotados en la lista negra mensual.

Gestiona tu estrés con un gato de escayola llevaba en la estantería desde que el comercial de la distribuidora de libros raros se lo coló al jefe. Maika esperaba que algún día fuera ella la que se encargase de atender a los

comerciales. Estaba más que convencida de que sabría elegir mucho mejor que Bruno.

—La verdad es que estrés sí tengo —murmuró Sara sin enterarse de que la histriónica dependienta acababa de anotar un éxito más en su lista de ventas.

—Pues éste te irá genial. Los gatos de escayola son silenciosos, suaves, si les tiras del rabo no te arañan y, además, este libro contiene un manual de ejercicios con los que puedes trabajar la respiración diafragmática mientras los acaricias. Encima, como estás buena y a mí las tías buenas me caen bien, voy a hacerte el cinco por ciento de descuento que les aplicamos a los clientes chachis. Son treinta y dos euros con veintisiete céntimos. ¿Has visto qué bien te lo he apañado?

Sara pagó en silencio, con la misma sensación de alguien a quien acaban de azotar, murmuró un apagado «gracias» y salió de La Bookería casi con ganas de echarse a llorar. Tenía que hacer algo con su vida. No podía ser que cualquier jovencita extraña fuera consciente de su estado de ansiedad y su falta de sueño.

Se metió en el coche, que estaba mal aparcado en un carga y descarga, con lágrimas en los ojos. Desde que Roberto se había largado con la casera, no podía evitar sentirse sola, así que había volcado todos sus esfuerzos en el trabajo. Al principio no se dio cuenta de lo agotada que estaba, y el exceso de guardias mantenía su mente a salvo de caer en la tentación de autocondolerse, pero casi dos años después añoraba tener una vida, poder sentirse a salvo en brazos de alguien, volver a recuperar las ganas de salir con sus amigas y hasta irse de vacaciones. Sólo necesitaba poder cumplir con una promesa y sería libre.

Arrancó el coche y se empotró contra la señal que indicaba que ahí no podía aparcar. Nadie se dio cuenta, a excepción de una señora que pasaba por allí de forma casual y que dio un respingo cuando la señal casi se le cayó encima.

Una hora después, con el coche en el taller, empezó a leer el absurdo libro

del gato de escayola. Necesitaba vaciar la mente. Dentro de tres horas debía estar otra vez en el hospital. Ese día tocaba consultas, así que necesitaba tener todo su raciocinio en el sitio. No pasó de la página dos. Un sopor absurdo hizo que se durmiera en el acto. ¡Vaya, pues sí que era bueno el método de relajación del gato de escayola, y eso que aún no se había comprado uno, tal y como indicaba el primer capítulo!

Sara había nacido en una familia de abogados, razón por la cual ella se decantó hacia la medicina, con la idea clara de detectar qué sucedía en las cabezas de los miembros de su familia. La cosa empezó casi sin darse cuenta y acabo siendo la neurocirujana más joven de su hospital. Ahora, con treinta y tres años y una carrera más que consolidada, luchaba contra las inclemencias de su profesión: demasiadas horas de soledad, demasiados casos difíciles, demasiada impasibilidad ante las catástrofes que veía en el día a día y, sobre todo, demasiada frialdad ante las alegrías que, de vez en cuando, la sorprendían. No sabía bien dónde había quedado escondida la Sara a la que le gustaba tocar la guitarra y que siempre llevaba amuletos en el bolsillo de la chaqueta. La vida y su carrera le habían demostrado cientos de miles de veces que los milagros eran escasos y que todo era, en realidad, demasiado lineal. ¿Se había convertido quizá en una mujer pragmática? Sí, era mucho más que probable, pero, tras el fracaso de su relación, había encontrado en el realismo una especie de tabla de salvación. Además, eso le resultaba mucho más cómodo que aceptar que no había invertido tiempo en su relación con Roberto, y mucho menos aún después de que aquel hombre se le muriera en los brazos. Aquello supuso una revelación para ella.

Sucedió dos años antes. Hacía un segundo que había salido de casa, es más, apenas si le había dado tiempo a subirse al coche y, de repente, cuando aún no había arrancado, un golpe seco y muchos gritos la sacaron del sopor en el que andaba metida. Acababan de atropellar a un señor delante de ella. Salió disparada del vehículo, aún no era capaz de recordar cómo pudo saltar por encima de los transeúntes que colapsaban el paso de cebra, pero consiguió

llegar hasta el hombre que yacía herido en la calzada. Sus ojos, conscientes de que le quedaban pocos minutos de vida, permanecían serenos, le llamaron profundamente la atención:

—Hija...

—No haga esfuerzos, soy médica, enseguida llegará ayuda. ¿Cómo se llama?

—Mario —consiguió decir él con evidentes dificultades para responder.

—Mario, no quiero que se preocupe de nada, ya oigo la ambulancia —mintió para darle esperanzas, mientras intentaba parar la hemorragia que brotaba de su cabeza.

—¿Tu nombre es...?

Sara lo miró mientras le daba órdenes a su cerebro para que su mirada transmitiera calma.

—Soy Sara, Mario. Estoy aquí con usted, no tenga miedo —respondió, a la vez que intentaba aceptar lo que estaba a punto de suceder.

—No lo tengo.

—Perfecto, así me gusta, es usted un valiente.

—Dile que siempre he estado orgulloso de él y prométeme que lo cuidarás...

—¿A quién, Mario? Venga, no cierre los ojos, espere un poquito más, ¿a quién quiere que cuide?

—A mi hijo —susurró muy despacio—. A mi Bruno. Prométemelo.

—Se lo prometo —respondió Sara.

Después de aquello, algo en ella cambió. Se aferró con fuerza a la promesa que le había hecho a un desconocido a punto de morir y buscó a Bruno García durante meses, sin encontrarlo en ninguna parte, ni siquiera en el funeral de Mario, al que acudió con una intensa pena.

Lo más loco y absurdo que había hecho en muchos años había sido besar a un desconocido por el que se sintió atraída de inmediato. Un desconocido que

le había devuelto el beso con la misma necesidad con que había sido dado y que, además, se llamaba Bruno.

La insoportable levedad del ser

Milan Kundera

—¿Nadie ha preguntado por mí?

—No, tronco, en los últimos tres minutos, nadie. Mira, majo, si estás esperando alguna llamada o que alguien venga a buscarte, dímelo claro, coño, que sabes de sobra que no capto las sutilezas del lenguaje.

—¿Por qué piensas que estoy esperando a alguien?

—Llámame «pirada» si quieres, pero es que lo has preguntado ciento seis veces en los últimos dos días.

—¿Quién, yo? ¿Ciento seis?

Maika lo miró como si tuviera delante a un extraterrestre de la quinta dimensión. Que sí, una cosa era que ella no se enterara de nada, pero otra muy diferente era que el sujeto que tenía por jefe pensara que estaba idiota. De repente se acordó de la rubia tía buena que había ido a buscarlo la semana anterior.

—A saber lo que le has hecho... Anda, dame esos libros, que aún tendré que recogerte del trompazo que vas a meterte.

—¡Que no me caigo! Devuélveme los manuales.

—Te los doy si me dices qué le hiciste a la belleza rubia de la semana pasada. Conociéndote, algo chungo. Si es que ni te enteras...

—¿Qué rubia?

Sí, acababa de darle un parraque en el corazón. ¿Sería posible que Sara hubiera vuelto para verlo?

—¿Qué rubia? ¿Qué rubia? ¿Qué rubia?... ¡Me cago en la leche, tronco, pero ¿cómo compras estos libros?! —gritó estupefacta ante los títulos que

tenía en las manos—. Dime que te los han dejado en depósito.

Bruno estaba atónito ante la facilidad de la dependienta para cambiar de tema. ¡Pero si estaban hablando de la rubia!

—Vale, no, los has comprado. ¡Quita ese careto! Si es que no has cerrado la librería porque me tienes a mí. Dime ahora qué me invento para vender *Las pinzas de depilar sirven para más de lo que crees* y *Ni arbustos, ni bustos. Aprende a dar sustos*. Anda, de verdad que me lo pones difícil...

Inspiró. Sí, Bruno inspiró mucho con la finalidad de llenar bien los pulmones de aire antes de berrear:

—¡¿QUÉ RUBIA HA VENIDO A BUSCARME?!!

—Si me gritas, me bloqueo, te aviso. No funciona bajo presión. Cada vez estás más *chalao*. Pídeme perdón a la de ya.

—Joder, Maika, vas a volverme loco. Dime quién era la rubia que vino a buscarme, te lo pido por favor.

—Pídeme perdón...

—Voy a despedirte como no me lo digas —amenazó desesperado.

—No tienes tú narices a despedirme, con lo mal que compras libros. Hazlo y te comes estos dos —dijo mirando primero el libro de las pinzas, que tenía en la mano derecha, y después el de los sustos, que sujetaba con la izquierda — hasta el fin de tus días, que, dicho sea de paso, puede ser hoy mismo si me sigues tocando los cojones. Me basta con darle una patadita —gesto malicioso — a la escalera en la que estás subidito, querido jefe.

A Bruno nunca le había gustado resoplar, pero desde que conocía a Maika lo hacía tantas veces que en alguna ocasión la dependienta se había atrevido a llamarlo «búfalo».

—Te dejé los recados encima de tu escritorio y, además, te lo dije, pero eres tan despistado que ahora no sabes dónde los tienes y vas a empezar a echarme la culpa a mí. A mí, que soy lo mejor que ha pasado por la librería, porque, te repito, ¿cómo coño quieres que venda este libro sobre las pinzas de

depilar? ¿Y el de los sustos? Joder, macho, en serio, me estoy poniendo nerviosa. Me mareo. Hiperventilo. ¡¡Ay, que me muero!!

Los ataques de pánico de Maika eran algo antológicamente testado en La Bookería. Ante el primero, Bruno se asustó, pero después de unos quince mil tres, estaban más que superados.

—Maika, dime quién era la rubia.

—Dame una bolsa.

—¡¡El nombre de la rubia!!

—Snakjsdkjasdkajshda...

—¿Qué haces?

—Me estoy muriendo, ser desalmado, ¿no lo ves?

—No, no lo veo.

—Bruno..., akdjsdoaijdoaijsdoiajd...

—Maika, venga, que estás bien. Dime el nombre de la rubia, bonita.

—¡Pero, leñe, llevo diez minutos diciéndote que me estoy muriendo!
¡¡Dame la puta bolsa que te he pedido!!

—¿Y de dónde saco yo ahora una bolsa? ¿No ves que estoy en lo alto de una escalera?

—¡De tus cojones! ¿No ves que me ahogo? ¡¡No voy a poder vender el libro de las pinzas!! ¡¡Me mareo!!

—Quédate aquí. Voy un momentito arriba a por ella y, además, creo que ha entrado un cliente.

—Cuando vuelvas me habré muerto, mamón.

—No, mujer, no tendré yo tanta suerte... ¡Maika, no lances los libros por los aires!

—¡¡ME MUERO, ser cruel!! M-E M-U-E-R-O.

—Ay, pues mira, chica, me da pereza bajar de la escalera. Por favor, atiende tú al cliente. Voy a seguir catalogando estas enciclopedias.

Maika se levantó del suelo, al que se había tirado tan sólo un minuto antes. Las primeras veinte veces que Bruno había presenciado uno de los ataques de

ansiedad de su dependienta se había asustado de verdad, pero como caían una media de cuatro o cinco al mes, estaba más que acostumbrado a desviarle la atención. Era la forma más rápida de darles solución.

—Ya voy yo, tú tranquilo, que si me muero por el camino, en la escalera, o detrás del mostrador, seguro que «tu cliente» mostrará más misericordia que tú.

—Caray, Maika, ¿desde cuándo te has vuelto creyente? —preguntó él con sorna a la vez que comprobaba que la individua que tenía delante se encontraba mucho mejor.

—Desde que vi *El exorcista*, claro, vaya pregunta.

—¿En serio? —Era flipante la forma en que ella lo descolocaba sin parar. Ni en siete vidas se le habría ocurrido que iba a responder eso.

—Sí, hasta llevo un crucifijo siempre puesto. ¿Quieres verlo?

—No, muchas gracias. No es necesario.

—*Vadeeee retro...*

—Maika, por tus muelas, no hables así.

—¿¿Así, cómo??

—Como si te hubieras tragado una rana satánica.

—MIRAAA LO QUE HA HECHO LA...

—¡¡¡MAIKA, ESTOY A PUNTO DE DESPEDIRTE!!!

—Brunito, si le vendo el libro de los arbustos al cliente que está arriba, me invitas a comer. Si no, te regalo una sesión de peluquería con mi colega, que ya te dije que necesitabas un corte de pelo y aún no has ido.

—Ni de coña, guapa. Además, fui ayer.

—¿En serio? Sigues con la misma mofeta encima de la cabeza.

Bruno se sujetó a la escalera con una mano para poder tocarse los rizos canosos con la otra.

—¿Es necesario derrochar tantísima sinceridad?

—Sí, alguien tiene que decírtelo porque, si no, a la rubia tía buena que pregunta por ti no le vas a gustar. Hala, voy a atender al cliente, si es que no lo

has ahuyentado ya con tanta cháchara. Pásame el libro de los arbustos, que ése es pan comido.

—Dame el teléfono de la rubia.

—Te lo di el primer día que viniste. Está encima de tu mesa y, además, tengo un cliente que atender... ¡¡¡YA VOY!!!

—¡No grites!

Maika volvió a cogerse el crucifijo y apuntó con él a Bruno.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del...

—Toma, bicho —murmuró él sin poder evitar reír mientras le daba el libro que había pedido—. Y puedo asegurarte que lo de «bicho» no es un eufemismo.

Cinco minutos más tarde, Maika bajaba la escalera con una sonrisa triunfal y sin rastro alguno del ataque de ansiedad.

Cuatro horas después, Bruno, por fin, y tras haber arrasado con todos los papeles de su mesa, encontraba el pósito arrugado, lleno de tachones, con el nombre de Sara Bueno y un número de teléfono móvil con diez dígitos... Iba a matar a Maika. Probablemente con una estaca porque, aunque era rara a morir, cargar, se la iba a cargar.

* * *

—Si no te ha llamado, Sara, es que no le interesas, y en ese caso tendremos que ir a incendiarle la librería, porque mona eres un rato largo.

—No creo que sea necesario quemarle el negocio. Tiene todo el derecho a no llamarme, Greta.

—Pues yo no lo veo tan claro, eres rubia al fin y al cabo. A todo el mundo le gustan las rubias.

—Es un alivio saber que el color de mi pelo es mi máximo atractivo. Acabas de subirme la autoestima hasta el nivel de diosa.

—Mira, nena, no te pongas así. A lo mejor ha perdido tu teléfono —replicó

el único chico del grupo, que sorbía con deleite descarado el granizado de limón, ya casi sin líquido.

—Cuando un hombre no llama es porque no quiere. Dejad de darle excusas a la pobre. No le gustas —sentenció Aurora, de profesión abogada, pero con vocación de destructora de esperanzas ajenas.

—Tanta sinceridad no sé si es necesaria, Aurorita.

—Mucho mejor decir la verdad, Chuso, ¿o no estáis de acuerdo?

—Yo no lo estoy. Ese muchachito puede tener cien mil razones para no haber llamado, incluso puede que la dependienta a la que le diste el número lo haya extraviado. Hay que ser un poco más confiaditos en el amor. Mirad mi Felipe y yo, o Mauro y mi *cuñis*. El amor existe.

—Existe, Chuso, existe, pero aquí Sara no tiene nada que hacer.

Sarita se escondió tras la jarra de infusión de jengibre con manzana que bebía. Llevaba unos días de muy mal humor. En el hospital, las cosas no iban demasiado bien por culpa del dichoso congreso médico de ese fin de semana. Demasiados médicos inscritos, demasiadas ponencias que coordinar, entre ellas, la suya propia. Confiaba en tenerla preparada, pero había algo que no la dejaba terminar de concentrarse, y ese algo no era otra cosa que el recuerdo del beso con Bruno. Jamás le había sucedido nada similar. Ella siempre se concentraba. Era una experta en eso. Tenía a todas sus neuronas entrenadas para responder de forma rápida y eficaz, pero, sí, lo admitía, no podía quitarse al puñetero librero y su beso de la cabeza.

—¿Ves lo que te digo, Greta de mi amor? Otra vez vuelve a estar despistada. En todos los años que la conozco, tres para ser exactos —señaló con los dedos—, jamás la había visto así, ausente, abobada, hecha una pavita.

—No estoy hecha una pava.

Greta y Chuso se miraron con una sonrisa de medio lado, algo equivalente a «lo que ella diga».

—¿Te gusta de verdad ese tal Bruno o es porque se llama así? —preguntó Chuso decidido a meterle el dedo en el ojo, a ver si Sarita reaccionaba de una

vez.

—Las dos cosas, pero sobre todo la segunda. Ya sabéis lo que prometí.

—Eres consciente de que hiciste esa promesa en un momento límite y que llevas más de dos años intentando cumplirla, ¿verdad? No debería pesarte tanto.

—Pues lo hace. Las promesas se cumplen siempre...

—... que se pueda, nenita —terminó la frase por ella el ser más estafalario del planeta.

Sara había conocido a Chuso cuando se requirió su ayuda tres años antes. Él tenía leucemia y tuvo que someterse a un trasplante de médula. Durante un tiempo temieron por su vida, ya que no aparecía ningún donante compatible, pero al final, el padre de su pareja, el doctor Requejo, compañero del hospital, resultó serlo. Desde entonces se habían hecho muy amigos. Era imposible estar cerca de él y no quererlo con locura.

—Ya sé que lo dices por mi bien, Chuso, pero necesito cumplirla. Es como si no pudiera volver a ser yo si no lo hago y, claro, cada vez que me encuentro con un Bruno, todo vuelve a mi mente. Menos mal que no hay tantos.

—Cariñito, ¿te has planteado que quizá ese Bruno no viva aquí? Es posible que nunca llegues a conocerlo. Tienes que empezar a olvidarte de eso y vivir tu vida. Ser feliz, que estás hecha una mustia. Sólo trabajas, operas, estudias, vas al gimnasio y quedas con nosotros, pero eso cada vez menos.

—También besa a desconocidos.

Sara intentó meterse debajo de la mesa, o meterse la pajita en la boca, porque en el ojo le parecía demasiado *gore* para esas horas. Su coordinación neuronal le daba para poco más. No entendía bien por qué necesitaba volver a ver a Bruno. Estaba chalada, obsesionada, hecha una gilipueñas por un solo beso. Tendría que volver a leer ese libro sobre los gatos de escayola y el estrés.

—Gran apunte, Gretita. Bueno, ¿qué?, ya que estamos aquí —dijo Chuso con el fin de distender un poco el ambiente ante la cara de agobiada de Sara

—, ¿comemos? No tengo que recoger a mi Carlita hasta que salga de ballet a las cinco.

—Yo tengo que irme —anunció ella aun sabiendo que iban a ponerla verde.

—Venga, Sarita de mis amores, ¡come con nosotros!

—No puede —sentenció Aurora antes de que a ella le diera tiempo a respirar siquiera—. Me apuesto lo que queráis a que ha pensado en pasarse de nuevo por esa librería.

Sara se puso roja como le sucedía de pequeña cuando le preguntaban algo que no sabía en el colegio. Sí, era verdad. Por su mente había cruzado la idea loca de volver a ir a La Bookería, pero lo descartó deprisa cuando se dio cuenta de que iba hecha un desastre.

—No lo va a hacer. Lleva puesta la ropa del gimnasio. Tenemos a Sarita desesperada, pero no lo suficiente como para pasearse mucho por la calle con esas mallas tan feúchas —replicó Chuso mientras iba repartiendo una carta con el menú a cada una de las chicas.

—Sois unas cotorras cotillas, lo sabéis, ¿verdad?

—Sí, somos conscientes, pero tú nos quieres a pesar de eso. Yo voy a pedir una ensalada *caprese* con burrata y piñones, ¿y vosotros? —preguntó Greta, la más callada e inocente de todos.

—Yo, pasta con espinacas —respondió Chuso.

—Pues Sara y yo comeremos lasaña de verduritas con sésamo, ¿a que sí?

Sara no pudo evitar hacer una mueca con la boca.

—Tienes que dejar de pedir por mí, Aurora. Te aseguro que, a pesar de estar preparándome la ponencia para el congreso, soy muy capaz de leer el menú, detectar los platos que me gustan y decidirme por uno de ellos. Tengo las funciones ejecutivas en su sitio todavía, o eso creo.

—Estás de mal humor.

—NO, es que tú me tratas como si fuera responsabilidad tuya.

—Y lo eres, princesa, lo eres desde que te vi comiéndote la arcilla roja en la clase de infantil —señaló Aurora.

Sara puso los ojos en blanco. A su amiga le encantaba contar esa anécdota. Se recreaba en ella y en las quince más que solía relatar a continuación. Habían ido juntas al colegio y, al menos desde que tenían uso de razón, Aurora solía ejercer como protectora de Sara, a pesar de que ésta era inteligente y sabía cuidar de sí misma. Ni su propia madre estaba más pendiente de ella que Auro, y aunque eso la agobiaba un poco desde el principio de su relación, el resto de las cualidades de su amiga superaba con creces esa sensación de sobreprotección.

—De eso nada. Además, los niños y las niñas necesitan experimentar. Sólo me comí la pasta esa una vez y entendí enseguida que daba mucho ascazo —acotó Sara, sin darse cuenta de que Chuso las observaba con esos ojillos perspicaces que solía poner cuando estaba analizando algo en profundidad—. Por cierto, para comer quiero lasaña de verduras —anunció tras estudiar durante unos segundos la carta del restaurante.

Aurora subió los brazos y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Y qué es lo que yo he dicho que ibas a comer?

* * *

—¿Sara Bueno?

—No, lo lamento, se ha equivocado.

—Discúlpeme, por favor, debo de haberme confundido de número.

Eso, o que la individua subversiva que tenía por dependienta se había equivocado al apuntar el teléfono que Sara, *su* Sara, le había dictado. Casi que iba a ser lo segundo, porque a esas alturas del día, ocho de la tarde, ya había llamado a las doce posibilidades que se le habían ocurrido: anular el último número, el primero, cambiando el número final..., y nada de nada. No había conseguido localizarla, ni ese día, ni los otros cinco anteriores.

—¿A qué hora cerramos hoy, colega?

Bruno decidió pasar de Maika. Estaba enfadado, cansado, y hasta diría que

cargado de cierto cinismo oscuro y siniestro.

—La gripe deja sordera, bueno, hipoacusia, para ser más exacta, me gusta ser precisa con las palabras. No pasa nada; si no me oyes, no podrás enterarte de la maravillosa noticia que estoy a punto de darte.

—Has vendido el libro de las pinzas de depilar... —masculló con la sensación de arrastrar cada palabra entre los dientes.

—Uy, fijate que ahora ya no tengo ganas de contarte nada.

—¿Cómo dices?

—¿Yo? No he abierto la boca.

Buena estaba ella. No sólo había vendido ese libro, sino que además había colocado también la *Enciclopedia internacional de mosquitos trompeteros con alas caducas*.

—Perfecto. Así estamos mucho más tranquilos los dos.

—Desde que estás en plan sieso es muy difícil hablarte, tío. Ni siquiera te has dado cuenta de que me he rapado la cresta...

—No te la has rapado —murmuró de nuevo sin mirarla.

—Sí lo he hecho.

Bruno levantó la cabeza por fin.

—¿Naranja fluorescente?

—Mola mil, ¿eh?

—Si tú lo dices...

—¿Sabes qué? —preguntó Maika con cara de estar a punto de cometer una trastada.

—No estoy seguro de querer saber —consiguió responder Bruno sin decirle aún lo enfadado que estaba con ella por coger mal el recado.

—Sí, lo imaginaba. Por eso voy a hacer lo que voy a hacer...

A Bruno no le dio tiempo a pensar. Cuando quiso darse cuenta, tenía toda la cabeza impregnada por un potingue que había salido del aerosol que la dependienta llevaba escondido en la mano.

—Maika, ¡¡voy a matarte!! ¿Qué me has hecho?

—Te he puesto espray naranja —afirmó sonriente—, ahora llevas el pelo del mismo colorcillo que yo. ¡Estás total! ¡Mazo guay, tronco!

—Corre...

—Ay, cuando hablas tan bajito no te oigo. ¿Te gusta?

—Maika, corre.

—A mí no me gusta correr. Sudo y...

—¡¡Te he dicho que corras!!

—¡Joder! ¿Hay un bicho?

—¡¡Sí!!

—¿Y es grande? No me jodas, macho, que a mí los insectos me dan tela de asco.

—De unos sesenta kilos.

—¡La madre que me parió! ¿Un godzilla?

—Más o menos, pero con cresta. ¡¡Corre!!

—¡¡Un dilophosaurus!!

Maika empezaba a ponerse muy nerviosa, a pesar de que estaba viendo con sus propios ojos que en el diminuto despacho no había ningún bicho, pero desde pequeña se fiaba por completo de lo que decían las palabras, y siempre creía con fidelidad lo que oía.

—¿Y hacia dónde corro?

—¡Hacia donde no pueda alcanzarte!

—¡Argg! ¿Quién? ¿El dilophosaurus?

—NO, ¡YO! ME HAS PUESTO EL PELO NARANJA.

—Bruno, tranquilízate, los dinosaurios huelen el miedo...

—¿Y tú?

—Yo estoy cagada del susto. ¡Vamos al primer piso! ¡Seguro que el bicho no sabe subir escaleras! —gritó al mismo tiempo que se lanzaba contra los peldaños, saltándolos de dos en dos.

Bruno llegó al piso de arriba casi sin aliento y tan sólo oyó que Maika chillaba: «¡corre, rubia maciza, que un dinosaurio peligrosísimo nos persigue

al jefe y a mí!». Lo siguiente que sucedió fue que se estampó contra una Sara en estado de shock.

La hoguera de las vanidades

Tom Wolfe

—¡Mierda!

—Gracias. Es muy bonito que entres en un sitio y que lo primero que te digan sea una palabra tan amable. Por cierto, muy «maduro» tu nuevo color de pelo.

Bruno la miró desde el suelo, lugar adonde había ido a parar tras el encontronazo con Sara. Todavía estaba aturdido, aunque su cerebro no habría sabido discernir si la tontería que tenía encima estaba causada por el olor a tinte barato y malo, por el golpetazo que acababa de darse o por el simple hecho de mirarla.

—¿Sara? —preguntó en el mismo tono de quien acaba de ver a un murciélago gigante.

Ella lo percibió al instante. A ver si estaba siendo demasiado insistente. No parecía, desde luego, que Bruno se alegrara mucho de verla, y eso, sin saber la razón, la entristeció.

—Al menos recuerdas mi nombre.

—¡Y cómo olvidarlo, con lo...!

Bruno intentó buscar la palabra adecuada, pero el «preciosa que eres» se le quedó atascado en la yugular cuando la oyó susurrar muy despacio:

—Sí, estoy siendo una pesada.

—¡No! ¡Yo no he dicho eso! ¿Cómo estás? Quería llamarte, pero...

Ya estaba, ya le iba a poner una excusa. A lo largo de su vida, Sara había oído demasiadas de ellas como para no saber cuándo alguien intentaba justificarse más de la cuenta.

—Pero no te ha dado la gana, puedes decirlo con total tranquilidad. En realidad, te buscaba porque... —comenzó a inventarse ella— sólo quería encargar una serie de manuales.

Bruno, que había empezado a levantarse del suelo, volvió a dejarse caer.

—¿Sólo por eso?

—Claro, no besas tan bien como para que ande desesperada detrás de ti —le espetó, siendo consciente de que acababa de meter la pata.

Bruno abrió la boca estupefacto. ¿Cómo que no besaba bien? ¡Pero si a él le había temblado hasta la pituitaria!

—De hecho, lo haces normalito tirando a muy soso —prosiguió ella, incapaz de parar a tiempo.

—Perdona, ¿cómo dices? —preguntó Bruno como si le costara creer lo que acababa de oír. ¿Lo estaba llamando «soso»?

—Sí, no pongas esa cara, te he llamado «soso». —«Jaque mate, chaval», pensó él—. De hecho, sería estupendo que te pusieras en pie para poder decírtelo mirándote a la cara y no como si estuviera hablando con un niño de tres años.

—No pienso ponerme de pie para que me llames «soso», faltaría más —respondió desde el suelo—. Si quieres hablarme a la altura de los ojos, tendrás que sentarte aquí —dijo a la vez que daba golpecitos sobre el parquet de la tienda.

—¿Qué me estás contando?

—Lo que oyes, guapita.

—Retira eso de «guapita». Lo has dicho con sorna —exigió Sara, cada vez más segura de que Bruno, el ~~hombre~~ macarra desalmado en el que llevaba pensando una semana y varios días, era además un idiota.

—¡Por supuesto que lo he dicho con sorna! ¡Con toda la que he podido!

—Me caes mal —espetó ella, aún desde las alturas.

—Permíteme que lo dude.

—Volvemos a tener una conversación extravagante y absurda.

—Pues fíjate tú que eso sólo me pasa contigo.

Se observaron durante unos segundos, minutos tal vez, como dos boxeadores en plena planificación de su próximo asalto.

—¿No vas a levantarte del suelo? —preguntó Sara, empezando a hartarse de mirar hacia abajo.

Bruno sonrió, lo que provocó que ella se lo tomara como un insulto.

—No —espetó a la vez que enredaba las piernas para sentarse como un indio.

—¡Pues me voy!

Y ahí fue donde terminó de liarse parda por dos razones:

Bruno quiso levantarse con rapidez y resbaló.

Sara dio media vuelta en plan diva de los años cincuenta, tipo Grace Kelly, con la clara intención de hacer una salida triunfal, pero metió el tacón del zapato izquierdo en el lazo del zapato derecho. Se estrelló, sí. Encima de Bruno, quien se quedó sin respiración durante al menos treinta y siete segundos. Del impacto..., claro. Del impacto de volver a tocarla, no por el golpe, eso desde luego.

Si era sincero consigo mismo, que lo era, debía admitir que estaba chiflado por ella. Desde aquel primer encuentro se había enamorado como un adolescente de catorce años. Sin remedio, sin esperanza y, sobre todo, sin forma alguna de ponerse en contacto con ella hasta que... ¡Oh, sí! Sara había decidido volver a La Bookería. Aun así, no pudo evitar soltar una de sus pullas.

—Si querías sentarte conmigo aquí, abajo —puntualizó con malicia a la vez que rodeaba la espalda de Sara con los dos brazos—, seguro que hay formas menos invasivas de conseguirlo.

Para sorpresa de Bruno, y a pesar de estar tirada encima de él, con sus cálidas manos alrededor de su cintura, ella no se movió, permaneció quieta y callada, observándolo con sus preciosos y enormes ojos negros.

—¿Te has hecho daño, Sara? —consiguió preguntar él con un tono de voz

más parecido al siseo que otra cosa.

Ella negó con la cabeza, incapaz de pronunciar una sola palabra. Estaba sumergida en una serie de sensaciones desconocidas para ella. Se encontraba genial, como si hubiera llegado al lugar exacto donde tenía que estar: los brazos de Bruno.

Sin duda el golpe le había provocado una conmoción cerebral. Por mucho que intentaba racionalizar la situación, no encontraba otra explicación ante el pensamiento, mucho más sensorial que racional, que bombardeaba su mente: estar en los brazos de Bruno era tan bueno como llegar a casa.

—Voy a besarte —consiguió decir justo antes de admitirse a sí misma que se estaba convirtiendo en una chalada.

A Bruno no le dio tiempo a responder. Cuando quiso darse cuenta, Sara lo estaba besando. Como la vez anterior, no se trataba de un beso suave, ni siquiera amable. Era un beso contundente, dado con pasión y con toda la intención de excitar al que lo recibiera. Perdido durante unos segundos en los miles de bengalas que acababan de encenderse en su corazón y, sí, también en su polla, fue capaz de responderle como se merecía: con la auténtica necesidad de quien besa al amor de su vida. Sí, estaba loco, se le había ido la pinza del todo, pero jamás había sentido una verdad tan grande.

A Sara nunca la habían besado así, jamás. Estaba más que segura, porque un beso así era imposible de borrar. En ese mismo momento no sabría describir si el beso era húmedo, caliente, palpitante, con la justa presión de unos labios sobre otros y muy excitante cada vez que él rozaba de forma casi distraída la lengua con la suya, pero lo que sí podía aseverar sin temor a equivocarse era que las sensaciones del beso no se quedaban sólo en la boca, no, le temblaba todo el cuerpo.

—Más —oyó gruñir a Bruno.

—¿Así que quieres más? —preguntó con una picardía que no sabía que tenía.

—Contigo siempre quiero más, mucho más —susurró excitado como nunca

en su vida.

—Pues más vas a tener.

Ninguno de los dos oyó cómo se abría la puerta...

—¡La madre que me parió! ¿En serio vais a montar una escenita porno aquí?

... ni tampoco oyeron resoplar a Maika.

—Estáis en medio del pasillo. Quiero pasar, colegas. Acabo de darme cuenta de que lo del dinosaurio era una gilipollez.

Sordera máxima bifocal por calentón extremo. Maika sopesó la situación, y menos mal, porque lo primero que se le había ocurrido era pisarlos. Necesitaba llegar hasta el mostrador, lugar donde se había dejado el móvil, y con aquellos dos tirados, abrazados y dándose el lote, no podía.

—Vosotros a lo vuestro, colegas, que Maika sabe volar. No os preocupéis por nada. ¡Será posible! Y luego el pavo me habla de profesionalidad porque llevo una cresta mutante. ¿Y él qué? Enrollándose con la rubia, tirado en el suelo, en medio del pasillo de la tienda. ¿Qué? ¿No me oís? Así os entre un tifus del copón por ignorarme.

Sara y Bruno no tenían capacidad de escucha en ese momento. Era muy difícil focalizar la atención en otra cosa que no fuera el calor y la magia que los rodeaba así, abrazados y besándose como dos quinceañeros en medio de un parque.

La dependienta aguantó un minuto y treinta y siete segundos. No consiguió resistir ni un poco más. Desesperada porque allí nadie le estaba haciendo caso, decidió actuar. Con total probabilidad habría sido más inteligente meditar con calma qué hacer, pero como la impulsividad era lo suyo y no la racionalidad, hizo lo primero que se le pasó por la cabeza: sentarse encima de ellos.

—¡¡Pero ¿qué haces?!! —gritó Sara, aún abrazada a Bruno.

—Unirme al fiestón. ¿Qué? ¿No os van los tríos?

—¡Quítate de encima, Maika!

—Mira, macho, me quitaré si me juras que os vais al baño o a cualquier otro lugar donde estos ojitos —matizó, haciendo un gesto con los dedos índice y corazón bajo sus ojos— no os vean.

Inmovilidad máxima por estupor supremo. Sara incluso metió la cabeza en el cuello de Bruno, sin pretender con ello provocarle el escalofrío más espectacular de su vida, lo que lo llevó a abrazarla aún con más fuerza.

—¡Vete! —consiguió gritar.

Maika se miró el reloj tres veces. Si lo miraba sólo dos, no se quedaba tranquila.

—Aún es pronto, son las ocho y cuarto. ¿No has dicho que hoy nos quedábamos hasta las diez?

—VETE.

—A mí me gusta cumplir con mi horario, que si no luego me dices que soy una irresponsable, y eso que hoy, que lo sepas, viene mi amiga Bachata de Londres y me...

—¿Tienes una amiga que se llama Bachata? —preguntó Sara con interés, levantando la cabeza del hombro en el que se había escondido, lo que provocó un leve gemido de protesta por parte Bruno, que se sentía en la gloria de tenerla ahí metida.

—No quieras saber —respondió él, que ya se sabía la historia, con la esperanza de que Sara volviera a recolocarse en su regazo tal y como estaba medio segundo antes.

—¿Por qué?

La curiosidad era una de sus máximas virtudes.

—Mejor pregúntate para qué quieres saberlo. Si te lo cuenta, no lo vas a olvidar, eso puedo asegurártelo.

Estuvo a punto de añadir que como a él le sucedía con sus besos, pero no quería que ella fuera consciente de que aún seguía encima de él.

—Bachata mola y su historia, también —aseveró Maika sin mover ni un músculo para levantarse.

—¿Me la cuentas? —pidió Sara más interesada aún y con el cuello más torcido cada vez. Sí, era consciente de que estaba a punto de desnucarse, pero qué bien se estaba entre los brazos de Bruno.

—Pss..., ganas no tengo —aseguró la aludida—, pero como estás muy buena y yo soy una tía genial, te lo voy a contar.

—¿Puedes hacerlo después de levantarte de encima de mí?

Maika la miró de reajo. Ah, ¿es que seguía sentada encima de la rubia? Ya se le había olvidado.

—Tu culo mola. Está blandito.

Morirse habría sido más digno para Sara. La chiquilla de la cresta acababa de decirle que su culo estaba fofo, cuando ella se dejaba la epidermis en sentadillas en el gimnasio y, además, Bruno acababa de tocárselo en un claro gesto de querer comprobarlo. Tan roja como una colección de suecos puestos al sol, se levantó corriendo.

—¿Quién te crees que eres para tocarme el culo?

No estaba enfadada, de hecho, le había encantado la delicadeza con que él había posado la mano sobre ella. También le había gustado ver la cara de mortificación de Bruno.

—Discúlpame, Sara, por favor. Ha sido un gesto sin pensar. No debería haberte tocado ahí por nada del mundo. Te pido perdón las veces que haga falta. ¿Quieres tocar el mío para compensar?

Mierda, ¿acababa de decir eso? ¿Qué le estaba pasando con esa mujer?

Sara lo miró de reajo una o dos veces mientras se acomodaba en el sofá verde, que le quedaba más cerca. Una vez instalada, le sonrió de forma enigmática y susurró algo antes de guiñar un ojo.

Bruno hizo todo lo que pudo para escuchar lo que acababa de decirle, pero le fue imposible con la cantidad de ruido que estaba haciendo Maika moviendo el otro sofá.

—¿Puedes repetir? —preguntó como un bobo.

—No me gusta repetir las cosas —aseguró ella avergonzada ante el claro

coqueteo que acababa de lanzarle—. Haber puesto más atención. Te lo has perdido.

—Si eso, cuando acabéis de decir tonterías, rubia, te cuento la historia de Bachata.

—Toda tuya —le aseguró Sara, ya sentada y con el corazón dándole botes dentro del pecho.

A decir verdad, Bachata le importaba tanto como una piedra de la calle, pero necesitaba procesar qué era lo que le sucedía cuando estaba cerca de Bruno. ¿Qué era esa atracción loca que la llevaba a besarlo una y otra vez? Porque, si era honesta consigo misma, debía admitir que, en las dos ocasiones en las que se habían besado, la que se había lanzado primero era ella, y eso a ella no le había pasado nunca.

A dos pasos, Bruno la observaba ya puesto de pie. Parecía ajeno a todo lo que se cocía allí, pero en realidad cualquiera que lo conociese habría sabido que estaba atacado de la vida, excitado como un chaval y absolutamente loco por esa chica rubia de enormes ojos negros que estaba sentada en el sofá verde de su librería a una hora en la que ya debería estar todo cerrado.

—Tronca...

—Mejor Sara, Sara Bueno.

¿Para qué carajo le daba el apellido a la muchacha de la cresta naranja?

—Vale, tronca. Muy cuco tu nombre. No lo había oído nunca, Sarabueno. ¿Es de Guatemala?

Bruno bufó de risa ante la mirada estupefacta de Sara y, a pesar de que le hizo un gesto divertido, ella no lo vio.

—Se llama Sara, Maika —explicó desde el mostrador—. Bueno es el apellido.

—Ah, piba, coño, ¿no ves que yo lo pillo todo tal cual?

Sara pestañeó. No entendía nada. Aquélla era una librería llena de zumbados, aunque, si era honesta, ella era la primera de los tres.

—A mí me lo explicas todo clarito, que no soy capaz de distinguir si lo que

dices es una broma o una ironía. Molona que es una —sentenció, pasándose una mano por la cresta.

—No comprendo nada.

—Pues tonta no pareces, colega.

—Nunca he creído que lo fuera.

—¿Estás segura? Te cuesta pillar las cositas, pero tú no te preocupes, que aquí la menda va a explicártelo todo como si fueras bobita.

Bruno volvió a reír ante la desfachatez de su empleada, pero decidió lanzarse a la búsqueda de algo urgente y necesario debajo del mostrador en cuanto vio la mueca de enfado de Sara.

—¿Alguien quiere chocolate? —preguntó con las manos llenas de pequeñas chokolatinas enfundadas en papelitos de diferentes colores.

—No me gusta el chocolate —respondió Sara de inmediato.

—No te creo.

—No tengo por qué mentirte. Nunca me ha gustado.

—Es que eso no es normal.

—¿Por qué?

—El chocolate le gusta a todo el mundo.

—A mí no.

—Eso es porque no has probado éste. Es especial. Lo hacen en una fábrica muy pequeñita en un pueblo cerca de aquí y voy expresamente a comprarlo.

—No me gusta ningún chocolate, de verdad que no.

—Anda, no seas así, pruébalo —insistió él, abriéndole uno de los pequeños envoltorios.

—Te agradezco el detalle, pero el chocolate me hace vomitar.

Bruno sopesó lo que acababa de oír. El chocolate no le hacía daño a nadie. Era su máximo amigo, su consuelo, su terapia infalible, lo más. Era imposible que no le gustara a alguien tan dulce como Sara.

—Si lo haces para evitar engordar, déjame decirte que...

—Macho —susurró Maika—, hasta yo me acabo de dar cuenta de que la

has cagado de aquí a Tokio.

Sara pasó del tema... durante diez segundos exactos.

—No voy a enfadarme. Soy mucho más madura que eso. Más madura y, por supuesto, más inteligente —aseguró con los ojos puestos en Maika porque, si miraba a Bruno, le haría comer todas las chokolatinas con las orejas—. Venga, bonita —agregó, dándole una palmadita en la pierna a la dependienta—, cuéntam...

—Pss, pava, no me gusta que me toquen. Quita esa mano de ahí.

No debería haberse reído, pero a Bruno le costó la misma vida, así que, con la boca aún llena de chocolate, estalló en carcajadas.

—No sé qué es lo que te hace tanta gracia.

—Tu cara.

—Hostias, macho, así no te la ligas en tu puta vida.

—¿Mi cara?

Bruno recapacitó un segundo y medio. Aquello parecía sin duda una conversación entre amebas, más que un diálogo entre dos personas que se besaban con tanta pasión. Cerró los ojos y pensó algo inteligente.

—¿El chocolate blanco tampoco te gusta?

—Tronco, tú eres *mu* tonto.

—Más que tonto, es poco oportuno.

—No, es tonto del higo. No sé cómo se te ha podido ocurrir tirarte encima de él antes y besarlo.

—Me he caído, no me he tirado —puntualizó Sara.

—Sí, ya... Rubia, maciza y un poco torpona, ¿no?

—Perdona, Maika, pero Sara tiene razón, se ha caído. Yo lo he visto.

—Pero ¿qué me vas a contar tú, pavo de mi alma, que estabas *alelao* a nivel de un dios ahí, con ella encima?

Aplastante verdad.

—¡Como para no estarlo! —masculló sin darse cuenta de que lo había dicho en voz demasiado alta y que lo habían oído.

Sara quiso echarle un cable ante la mirada escrutadora de Maika, que a todas luces deseaba pegarle por lo indiscreto que era con respecto a lo que sentía.

—¿Y la historia de Bachata?

Maika suspiró tal y como lo habría hecho una morsa en su hábitat. Aquellos dos habían decidido sacarla de sus casillas esa tarde.

—*Bachata* es la perra de una tipa que se llama Alicia. Nos hicimos amigas en el bus que va de Londres a Windsor, *Bachata* y yo, no Alicia y yo. Me gustan más los animales. Las personas sois absurdas y Alicia es un poco coñazo, aunque sea un coñazo entrañable porque tiene ochenta y tres años.

—¿«Sois»?

—Sí, tía, «sois». Yo soy distinta. Y ahora, me las piro. Me abro, me voy, me escapo de vosotros dos. Paso de vuestras moñadas y baboseos. Me voy, que hoy tocan otra vez mis coleguitas. Hala, ya cerraréis vosotros.

—Maika...

—Mira, jefe, no me digas que no puedo ir. Está claro que hoy no vamos a adelantar nada en la tienda con la rubia de por medio. Desde que ha entrado, sólo la has mirado a ella. Estoy casi hasta celosa.

Sara se puso roja. No roja en plan pava, no. Roja en el sentido más estricto de la palabra. Roja de arriba abajo. De los pies al pelo. ¿Bruno sólo tenía ojos para ella?

Por fortuna, no fue la única. En aquel instante, el dueño de La Bookería, rojo en plan pimiento morrón, reculaba y cerraba la caja sin haber sacado nada de dentro del cajoncito donde se guardaban los billetes.

—Iba a darte una propina, pero...

—Mejor invita a la rubia a una birra. Hala, os dejo solos. Portaos bien, que os conozco. Ah, y baja la persiana si piensas morrearte con ella otra vez. No hace falta que toda la calle se entere de tus rollos.

El código Da Vinci

Dan Brown

Maika era feliz, o al menos eso pensaba ella desde siempre, aunque algunas veces no fuera capaz de organizarse bien o no pudiera de ninguna forma comprender las ironías, las frases hechas o incluso las absurdidades que le decían sus amigos, su familia o el propio Bruno. Pero ¿y qué? Se gustaba a sí misma y le importaba un carajo lo que los demás opinaran en general. No solía equivocarse nunca y eso le encantaba.

Acababa de salir de La Bookería con la firme convicción de que su jefe era un memo y que le había dado un calentón antológico, cosa que no le extrañaba, porque la rubia era una tía bien guapa. Sí, le gustaban las mujeres, y los hombres también, pero en menor medida. Las chicas eran siempre más divertidas y la comprendían mejor. No le había costado aceptar su sexualidad por varios motivos, siendo el principal el hecho de que lo había sabido desde siempre. Otra cosa era que, en su casa, a su querido padre, *el Notario*, le importara tan poco como a ella. A sus veinte años, aún no había sido capaz de decírselo. Bastante poco toleraba sus pintas de macarra, aunque a Maika le pareciesen lo mejor del mundo. Con su madre, en cambio, era otra cosa. Pepita era bastante abierta de mente y conocía muy bien a su hija, no como el Notario, que sólo rezaba para que ésta se centrara y sentara la cabeza. Frase, por cierto, que Maika había intentado entender muchísimas veces pero jamás lo había conseguido, y es que le resultaba muy incoherente poner la cabeza en el asiento de la silla. Una frustración más para su padre, suponía, que ni siquiera se sintió impresionado ante la rapidez con la que se sacó el grado de Biblioteconomía y Documentación. Le encantaba estudiar y tenía una memoria

prodigiosa para recordar datos y cifras, y mucho más si éstos tenían relación con los libros, la auténtica pasión de su vida desde que tenía uso de razón.

Cuando pensaba en lo que su padre le había dicho tan sólo unos meses antes, cuando llegó a casa con el título en la mano, aún se le saltaban las lágrimas, y eso que ella nunca lloraba. Maika no lloraba y, si lo hacía, no quería que nadie se diera cuenta. Era demasiado orgullosa como para mostrar que tenía corazón y que había una persona en el mundo que era capaz de hundirla porque, hiciera lo que hiciese, jamás lo haría bien a ojos de esa única persona a la que siempre había querido agradar.

Absorta en sus recuerdos, caminó cuesta abajo en plan compungido por la calle donde estaba la librería. Trabajar con Bruno era su primer curro, y sí, decía «con» y no «para», porque no sabía qué podría ser del librero si no fuera porque ella siempre estaba al pie de guerra, ordenando y gestionando pedidos y clientes. Le encantaba su trabajo. Nunca había sido tan feliz ni se había sentido tan realizada. Le encantó la universidad y estudiar, pero esa maldita manía de hacerlo todo bien y a la primera la había sobrepasado en algunas asignaturas. En el instituto le sucedió lo mismo. Sus profesores la presionaban para que se relajara, pero, en lugar de conseguirlo, eso la ponía aún mucho más nerviosa, sobre todo cuando le decían que no era necesario sacar un diez en todo. Tampoco entendió por qué no lo era, si a ella le parecía de lo más oportuno. Eso fue lo que la llevó a adelantar un año de bachillerato y otro de universidad, con lo que a sus veinte años ya tenía el grado de sus sueños. Sólo le faltaba algo para estar satisfecha: empezar la tesis.

No le había contado a nadie que llevaba unos meses estudiando de nuevo, esta vez el doctorado, para poder acceder a la investigación de su vida, con la que llevaba soñando desde que aprendió a leer: la historia del libro. La obsesión de su vida para algunos, su misión de vida para ella.

Y, así, con la cabeza gacha, cosa que repetía cada vez que pensaba en su padre, bajó de la acera sin mirar ni dónde pisaba.

—¡Eh! ¡Mira por dónde vas!

Maika veía chiribitas de colores, de muchos colores.

—¿Te encuentras bien, niña? —dijo una voz.

¡Uy, pero cuantísimas estrellitas brillantes!

—Yo creo que debe de haberse deslumbrado. ¿Quieres sentarte? —propuso la segunda voz.

Apenas si podía hablar. Desde niña tenía un problema con las luces fuertes, y acababa de ver un fognazo justo delante de sus pupilas.

—Sí, es mejor que se siente —decidió la primera y preciosa voz para, dos segundos después, cogerla del brazo y llevarla hasta una silla que parecía estar muy cerca.

—A lo mejor es extranjera y no nos entiende —sugirió la segunda voz.

—Es posible, porque con las pintas que lleva...

—¡Pintas, tu puta madre, chica de la voz bonita! —gritó Maika con los ojos aún cerrados.

—Oh, perdona, pensaba que no me entendías.

—¿Y eso te da derecho a insultarme?

La voz bonita se calló durante los diecisiete segundos más largos que jamás había contado Maika.

—Perdóname, tienes toda la razón.

—Tu voz ya no suena igual...

—Estoy avergonzada.

—Será la primera vez —susurró bajito la segunda voz, a modo de apunte innecesario, aunque se le oyó la mar de bien.

—¿Estás mejor? —preguntó de nuevo la primera voz mientras lanzaba siete rayos láser a la segunda voz, que reía a carcajadas.

Maika volvió a pestañear. Poco a poco iba recuperando la capacidad de ver con claridad.

—Empiezo a estarlo. Si no te importa, no me hables porque me resulta imposible curarme los ojos y establecer una conversación a la vez.

—Perdona...

—¡Y ya van dos! Auro, estás de lo más educadita esta tarde.

—Chuso, cierra el pico.

—Ni de coñita. Tú serás una mandona, pero yo abro esta boquita —aseguró mientras señalaba sus labios— cuando me da la ganita, y ahora me la da.

—Eso, en mi pueblo, es un zasca en toda la cara.

—¿No decías que no podías hablar?

—Se me había olvidado. Hueles bien —afirmó Maika, aún con los ojos cerrados y con la nariz respingona dispuesta a averiguar de dónde procedía aquel perfume tan rico.

Aurora se puso roja y eso la desconcertó. No recordaba haberse puesto roja nunca. Tampoco sabía si olía bien, la verdad. Sólo se ponía el mismo perfume de limón desde que tenía uso de razón.

—Hueles a limonero.

—Vaya, Aurorita de mi vida, vaya, vaya, lo que te está pasandito... Verás cuando se lo cuente a las chicas.

—Tú te vas a callar la boca.

—Hueles muy bien, sí, señor, pero eres una mandona de cojones —sentenció Maika, aún viendo mandalas de colores en sus ojos.

Aurora se calló, cerró la boca y, por primera vez también en toda su existencia, se sentó y esperó en silencio.

* * *

—¿Te apetece un café?

Bruno estaba como hipnotizado. Llevaban unos doce minutos solos desde que Maika se había ido, cinco de los cuales, más o menos, habían transcurrido en el más absoluto silencio.

Sara, en cambio, se sentía idiotizada, y lo peor de todo es que sabía que lo estaba. En su mente se reproducían sin cesar las imágenes del beso que se

habían dado en el suelo y, aunque respiraba, no le costaba afirmarse a sí misma que aún seguía sin aliento.

—Perdona, ¿decías?

Creía haber oído una voz allá, a lo lejos...

—¿Quieres un café? Yo necesito uno —repitió Bruno justo detrás de ella—. Tenemos la mejor cafetera de toda la ciudad —agregó con orgullo—. La compré en Italia, una reproducción antigua de las míticas Elektra, una verdadera joya *belle époque* rematada en cobre que recrea el ambiente de París de finales del siglo XIX.

Sara parpadeó, y comprobar que aún podía mover los ojos la tranquilizó. ¡Menos mal! Ya era hora de que la sangre volviera a irrigar su cabecita. Desde que había conocido a ese hombre, no paraba de hacer ni de decir idioteces. Decidió concentrarse y comportarse como era habitual en ella, pero antes, para poder conseguir eso, necesitaba, sin duda alguna, una buena dosis de cafeína.

—¿Te importaría prepararme un café? —preguntó sin darse cuenta de la cara de incredulidad, y también de orgullo, de Bruno.

—No me has escuchado, ¿a que no?

Sara volvió a parpadear, pero lo hizo justo después de suspirar. Hala, ahí estaba otra vez el pellizco ese en el estómago de Bruno.

—Perdón, ¿qué decías?

Era imposible que aquello estuviera pasándole. A sus treinta y cinco años, Bruno no recordaba ningún momento en el que se hubiera sentido atravesado por un rayo fulminante, y eso era lo que estaba sintiendo desde la primera vez que vio a Sara. ¿Qué más daba que los dos parecieran idiotas perdidos?

—Te preguntaba si te apetecía un café.

—Me encanta el té.

Sara se puso de pie. Necesitaba estirar las piernas. Desde pequeña, siempre que necesitaba pensar, paseaba. A veces sólo daba vueltas alrededor

de su cama; otras, si se ponía más tensa, se calzaba las zapatillas de deporte y caminaba rápido por el parque que había debajo de su casa familiar.

Bruno contó las vueltas. Catorce rodeando los sofás verdes. Se fijó en la cara de Sara. Era preciosa con esos intimidantes y enormes ojos negros, que contrastaban con el pelo rubio recogido en una especie de moñete deshecho. No era muy alta, ni siquiera con esos taconazos que llevaba. Observó su cuerpo. Tan sólo un rato antes había estado bien pegadito a él. Ya entonces lo había encontrado perfecto, pero ahora, así, medio despeinada y sin darse cuenta de que la observaba, aún le parecía mucho mejor. Pequeñita pero con unas curvas que lo tenían medio infartado. Juraría que hasta se le estaba cayendo la babilla.

—¿Te encuentras ya mejor?

Sara había dejado de andar.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—No, no sé por qué dices eso.

¿Hacía calor allí o sólo lo tenía él? Desde luego, a Sara se la veía de lo más normal, a pesar de que había andado en plan Forrest Gump durante un buen rato.

—Ideas absurdas de las mías... ¿Cómo prefieres el té?

—¿Cómo te gustaría hacérmelo? —Premio a la pregunta más idiota jamás hecha.

Sara estaba a punto de que le explotara la cara, pero fue incapaz de dejar de mirar a Bruno, quien, ante la ingente cantidad de imágenes sexuales que se le vinieron a la cabeza de golpe, tuvo que sentarse. Acababa de marearse de nuevo, le temblaban las manos, el pelo, las córneas de los ojos, el epitelio de la lengua, si es que existía algo así.

—En estos momentos, no muy despacio... —balbuceó con el tono más adolescente al que jamás nadie podría haber aspirado.

Sara se apiadó de él. Estaba segura de que no era, ni mucho menos, tan

tonto como parecía, de la misma forma que ella no lo era y, sin embargo, no paraba de decir imbecilidades como si se tratara de una carrera a ver quién de los dos era más zopenco, así que tiró de temple profesional y se acercó a la enorme cafetera de cobre de la que salía vapor de forma sospechosa, dispuesta a reconducir la conversación.

—Bruno, de verdad, creo que los dos tenemos cierto cociente intelectual. Sería genial que lo demostráramos.

El aludido abrió tres chocolatinas más de golpe y se las metió a la vez en la boca antes de responder.

—Estoy de acuerdo contigo.

—¿Ves? Ya empezamos a dialogar con algún criterio.

—Si me sonríes así, voy a empezar a tartamudear otra vez.

—¿Cómo sonrío?

—Como las mariposas.

Nada dejaba a Sara muda de repente. N-A-D-A, excepto aquello.

—Tus labios son como las alas. Sé lo suaves que son y también sé que, a pesar de su fragilidad, pueden ser contundentes cuando se lo proponen. ¿Quién no siente ilusión al ver una mariposa? Eso siento yo cuando tú sonríes.

—¿Eres poeta? —logró balbucear.

—No, un moñas de reconocido prestigio.

—No me gustan los moñas... —murmuró ella con la clara convicción de no creerse ni una sola de sus propias palabras.

—Ni a mí. De hecho, no sabía que lo fuera. Sólo me pasa contigo.

Sara inspiró con fuerza, y mientras Bruno pensaba que ahí estaban de nuevo las mariposas, ella decidió que ya estaba bien de hacer el tonto, así que se acercó a él de golpe y volvió a besarlo. Y con delicadeza no fue.

—Vamos, tronco, ¡no has bajado la persiana y aquí sigues, venga al morreo con la rubia!

—¡Sara! ¿Éste es el librero?

—*Oh, my God!* ¡Eso sí que se ha sido un besito de peliculita!

—¡Maika!

—¡Aurora! ¡Chuso! ¿Qué hacéis aquí?

—Ver cómo te lanzabas en los brazos de este...

—Hola, ¿qué tal? Soy Bruno.

—Ah, hola, yo soy Auro, amiga ÍNTIMA de Sara.

—¿Cómo estáis?

—Mucho mejor que tú, macho, a ti debe de haberte dado un chungo cerebral.

—¡Hombre, Maika! ¡Tú por aquí!

—¡Y yo soy Chuso! Si no te importa, voy a echarles un vistacito a las estanterías. Estoy buscando un librito en concreto.

—Puedes mirar lo que gustes. Estás en tu casa.

—¡De eso nada, chaval! Esto es una librería, tu librería, de «su casa» nada. ¡Qué cosas tienes!

—La verdad, Sara, es que no está nada mal, debo reconocerlo, no me extraña que te hayas lanzado.

—No me he lanzado.

—¡¡NO POCO!! Lo hemos visto todos, ¿a que sí? ¿Quién lo ha visto?

Maika, Chuso, allá a lo lejos, en la estantería de libros extraños, Aurora y hasta Bruno, situado aún detrás de la cafetera, levantaron la mano a la vez.

—No sé por qué niegas los hechos.

—¿Qué hechos?

—Maika, los evidentes.

—Mira, guapa de la voz bonita y olor a limón, para mí no son tan evidentes.

Aurora volvió a ruborizarse ante los piropos.

—Estoy haciendo café y té, ¿alguien quiere alguna de las dos cosas?

Tres manos más levantaron el dedo índice en señal de «sí».

—Café. El mío con lechecita de soja, si puede ser —apuntó Chuso con cuatro libros ya en las manos.

—El mío sin leche pero con un poco de miel, si no te importa —pidió Aurora.

—Yo no tomo café, como bien sabes, pero me apetece una infusión que relaje mis neuronas, tronco.

—Yo quiero un descafeinado de sobre con dos de azúcar y una nube de leche templada.

—Rubia maciza, ¿tú crees que el pavo tiene ahora mismo capacidad para entender una frase tan larga?

—¡Sí! ¡Lo he pillado! *Desca* de máquina con leche de avena y un plátano.

—¡*Oh, my God*, que va a ser que tienes el librito que he estado buscando media vida!

Maika trepó por los sofás hasta llegar a donde estaba Chuso. Una venta era una venta, y eso estaba por encima de cualquier discusión surrealista.

—¿Cuál?

—*Si la lentejuela te falla, el glamur te estalla*, por supuesto. Es todo un decálogo de cómo una lentejuela puede animar una vidita. Me lo recomendó la institutriz de mi prima Catalina, la modista del teatro Principal en los años sesenta. Su madre ya lo fue, y también su abuela. Toda una saga de costureras del glamur teatral —exclamó Chuso con los ojos llorosos—. ¡Qué emoción haberlo encontrado!

Bruno caminó hasta donde se encontraba un ilusionado Chuso, que daba saltos como si fuera un canguro australiano, y una estupefacta Maika, que miraba la escena como si estuviera a punto de entrar en uno de sus shocks.

—A ver, déjame ver —pidió Bruno—. Creo que este ejemplar está...

—Ese libro no lo tenemos catalogado... —susurró Maika, al borde de la efervescencia—. De estarlo, yo lo sabría.

—... desde que hice la reforma del local.

—¡¡¡Este libro NOOO lo tengo catalogado!!!

—¿Estás bien? —preguntó Aurora, asustada por primera vez en su existencia.

—NO, va a darme un siroco.

—Tranquila, se le pasa enseguida —aseguró Bruno—. Es habitual cuando algo la descuadra.

—Bueno, por lo menos está Sara, que es médica. ¿Puedes mirarla? ¿Le pasa algo?

Maika acababa de empezar a hiperventilar en plan hiena corriendo por una empinada subida en la sabana africana.

—¡¡Una bolsa, seres desalmados!!

—Tranquila, sólo estás inhalando más...

—Cállate, rubia de los cojones, y dame una bolsa.

—Maika, ya hemos hablado mil veces de que las bolsas son para los clientes.

Tres pares de ojos y un par proveniente de King Kong miraron con estupefacción al librero inhumano que se negaba a darle una bolsa a la dependienta, que, medio asfixiada, intentaba tranquilizarse.

—¿Quieres un poco de agua? —sugirió Aurora.

—¡¡Quiero una puta bolsa!!

—Recuerda que pactamos que te las descontaría del sueldo.

—Tú eres idiota, chaval.

—Aurorita, no te metas en las relaciones de otros, que vas a salir escaldadita.

—Soy abogada, ¡no puedo soportar esta injusticia! Como empleador, debes procurar el bienestar de...

—¡¡Con mi jefe no te metas aunque huelas de putísima madre, te aviso!! ¡No me da la bolsa porque ya se me ha *pasao*! ¿Y cuánto le cobramos por el libro, eh, listillo? Porque es lo que tiene no haberlo catalogado.

—Este libro no está en venta. Debí de dejarlo ahí cuando hice la reforma del local. Seguramente me lo encontraría entre las cosas del anterior propietario.

—¿¿¿Cómo??? ¡Encima es una primera edición de los años sesenta!

¡¡Quiero esa bolsa a la de ya!!

Esta vez, la única que no salió corriendo a por una de las características bolsas de papel con el logo de la librería fue Sara, y es que el berrido de Maika no dejaba lugar a dudas: el siroco iba a ser antológico.

Media hora más tarde aún seguía hiperventilando dentro de ella, aunque, si era honesta consigo misma, era porque no quería que la tal Aurora dejara de acariciarle la nuca, cosa extraña, ya que a ella no le gustaba que nadie la tocara.

Aurora flipaba también consigo misma. Jamás había acariciado tanto a cualquier otro ser humano, pero, por algún motivo, Maika y su cresta la tenían completamente fascinada.

En otro grado de fascinación, Chuso, tirado en el suelo como si se encontrara en medio de la playa, que hojeaba su libro soñado a la espera de que alguien le dijera cuánto le iban a cobrar por él, interrumpía de vez en cuando su lectura con algún que otro suspiro de puro entusiasmo.

Bruno y Sara sólo eran capaces de mirarse de reojo, el primero todavía con la boca llena de chocolate y la segunda, como buena médica, hacía sumas en su calculadora mental sobre cuántísimo le habría subido el azúcar al librero en la última hora y media.

—Bueno —anunció Maika treinta y tres minutos y cuarenta y cinco segundos exactos después—, ya estoy bien.

Nadie le hizo ni puñetero caso, ni siquiera Aurora, que a fuerza de tocarle la nuca se había relajado tanto que acababa de quedarse dormida. A Maika estuvo a punto de darle otra vez el ataque de pánico cuando pensó que menuda cosa tan bonita captaban sus ojos al ver dormir al limón andante. Por si acaso, y sólo para sacudirse la sensación de ternura que comenzaba a subirle por los pies, se puso en pie de golpe y comenzó a gritar:

—¿Y qué coño le cobro por el libro?!

—Se lo regalamos —decidió Bruno. Él también se ilusionaba igual cuando encontraba una nueva versión de *La historia interminable*.

—¿Una primera edición? Tú, cacho jefe con orejas, te has propuesto matarme hoy. ¿Eres consciente de lo que puede llegar a valer?

—Estoy dispuestito a pagar lo que haga faltita, de verdad.

—No —aseguró Bruno—, no vas a pagar nada. Te lo regalo con mucha ilusión. Es bonito haberte visto tan feliz cuando lo has encontrado.

Los lagrimales de Sara se llenaron en contra de su voluntad. Sentía devoción por su amigo y siempre pensaba que merecía que la vida fuera tan buena con él como él lo era con los demás.

Chuso se emocionó abrazado al libro. Desde que era niño había soñado con encontrarlo. Era una tontería, sí, pero desde que había tenido la primera leucemia se había jurado y perjurado ser feliz con las pequeñas cosas de la vida, y encontrar ese libro del que tanto había oído hablar era una de esas pequeñas cosas.

—Mira, Chuso, que a mí me caes de puta madre desde que te he conocido hace dos horas y tres minutos, eso que vaya por delante, pero aquí el amigo tiene que pagar el alquiler, la luz, internet, el agua, a los proveedores, a mí y hasta las puñeteras bolsas que me niega todos los meses —puntualizó Maika con un dedo bien apretado en el pecho de Bruno.

—Logiquito. Yo lo pago. Dime lo que pides por él.

La cabeza de Maika hervía de números mientras calculaba cuál podría ser el precio de ese ejemplar en relación con su extensa base de datos sobre primeras ediciones.

—No vamos a cobrarle nada a Chuso por ese libro. Es un regalo de la casa. Disfrútalo muchísimo.

—¡Un tequila! —pidió Maika.

—Esto no es un bar.

—Pero hay una botella de tequila detrás de la barra, que la he visto yo —aseguró ella con la firme esperanza de que el alcohol le quitara de cuajo las ganas de gritarle a su jefe. Era el peor empresario que había visto en su vida —. ¡Y con hielo! ¡¡¡YA!!!

La divina comedia

Dante Alighieri

—Has tenido un detalle muy bonito con Chuso, no me lo esperaba.

Bruno y Sara se habían quedado solos después de que Aurora y el propio Chuso se hubieran ofrecido a llevar a casa a una Maika en estado ruinoso tras haberse bebido más de media botella de tequila, con hielo, eso sí, chupito a chupito. Ahora cenaban en el despacho de Bruno la comida que habían pedido en el italiano de delante de La Bookería, una pasta maravillosa con sabor a calabaza.

—¿Por qué no te lo esperabas? ¿Tan mala imagen doy? —intentó bromear Bruno. Hablar con ella de forma tranquila estaba resultando toda una experiencia.

—En el fondo, tu dependienta tiene razón. Eres un empresario y deberías cobrar los libros.

—Sólo he hecho una excepción. Para Chuso parecía un libro muy importante y se lo ve tan buena persona que me ha sabido mal inventarme un precio y cobrarle.

Sara dejó el tenedor encima del recipiente metálico del que aún salía humo.

—Es una grandísima persona.

—¿Sois amigos desde hace mucho tiempo? —preguntó él mientras pinchaba un pequeño tomatito relleno de gorgonzola para acercárselo a continuación a Sara.

—No, desde hace tres años —respondió ella con el tomate ya en la boca—. Está delicioso, gracias. Chuso estuvo ingresado en el hospital donde yo trabajo y es, además, cuñado de una compañera a la que aprecio mucho.

Simplemente coincidimos y nos enamoramos el uno del otro. Es una de esas personas a las que siempre apetece tener cerca —concluyó.

—Como tú —susurró él casi sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta—. Tú también eres una de esas personas.

Sara luchó por mantenerle la mirada, pero no pudo. Hacía tiempo que nadie le decía una cosa así.

—No creas, soy bastante complicada. Mi vida, de hecho, lo es.

—¿Por qué dices eso?

Estaba fascinado por la delicada forma en que ella enrollaba los *fettuccine* y se los llevaba a la boca. Se había fijado en que justo después suspiraba tranquila, como si disfrutar del sabor de aquella pasta fuera lo más importante del mundo, y justo entonces, desde la calma que los rodeaba, fue consciente de que estaba enamorado. Sí, de acuerdo, lo sabía de antes, lo había averiguado antes, pero acababa de confirmarlo. Aquello era real. Bruno García se había enamorado de verdad de aquella chica de pelo rubio y ojos negros con la que había vivido escenas surrealistas llenas de locura y cierto toque de pasión.

Sara, ajena a los pensamientos de Bruno, continuaba intentando encontrar la respuesta perfecta a la pregunta que él le había lanzado.

—Trabajo demasiado, quizá. Estoy en uno de esos momentos en los que no sé bien lo que quiero. Me he pasado la vida estudiando, después trabajando, estudiando de nuevo... Me siento como si hubiera entrado en un bucle y todo el tiempo hiciera lo mismo. No sé si alguien valiente como tú puede llegar a entender lo que le digo.

—¿Valiente? ¿En qué crees que he sido valiente? —Sí, estaba fascinado ante ella y su conversación—. ¿Más vino?

—Sí, gracias —respondió con la mano puesta ya en la copa de plástico que les habían dado junto a la comida y los cubiertos—. Hay que ser muy valiente para montar un negocio como éste y sacarlo adelante en estos días, ¿no crees?

—Bueno... —suspiró Bruno de repente. Acababa de acordarse de su padre —, en mi caso tuve un buen empujón para poder hacerlo —explicó mientras

tenía cuidado de no derramar el vino. El hecho de recordar a su padre en un momento así lo había puesto nervioso.

—¿Económico? —preguntó ella con mucho interés. No sabía si había sido cosa de su imaginación, pero le había parecido observar un brillo diferente en los ojos de Bruno, como si se hubiera emocionado.

—No, Sara, un empujón de la vida, un buen guantazo en realidad.

—Bruno, no tienes por qué contármelo si no quieres.

Respiró hondo. Contarle lo que le había sucedido a su padre era algo que necesitaba hacer con todas sus fuerzas, como si el hecho de que ella lo supiera fuese a calmar, de alguna forma, su dolor.

—No he sido librero y empresario toda la vida, Sara. Estudié Administración y Dirección de Empresas en la universidad y me dediqué a ello durante algunos años en la multinacional donde mi padre había desarrollado toda su carrera laboral. Mi padre era una gran persona a la que siempre intenté impresionar, no con mucho acierto, me temo.

—¿Qué es lo que te hace pensar así?

Sara estaba completamente seducida ante la historia que Bruno le estaba contando, aunque había algo dentro de su corazón que empezaba a advertirle que no siguiera preguntando.

—Sé que a mi padre le habría gustado muchísimo que yo continuara con su carrera y lo imitara dentro de aquella empresa que tanto ayudó a levantar, pero no era mi camino. Siempre tuve..., perdón —se corrigió—, siempre he tenido claro que mi lugar estaba entre los libros. Empecé a trabajar en una librería mientras estudiaba en la universidad y ser librero siempre fue mi vocación.

—¿Qué piensa ahora tu padre de La Bookería? Parece irte muy bien.

Bruno la miró a los ojos justo antes de responder:

—Mi padre murió. Nunca llegó a ver mi librería. La monté justo después de su partida hace dos años.

El corazón de Sara se paró de repente. ¿Dos años? ¿¿Dos años?? Bruno, sin embargo, era ajeno por completo a lo que ella sentía, a esa mezcla de tristeza,

desasosiego, responsabilidad, culpa e infinita pena. Justo lo mismo que sintió cuando Mario murió en sus brazos sin que ni ella ni sus muchísimos conocimientos médicos pudieran hacer nada por salvarlo.

—¿Cómo murió tu padre, Bruno? —consiguió pronunciar casi sin voz.

—Lo atropelló un coche que se dio a la fuga.

Sintió la bilis en el mismo punto exacto en que la había percibido cuando Mario dejó de respirar un minuto después de que ella le prometiera que cuidaría de su hijo Bruno.

—Vaya... —soltó como si acabara de hacer un esfuerzo enorme, esfuerzo que sí hacía, ya que se encontraba repasando todas las imágenes que guardaba de aquellos días y no recordaba haber visto a Bruno ni en el funeral ni en ninguna parte.

—Yo ni siquiera estaba en el país. Me encontraba en Tokio en un viaje de negocios.

Ahí estaba la respuesta: Bruno no estuvo en el funeral porque estaba en Japón.

—Mi familia no quiso decirme nada hasta que pasó el entierro y yo volví a casa tres días después. No podría haber llegado a tiempo y pensaron que no era necesario angustiarme estando tan lejos. Eso es algo que siempre llevaré conmigo, el no haber podido despedirme de él.

Sara levantó la cabeza del plato de pasta, en el que parecía haberse refugiado, o al menos lo intentó. Estaba llorando y por nada del mundo quería que Bruno se diera cuenta.

—Ojalá fuera capaz de explicarte lo que significó para mí llegar a casa y descubrir que él ya no estaba... aquí.

—¿Cómo se llamaba?

No necesitaba comprobar nada más, pero no pudo evitar hacerle la pregunta, a pesar de que estaba convencida de que había encontrado a Bruno. Su desasosiego se mezcló con el alivio y unas inmensas ganas de salir corriendo.

—¿Mi padre?

Sara asintió sin poder pronunciar una sola palabra más.

—Mario. Mi padre se llamaba Mario.

Ahí estaba. Después de dos larguísimos años de búsqueda continuada, por fin y gracias al azar, podía empezar a cumplir su promesa.

* * *

—Dime que se va a poner bien.

—Aurorita, eres una histeriquita. Me estás poniendo nerviosito. Esta moza sólo tiene un pedo de órdago, así que estate tranquila. En cuanto duerma la mona un poquito, se le va a pasar.

—¿Y qué hacemos?

—¿Rezar un rosario?

La abogada dio un salto y a punto estuvo de desnucarse contra la estantería que Maika tenía colgada en lo que parecía ser el salón.

—Estás de coña, ¿no?

—No. A mí me relaja.

—Chuso, eres de lo más raro.

—Sí, yo seré rarito, pero los modernos de ahora estáis venga al mantra, venga al mantra. No sé qué es lo que creéis que es el rosario.

Si el carácter de Aurora hubiera sido otro, le habría dado la razón a Chuso, pero como era una obsesa del llevar la contraria decidió callarse. Bastante concesión le estaba haciendo ya con eso.

—Vaya, el amor te está cambiando —susurró Chuso justo antes de taparse la cara con el libro de las lentejuelas—. ¡Auuuu! ¡Quítate de encimita, me aplastas! No sé cómo has podido saltar desde la otra punta del sofá hasta aquí de esa forma. Dudo mucho que los macacos del zoo estén mejor entrenados que tú.

—¡¡Chuso, deja de meterte conmigo o te hago otra llave de *kalarippayatt*!!

Chuso comenzó a reírse con esa mezcla de risa contagiosa y locura no tan transitoria.

—Me haces cosquillitas, Auro, quita de encima y deja de inventarte artes marciales extrañas. Lo más cerca que has estado de un gimnasio fue cuando te acompañé a renovarte el carnet de conducir y pasamos por delante de uno.

Aurora dio otro brinco y acabó encima de los pies de Chuso.

—Para tu información, el *kalaripayatt* es un arte marcial antiquísimo originario de Kerala, en el sur de la India.

—¡Suéltame los pies!

—Ni de coña, tú te lo has buscado. Pienso hacerte cosquillas hasta que supliques perdón.

—Eso será si consigues quitarme las plataformitas.

Diez minutos más tarde, Aurora se había cansado de tirar y resoplaba tumbada en la alfombra de pelo granate.

—¿Cómo te quitas eso?

—Así —explicó Chuso, sacando simplemente el pie de las botas con diez centímetros de plataforma.

—No me lo puedo...

—¡¡Esconde ese pie a la de ya, colega!!

Si había algo que sacaba de sus casillas a Maika era la visión de unos pies. No podía resistirlos, se le erizaban los pelos desde la nuca hasta... Mejor dejar el hasta dónde. *Esa parte* también le daba repelús.

—¡Maika! ¿Estás mejor? Me tenías preocupada.

A la jovencuela de la cresta le temblaron las piernas, así que decidió tirar de sarcasmo, algo que siempre le servía.

—¿Y eso por qué? ¿Cómo decías que te llamabas?

Aurora se sintió como si alguien hubiera prendido fuego a sus plumas de pavo real, chamuscada.

—Debe de ser por el *alcoholicio*, Auro. Seguro que cuando recobre la memoria se acuerda de que te llamas Aurora, eres abogadita, te ha conocido

esta tarde, os habéis ~~gustado~~, ¡au!, CAÍDO bien y también de que la has traído a casa. Por cierto, si vuelves a darme un pellizquito en el trasero, tendré que pisarte con esto —amenazó enseñándole el tacón de sus plataformas.

—Casi metes la pata —susurró Aurora—. Y no sé de dónde te has sacado que nos hemos gustado —remató sin abrir la boca ni mover los dientes.

—Deberías meterte a ventrílocua. Estarías forradita.

—No tengo ni puta idea de qué estáis hablando, es más, casi no tengo ni puta idea de quiénes sois, pero tú —dijo Maika con un dedo acusador señalando a Aurora— hueles de maravilla.

—¿Ves, Chuso? Le ha dado amnesia. Tanto tequila debe de haberle provocado una reacción en el cerebro.

—¿A mí?

—Tranquila, bonita, que vas a ponerte bien —le aseguró Aurora, cada vez más preocupada.

—¿Acabas de llamarme «bonita», tronca?

Ella se puso muy roja, casi casi morada.

—Es sólo una forma de ha-ha-ha-blar.

—¡Uy, y ahora tartamudeas! En los años que hace que te conozco sólo te oí tartamudear el día en que cantamos en aquel karaoke tan cutrecito.

—No lo recuerdo.

—Yo sí, y estoy segura de que mi Maurito y mi *cuñis* también se acuerdan.

Se acordaba perfectamente. Los vídeos de aquella juerga rularon por el grupo de WhatsApp durante semanas.

Maika observaba la escena como si estuviera en una partida de ping-pong, sin saber muy bien cómo intervenir en algo que se estaba desarrollando en su buhardilla del alma.

—Si quieres les pido los videítos, porque estoy seguro de que...

—Vuelve a sacar esos vídeos a la luz y eres hombre muerto.

—¿Yo? Pero si estabas tan monina con mi boa de plumas sintéticas del Amazonas enrollada alrededor del cuello y el cubata puesto de sombrero.

—¡Eh, tú! ¡El del pañuelo de piñas fluorescentes! ¿Adónde te crees que vas? ¿Te estás escapando?

Chuso se volvió abrazado a su libro.

—Sí, quiero irme. ¿Me vas a secuestrar? —bromeó, sin tener muy claro qué era lo que iba a pasar a continuación.

—Joder, macho, de verdad que no sé de dónde has salido, pero me caes tan de puta madre... ¿Una birra?

—Yo sí, si no te importa —pidió Aurora descolocada.

—Que yo recuerde, a ti no te la he ofrecido, se lo he preguntado a él.

Jamás entendería a la gente, por muy bien que olierá.

* * *

—Sara, ¿te encuentras bien?

No, no lo estaba. Un hombre había muerto casi abrazado a ella con la esperanza de que una desconocida, que acababa de prometerle que cuidaría de su hijo Bruno, cumpliera su promesa. Ahora, dos años después, allí estaba, con el hijo de Mario delante de ella, contándole cómo le había cambiado la vida desde que su padre murió. Y ella, sin poder articular palabra, porque al final Bruno no había resultado ser un Bruno cualquiera. Era el Bruno al que había besado varias veces con infinito deseo y en el que llevaba pensando semanas.

Sara supo que el destino era caprichoso y hasta un poco mezquino. No recordaba haber sentido esa intensa necesidad de estar tan cerca de alguien jamás, y ahora, ante lo que acababa de descubrir, era muy probable que tuviera la respuesta: debía, había prometido cuidarlo, y ella siempre cumplía su palabra.

—Estoy un poco cansada, sólo eso —se inventó, con la esperanza de que el gesto de acariciarse la nuca en señal de agotamiento le diera más credibilidad a su mentira.

—¿Te duelen las cervicales? —preguntó él, con mil ganas de tocarla.

—No, sólo me estalla la cabeza. Quizá debería irme a casa.

—Pero... no has terminado de cenar.

Sara observó la cara de desilusión de Bruno y le habría encantado poder quedarse, pero o salía corriendo de allí o no sería capaz de callar todo lo que bullía en su cabeza y en sus emociones, por eso se levantó, cogió el bolso, que colgaba de la silla de respaldo amarillo, se lo colgó en el hombro y apenas susurró:

—Gracias por la cena, Bruno, estoy segura de que nos veremos pronto.

—¿Puedo llamarte?

«Prométeme que lo cuidarás... A mi hijo.» Las palabras de Mario retumbaban en su mente al compás que los latidos de su corazón lo hacían en su cabeza.

—Sí, claro.

—Lo dices como si no te apeteciera que lo hiciese.

—No es eso.

—Sara, si no quieres, dímelo y ya está.

—Bruno, no es eso, sólo me...

—¿Qué?

Acababa de marearse de puro cansancio, de ansiedad, de tristeza, de miedo, de dolor, de responsabilidad.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él alarmado, viendo cómo Sara se sujetaba a la silla.

—Sólo estoy un poco mareada.

—Ven aquí.

Sentía mucho que Sara se encontrara mal, pero, Dios, qué sensación tan bonita le provocaba volver a tenerla entre sus brazos...

—Necesito tumbarme o voy a vomitar —masculló ella.

—Intenta respirar más despacio, preciosa. Es importante para que se te pasen las náuseas.

Sara tenía muy claro lo que le estaba sucediendo. Desde niña, cuando tenía un examen o se ponía muy nerviosa, solía marearse. No recordaba ninguna otra situación en la que tuviera más motivos que la que estaba viviendo para que le hubiera vuelto a pasar algo que hacía muchos años había dejado de suceder.

—¡Siéntate un momentito aquí! Subo rápido a la sección de niños a coger la alfombra. No puedo dejar que te tumbes en este suelo tan frío. ¿Estarás bien?

Un leve asentimiento de cabeza le dio el permiso suficiente como para atreverse a dejarla sola.

Cuando volvió, a los cuarenta y siete segundos, Sara seguía en el mismo sitio, pero parecía sentirse cada vez peor.

—Ya estoy aquí, ven, deja que te ayude.

Bruno nunca había cogido a una mujer en brazos, pero había soñado con ello muchas veces. Lo que no había aparecido jamás en sus secuencias imaginarias era que lo haría porque la dama en cuestión se había mareado. Con mucho cuidado, depositó a Sara encima de la alfombra de trenes y globos que adornaba la sección infantil y, con más mimo aún, le quitó el pañuelo que llevaba en el cuello, lo dobló y se lo colocó debajo de las cervicales para que pudiera descansar mejor.

—¿Estás cómoda?

—Sí.

A Sara no le salían más ni mejores palabras. La responsabilidad le había caído encima de la cabeza de golpe y apenas sabía qué podría o qué debería hacer.

—¿Puedes cogerme de la mano, por favor?

En numerosas ocasiones, Bruno había experimentado lo que era la ternura, pero en ninguno de esos momentos había sentido tanta a la vez.

—¿Haría eso que te encontraras mejor?

Sara afirmó con un «sí» muy pequeñito y Bruno volvió a enamorarse de ella en cuanto vio cómo se relajaba cuando entrelazó sus dedos con los de aquella mano pequeña pero firme.

—¿Estabas muy unido a tu padre?

Bruno se tumbó a su lado. Hacía un rato que estaba sentado en el suelo, con su mano bien pegada a la de Sara, y por fin decidió dejarse llevar por la tentación de echarse a su lado. Cuando vio que ella se movía un poquito para dejarle sitio encima de la alfombra, volvió a emocionarse. Sabía que el amor debía de ser muy parecido a ese pellizquito que acababa de sentir.

—No de la forma en que podrían estarlo un padre y un hijo. Mi padre era mi héroe, mi figura de referencia, esa persona a la que admiras y a la que sueñas parecerte.

—Entiendo —respondió ella con la voz entrecortada.

—Era mucho más que un padre, aunque nunca fue mi amigo y, la verdad, con los años, jamás logré averiguar qué era lo que esperaba de mí. Para mí fue un héroe, mi héroe. Empezó como peón en la fábrica y, cuando se jubiló, ya era uno de los grandes ejecutivos. Un trabajador incansable al que nunca llegué a conocer del todo.

Sara volvió la cabeza para mirarlo. Lo sentía frágil, como si hablara su niño interior y no el atractivo hombre de unos treinta y pico que tenía al lado. La responsabilidad volvió a invadirla y se sintió todavía peor al recordar que pensaba que era atractivo, deseable y muy besable.

—¿Sabes, Sara? Cuando despertaba por las mañanas, él ya no estaba la mayoría de los días, al igual que tampoco compartió tiempo de juego conmigo o me llevó al colegio, pero todas las noches, cuando él creía que yo ya estaba dormido, oía cómo se acercaban sus pasos por el pasillo de casa hasta pararse en la puerta de mi habitación. Jamás, Sara, hizo más ruido que un ratoncito porque siempre entraba casi de puntillas, pero nunca se iba a la cama sin arroparme, darme un beso de buenas noches y susurrarme al oído cuánto anhelaba pasar tiempo conmigo.

—Debes de echarlo mucho de menos.

A Bruno se le llenaron los ojos de lágrimas. Hacía mucho tiempo que no lloraba. Se había quedado sin ellas al regresar de Tokio y descubrir lo que

había sucedido.

—Todos los días de mi vida. Desde que no está, me siento más inseguro que nunca. No sé cómo explicarte esa sensación.

—¿Vacío, tal vez?

Él asintió.

—Vacío, rabia, ira, mucha tristeza y una profunda sensación de pérdida del tiempo. Lo tuve cerca durante treinta y tres largos años y, sin embargo, nunca sabré qué pensaba de cosas triviales o de mí.

—Estoy segura de que tu padre estaba muy orgulloso de ti.

—¿Qué te hace pensar eso? —le preguntó Bruno, volviéndose hasta quedar casi de lado frente a ella.

—Se ve que eres buena persona, o de lo contrario...

Sara tuvo que morderse la lengua. Necesitaba tiempo y espacio para asimilar toda aquella situación.

—¿... no estarías aquí?

—No, no estaría, eso puedes asegurarlo. Tienes cara de ser...

—¿Un aventurero? —la interrumpió él a carcajadas.

—No. —Sara consiguió reír—. Te aseguro que de eso no. Se te ve demasiado formalito.

—Las apariencias engañan, Sara. Además, si no recuerdo mal, el primer día que nos vimos pensaste que era idiota.

—Aún no lo he descartado, no creas. —Logró bromear a pesar de que el dolor de cabeza seguía instalado en su sien.

—Vaya, yo creía —susurró él mientras se inclinaba sobre ella— que eso había quedado claro después de nuestro primer beso.

Deseaba volver a besarla desde el instante en que sus bocas se habían separado hacía ya demasiado rato, según su criterio; por eso, con suma dulzura, acarició la mejilla de Sara y se acercó a sus labios.

—¿Qué haces? —balbuceó ella con la intensa sensación de que ahora ya no estaba bien besarlo.

—Te miro y me vuelvo loco, Sara. Me gustaría mucho morderte la boca.

No, no, desde luego que no estaba nada bien. Bruno era la persona a la que había prometido cuidar, y eso sólo sería posible si se convertían en amigos, no en amantes. ¿Y si salía mal? ¿Y si le fallaba? ¿Y si no conseguía cumplir su palabra?

Ajeno al hervidero de reproches que brotaban cada vez con más fuerza en la mente de Sara, Bruno sólo sentía amor, a pesar de que una y otra vez se repetía a sí mismo que antes de ella no creía en los flechazos. Sara olía a amor, a sexo, a dulzura y temperamento, a hogar, a chimenea encendida y besos encima de una manta, olía a niños, a familia, a proyectos juntos, a viajar cogidos de la mano, a felicidad. Ni siquiera sabía cómo podía evocarle tantas cosas, pero estaba seguro de que era ella, y no otra. Jamás había buscado el amor. Se encontraba muy bien solo, pero eso no quitaba que no fuera capaz de reconocer que se había enamorado de golpe, de repente y para siempre. El cómo era algo que le encantaría averiguar, pero en ese instante, con ella pegadita a él, mirándolo bajo la luz del flexo de su mesa de despacho, lo único que deseaba, que necesitaba, era besarla, a ver si era capaz de transmitirle todo lo que estaba sintiendo.

—¿Qué vas a hacer?

Era una pregunta retórica, sin sentido. Estaba claro que Bruno iba a besarla, y no de una forma cualquiera. Cerró los ojos, suspiró casi sin ser consciente de ello y apenas llegó a sentir el calor de sus labios sobre su boca.

La había besado antes, sí, pero el suave contacto de su aliento sobre los gorditos labios de Sara bastó para que ella se excitase. El ramalazo de puro deseo la inflamó de los pies al pelo y eso la hizo querer huir. ¡No podía quedarse allí ni un solo segundo más! Sabía lo que estaba a punto de pasar o, mejor dicho, lo que ella deseaba que sucediera, y eso jamás podría ser. Debía, había prometido cuidarlo, no acostarse con él.

—No, por favor, Bruno.

—¿No te gusta así? —susurró él a la vez que repartía tiernos besos

cargados de dulzura por su cuello.

—No es eso, Bruno.

—¿Mejor así?

Si notar sus besos por el cuello había sido demoledor, percibir los que le estaba dando en el nacimiento de los senos era destructivo, tanto que Sara no pudo evitar levantar la mano y acariciar sus rizos. Al hacerlo, se sintió una mierda, una mujer que no era de fiar. La promesa hecha a Mario retumbaba en su corazón y, en lugar de cumplirla, lo que estaba a punto de hacer era acostarse con su hijo.

—¡No, por favor!

Él dejó de besarla y la observó con preocupación. Sara se tapaba la cara con las manos.

—¿Te encuentras peor, preciosa?

Fue incapaz de hablar. Deseaba a Bruno como nunca había deseado a nadie, con una fuerza que para ella era extraña, pero o paraba aquello en ese mismo instante o iba a cometer una locura.

—Debo marcharme.

Sintió la mirada desolada de él en el cogote mientras se levantaba del suelo.

—Espera, no te incorpores tan rápido o volverás a marearte.

Bruno no entendía nada. Tan sólo un segundo antes, ella lo acariciaba y, ahora, se ponía el abrigo a toda velocidad.

—¿He hecho algo mal? ¿Me he precipitado?

—No, tú no has hecho nada mal, créeme. He sido yo.

—¡Sara! ¡Mírame! —pidió desesperado. No comprendía qué era lo que estaba sucediendo—. Por favor, necesito que me mires a los ojos y me expliques qué es lo que he hecho mal, dónde me he equivocado.

Sara fue incapaz de hacerlo, aunque sabía que habría sido justo poder decirle qué era lo que le estaba pasando.

—No te vayas así, por favor. No me dejes así.

—Perdóname. La única que se ha equivocado he sido yo al quedarme a cenar. Perdóname, de verdad.

Y se había ido. Había salido corriendo y él se había quedado allí, en el despacho, invadido por el desconcierto; incluso estaba a punto de echarse a llorar con el perfume de Sara aún instalado en su alma.

Veinte poemas de amor y una canción desesperada

Pablo Neruda

Sara corría por la calle. Necesitaba llegar a casa, meterse debajo de la ducha y llorar como una loca, limpiarse de alguna forma las manos, que aún sentía manchadas con la sangre de Mario. No había podido pararle la hemorragia. No había sido capaz de usar, de utilizar ni uno solo de sus conocimientos médicos para salvarle la vida al padre de Bruno, porque ahora Mario ya era eso, el padre del hombre al que deseaba con toda su alma. ¿Qué pensaría de ella? Que había dejado morir a su padre, que no había podido salvarle la vida, que lo había dejado morir en la fría calzada sin haberle dado la posibilidad de hacerlo en un hospital rodeado de su familia. ¡Si al menos hubiera sido capaz de conseguirle unos minutos más de vida para que hubiese podido despedirse de los suyos! Se sentía como el ser más despreciable del mundo. Estaba perdida, sola, hundida, y no sabía qué iba a ser de ella a partir de ese momento.

En La Bookería, el ambiente se había enrarecido desde que Sara se había ido de esa forma tan precipitada. Bruno no sabía dónde meterse. El frío lo había invadido y decidió recogerlo todo en un intento de desviar su mente a otras cosas. Cogió una bolsa de basura de esas industriales que a Maika tanto le costaba llenar y volcó en ella los restos de la cena con la incredulidad marcada en cada gesto que hacía.

Cuando todo estuvo de nuevo en su sitio, apagó las luces, cogió la cazadora que había dejado abandonada a las nueve de la mañana encima de la silla y subió por la misma escalera por la que había subido Sara un rato antes. La única diferencia radicaba en que ella lo había hecho de dos en dos, como si

estuviera huyendo de algo, y él apenas podía despegar los pies del suelo de lo cansado que estaba. Era curioso, hacía sólo un rato se sentía vibrante, feliz, lleno de energía. Debía de ser que ella se la había llevado consigo.

Conectó la alarma, apagó todas las luces después de comprobar que la de emergencia se quedaba encendida y le dio al botón que bajaba las rejas. El escaparate de la librería era bastante grande y la reja tardaba en bajar, por lo que tenía tiempo para echar un último vistazo a la tienda y luego salir.

Al volverse de nuevo hacia la puerta, el corazón se le paró. Allí estaba Sara, completamente empapada. Ni siquiera se había dado cuenta de que había empezado a llover.

—Te necesito —confesó ella.

Sintió los brazos de Bruno alrededor de su espalda. Estaba helada, por dentro y por fuera, por eso había vuelto, porque no sabía cómo entrar en calor sin que él la abrazara. Nunca en su vida había necesitado tanto a alguien.

—¿Estás bien?

Ella no habló.

—¿Sara?

—Bésame, por favor.

—¿Estás segura?

No, no lo estaba, o sí, tampoco podía saberlo. Sólo sabía que en esos momentos no podría estar en ninguna otra parte mejor que con el pecho de Bruno pegado al suyo.

Como respuesta a su pregunta, comenzó a desabrocharle la camisa de cuadros y a besar cada centímetro de piel que iba quedando al descubierto.

Bruno no sabía qué hacer. Los labios de Sara eran fuego y se marcaban sobre él como si estuvieran quemándolo. Gimió al sentirlos sobre el hueco de su garganta y se desesperó por completo en el instante en que ella abandonó ese rincón para besarle en la boca. Estaba inquieto por el deseo, paralizado del todo, enamorado hasta las trancas, pero esa urgencia de ella estaba volviéndolo loco.

—Sara, un poco más despacio.

—No puedo. Te necesito.

Bruno volvió a gemir. Ella acababa de desabrocharle el primer botón del vaquero. Podría jurar que hasta le temblaban las piernas. A punto de gemir de nuevo, descubrió que precisaba de unos segundos para serenarse y, en medio de toda esa vorágine de sentimientos, se acordó de que momentos antes había conectado la alarma de la tienda. Debía de estar a punto de sonar.

—Dame un momento —pidió con la voz entrecortada.

Sara no entendió lo que él le decía. Estaba demasiado absorta en las sensaciones que cubrían su cuerpo de arriba abajo, por eso continuó con los botones del vaquero de Bruno.

—Sara, para un segundo, por favor. La alarma va a empezar a pitar.

—¿No te gusta lo que te hago? —preguntó ella con la voz más sexy que él había oído jamás.

Cogió aire. No, no le gustaba, le encantaba. Era incapaz de describir qué sentía, pero sí sabía que necesitaba coger aire o aquello no iba a durar demasiado.

—Me vuelves loco, preciosa —murmuró él sobre su boca húmeda, que aún lo buscaba—, pero si no desconecto la alarma, dentro de cinco minutos estará aquí la policía.

Sara no pareció entenderlo del todo por la cara que puso cuando él se separó de ella y corrió hasta detrás del mostrador. Lo comprendió, por fin, cuando lo vio teclear algunos números en el dispositivo que estaba escondido detrás del pequeño espejo que había allí colgado.

Volvió en apenas dos segundos, pero a Sara le pareció demasiado. Cada vez que se despegaba de él volvía a invadirla ese frío interior. A Bruno, en cambio, le había venido muy bien enfriarse un poquito. El deseo lo tenía casi consumido, y tomar un poco de distancia, diez metros exactamente, le había valido para serenarse, coger aire y recomponerse.

—Ya has vuelto —susurró en cuanto volvió a tenerlo delante.

Bruno la miró de una forma diferente.

—No pensaba irme a ninguna parte —murmuró mientras cerraba los brazos alrededor de ella y la besaba como llevaba semanas soñando con hacer.

Sara no pudo resistir el beso. Bruno provocaba que ella abriera la boca para deslizarle la lengua y eso levantaba esquivas mágicas en su interior. Jamás la habían besado así, ni siquiera él. Con suma pericia, comenzó a mordisquearle el labio inferior, que quedaba atrapado entre los de él. Apenas podía respirar. Bruno no le daba tregua y, lo que era peor, ella lo incitaba para que ese beso no parara.

Excitado, comenzó a desabrocharle el abrigo. Le molestaba y, además, estaba muy mojado. Lo dejó caer sobre el suelo y la contempló. Era una belleza. Loco por completo, vio cómo ella levantaba los brazos para que él pudiera quitarle el vestido de punto negro por la cabeza. La visión que le quedó delante estuvo a punto de hacer que se corriese. Si vestida era preciosa, casi desnuda era para trastornarse.

Volvió a besarla con los ojos cerrados, muy cerrados. Necesitaba concentrarse en cada una de las sensaciones que el contacto de Sara le provocaba, deseo, pasión, y algo mucho más intenso que no sabía ni cómo llamarlo. Sintió que se fundía en el momento en que ella le tocó el pene. ¡Dios!

En su relación anterior, Sara no solía llevar la iniciativa, pero es que con Bruno era todo diferente, vibraba. Envalentonada al oírlo gemir con fuerza cuando se atrevió a acariciarle el pene por dentro del bóxer, y sin haberlo pensado ni siquiera una sola vez, se arrodilló y, ante un Bruno estupefacto, comenzó a lamérselo.

Él sentía que se licuaba y no era una metáfora, era la pura realidad. Notar la lengua de Sara tan sedosa, tan húmeda, tan caliente sobre su parte más íntima le provocaba taquicardia. Juró que si ella volvía a metérsela hasta el fondo de la boca con la misma succión, iba a empezar a arrancarse los pelos de la cabeza de puro gozo.

—¿Te gusta? —preguntó ella con cierta inseguridad, aunque sus acciones

demostraban todo lo contrario.

—Se me van a dar la vuelta los ojos como a las pescadillas fritas.

Sara ni siquiera oyó lo que Bruno decía. Estaba demasiado ocupada saboreando su polla. Sabía a magia, a necesidad, a potencia, y eso la inflamaba todavía más, la provocaba, igual que el temblor que notaba en las piernas de él. Le bajó el bóxer del todo y lo cogió por las nalgas como queriendo atraerlo más hacia ella.

—Si vuelves a hacerme eso, cariño, voy a caerme redondo, te lo aseguro.

Sara repitió el gesto y el berrido de Bruno fue antológico. Preocupada por la creciente necesidad que sentía en la vulva, lo empujó encima del sofá verde y...

—Yo no sé si voy a ser capaz de resistir mucho, Sara. No he deseado en toda mi vida a nadie como a ti en este momento.

A ella le dio igual. Necesitaba sentirlo dentro. Se despojó de las bragas de color violeta que se había puesto aquella mañana a conjunto con el sujetador y, sin tener fuerzas para desabrochárselo, se colocó a horcajadas sobre él, aunque no bajó de golpe, lo que provocó que Bruno se volviera un poco más loco aún.

Tembloroso y excitado como una gelatina, la cogió por la cintura para ayudarla a colocarse sobre él. No sabía si iba a poder resistirlo, pero estaba más que dispuesto a comprobarlo.

Sara cerró los ojos durante un segundo e inspiró.

—¿Te he hecho daño? —preguntó preocupado.

—Chiss, ni se te ocurra moverte. Aquí mando yo —ordenó ella.

—Sara, por favor...

—¿Quieres más? —provocó ella moviendo ligeramente la cadera para que su cuerpo pudiera acoplarse mejor a la polla de Bruno.

—¡Por Dios!

—No irás a rezar ahora... —consiguió bromear ella. Acababa de inclinarse sobre él para darle un beso y fue consciente de cómo su polla la llenaba

palpitante.

Bruno hacía verdaderos esfuerzos para no correrse. Sara no dejaba de moverse sobre él y, encima, acababa de darle un beso húmedo que lo había dejado casi sin respiración. No podía apartar la vista de su pecho. La visión de sus tetas subiendo y bajando mientras lo cabalgaba era como estar en medio de su mejor sueño erótico, una auténtica pasada.

—Vuelve a gemir así, mmm, así, Bruno, me estás dando tanto placer...

—¿Yo? —acertó a decir—. Pero si no me estoy moviendo. Eres tú, sólo tú, la que nos está...

—¿Follando?! —gritó ella rebotando sobre él con fuerza. Estaba muy cerca del orgasmo más desesperado de toda su vida. Nerviosa, se desabrochó por fin el sujetador, lo lanzó por los aires y se agarró los pechos.

Para Bruno fue como si le inyectaran adrenalina. La apretó contra sí y, después de darle un pequeño lametón en las tetas, se echó hacia atrás y observó flipado cómo ella lo montaba mientras se mordía los labios y gemía sin control.

Se corrió mirando cómo ella tenía convulsiones con su propio orgasmo entre espasmos de placer. Jamás, nunca en toda su vida, olvidaría lo que acababa de sentir.

* * *

—¡¡¡VUESTRAS PUTAS MUELAS!!! ¡Vosotros queréis matarme de un soponcio!

—¡¡Policía, que nos atracan!!

—¡¡¡ARG, ¿QUÉ ESTÁ PASANDO?!!!

—¡Me habéis matado! ¡Estoy muerta muertecica! ¡Mierda, pero si san Pedro existe! ¡Miradlo allí, al final del pasillo infantil, con sus llaves y todo!

—¡Maika, estás viendo a Dumbledore! —gritó Bruno, que se había despertado gracias a los gritos de su dependienta.

—¿Eso qué es?, ¿san Pedro en croata? ¿De qué coño te ríes, rubia?

—¿Yo? De nada. ¡Nos hemos dormido aquí, Bruno! ¿Qué hora es?

—¿En el lado de los vivos o en el más allá? Aunque, claro, si yo ya estoy allí, igual es el más aquí, ¿no? Me da coraje, ¿eh? ¿Para eso me cambio yo el color de la cresta esta mañana? ¿Para morirme de un susto?

—Maika, no te has muerto.

—Sí, claro, porque tú lo digas.

—Estás hablando con nosotros.

—A lo mejor es porque vosotros también estáis muertos.

—Sí, en eso tienes razón, Sara y yo estamos muertos de la risa.

—Pues sois dos capullos.

—Seguro que sí, pero dos capullos vivos, como tú.

—¡Oye! ¿Por qué me tiras el zapato a la cabeza, rubia? ¡Me has dado con todo el tacón en la nariz!

—¿Y te ha dolido? —preguntó Sara con cierta inquina.

—¡Mazo!

—Hala, ahí tienes la respuesta. A los muertos no les duele nada. Palabra de neurocirujana.

Maika se quedó quieta durante los dos segundos que tardaron sus neuronas en reconectarse y en desplazarse hasta la figura de cartón de un mago que agitaba una varita.

—Soy una cachonda. ¿A que me habíais creído? Como si no supiera que el pavo este es un personaje de *Harry Potter*.

—Sí, eres realmente muy buena. Vamos a darte un premio a la mejor interpretación del año. Por cierto —agregó Sara a la vez que intentaba estirar su ropa toda arrugada por haber dormido en el suelo—, ¿tanto frío hace fuera?

—No, tronca, hace un día cojonudo; ¿por...?

—Por nada, cosas mías, como aún sigues temblando...

A Bruno le habría encantado no reírse de Maika, pero es que era tan cómico verla temblar de arriba abajo mientras pretendía hacerles creer que

aquello había sido todo una comedia que le resultó casi imposible.

—Me estará dando un bajón de azúcar.

—Sí, se te ve. Vamos a echarte un vistazo, si me lo permites.

—Eso será si me pillas.

—¡Maika, estate quieta! Sara es médica.

—Y yo hipocondríaca. A mí la rubia no me pone una mano encima, por muy maciza que esté.

—¡Deja de correr!

—A veces me sorprende lo tontacas que eres. Si dejo de correr, me pillas.

—Es que quiero pillarte.

—Y yo quiero que me dejes en paz.

—Es mi deber como médica asegurarme de que te encuentras bien.

—¿Acaso no me ves cómo corro? ¿Tengo yo pinta de estar fatal?

—Hace un rato asegurabas estar muerta.

—¡Pues mira, rubia entrometida, acabas de presenciar una experiencia cercana a la muerte!

Sara no podía correr más. Estaba agotada de dar vueltas alrededor de la mesa ovalada del despacho de Bruno y, bueno, correr llorando de la risa tampoco la ayudaba mucho a respirar bien.

—¡*Vade retro*, rubiales!

—¡Bueno! Ahora la ha invadido el lado oscuro, a veces le pasa. Sara, tú tranquila, no te preocupes por eso.

—¿No tendrás agua bendita?

—¿Quién, yo? —preguntó Bruno, incapaz de decir otra cosa.

—¿Para qué quieres el agua esa? Tengo destilada, la que utilizo para quitar los precios que se han quedado pegados; ¿te sirve? —quiso saber Maika con la firme sensación de que aquello se estaba saliendo de madre.

—No, para las posesiones debe ser bendita. El agua destilada sirve para planchar, por ejemplo.

—¿¿Y quién carajo está poseída??

—¡¡TÚ!! —gritaron a la vez Sara y Bruno, sin ser conscientes de que acababan de despertar a la bestia.

—¿¿¿YOOOO??? Pues ahora sí que me muero.

Dos minutos más tarde, Maika continuaba tirada en el suelo todo lo larga que era. Encima de la alfombra, eso sí, pero en el suelo, con los ojos cerrados y sin el más mínimo movimiento por su parte salvo un sospechoso golpeteo del dedo índice sobre su propia rodilla.

—¿Ahora qué hacemos con el cadáver?

—Sara, llamar a la morgue, ¿qué otra cosa podemos hacer?

El golpeteo pasó a veinte mil revoluciones por segundo.

—¿Pedimos que la embalsamen? Tengo dudas al respecto, ¿qué piensas tú, Bruno?

—Tengo un poco de escayola en el trastero de la tienda; si quieres, como tú eres médica y a mí siempre se me han dado muy bien las manualidades, podemos intentarlo nosotros.

—Me parece una idea excelente.

Dedo a cuatro mil millones de revoluciones por microsegundo.

—Bueno, pues cógela de los pies, que yo la cojo por la cabeza. Como ya está muerta y la vamos a escayolar entera, no hace falta que tengamos mucho cuidado.

—¿A qué te refieres?

—A que no pasa nada si le sacamos la cabeza o algún pie. Luego podemos pegarlo con el yeso.

Dedo bailando la *Macarena* arriba y abajo.

—Ah, pues sí, y como yo sé mucho de anatomía, incluso se lo podremos colocar todo en su sitio.

—Venga, a la de tres, Sara, uno, dos y...

Maika abrió los ojos.

—Pues nada, chicos, que he vuelto a resucitar. Hoy es mi día de suerte. Ya van dos veces. Y ahora, si no os importa, como son... —se miró el reloj que

llevaba colgado del cuello— las diez de la mañana, con vuestro puto permiso, pirados de la vida, voy a abrir la librería y a atender a los clientes, que esto es eso, una librería y no una casa de citas o un hotel donde se pasa la noche. Venga, troncos, ahí lo dejo.

Los miserables

Victor Hugo

—Acabas de vivir lo mismo que yo, ¿verdad?

Sara, que todavía se estaba riendo, no pudo ni responder. Un segundo después, cuando fue capaz de respirar con normalidad, fue tomando conciencia de lo que había sucedido la noche anterior.

—¿Se te ha pasado el dolor de cabeza, bonita? —le preguntó Bruno con un tono de voz que estaba fuera de todo tipo de duda.

Ni se acordaba de eso. Su cuerpo todavía palpitaba en lugares muy escondidos de su anatomía.

—¿Te pasa algo? ¿Sigues encontrándote mal?

—No, estoy ya casi bien, de verdad —respondió nerviosa.

—Entonces ¿qué ocurre?

Bruno no entendía nada. Habían hecho el amor tres veces. La primera fue la más brutal. La segunda estuvo llena de besos y caricias. La tercera fue la más demoledora, despacio, lenta y muy profunda, y había terminado con un orgasmo tan intenso que los dos habían caído en coma tras él.

—Mira, Bruno, no me pasa nada, en serio. Sólo estoy cansada, no he dormido bien y dentro de unas horas debo entrar de guardia en el hospital —mintió sin poder mirarlo a los ojos.

—El suelo no era muy cómodo pese a la alfombra, ¿verdad? —preguntó él con la misma ternura que ella le despertaba con ese cabello despeinado y los labios aún inflamados por todos los besos que se habían dado tan sólo unas horas antes.

—No, no lo era, pero...

Mierda, si no se alejaba de Bruno, jamás podría poner sus pensamientos en orden. Necesitaba salir de allí a la de ya. Se puso el abrigo con más rapidez de la que a él le habría gustado y, cuando quiso darse cuenta, Sara ya enfilaba camino de la puerta.

—¡Espera un segundo!

—Bruno, llego tarde al hospital.

—Pero si me has dicho que entrabas dentro de unas horas...

—Sí, a las doce, y me gustaría pasarme por casa, ducharme y desayunar.

—Yo te invito a desayunar. ¿Recuerdas que tengo la mejor cafetera de la ciudad?

—No, gracias —rechazó ella—. Necesito ducharme primero.

—¿Nos vemos luego?

—Lo siento, Bruno —dijo ella ya en la calle—. Tengo guardia todo el fin de semana.

—¿El lunes entonces?

—Las guardias suelen ser muy moviditas, así que, después de ella, pienso dormir todo el lunes.

—¿El martes?

—Macho —intervino Maika, que con su cresta violeta observaba desde detrás del mostrador—, hasta yo sé que a eso se le llama suplicar un poco.

Bruno la fulminó con la mirada, pero a Maika le dio igual, a tenor de la pompa de chicle que le dedicó.

—Supongo —agregó ya desesperanzado— que ya nos veremos algún día.

—Yo te llamo, si te parece bien —sugirió Sara para no seguir sintiéndose como una lombriz de tierra.

—Como quieras —le respondió él en el tono más parcial que encontró en sus registros de voz—. Ya sabes dónde estoy si te apetece tomar un café —agregó con una mano puesta en la famosa cafetera.

—Hasta pronto.

Ni Maika ni Bruno le respondieron. La primera porque acababa de meterse

otro chicle en la boca y estaba tan duro que no podía pensar en nada más. El segundo porque acababa de sentirse rechazado, abandonado y estaba hecho un guiñapo. Lo último que le faltaba fue el jaque mate que Maika le soltó en cuanto consiguió domar el chicle:

—Pero ¿te la has tirado o no? Porque como no hayas aprovechado el tiempo, mal lo veo a partir de ahora.

Bruno sólo acertó a mirarla compungido y decirle sin mucho entusiasmo que él no hablaba de su vida personal.

* * *

El comité de guerra o reunión de cotilleo supremo estaba convocado para las doce del mediodía en el restaurante de al lado de la playa donde solían comer siempre que tenían tiempo para ello, cosa, por cierto, cada vez más complicada. Lo curioso del día era que no sólo lo había convocado una persona, Sara, sino que también había sido solicitado por otras dos: Aurora y Chuso, por separado, claro estaba, pero con tres miembros del clan pidiendo a la vez que se reunieran, resultaba IMPOSIBLE poner alguna excusa.

—¿Alguien se ha dignado llamar y reservar mesa?

—Yo no, Greta, pero de eso siempre te encargas tú.

—Estaba en la peluquería con el tinte puesto, no podía llamar, Aurora.

—¡Qué bien vivís los profesores!

La aludida no se preocupó por responder. Estaba más que acostumbrada al «cuántas vacaciones tenéis», «qué horario tan bueno», etcétera.

—No te metas con Gretita. La pobre lleva dos semanas corrigiendo exámenes.

—Eres muy blando, Chusito.

—Ah, no, mi Maurito es profe de historia y veo el estrés que tiene. No he visto a nadie más nervioso que mi cuñadito del alma.

—Pero porque está chalado, no porque trabaje tanto.

—Uno no está chalado porque quiere, sino porque la vida lo lleva a ello y, además, mi Maurito ya es un ser serio, cabal y casado, lo sabe todo el mundo.

Mauro era el amigo del alma de Chuso y lo consideraba un hermano, por lo que no permitía que nadie se metiera con él.

—¡Pero si a mí también me cae bien! De hecho, no conozco a nadie al que le caiga mal Mauro.

—¿Va a venir?

—No, no, Maurito está de los nervios porque Martita está a punto de dar a luz a su segundo bebé. Está de guardia permanente. Como el bebé no nazca la semana que viene, habrá que ingresarlo por histeria prepaternal.

—Pobre Marta.

Chuso suspiró.

—Como comprenderéis, si me llaman tendré que irme rapidito. He dejado a mi maridín pendiente de la situación, pero no me fío del todo. Yo también estoy nerviosito ya. Todos tenemos ganas de verle la cara al peque.

Greta escuchaba en silencio con la cabeza descolgada hacia atrás como si quisiera absorber todo el sol para ella. Era su primer ratito libre desde que había empezado el trimestre entre el horario de clases, el trabajo que se llevaba a casa y los cursos de formación a los que asistía para reciclarse.

—Mírala, qué facilidad tiene para relajarse.

—Aurora, me estás poniendo negra.

—Negra te vas a poner del sol.

—¡Estamos en febrero!

—Ya casi es marzo.

—Soy muy fan de vuestras conversaciones absurditas.

—Absurdo es que Sara siempre llegue tarde cuando ella también ha pedido el cónclave.

—No he llegado tarde. Habíamos quedado a las doce y son las once y cincuenta y nueve minutos en mi móvil.

—Coño, Sara, ¿por dónde has venido?

—Aurora, por la escalera de siempre, pero estabas tan ocupada metiéndote con Greta que no me has visto.

—¿Es idea mía, Sarita, o estás un poco despeluchada?

Tras las palabras de Chuso, Greta y Aurora le pasaron su escáner escrutador en dos segundos y tres centésimas.

—Está despeinada, sí —afirmó con seguridad la primera.

—Yo diría que despeinada en plan «no ha dormido en casa».

Chuso se llevó las dos manos a la boca.

—*Oh, my God*, tú no has dormido en tu piso!

—Dime que no...

—Aurora, mírame a la cara..., NO.

—¡Menos mal!

—No tengo ni puñetera idea de qué estáis hablando.

—Yo te lo aclaro, Greta. No se ha acostado con el librero.

—Bueno, eso no es del todo cierto, debo decir.

Aurora se atragantó con la cerveza que estaba bebiendo.

—Pero ¿no me acabas de decir que no?

—Ah, pero no sé a qué te he dicho que no.

—Entonces ¿te has acostado con él?

—Eso no te incumbe.

—Vale, chicos, es un sí. Se ha tirado al muchacho.

—¿A Brunito? ¿El librero guapo con el pelito canoso?

—¿El tío del que hablabas el otro día?

—Dios, Greta, no te enteras de nada.

—¿Es que nadie me cuenta nada, Auro!

—Yo te lo explico todito.

Aurora puso los ojos en blanco. Si alguien era capaz de contarle todo de forma exagerada, ése era Chuso.

—Abre bien las orejitas, reina. Resulta que Aurorita y yo chocamos ayer con una pequeña y loca mujer de cresta naranja. Del choque, la chica se

mareó... Bueno, del choque y de la lluvia de estrellas fugaces que le salieron de los ojos al toparse con nuestra Auro, quien, por cierto, huele como un limonero.

—Quiero que conste en acta que eso último que acaba de decir es fruto de su propia cosecha y no de la realidad ocurrida.

—No estás en un juicio y a ti te gustó esa personita. Estos ojuelos saben muy bien cuándo surge el amor verdadero.

—Ni de coña. No le hagáis caso. Es una tía bien rara.

—Tú también —le aseguró Greta en un claro ejercicio de llevarle la contraria.

—¿Rara, yo? Demuéstralo.

—Sí, muchito. Te crees que estás en un juicio todo el tiempo, pides en los restaurantes por Sara, no sabes reconocer cuándo te gusta alguien, a veces eres un poquito groserita, aunque te queremos igual, y además aún no le has dicho a tu madre que te gustan las chicas.

—Eso lo hago en cualquier momento.

—Tienes treinta y tres tacos y nunca has salido con un chico. Debe de imaginarlo, ¿no crees?

—No. Mi madre es una beata máxima y ya me ha catalogado como la solterona de la familia, la que la cuidará cuando sea mayor.

—¡Puff!

—Sí, Sara, muchos «puffs» seguidos. Me niego a vivir en el pueblo bajo las órdenes de mi santa madre.

—Ninguno de nosotros te ve allí, Aurora. Ya sabes que cuentas con todo nuestro apoyo.

La madre de Aurora era la persona más tóxica que todos ellos habían conocido. Viuda desde hacía muchos años, se dedicaba con firme entusiasmo a fastidiarles la vida a cuantas personas conocía. Era, además, una chantajista profesional que se inventaba una enfermedad imaginaria tras otra para que sus

hijos y especialmente su hija, soltera para más señas, estuvieran pendientes de ella.

De todos ellos, la que más la conocía era Sara, debido a que se trataban desde el colegio. Como en el pueblo de Aurora no había un cole que cumpliera las expectativas de su madre, la internaron en el colegio religioso donde Sara también estaba escolarizada, aunque ella sí iba a dormir a casa.

Se hicieron amigas enseguida y, aunque a Aurora le gustaba ir de fuerte, en realidad había sido Sara la que la había ayudado a confiar en sí misma. Sara y su familia, ya que Auro pasaba mucho tiempo en casa de su amiga, tanto que fue el padre de Sara el que la convenció para que estudiara Derecho. En la actualidad, trabajaba para él en el bufete de abogados de la familia de Sara, siendo considerada un miembro más de la misma.

Aurora se emocionó con las palabras del ser al que sentía más cercano del mundo. La única persona que la entendía sólo con mirarla. Por eso ahora la protegía, porque la quería más que a nadie.

—No me gustaría interrumpir esta bonita conversación sobre la madre de Aurora, pero todavía no me habéis contado qué demonios pasó ayer.

—Somos dispersitos, Gretis de mis amores, ya nos conoces. Continúo... ¿Dónde me he quedado? Ah, sí, en el choque y el surgimiento del amor.

Aurora puso los ojos en blanco y bebió un largo trago de cerveza.

—Como la chiquilla de la cresta se encontraba regular, decidimos acompañarla a una librería monísima, que es donde trabaja y, oye, ¿quién nos iba a decir a nosotros que al entrar en ella nos íbamos a encontrar aquí a la moza —dijo a la vez que apuntaba con el dedo índice a Sara— dándose el lotazo padre con el dueño?

—¡No! ¿En serio?

A esas alturas de la exposición de Chuso, ya eran dos las personas que se escondían detrás de los vasos.

—Como lo oyes. Pero un morreíto como un piano de cola. Él la tenía bien agarradita, y yo creo que...

—¡Al grano, Chuso!

—¡Au, Aurora, me pisas todo el rollito y me haces acortar los detalles más importantes!

—Es que te enrollas mucho, sigue.

—Sigo porque quiero, no porque me des órdenes, niñita malcriada. Aquí, la diva soy yo y cuento las cosas como me da la santita gana, faltaría más.

—Vas a meterme el pañuelo y todas sus lentejuelas en el ojo como sigas moviéndolo así, Chuso.

—¿Os gusta? —preguntó emocionado mientras se quitaba el pañuelo nuevo de la cabeza y lo extendía encima de la mesa—. Son maracuyás silvestres. Lo terminé anoche, después de leerme el capítulo uno de mi superlibro.

—¿Qué libro?

—Ay, Gretis, ayer encontré el libro que llevaba años buscando en la librería de Brunito: *Si la lentejuela te falla, el glamur te estalla*.

—¿Lo encontraste por fin?

—¡Sí! ¡¿Puedes creerlo?! En la primera estantería que miré. Es tan maravilloso y, además, Brunito me lo regaló. Sólo por eso ya tiene mi devoción para siempre, aunque a la moza de la cresta le supo fatal, porque es mucho más responsable que el propio Brunito. Del soponcito que le dio al ver que el libro no estaba catalogado, entró en crisis vital...

—Resume, Chuso, por Dios, resume.

—Aguafiestitas. La chica se pimpló media botella de tequila. Tuvimos que llevarla a casa. A Aurora le gusta, aunque no le ofreció birra, cosa que hizo que se fuera compungida. ¡Mira! —gritó Chuso—. ¡Si vuelves a darme otro pellizco, pequeña enana de los cojoncitos —berreó encima de Aurora después de haber saltado como un grillo desde su silla—, me planto en tu pueblo y con un megáfono le cuento a diestro y siniestro que te gustan los chumi...

—¡No serías capaz!

—Tiéntame, lagartona. Vuelve a pellizcarme.

Chuso nunca se enfadaba, pero recientemente se había descubierto un

moratón en el brazo fruto de uno de los pellizcos de Aurora y había decidido que ése era el límite permitido.

—¿Me perdonas?

—Vale.

—Y todo lo que habéis contado ¿qué tiene que ver con que Sara haya dormido fuera de casa y con el librero?

—Se quedaron solos, Gretita. ¿Entiendes eso? S-O-L-I-T-O-S.

Los tres se volvieron para mirar a Sara, que sólo necesitó cinco palabras para dejarlos en K.O. técnico:

—Es el Bruno que buscaba.

El mito de la caverna

Platón

Estaba jorobado, aunque la palabra perfecta para describir cómo se sentía era *jodido*. Se justificaba a sí mismo diciéndose que esa sensación que anidaba en su estómago y que lo hacía verse como una piltrafa era porque nunca antes se había enamorado, pero en realidad era porque Sara no lo había llamado en toda la semana, y mucho menos se había pasado por La Bookería. Debería habérselo imaginado, pero en el fondo había tenido la esperanza de que su expresión al despedirse no hubiera sido tal cual él la percibió. Error. No se había equivocado. Por eso estaba allí, en medio de la sección del chocolate del supermercado más cercano a la librería.

Resultaba curiosa la cantidad industrial de tipos de chocolate que tenía delante, y todas y cada una de las variedades le apetecían. Se las habría metido hasta por las orejas. Sin duda tenía el magnesio y la hormona de la felicidad en el subsuelo de su sangre.

Cogió las cinco tabletas más gordas que encontró sin importarle el tipo de chocolate que se escondía detrás de los papeles de colores que las envolvían y corrió como un lagarto australiano hasta las neveras donde se apilaban de forma ordenada los helados. Buscó con la mirada y localizó el «consuelo máximo supremo», los botes de helado de chocolate con cookies, chispas de chocolate, ralladura de chocolate y sirope de chocolate chorreante. Metió tres en el carro e intentó salir disparado hacia la caja. Lo último que necesitaba era que se derritieran, quería metérselo en vena, con dos cucharas a la vez, si es que eso era posible, una para cada carrillo.

—Vas a cagar onzas de chocolate, te aviso, Bruno.

—Tú siempre tan elegante, Maika.

—Colega, llevas varios días dándole al diente y sólo comes chocolate y aledaños.

—Será *sucedáneos*.

No estaba de humor; de hecho, el humor se le había esfumado por completo.

—No, machote, he dicho «aledaños» con toda la intención porque no sólo comes chocolate en tableta, sino también todos los elementos que se encuentran en los aledaños de dichas tabletas —bramó ella. Bruno estaba en plan *destroyer* desde hacía ya demasiados días.

—Hoy no estoy de humor.

Maika realizó uno de sus famosos escáneres. Sí, era un desastre exteriorizando sus propias emociones, pero era una *crack* distinguiendo las de su jefe. Le parecía un hombre de lo más transparente.

—Sigues hecho una caca de vaca, pareces un adolescente.

—Mira quién me lo dice, Maika.

—Eh, colega, conmigo no te metas, que yo estoy intentando echarte una liana, y, sí, no me mires así, no quiero decir «cable», quiero decir «liana» porque te comportas como un mono.

Bruno masculló una palabra imperceptible para Maika, y eso era algo que la dependienta no podía soportar.

—Quiero pegarte un sopapo, pero eres mi jefe y tengo más control de impulsos del que tú te crees.

—No sé para qué te has venido conmigo a comprar.

—Porque necesitas un poco de cordura en tu vida.

—Maika, esta semana llevas la cresta del color del pis; ¿crees que pareces más cuerda que yo?

—Sí.

—Razona tu respuesta.

—No me da la gana. Es un «sí» rotundo y punto. Necesito que te recuperes

ya.

—¿Que me recupere de...?

—Tonto no eres, eso lo sé. Un memo a la hora de comprar los libros sí, pero tonto no y, bueno, te tengo cierto apego, que no cariño, que conste, y, bueno, me da pena verte tan remustio.

—Me conmueven tus palabras.

—¡Vamos, no me jodas! —A Maika no le gustaban las moñerías ni de lejos —. Me aburro como una morsa sin meterme contigo, y desde que estás así eres un blanco demasiado fácil. Te prefiero en modo inteligente.

—Te agradezco que me hayas dado una tregua. ¡Ey! ¿Por qué me pegas?

—Mira, no me sale del chirri que cojas esa mierda, ¡por ahí sí que no paso!

—Estas galletitas están bien ricas.

—Lee la etiqueta, pavo. Llevan azúcar como primer ingrediente, aceite de palma, grasas de las chungas, mierda a raudales. ¡No las vas a comprar! ¡Y ya se me han inflado los ovarios! Ahora mismo voy a empezar a leer las etiquetas de todo lo que has metido en el carro y pienso sacar todo lo que sea una asquerosidad para tu salud. A ver, los helados, fuera, el pan de molde, fuera, la crema de chocolate, fuera. Coño, vas a morirte como sigas comiendo así.

Bruno estaba en plena crisis de agobio. A Maika le costaba controlar el tono de la voz y varios clientes estaban observando la escena como si se encontraran en una sala de espectáculos.

—Ven aquí, al pasillo de las frutas y de las verduras. Hala, toma, plátanos, fresas, naranjas para zumo, una bolsa de mandarinas, dos lechugas, unos rábanos, brócoli, acelgas, calabacines y limones. ¡A la caja a la de ya! ¡Espera! Te faltan los tomates y las zanahorias.

—Y el chocolate ¿por qué lo sacas también?

—Porque no lo necesitas. Eres un adulto, coño, no un pavo de la hostia. Hazme el favor de cuidarte, que te vas a poner fondón y no va a ser sólo la rubia la que va a pasar de ti.

Fue un puñetazo directo al plexo.

—Gracias por la delicadeza de nombrarla.

—La rubia, la rubia, la rubia, la rubia... ¡Supéralo! ¡¡ATENCIÓN TODOS, LA RUBIA NO LO HA LLAMADO!!

—Maika, por favor..., cómete la cresta y cállate.

—Me la comeré el día que esté igual de gilipollas que tú por una tía.

—Pues, ¿sabes qué, Mai?

—¿De dónde te has sacado ese Mai? Confianzas las justas, majo.

—Estás haciéndome la compra; como comprenderás, *Mai*, eso supone un paso más en nuestra relación.

—Si quieres que encuentren tu cadáver, vuelve a llamarme así.

—¿Así cómo, *Mai*?

—¿Se te cayó la minga y por eso no te ha vuelto a llamar?

—Eso ha sido un golpe bajo.

Maika se entristeció. Bruno tenía razón, su comentario no había estado bien.

—Lo siento —musitó cabizbaja—. No me gusta que me llamen así. Me duele.

A él le llamó la atención el bajón emocional que acababa de darle a su dependienta. Se le había bajado hasta la cresta.

—¿Estás bien?

—No. ¿Me dejas que me vaya?

—Sin que me cuentes qué te pasa, no.

—No me gusta hablar de mí.

—A veces va muy bien hacerlo.

—No quiero que sepas que mi padre me llamaba así cuando era pequeña. Él se cree que no me acuerdo porque dejó de hacerlo, pero yo sí lo recuerdo.

—¿Y por qué crees que dejó de hacerlo?

—Porque dejó de quererme.

Tras dejar a Bruno en la cola de la caja con el carro lleno hasta los topes de fruta, verdura, pescado y jamón ibérico, Maika se fue a llorar sus penas en

soledad. No debería haberle dicho nada a su jefe sobre lo vulnerable que se sentía cuando hablaba de su padre, pero la culpa había sido suya cuando empezó a llamarla Mai.

Los únicos recuerdos felices que Maika tenía junto a su padre eran de cuando apenas tenía dos años y jugaba con ella en la casa de la playa. Recordaba muy bien la edad porque fue a los tres años cuando lo decepcionó para siempre y su padre nunca más volvió a querer jugar con ella o llamarla Mai de forma cariñosa. De hecho, no recordaba ni una sola vez que él hubiera vuelto a ser cariñoso con ella.

Maika reconocía que no había sido una niña fácil de entender, y a pesar de su facilidad para expresarse, jamás había podido explicar el porqué de sus numerosas peculiaridades. No le gustaba ir descalza, ni mirarse los pies. Tocar la arena le dolía, las luces brillantes le escocían en los ojos y los abrazos o los roces, si no estaba preparada para ello, le producían agobio infinito. No podía soportar, desde bien pequeña, que le dieran besos, y le costaba concentrarse si había mucho ruido; es más, era capaz de oír cualquier ruido por muy lejos que éste se produjera, sus oídos eran extraordinariamente sensibles. Con el tiempo, había empezado a controlar esa necesidad de tapárselos cuando el ruido la aturdió y también había conseguido dejar de aletear. A menudo, de niña necesitaba hacerlo porque sentía que su cuerpo se dormía. De repente, dejaba de percibir sus piernas, o sus brazos, y por eso saltar o aletear era tan necesario para ella, debía despertarlos para volver a sentirse completa. Pero a su padre le molestaba. Le disgustaba todo de ella, y ella, pues sólo podía taparse los oídos una vez más ante los reproches de un padre que no la entendía y no la quería. Intentó cambiar, pero no pudo. Por eso volcó toda su energía en estudiar, para ver si podía conseguir que él volviera a llamarla Mai, pero no, de nuevo se equivocarse. Por alguna razón, o por todas sus peculiaridades, el Notario jamás volvería a quererla. Lo peor de todo era que Maika le daba la razón. A lo mejor no era digna de que nadie la quisiera,

así que se había resignado a querer en silencio, sin saber muy bien si su forma de querer a los demás era la correcta o no.

Con sus pensamientos dando tumbos por la cabeza, sintió la necesidad de taparse los oídos al pasar por una obra. Si los ruidos habituales le molestaban, soportar un martillo neumático era mucho más de lo que sus sentidos podían aguantar. Comenzó a pensar en algo agradable. Solía darle resultado, pero el ruido era tan ensordecedor que por primera vez en muchos años no pudo controlarse y se llevó las manos a los oídos, introdujo el dedo índice de cada mano en ellos y comenzó a tararear.

—¿Te tapas los oídos porque no quieres oír que te estoy llamando?

Maika dio un bote al notar que alguien le tocaba el hombro. ¡Menuda mierda de día llevaba! Recordar a su padre, ruidos horribles y, además, ahora, un desconocido se atrevía a tocarla por la calle. Estaba a punto de perder el control. Se sentía atacada por todos los elementos, así que cerró los ojos y comenzó a saltar.

Aurora la vio sufrir. No supo identificar qué era lo que le estaba ocurriendo, pero sí tuvo la capacidad de discernir que Maika estaba pasándolo mal. Con delicadeza, cosa rara en ella, a base de susurros y palabras amables, consiguió llevarla a un lugar más tranquilo, el parque que había al lado.

—Maika, ya puedes abrir los ojos. Soy Aurora.

El olor a cítrico la había delatado desde el minuto cero o, bueno, al menos desde que el pánico la había dejado poder percibir con claridad. Preocupada por lo que la chica que olía a limonero hubiera podido pensar de ella, Maika abrió los ojos despacito e intentó enfocar.

—¿Mejor? —preguntó la abogada.

—¿Mejor de qué?

Ser borde siempre era lo más acertado. Las personas ya no le hacían más preguntas y la dejaban tranquila y sola, y ésa era la forma en la que siempre se sentía más protegida.

—Vale, perdona —dijo Aurora, poniéndose en pie—, pensaba que te encontrabas mal. Disculpa si me he preocupado por ti al verte medio encogida dando saltos en medio de la acera.

Maika se avergonzó de sí misma por haber sido tan borde y por sus saltos, y fue incapaz de hablar hasta que vio que Aurora se levantaba dispuesta a irse.

—¡Espera!

—Tengo prisa —apuntó ya de espaldas. Estaba de mala leche. Esa muchachita le había hablado mal en demasiadas ocasiones para el poco tiempo que hacía que la conocía.

Maika reaccionó demasiado tarde, pero reaccionó y se dio cuenta de que había sido un poco grosera. Ojalá fuera capaz de explicarle a la gente que necesitaba sus groserías para que lo que recordaran de ella fuera eso y no lo rara que era.

—¿Te has enfadado?! —le preguntó a voz en grito.

Aurora ni siquiera se volvió, sólo gesticuló con una mano como queriendo decir que pasaba de ella, y eso bastó para que Maika echara a correr hasta ponerse a su altura.

—Oye, mira, tronca, si quieres que te dé las gracias por intentar ayudarme, te las doy, pero que sepas que no necesito que nadie me ayude.

La abogada se paró en seco. ¿Cómo que no necesitaba que nadie la ayudara? Esa frase le había resonado demasiado.

—Todos necesitamos ayuda, incluso yo la necesité una vez, y es bueno tener amigos alrededor que sepan qué es lo que te está pasando. Si los demás lo saben, todo es mucho más fácil.

—A mí no me pasa nada, colega. No te flipes.

—Perfecto, no sabes lo que me alegro. Que pases un gran día.

—¿Por qué vas hoy tan almidonada? —preguntó Maika curiosa al darse cuenta de que Aurora iba muy bien arreglada con un traje de chaqueta de pantalón azul oscuro.

—Tenía un juicio.

—¿Eres abogada?

—Sí.

—¿Como las de las pelis? ¿Por eso eres tan arrogante?

—Yo no soy arrogante.

—Claro, ¿no te jode?, y yo no llevo cresta.

Caminaron en paralelo durante alrededor de dos minutos, en silencio, como si estuvieran sopesando qué decir.

—¿Has comido? —Fue Aurora la que se atrevió a hablar primero.

—No.

—Yo tampoco. ¿Tienes hambre?

—Psss...

—¿Eso qué quiere decir?

—Aún estoy un poco nerviosa, así que no sé si tengo hambre.

—¿Y estás nerviosa aún por...?

Maika dijo algo en un tono casi imperceptible.

—Vamos, puedes hacerlo mejor. No te he oído.

—¡Por el ruido, coño! Era insoportable y me ha puesto nerviosa.

—Ah, ¿era sólo eso? Pensaba que se te había metido una abeja en el escote.

—¡La hostia! Qué excusa tan buena, me jode que no se me haya ocurrido a mí.

—Entonces ¿tienes hambre o qué?

—Un poco.

—¿Comemos? Mi próximo cliente está cerca de La Bookería. ¿A qué hora tienes que volver?

—A las cinco.

—Perfecto entonces, yo invito.

—Ni de coña, tronca. Pagamos a medias o nada. Yo no soy una mantenida.

—A medias pues. ¿Una hamburguesería?

Maika se paró en seco. Acababa de cabrearse. ¿Una hamburguesería? ¿Era una broma o qué?

—Mira, pava almidonada, llevo cresta porque me sale del higo y visto así porque me da la real gana, pero eso no significa que no tenga paladar o que no sepa comer. De hecho, podría sorprenderte en la cocina.

A Aurora se le olvidó el insulto de «pava almidonada» en cuanto Maika dejó caer que sabía cocinar.

—A mí me gustan las hamburguesas con muchas patatas fritas y ketchup.

—Demasiados carbohidratos, azúcar y grasas en una sola comida.

—Madre mía, acabas de fastidiar mi comida favorita.

—No lo siento —anunció Maika con una sonrisa.

—¿Te interesa la nutrición?

—Bueno, no es que sea un hobby precisamente. Tuve que aprender a comer y, ya que estaba, pues aprendí de verdad.

—¿Y eso?

—De enana sólo comía alimentos crujientes y de color amarillo.

Aurora estaba demasiado acostumbrada a todo tipo de personas y rara vez se sorprendía por nada, pero sí estaba interesada en todo lo que Maika podía contarle. La fascinaba la forma que tenía de expresarse, bueno, eso y sus intensos ojos azules.

—¿Por qué comías sólo eso? —preguntó mientras se imaginaba que un matamoscas gigante le quitaba los pensamientos sobre los ojos de Maika de cuajo.

—No sé, cosas de niñas, supongo. —Necesitaba desviar la atención sobre ella. Se le había escapado demasiada información ya—. ¿Has probado este vegetariano?

La calle donde estaba La Bookería era céntrica y alrededor de ella se concentraban la gran mayoría de los restaurantes de la ciudad.

—No, nunca he comido aquí.

—Perfecto, pues ahora vas a probarlo.

* * *

Sara estaba consumida por la culpabilidad y la tristeza. La semana anterior había sido una verdadera tortura. Había tenido una guardia tremenda y, para rematar, una comida familiar para celebrar que uno de sus hermanos había ganado un juicio tan importante que había salido en todos los medios de comunicación. Como solía ser habitual, la comida había sido tediosa. Su padre, su madre y sus dos hermanos eran abogados, al igual que lo habían sido sus abuelos y que todavía eran sus tíos y tías. Ni siquiera la presencia de Aurora, su hermana postiza y miembro del clan familiar de letrados, había conseguido que disfrutara un poquito.

Después del día pasado en el restaurante de la playa junto a sus amigos, no había querido volver a hablar del tema, ni siquiera consigo misma. Gracias a sus muchísimas horas de trabajo, había conseguido paralizar su mente, al menos durante el día, porque al llegar la noche, después de ducharse, al meterse en la cama, la pesadilla la destruía una y otra vez.

Después de levantarse agotada por octavo día consecutivo, decidió sentarse para hablar consigo misma.

Sí, se había acostado con Bruno. De hecho, se había acostado mucho con él. En una sola noche había hecho cosas que no había vivido con nadie antes. Desde entonces estaba hecha una mierda. Se sentía el ser más despreciable del planeta. ¿Cómo había podido tener relaciones sexuales con la persona a la que había prometido cuidar?

No podía dejar de pensar en cómo estaría él. Sara sabía que para Bruno no había sido sólo sexo, lo había demostrado con cada caricia, con cada beso, con la forma en que la había besado y deseado. Para ella sí había sido sólo un polvo... Bueno, tres. Muy buenos. Los mejores de su vida, de acuerdo, pero nada más que sexo, y eso la hacía sentirse aún peor. Había tenido sexo con la única persona en el mundo con la que no debería haberlo tenido, y ahora no sabía cómo arreglarlo para poder cumplir con su promesa.

No podía darle esperanzas a Bruno. Ella no era la mujer que él creía. Era

la mujer que había dejado morir a su padre, y sabía que él la despreciaría por siempre si alguna vez se enteraba de eso, y entonces sí que no podría soportarse a sí misma.

Decidió salir a dar una vuelta. Empezaba a oler a naftalina y, ¿por qué no admitírselo?, quería ver a Bruno, aunque fuera de lejos, para saber si estaba bien. Se puso lo primero que pilló en el armario tras una ducha y salió a la calle. Ese día tenía libre después de la intensa guardia de hacía dos días y de la que aún no se había recuperado. Tuvo que operar a tres chicas que se habían estampado por exceso de alcohol con el coche. Por lo menos, dos de ellas ya estaban fuera de peligro, y esperaba que al volver al hospital esa noche la otra saliera del estado crítico en el que se encontraba.

Sara vivía en un precioso ático cerca de la playa. Había sido un regalo de sus padres el día que aprobó el MIR y a ella le encantaba vivir allí. Cuando se despertaba por las mañanas podía ver el mar Mediterráneo como si se encontrara en un barco y, al anochecer, las noches de luna llena era maravilloso contemplar cómo la luna se reflejaba en la oscuridad. Vivir allí la ayudaba a respirar mejor, a desconectar, a soltar la carga nerviosa del día en la última rotonda de la autovía, a quitarse la bata médica y poder ser ella, sólo Sara, la Sara mimosa que ansiaba volver a ser feliz.

La única temporada desde hacía años en la que no había residido junto a la playa había sido cuando convivió con Roberto, su ex. Él era un urbanita y la empujó a un piso en medio de la ciudad. Recordaba lo nerviosa que la ponía habitar allí y, aunque sufrió cuando descubrió que él se acostaba con la casera, volver a su casa la ayudó a recuperarse.

Vestida con unos leggings negros y un jersey granate con un hombro al aire, salió de casa sin abrigo. Ya era marzo y hacía una temperatura maravillosa al lado del mar. Caminó con sus zapatillas de deporte favoritas en los pies y cogió el coche. Conducir la relajaba y, bueno, aunque entre la ciudad y el lugar donde ella vivía sólo había siete u ocho kilómetros y el tráfico era fluido, al menos tenía un ratito para intentar serenarse.

La Odisea

Homero

—¿Ésa no es la rubia maciza? —preguntó Maika.

Estaban sentadas al lado de la ventana del vegetariano y juraría que acababa de verla pasar.

—¿Quién?

—Aquélla, la del jersey granate.

Aurora la observó durante un segundo. Sí, era ella, Sara.

—Me gustaría saber qué demonios hace por aquí.

A la abogada la sorprendió el tono de furia con el que Maika acababa de hablar, y no pudo evitar saltar para defender a su amiga.

—Pues mira, en estos momentos está parada mirando el escaparate de la zapatería. No creo que esté cometiendo un delito tan grave para que hables así de ella.

—Tú también tienes mala gaita, coleguita —apuntó Maika—. Luego dices que yo contesto mal.

—Con mi amiga no se mete nadie.

—¿Y yo me he metido con ella acaso? He dicho que me gustaría saber qué demonios hace aquí y me he callado otras cosas.

—Pues mejor para ti que hayas decidido ser prudente.

Cualquier otra persona habría entendido la ironía con la que Aurora le había respondido, pero Maika se tomó la frase de forma literal, tal y como solía hacer habitualmente.

—Gracias.

Aurora se quedó estupefacta, ya que estaba preparada para contraatacar de

nuevo y lo último que esperaba era que Maika se tomara bien su frase.

—De nada, supongo.

—¿Pedimos postre? —murmuró Maika tan tranquila.

—¿No decías que el azúcar era fatal para la salud, la droga más potente y poderosa y que la gente no tenía ni idea de lo enganchados que estaban?

—Y así es, tronca.

—¿Y a pesar de eso vas a atreverte a pedir un postre?

—¿Qué tendrá que ver el azúcar con el postre?

—En tu pueblo, no sé, pero en el mío los postres llevan kilo y medio de azúcar.

—Para ser abogada hay que saber leer, ¿verdad?

—No sé por qué me haces una pregunta tan absurda, sabes de sobra que sí.

—Entonces ¿por qué no lees la carta, guapa? Debajo de cada postre están escritos los ingredientes y yo no he leído la palabra *azúcar* en ninguno de ellos.

Aurora se fijó en lo que Maika le indicaba. Desde que había visto a Sara no se concentraba y, si no hubiera detectado el tono de repelús en Maika al hablar de ella, habría ido a buscarla.

—Anda, pues es verdad.

Maika sonrió de forma triunfal. Cuando aseguraba algo era porque sabía de lo que hablaba. Jamás aseveraba nada de lo que no estuviera bien segura.

—Yo quiero calabaza con helado de chufa y dátiles.

—¿Eso estará bueno?

—No estoy tan imbécil como para pedir algo que no vaya a gustarme.

Lógica aplastante. Las preguntas retóricas la ponían de lo más nerviosa. Lo obvio era obvio y punto.

Aurora no la escuchó. Estaba demasiado ocupada pensando en lo que Sara estaría haciendo cerca de La Bookería. Desde el momento en que había confesado que se había acostado con el librero supo que sentía algo especial por él. Que ella supiera, y lo sabía todo de ella, apenas había tenido dos

parejas serias, bueno, una, porque al gilipollas de Roberto no podía considerarlo como alguien importante, así que si se había acostado con el tal Bruno era porque debía de tener sentimientos hacia él. De eso estaba segurísima.

—Ni los avestruces pueden estirar tanto el cuello, Limón. Si tanto te preocupa tu amiga, ve a por ella.

—¿Tanto se me nota? Me gustaría saber qué demonios hace por aquí.

Maika se levantó de un salto al oír la última frase de Aurora.

—Pero... ¿tú te estás oyendo, tronca? ¡Acabas de repetir palabra por palabra la frase que tanto te ha cabreado hace dos minutos!

La abogada se sintió un poco imbécil.

—Quiero pastel de limón con plátano. A cascarla, ya es mayorcita, ella sabrá lo que hace.

—Joder, así tu boca sabrá igual que huele tu piel.

A Maika casi se le cayó la cresta al suelo. No podía creer que hubiera dicho eso en voz alta.

* * *

La Bookería estaba cerrada. Mierda, no había previsto que quizá no abriera a mediodía y ahora se sentía como una verdadera mema al haber estado perdiendo el tiempo parada en el escaparate de la zapatería más cercana durante veinte minutos. Al final, aburrida de mirarlo, consiguió concentrarse en los zapatos y acabó entrando para comprarse un par de botas y unos zapatos planos en un color verde muy bonito.

En el restaurante vegetariano, Aurora luchaba por no ponerse roja. Había oído muy bien lo que Maika había dicho, pero la había pillado tan desprevenida que no respondió. Desde entonces, la ayudante del librero permanecía en silencio mientras esperaban a que les llevaran los postres.

—Me ha gustado la paella de algas. Estaba muy buena. ¿Y a ti?

—Me gusta más cuando hacen fideuá. Los fideos cogen mejor ese sabor a marisco del alga percebe.

—¿Hay un alga que se convierte en percebe?

—Es una broma, ¿verdad?

—No, te lo digo en serio.

—Coño, Aurora, que eres letrada. Piensa un poco.

—Es que no tengo ni puñetera idea de algas, Maika.

—Se llama así porque sabe como los percebes, pero en realidad se trata del ramallo de mar o alga *Codium tomentosum*. Por su potente sabor a marisco suele utilizarse en recetas de arroz o con los pescados.

—Me impresionan tus conocimientos sobre cocina y alimentación.

A Maika le importó un juanete el piropo, claro que tampoco se lo tomó como tal. Ella sabía mucho más de lo que dejaba ver. En ocasiones no adquiría conocimientos por voluntad propia, sino porque tenía memoria fotográfica y se aprendía cada libro que leía palabra por palabra. A veces bastaba sólo con una mirada.

—He leído mucho sobre el tema.

—Claro, trabajas en una librería, tienes libros de recetas por todas partes.

—Sí, eso también. ¿Qué?, ¿ya se ha ido la rubia?

Aurora volvió a mirar hacia la calle. Hacía un rato que no la veía, buena señal. Seguramente se había cansado de hacer la mema y se había ido, o tal vez, quizá, estaba buscando unos zapatos de verdad.

—Eso parece —respondió mientras desviaba la vista hacia fuera otra vez por si acaso—. ¡Ay, no, mírala! Ahora sale de la zapatería.

Maika volvió la cabeza de nuevo. Ahí estaba la rubia rompecorazones. Su jefe aún pululaba por la librería con cara de mustio, pero ya se encargaría ella de subirle la moral.

Sara, cargada hasta arriba con las cajas de los zapatos, decidió sentarse a comer en algún sitio. Con la tontería y los remordimientos que llevaba encima no se había dado cuenta de que era ya la hora de comer. Tanteó las diferentes

posibilidades que tenía y descartó de golpe el italiano. No sabía si alguna vez sería capaz de volver a probar la comida de allí. Era pensar en la pasta del otro día y empezar a ponerse nerviosa al recordar el momento del sofá con Bruno. Mierda..., allí estaba él otra vez, en su cabeza.

Decidió centrarse en la comida. Casi delante de la zapatería vio un vegetariano. Había oído hablar bien de él, así que, sin muchas ganas, cruzó la acera y entró en el restaurante.

Maika se escondió detrás de la carta en cuanto la vio entrar. Todavía no les habían servido el postre. El local estaba lleno a rebosar y el único camarero que había estaba destruido corriendo de un lado al otro.

Sara detectó enseguida que no había sitio libre, así que dio media vuelta y ahí fue cuando las vio. Sí, las vio, a Maika, la dependienta de la cresta... de color indefinido, y a Aurora, su amiga. La primera parecía hacerse la despistada fingiendo que leía la carta, y Auro se limitaba a mirarla con cara de mala leche, como si tuviera muchas ganas de regañarla por algo.

Durante unos instantes no supo bien qué hacer, pero era más que evidente que su amiga la había visto y que Sara también la había visto a ella. De repente se sintió agotada. Necesitaba comer y dormir una semana seguida, a ver si se le pasaban todas aquellas sensaciones tan desoladoras.

—Hola —la saludó Aurora, que la conocía demasiado bien y le había visto las ojeras a la primera, facilitándole las cosas.

—¿Qué tal? —preguntó Sara, ya cerca de ellas.

Maika seguía detrás de la carta, sin pronunciar ni una sola palabra.

—Hemos comido aquí. Nos hemos encontrado por casualidad y..., bueno, ha surgido. ¿Qué haces por estos lares? —quiso saber la abogada con una clara doble intención.

Sara decidió recurrir a lo evidente y salir así del paso sin que Aurora le hiciera más preguntas de las necesarias, por lo que levantó las bolsas que contenían los zapatos y las botas y elevó los hombros antes de responder:

—He salido de compras.

—Ya veo, ya.

La que miraba de reojo era Maika. La rubia no le caía mal, pero le parecía desleal saludarla después de haber visto a su jefe en plan meditabundo por su culpa.

—Me apetecía comer algo, pero ya veo que está todo completo. Mejor me voy a la hamburguesería de la esquina.

—Eso ni de coña, rubia. Es *fast food* e insana.

—Hombre, Maika, perdona que no te haya saludado, no te había visto.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Pues no, pero como no has querido decirme nada, he pensado que quizá no te acordabas de mí.

—Yo nunca olvido a una rubia maciza, eso lo primero, y, lo segundo, jamás olvido una cara. No me ha pasado en la vida, no iba a sucederme contigo.

—¿En serio? —preguntó Aurora fascinada una vez más por todos los secretos que Maika escondía.

—Yo no miento nunca, Limón.

Sara fue consciente del nombre con el que la dependienta se dirigía a su amiga y de pronto se sintió como el tercer brazo de un candelabro.

—Me voy a comer a otro sitio, os dejo, chicas. Aquí no hay hueco, no hay ni una silla libre —repitió con la intención de reforzar su discurso tras mirar de nuevo hacia el centro del local.

—Eso no es verdad, rubita, que para ser médica eres muy poco observadora. Aquí, en nuestra mesa, sobra una. Puedes cogerla si quieres.

—¿Estás invitándome a comer con vosotras? —preguntó Sara divertida.

—¿He dicho yo eso?

Aurora y Sara se miraron estupefactas.

—Que yo recuerde, he dicho que aquí sobra una silla. Puedes cogerla.

Ambas pensaron que Maika estaba bromeando, ya que estallaron en risas.

—Me encanta tu carácter. Eres tan graciosa...

—¡La hostia bendita! ¿Y dónde carajo está la gracia?

Lo mejor es que parecía que lo decía en serio. De verdad que la gente tenía mucha falta de comprensión. Coño, ¿qué era lo que no entendían de «aquí sobra una silla, puedes cogerla»?

—Está bien, si insistes, me quedo con vosotras.

Ahora la estupefacta era Maika. ¡Pues no había ido la rubia y se había sentado allí mismo con ellas! ¡La madre que la parió!

—¿Me recomendáis algo?

—¿Un audífono?

—¿Es el nombre de un tipo de algas, Mai?

Mierda, ahí estaba otra vez el puto nombre. Entre la desfachatez de la rubia al sentarse sin ser invitada y el nombre con el que se había permitido llamarla, Maika decidió que ya estaba bien de aguantar boberías. Sin mucha delicadeza, se levantó y fue hasta la barra, sacó su monedero comprado en el rastro de Madrid, pagó, cogió algo que le metieron en una pequeña cajita de cartón reciclado y volvió a la mesa, a la que no se sentó de nuevo.

—Me las piro. Hoy me toca a mí abrir La Bookería.

Aurora se miró el reloj. Aún eran las cuatro y cuarto.

—Te da tiempo a tomar el postre aquí, tranquila. Falta un rato todavía para las cinco.

—Ya, sé la hora que es, pero quiero pirarme igual. Me apetece comerme el postre tranquila.

Sara y Auro no parecían entender muy bien la situación, cosa que a ella, con franqueza, le importaba tres pitos, así que cogió su chupa de cuero y, tras un leve movimiento de la cabeza, salió por la puerta del restaurante tan tranquila.

—Me había dicho que podía sentarme, ¿no? A ver si la he molestado.

—Chica, yo qué sé —gruñó Aurora, bastante cabreada con Maika—. Si no fuera porque no me he creído tu rollo de que necesitabas salir de compras, me iría yo también. La macaca esa me ha puesto de mala leche.

—Puedes irte si quieres. Hoy tampoco soy una buena conversadora.

—Ni de coña. Ahora, mientras me como este pastel de plátano y no sé qué más, quiero que me cuentes qué es lo que te está pasando.

Sara sabía que no había escapatoria. Aurora formaba parte de su vida desde siempre, así que abrió la boca y comenzó a hablar como si en realidad estuviera conversando con un espejo. Lo único que se guardó para sí fue ese sentimiento de intensa culpabilidad que llevaba destrozándola desde hacía más de dos años, y que ahora, al haber hallado a Bruno, se había multiplicado por cien mil.

* * *

Maika sabía que Bruno estaba dentro de La Bookería, por eso fue directa allí. Abrían de forma habitual todos los días a la hora de comer, pero la noche anterior había saltado la alarma por una fuga de agua en el baño del piso de arriba, por lo que decidieron cerrar a mediodía para que el fontanero pudiera arreglarlo sin molestar a los clientes.

—Mira, tronco, te he traído un trozo de tarta saludable. Es de algarroba y crema de almendras. Parece un tiramisú de esos que tanto te gustan y que encargas a docenas en el *italianicci* de delante, pero en sano.

—¿Y qué he hecho yo para que te hayas acordado de mí?

Maika podría haberle dicho que aceptarla tal y como era, pero se mordió la lengua. Preferiría cortársela antes que admitir que Bruno era importante para ella.

—Pues mira, he llegado a la conclusión de que, si te mueres por comer mierda, me quedaré sin curro, así que mejor te enseño a alimentarte y, con suerte, hasta te va bien el negocio y me contratas toda la jornada, con un gran aumento de sueldo, por supuesto.

Bruno había estado haciendo números. Desde que Maika se había incorporado a la librería las ventas habían mejorado una barbaridad, y la verdad era que eso, junto con su brillante idea de mantener las citas a ciegas

de los viernes, hacía casi necesario contratarla más horas, así que, sí, había decidido hacerlo.

—Maika, justamente de tu trabajo quería hablar contigo.

Notó que ella se había asustado. Le había cambiado la cara por completo. Era evidente que trabajar en La Bookería le encantaba, y era más que consciente de que se esforzaba muchísimo.

—De un tiempo a esta parte he notado que... —no quería ser malo con ella, pero las caras que estaba poniendo Maika eran toda una tentación, así que decidió seguir con el juego un poco más— que..., bueno, en fin, no sé, tú ya me entiendes.

—Ni un pijo —consiguió decir ella con más miedo encima que el día del dinosaurio.

—¿Qué crees que opino de ti?

—¿Que soy una mierda?

—Joder, Maika, ¿por qué demonios has respondido eso?

—No sé, es lo primero que se me ha venido a la cabeza.

—¡Tú no eres una mierda!

Maika rompió a llorar. Había tenido un día horrible, salvo por el ratito que había pasado con el Limón en el restaurante vegetariano. Aún se sentía desolada por haber necesitado taparse los oídos y dar saltos para autorregularse. Además, se había acordado varias veces del Notario, y ahora, encima, Bruno iba a despedirla del trabajo de su vida.

La pobre apenas podía respirar, y esta vez sí que no era uno de sus dramas.

—No me despidas, por favor, Bruno. Te juro que me esforzaré más, que me rapo la cresta si quieres, pero no me despidas. Yo me muero si tú no me...

Él le cogió la cara con las dos manos y le secó las lágrimas con el corazón encogido. ¿Qué leches le estaba pasando a su genial dependienta?

—¿Si yo no qué? —preguntó impresionado.

—... si tú no me aceptas tampoco.

A Bruno se le heló la sangre. Era un puto capullo. Por su intención idiota de

gastarle una broma, la había hecho sufrir.

—Maika, mírame a los ojos, por favor.

No podía, ella no podía. Si miraba a los ojos se ponía muy nerviosa. En conversaciones habituales, conseguía hacerlo durante el tiempo justo como para que pasara desapercibido, pero por lo general, cuando tenía a alguien delante, la bombardeaban tal cantidad de estímulos que no sabía bien qué información era la importante, si la de los rasgos faciales o el resto de los movimientos del cuerpo de esa persona. De niña era casi incapaz de identificar las emociones de los demás en sus rostros, pero eso era algo que había trabajado mucho y ahora sí podía saberlo. A pesar de ello, cuando alguien le pedía que lo mirara a los ojos, solía bajar la mirada o apartarla.

—No puedo, Bruno, me cuesta mucho.

—Bueno, haz lo que puedas, pero a mí me gustaría mucho que lo hicieras porque voy a darte una buena noticia y quiero ver cómo te pones contenta.

Maika dejó de llorar al instante.

—¿Una buena noticia?

Bruno asintió.

—¿Que vas a dejar de tocarme la cara? Me estás poniendo negra.

—Bueno —respondió él con una sonrisa al ver que ya había dejado de llorar—, eso también, pero no es la noticia importante.

—¿Y cuál es?

—Tu trabajo es primordial para mí. Las ventas han mejorado mucho y he decidido contratarte todo el día.

—¡Pavo, tú estás muy gilipueñas! —bramó ella—. La Bookería no te da para tanto. Todavía no. Sé muy bien qué ventas tenemos porque la mayoría las hago yo, así que no me fastidies con eso. Te irás a la ruina.

—De eso nada. Precisamente porque eres una vendedora cojonuda, necesito que trabajes también por las mañanas, además de las del sábado que ya haces. Según mis estadísticas, la diferencia entre las ventas de las mañanas y las tardes es muy sustancial. Por eso, la librería y yo te necesitamos. Estoy

seguro de que pronto todo irá aún mejor si te incorporas también por las mañanas.

Maika pensó cómo compaginar la propuesta de Bruno con los cursos del doctorado. Sólo le faltaban un par de meses para terminarlos, y las clases eran los lunes y los miércoles por las mañanas.

—No puedes pagarme un sueldo entero.

Aún no estaba preparada para contarle que estaba estudiando de nuevo, a pesar de que sabía que él se alegraría por ella.

—Yo creo que sí si hago un pequeño esfuerzo.

—Voy a proponerte algo: ¿qué te parece si vengo durante marzo, abril y mayo los martes, los jueves y los viernes por la mañana también y comparamos de forma objetiva con los lunes y los miércoles que no estaré?

A Bruno le pareció muy buena idea.

—Si todo va bien —continuó ella—, en junio ya podrás contratarme toda la jornada para la campaña de verano. Ya sabes que esto se llena de turistas.

—Hecho, Maika. Eres genial.

Ella se mustió de nuevo.

—¿Tú crees?

—Eres la mejor y yo no podría con todo esto sin ti.

—Eso es verdad, tronco. Te hago mucha falta.

—Pero mucha —concluyó él—. Anda, coge dos cucharas de las que usamos para el café y vamos a probar el postre ese que me has traído.

—Yo me he pedido otro de calabaza.

—Pues venga, los probamos los dos.

—Ni de coña, chaval, que el momento amor ya ha pasado y a mí me da tela de repelús que alguien meta su cubierto babeado en mi comida. Tú te comes el tuyo y te jodes un poco si te apetece del mío.

—¿No me vas a dar ni un trozo? Es que no hace ni falta que yo lo toque. Lo cortas con tu cucharilla y me lo pones en mi plato.

—¡Joder! ¡Cuánto pides, Bruno! ¡Cuánto pides!

Mauro, yo soy tu madre

Yolanda Quiralte

Sara entró en La Bookería con las mismas ganas que de pillarse la cabeza con la puerta, pero lo hizo, y eso ya era mucho para ella. Había tardado tres días más en armarse de valor para hacerlo. Tres días en los que había estado de guardia, dormida y acribillada por Aurora. Desde su conversación en el restaurante, habían vuelto a hablar todos los días, incluso la abogada había convocado un consejo de guerra, pero el amigo del alma de Chuso estaba a punto de ser padre por segunda vez y no había dios que lo aguantara, así que su mujer, Marta Requejo, compañera de hospital de Sara, le había pedido que se lo llevara para mantenerlo entretenido.

—Hombre, la rubia maciza por fin se ha atrevido a entrar.

Sara se desinfló en el segundo y medio que la dependienta tardó en decir eso.

—No te caigo bien, ¿verdad?

—Que estés buena te da algún punto, pero mi jefe está aún un poco mustio. No sé qué es lo que debiste de hacerle.

Sara volvió a salir por la puerta. Si quería una buena dosis de realidad, debía admitir que la dependienta tenía razón. ¿Quién se creía que era para volver a la librería a buscar a Bruno?

Maika se quedó con la boca abierta. Esa tía hacía cosas de lo más extrañas, y encima ahora se largaba sin despedirse, pero como había interceptado media hora antes al comercial de libros raros e imposibles de vender, estaba contenta y eso compensaba lo de la rubia. Eso de estar alguna mañana en la tienda les estaba viniendo muy bien.

—¿Algún cliente espectacular que se haya llevado media librería? — preguntó Bruno, que acababa de subir la escalera para ir un momento al banco a pedir cambio.

—No, sólo dos pirados de la vida que buscaban unas guías de viaje. Pero dame tiempo, sólo son las diez y media.

Bruno se quitó las gafas para mirar a Maika. Sólo las usaba para escribir en el ordenador y, como se había pasado la mañana trabajando en el despacho, las había necesitado y se le había olvidado dejarlas abajo.

—¿Qué les has vendido? Venga, suéltalo.

Ella sonrió enigmática.

—¿Cómo sabes que he hecho una buena venta?

—Se te nota en la cara y, además, cuando la haces, la cresta se te pone más tiesa. Venga, suéltalo.

—La *Enciclopedia de rutas silvestres* —anunció con una mano sobre la cresta, comprobando si lo que decía sobre ella era verdad.

—¿La que llevaba año y medio en lo alto de la estantería de mapas?

—Esa misma —apuntó—. Mira qué hueco ha quedado en los estantes. En cuanto te vayas, los reorganizaré.

—Maika, eres la mejor, coño, si es que por fuerza tengo que quererte. ¡Valía doscientos pavos!

—Doscientos treinta y siete con cincuenta y cuatro céntimos para ser exacta, pero como se han hecho la tarjeta de socios, les ha salido un cinco por ciento más barata. Además, he prometido embalársela y hasta ponerle un lazo a la caja. Vendrán dentro de media hora a recogerla. Han ido a comprar tomates mientras tanto.

Bruno se echó a reír.

—Podrías montar un imperio, ¿lo sabes?

—Ah, y otra cosita: le he dicho a tu amigo, el rancio hijo puta que te cuele los libros invendibles, que esta semana no queríamos nada.

—¿A ti no te ha convencido con ninguno?

El dichoso comercial era el tío más hábil del mundo para engañarlo.

—¿A mí? No ha nacido pavo que me convenza de que compre un libro que no quiero. Bastante tengo con vender los tres que te chutó a ti la semana pasada.

—No son invendibles, Maika, eso es pan comido para ti. Estimulan tus estrategias de venta. En realidad, los cojo para eso, para que no te acomodes y pienses que todo está chupado.

—Vamos, no me jodas. Todavía estoy meditando sobre cómo vender el de *Tu vagina es una amapola*. Ése no hay dios que lo compre.

Bruno salió por la puerta con una enorme carcajada. Hacía casi dos semanas que Maika no lo oía reír de esa manera. Parecía que se estaba recuperando de lo que fuera que le hubiera hecho la rubia, así que decidió no contarle que la maciza había estado allí preguntando por él. Uy, mira, si hasta se le había olvidado.

* * *

Sara se había refugiado en el banco con la excusa de no dar la mañana por perdida. Hacía días que necesitaba sacar dinero, pero estaba tan atontada que había olvidado el pin y el odioso cajero se había tragado su tarjeta por tercera vez en lo que llevaba de año.

Bruno la vio en cuanto entró. Había pasado las manos por su cuerpo durante demasiadas horas como para olvidarlo. El corazón le dio un vuelco.

Estuvo observándola sin decir nada unos segundos, muy pocos para su gusto, porque Sara dejó de buscar algo en su bolso y se encontró con su mirada sobre ella.

Era preciosa, pero bueno, eso era algo que él ya sabía.

Sara lo saludó con la mano y él se quedó inmóvil donde estaba. Mirarla era un espectáculo y apenas podía mover ni un solo músculo.

—Supongo que me lo merezco —musitó ella cuando llegó a su lado.

—¿Qué es lo que te mereces? —consiguió decir Bruno.

Lo miró a los ojos, a sus inmensos ojos grises, los mismos ojos de Mario, no sabía cómo aún no se había dado cuenta de eso.

—¿Estás bien? —le preguntó él al comprobar cómo ella bajaba la vista para que no la viera llorar.

—Un poco estresada, sólo es eso. Estos días he tenido alguna guardia difícil.

—¿Es por eso por lo que no me has llamado? —Directo y sin dar veinte mil vueltas.

—La verdad es que no. —Quería ser sincera con él. Había trazado todo un plan y esperaba que funcionase—. No te he llamado porque no he querido.

—De acuerdo —la cortó Bruno—. Tanta honestidad de tu parte no era necesaria.

—Espera, no te vayas —dijo ella al ver que iba a marcharse—. No quería decir eso, de verdad que no.

—¿Y qué es lo que querías decir?

—No me mires así, por favor.

—Dime cómo quieres que lo haga. Contigo nunca sé cómo acertar.

—¿No podemos ser amigos?

A Bruno se le estrujó el estómago aún un poco más.

—¿Amigos? ¿Eso es lo que quieres de mí?

Sara sonrió. Todo estaba saliendo a la perfección. Serían amigos y, así, podría estar cerca de él por si la necesitaba. Era genial, qué forma tan perfecta de poder cumplir con su promesa.

—¡Sí! ¡Seremos buenos amigos!

Bruno se acercó a ella y, sin apenas rozarla, la acercó hacia él con una mano. Sara era más bajita y ese día no llevaba tacones, por lo que su boca quedaba un poquito más abajo de lo habitual. Excitado por el hecho de tenerla tan cerca de nuevo, se aproximó más a sus labios y le susurró justo encima:

—¿De verdad es eso lo que quieres de mí?

Abrió la boca al sentir el suave aliento de Bruno sobre la suya. El ramalazo de deseo la recorrió de la cabeza a los pies. Deseó cerrar los ojos y que él la besara.

—Perfecto, si eso es lo que quieres —repitió—, no hay ningún problema. Seremos amigos —decretó con más desilusión de la que creía ser capaz de soportar.

Sara parpadeó confusa cuando él volvió a tomar distancia.

—Es tu turno, amiga.

Aunque detectó la sorna con la que lo dijo, Sara decidió dejarlo pasar. No encontraba fuerzas para replicarle. Estaba fatal. Haber tenido los labios de Bruno tan cerca y que no la hubiera besado la había dejado hecha una piltrafa temblorosa.

El empleado del banco la miró con mala cara. Tenía la oficina llena hasta los topes y a la rubia se le había ocurrido olvidarse del pin justo en ese momento. Con cara de evidente cabreo, salió de detrás del mostrador tras haber comprobado que, en efecto, era quien decía ser y le pidió que lo acompañara fuera para recuperar la dichosa tarjeta.

Sara no vio el agua, pero Bruno, que la estaba mirando, cómo no, sí se dio cuenta de que ella iba a pisarla. El niño que acababa de tirarla berreaba porque se había quedado sin ella.

—¡Cuidado! —consiguió proferir antes de correr a su lado para evitar que se cayera al suelo, cosa que no consiguió.

El trastazo fue tremendo.

—Mierda, Sara, ¿estás bien? —volvió a preguntarle él, ahora con más motivo que la vez anterior, ocurrida tan sólo unos minutos antes.

No, no lo estaba. Había intentado protegerse de la caída con la mano izquierda y ahora ésta no tenía muy buena pinta.

—Me he roto la mano —anunció entre sollozos de puro dolor, aún tirada en el suelo.

—A ver, deja que te ayudemos a levantarte. Venga, apóyate en mí. Deja que

te coja.

Varios clientes del banco se habían acercado para ver si podían ayudar, pero Bruno no permitió que ninguno lo hiciera por si le hacían aún más daño.

—¿Quiere que llame una ambulancia? —sugirió el empleado del banco, que también se había asustado debido a la caída de Sara.

Bruno la miró como preguntándole qué quería hacer y ella negó con la cabeza.

—No, muchas gracias. Yo la acercaré al hospital.

—¿Se conocen? —preguntó un señor muy mayor que acababa de entrar—. No me gustaría dejar a esta señorita en manos de un desconocido.

Bruno entendió al anciano, pero de algún modo se sintió ofendido. Junto a él, a Sara nunca podría pasarle nada malo. Bueno..., eso no era cierto del todo, puesto que ella acababa de caerse delante de sus narices sin que él hubiera podido evitar la caída.

—Sí —explicó Sara—, somos amigos.

Intentó sonreír, de verdad que sí, pero si ella volvía a decir que eran sólo amigos, iba a volverse loco. En lugar de eso, decidió centrar la atención en ella.

—¿Duele mucho?

—Mucho. Estoy a punto de marearme y todo.

—¿Quieres sentarte un momento?

—No, por favor, voy a llamar un taxi para que me lleve al hospital. Tengo el coche aquí cerca, pero es evidente que no voy a poder conducir en un buen tiempo.

—¿Un taxi? —preguntó él claramente dolido.

—Sí, no quiero molestarte.

—Dame las llaves del coche. Yo te llevo. Vengo andando de La Bookería y no tengo el mío cerca.

—¿De verdad quieres acompañarme al hospital?

—¡Sara!

—Está bien. Mete la mano en el bolsillo de mi pantalón. He dejado ahí las llaves. Ahí no, en el bolsillo trasero.

A Bruno le tembló el pulso cuando rozó el culo de Sara para sacarlas.

—¿Las tienes?

—Sí, vamos, anda. ¿Quieres esperarme aquí y voy a por el coche?

—No, la calle es dirección contraria y te tocaría dar una vuelta enorme. Me duele demasiado la mano como para estarme quieta esperando. Voy contigo.

Sara tenía el coche a dos pasos, pero estaba en lo cierto: para poder parar delante del banco, debería haber dado un rodeo por toda la manzana.

—¿Cómo vas? Venga, no tiene tan mala pinta —mintió él con la esperanza de darle ánimos.

—Bruno, soy cirujana, sé muy bien cuándo hay un hueso roto, y en mi mano hay más de uno, además de que debo de haberme fracturado también el escafoides. Duele del demonio.

—Lo siento.

—No ha sido culpa tuya. Son cosas que pasan —dijo entre suspiros, como si así fuera posible evitar el dolor.

—Ya, pero igual me duele verte así.

—¿Así, con la mano rota? Hay cosas peores, puedo asegurártelo.

—Así, sufriendo.

A Bruno no le dio la gana de evitar la caricia con la que sus dedos tocaron la mejilla de Sara. Sólo esperaba que a ella la hubiera aliviado tanto como a él.

La caricia de Bruno casi consiguió matarla. El escalofrío la hizo darse cuenta de que había cometido un enorme error de cálculo. ¿Cómo había sido capaz de no prever que la atracción que había surgido entre ellos las otras veces estaba a punto de echar por tierra su fantástico plan? Decidió concentrarse en el dolor para dejar de pensar, como si eso fuera posible.

Bruno estaba nervioso perdido, y más desde que la había tocado. Sabía que Sara debía de estar soportando mucho dolor y que no podía hacer nada por

aliviárselo.

De pronto, el manos libres del coche comenzó a sonar.

—¿Descuelgo? —preguntó él.

Sara vio el nombre de Chuso en la pantalla del salpicadero y decidió no cogerle el teléfono. Nunca lo había hecho, pero estaba tan mareada por el dolor que no se sentía con fuerzas para hablar con nadie.

—No, después lo llamaré. ¿Te importa si abro la ventanilla? —Bruno negó con la cabeza—. Necesito respirar un poco de aire o me desmayaré.

El manos libres volvió a activarse siete veces más para desespero de las dos personas que cada vez estaban más nerviosas dentro del coche.

—Dale al botón que está junto al intermitente, por favor. No sé qué es peor, si el ruido o el dolor.

—¿Sarita?

—Sí, dime, Chuso, ¿pasa algo?

—¿Estás de guardia, cariñito mío?

—No, pero voy camino del hospital; ¿qué sucede?

—¡Sara! —gritó una voz masculina que no era la de Chuso.

—¿Mauro?

—¡Estoy de parto!

—Maurito de mi amor, te pido, por favor, que te centres en conducir.

—¡No encuentro las luces!

—Son las once de la mañana, ¡no las necesitas, coño!

—¿Marta? —preguntó Sara preocupada al oír la voz de su amiga y compañera.

—¡Arg, que nos matamos...! —volvió a decir la voz de Chuso—. Sarita, mi *cuñis* no puede hablar, que tiene una contracción de las feísimas.

—¡Dios mío, cómo duele!

—Este tío es gilipollas —replicó la voz femenina—. ¿Vas a tardar mucho en llegar?

—¡¿Queréis hacer el favor de tranquilizaros los dos?!

—¿Y esa voz de quién es ahora? —Bruno había intentado estarse callado, pero la escena era tan surrealista que no pudo evitar interesarse.

—Es Felipe, mi maridín. ¡Oye, Sarita, tú no vas solita en el coche! ¡Bandida! ¿Quién es? ¿El guapo del librero?

Sara resopló ante la cara de asombro de Bruno. ¿Qué le habría hecho ella a la vida para que le estuviera pasando algo así?

—Sí, soy yo. ¡Hola, Chuso!

—¡Ay, con tanta emoción va a darme un parraquito de los míos!

—Os juro que no me siento las venas. Marta, dime algo, que estoy fatal.

—¡Joder, Mauro, deja de decir idioteces! Cállate ya, coño, ¡las venas no se sienten nunca! ¿A que no, Sara?

—No, ni siquiera cuando explotan —consiguió decir la aludida entre resoplidos de ansiedad.

—¡Ay, pues debe de ser eso! ¡Ay, qué me muero! ¡Me mareo!

—¡¡¡Y YO TAMBIÉN!!!

—Por favor, Felipe, Sara, librero o quien seas: ¿podéis decirles a estos dos cafres que aquí la única que está a punto de morirse de dolor soy yo?

—Sara también —apuntó Bruno.

Ella hizo una mueca cuando el coche pasó por encima de un socavón.

—¡Sarita mía! ¿Qué te pasa?

—Se ha caído y se ha roto una mano. Vamos de camino al hospital para que se la vea un médico.

—¡Lo sentimos, Sara!

—Empiezo a notar la falta de circulación de la sangre en las venas.

—Desde luego, Mauro, que riego sanguíneo sí te falta.

—Marta, me hablas fatal.

—Qué *crack* el tal Mauro, ¿no, Sara? —susurró Bruno para que no se lo oyera al otro lado de la línea.

Ella consiguió proferir algo parecido a un aullido.

—¿¿Lleváis ahí un perro??

—No, es Sara.

—¡Joder!

—¡¡Auuuuuuu!!

—Pero ¿qué cojones haces, Mauro?

—Marta, que acabo de tener una contracción y me ha dolido mucho.

—Pero... ¡SI LA QUE ESTÁ DE PARTO SOY YO!

—Perdona, cariño, pero aquí *todos nosotros* estamos de parto, ¿a que sí?

—Yo no —aseguró Bruno.

Sara lo miró de reojo. Estaba tan chalado como sus amigos.

—Eres un mamón, Mauro.

—Marta, si no fuera porque tengo contracciones, te juro que hasta me habría ofendido.

—¿QUE TÚ TIENES CONTRACCIONES?

—Sara, estoy a punto de abrir la puerta, pero como vamos a ciento cincuenta kilómetros por hora, me contengo. Os juro que me tiraría del coche en marcha porque es una tortura oírlos.

—Felipe, cariño mío —se oyó que decía la voz de Chuso—, ¡ni se te ocurra, que me quedo viudito!

—Me duele hasta el clítoris.

Bruno soltó un bufido de incredulidad ante la última frase de Mauro. No quería reírse, pero estaba al borde de que le diera algo y, desde luego, quería conocerlo sí o sí.

—Mauro, tú no tienes clítoris, so gilipollas.

—Martita, no le hables así a mi Mauro, que es un ser muy sensible y se impresiona.

—¿Cómo le hablo? Creo que le hablo bastante bien para la barbaridad que acaba de soltar.

—Como si quisieras arrancarle los *codornizos*.

—¡Sara! ¿Puedes decirle a mi marido que NO tiene clítoris?

—Mauro, no tienes clítoris y, bueno, Marta, sí le estás hablando un poco

mal, la verdad.

—ESTOY DE PARTO.

—Tú tranquila, amor, que tengo los *codornizos* en su sitio.

—No por mucho tiempo. Ahora mismo me dan ganas de arrancártelos.

—Ah, no, tranquila, que de eso ya se encarga él solo. ¿Os acordáis de que casi se los machaca por culpa del...?

—¡GEL DE COCO PARAÍSO TROPICAL! —corearon los pasajeros de ambos coches, a excepción de Bruno, que no tenía ni idea de qué estaban hablando, y Mauro, por supuesto.

—¡Ay, mi clítoris! A ver si se pone ya el semáforo verde, que estamos de parto.

—Si vuelves a repetir eso, te arañó. Sara, ¿me oyes? ¡Te juro que lo arañó!

—Te oímos —respondió la pobre Sara, que cada vez veía su mano más inflamada.

—No sé cómo tienes el valor de amenazarme con todo lo que estamos pasando.

—Feli —exclamó Chuso—, amor, dame un abracito, que aquí va a liarse tan parda como el día en que a Mauro le explotó el bote de tomate en el microondas por dejar la tapa de metal puesta.

Bruno apenas si veía la calle por las lágrimas de risa que le estaban cayendo. A Sara, en cambio, nada le hacía gracia. Se sabía las fechorías de Mauro de memoria.

—Voy a decir un par de cositas...

—Marta —la cortó Sara—, concéntrate en la respiración. A mí me está funcionando para el dolor.

—Cosita uno: Mauro, arranca el coche de una puta vez, que llevas parado en un *stop* diez minutos.

—Cariño, el dolor te confunde —se lo oyó decir—. Es un semáforo.

—¡¡¡Arranca el coche o tu hijo nace aquí!!!

—Es un *stop*, cuñado, entiendo que estés de los nervios, pero, joder,

arranca el coche de una puta vez, que mi hermana habla en serio.

—Cosita dos...

—Martita, que Mauro no parece estar muy centrado ya, no lo atormentes más. Míralo, está verde y a punto de echar las papas al jamón que se ha comido antes de salir.

—¿Queréis que conduzca yo? —se ofreció Chuso.

Esta vez gritó hasta Sara, a pesar de su propio dolor:

—¡¡NOOOO!!

—¡Ahora que ya tengo el carnet no me dejáis conducir nunca!

—Estrellaste al Rey.

—¿Quién es el Rey? La leche..., esto parece un culebrón.

—El Rey era el cochecito de mi Maurito, librerito sexy. Le di un golpecito muy pequeño.

—Acabó en el desguace, no mientas.

—En defensa de Chuso —aportó Sara— debo decir que hace mucho tiempo que no se estampa con el coche.

—Eso no es verdad, ayer se empotró contra las flores que el chino tiene puestas en medio de la calle.

—Falacias, Sarita, falacias. No fue nada grave. Tan sólo rompí siete maceteros de mustia-flores, marido traidor, ¿para qué lo cuentas?

Sara rio a su pesar, la mano le dolía muchísimo, pero toda aquella conversación telefónica era demasiado surrealista como para ignorarla.

—¿Alguno de vosotros se acuerda de que yo estoy de parto? Siento ya la cabeza de Pablo.

—¡Oh! ¿Al final os habéis decidido por Pablo? —se interesó Sara.

—¡Sí! Acabo de decidirlo. ¿Quién ha ganado la porra?

—Nadie, todos apostamos a que se llamaría Juan Carlos, como el rey emérito.

—NI DE COÑA.

—¡¡VIVA EL REY!!

—¿Y ahora por qué gritáis? —exclamó Bruno taquicárdico perdido ante el berrido que acababan de soltar todos, incluida Sara.

—Es nuestro grito de guerra, maci-librero. Cada vez que alguno de nosotros nombra al anterior rey, nos sale.

—¿Queda mucho para llegar?

—A nosotros, unos cinco minutos como mucho —respondió Bruno totalmente implicado ya en la conversación.

—¡No te preguntaba a ti, coño! Dios mío, otro chalado para el club.

—¡Ay, perdón! Eres Marta, ¿verdad?

—Sí, ¡¡¡acelera, Mauro, o tu hijo nace en un coche!!!

—Mi vida, por favor, ¿puedes gritarme un poquito menos al oído y, de paso, respirar más despacio? Es que cada vez que... ¡Ey! ¿Por qué me has pegado? Sara, me ha pegado. Tu amiga me ha atizado.

—Por algo será.

—Porque estoy de parto, me duele a morir y estoy casada con un idiota insensible.

—¿Insensible, yo? Hala, pues ya hemos llegado, guapa.

—¡¡¡Ay, Maurito de mis amores, no frenes así, que se me caen los diamantitos de los piños!!!

—¿¿Llevas diamantes en los dientes?? —preguntó Bruno, ya en plena búsqueda de aparcamiento cerca del hospital.

—De quita y pon. ¡Nos vemos en recepción!

El principito
Antoine de Saint-Exupéry

—¡Enfermera! ¡¡Estamos de parto!!

—Señor, por favor, no vuelva a llamarme así, que soy el reponedor de la máquina del agua.

—Mauro, te aviso. Si no dejas de hacer el capullo, les digo que te pongan la epidural a ti... en los huevos.

—Ay, mi Mauris, ¿por qué no cierras el piquito un rato? —recomendó Chuso—. Sé que estás nerviosete, pero es que no paras de hacer el megacafre.

—Sara, Sarita, amiga, estoy de parto —se quejó el pobre Mauro, al que nadie hacía caso.

Bruno y Sara acababan de entrar. Ella, hecha polvo y con un dolor insoportable, esquivó al futuro e histérico padre para ir al lado de su colega, la cual ya estaba sentada en una silla de ruedas para ser atendida.

Ambas médicas se miraron con cariño y, después de hablar con el enfermero, con el de verdad, las dos fueron llevadas a un box para ser atendidas como debían.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Mauris, tú, esperarte aquí un segundo porque van a llamarte enseguida para que pases con Marta al paritorio.

—¿Y tú eso cómo lo sabes, Chuso?

Felipe no sabía si reírse. Sabía que su cuñado era un nervioso que se alteraba ante ese tipo de situaciones, pero decía tantas tonterías juntas y de una forma tan peculiar que no podía evitarlo.

—Porque mis orejitas estaban atentas cuando el enfermero te lo ha dicho.

Mira, te quiero muchito, pero estás para que te dé un sopapo.

—La gente no me entiende —replicó Mauro antes de darse cuenta de que estaba hablando con un desconocido.

—Tranquilo, a mí también suele pasarme.

—¡¡Ay, pero qué maleducadito soy!! ¡¡No os he presentado!! Maurito de mi alma, éste es Bruno, el librero guapetón que tiene a nuestra Sarita... Ups, mejor cierro el piquito.

Antes de que alguien más pudiera hablar, una enfermera se acercó hasta el grupo para preguntar por los acompañantes de las doctoras Requejo y Bueno. Mauro y Bruno salieron disparados.

* * *

El cabreo de Maika era antológico. Su jefe había salido de La Bookería dos horas antes y todavía no había vuelto. Era matemáticamente imposible que aún estuviera en el banco, a no ser que un atracador, panti en la cabeza, hubiera entrado en la sucursal y los hubiese secuestrado a todos. ¿Y si eso estaba sucediendo y ella, mientras, no paraba de maldecirlo? La histeria comenzó a subirle por los pies.

Así fue como la encontró Aurora, que había decidido de repente, al salir de un juicio, que necesitaba relajarse un poco y que leer algo diferente de los expedientes que solía preparar por las noches estaría muy bien.

En realidad, pero era cobarde para admitirlo, se moría de ganas de volver a ver a la chica estafalaria de la cresta. Le resultaba de lo más hipnótica. Desde que empezó a trabajar como abogada, Aurora echaba de menos la espontaneidad en las personas, y Maika representaba un poco todo aquello que no se podía controlar. Le gustaba observarla y descubrir que nunca sabía qué era lo que la muchacha iba a soltar a continuación. De alguna forma, Maika era un ser que no se había contaminado todavía por las idioteces de la sociedad, y eso la tenía fascinada.

—¡Hola! —saludó al entrar en la librería con mucha más alegría de la que recordaba en los últimos años.

Durante unos instantes Aurora pensó que no había nadie en la tienda, hasta que pudo vislumbrar una cresta que asomaba detrás del mostrador de la cafetería, que era el primero que había nada más entrar.

Esperó durante unos instantes a ver si la dueña de la cresta salía, pero al ver que no, decidió subirse a uno de los taburetes donde solían sentarse los clientes para tomarse uno de los cafés especiales de La Bookería y asomarse al otro lado.

—¡Hola! ¿No me has oído?

—Chiss, ¡no sé cómo se te ocurre gritar tanto! Los secuestradores podrían oírte. ¡Ven aquí! —susurró Maika sin darse cuenta de que estaba chillando tanto o más que ella.

Aurora se puso blanca y luego verde en cuestión de dos segundos.

—¿Secuestradores?

—Sí, coño, ¡te he dicho que vengas aquí a esconderte!

No supo cómo lo hizo, pero trepó por la barra y, de un salto, bajó de ella hasta quedar sentada y apretujada entre las cajas de agua que se guardaban allí detrás y una Maika temblorosa que apenas podía encender su móvil.

—¿Qué ha pasado? —preguntó intrigada y, por qué no decirlo, un poco preocupada.

—Hay un atraco en el banco de al lado y lo peor es que ha pillado allí a Bruno, tronca. Ha ido a hacer un cambio de monedas y aún no ha vuelto. Intento llamar a la policía, pero me tiemblan tanto las zarpas que no puedo.

—Yo llamo, tranquila, estoy acostumbrada a todo tipo de situaciones, sobre todo si son tensas.

Sí, acababa de hacerse la chula. Sacó su nuevo y carísimo teléfono y marcó el número de la Policía Nacional sin ni siquiera cuestionarse la información que le había dado Maika.

—Pon el manos libres, Limón. Quiero escuchar la conversación por si

luego se te olvida darme alguna instrucción. Y, sobre todo, no grites, que estamos pared con pared.

Aurora, que asintió todavía emocionada porque ella había vuelto a llamarla Limón, le dio a la teclita del altavoz y ambas se miraban cuando alguien descolgó el teléfono al otro lado.

—Policía Nacional.

—Sí, buenos días.

—No la oigo, ¿puede hablar más alto?

—No, colega, estamos en un atraco —susurró Maika.

—¿Están ustedes bien? —preguntó el policía con voz preocupada—. ¿Dónde están?

Maika le quitó el teléfono de las manos a Aurora, quien, a pesar de que encontraba la situación un pelín rocambolesca, aún no se había planteado si era posible que estuviera pasando todo eso.

—Detrás de Elektra.

—¿Perdone? ¿Puede decirme dónde están?

—Detrás de la Elektra.

—Señora, no la entiendo, repita, por favor.

La paciencia no era la mejor aliada de Maika y ésa era la tercera vez que iba a repetir lo mismo.

—Estoy D-E-T-R-Á-S de la Elektra.

Aurora empezó a reír, a pesar de que era un tema muy serio.

—Señora, no entiendo lo que dice.

—¡Me cago en tus muelas! ¡Estamos detrás de la puta Elektra!

—¿No decías que no gritara?

—Es que este tío de los cojones no se entera. A este paso los atracadores nos quitan hasta la funda de los dientes y aquí la pasma no se entera ni de dónde estamos.

—¿Elektra? —volvió a preguntar el policía que atendía la llamada—. ¿Qué es Elektra? ¿Una asociación?

—¡Elektra es la cafetera!

—¡Señora! ¿Me está tomando el pelo? Como localice la llamada la multarán por falsa alarma.

—Pero qué falsa alarma ni qué ocho cuartos, tronco, nos has preguntado que dónde estamos y yo te digo que sentadas detrás de la cafetera, de Elektra.

—¿Es usted una persona con discapacidad?

—¿Y tú tienes los cojones cuadrados?

—Señora, ¡no me insulte!

Maika se puso aún más nerviosa. Por si discutir con un policía sin sentimientos y bajo poder de comprensión fuera poco, ahora se había visto empujada a salir corriendo de detrás del mostrador para que Aurora no le quitara el teléfono.

—¡No me persigas, Limón! Deja que termine de hablar.

—¡Dame mi teléfono!

—Señoras, ¿están ahí? ¿Se encuentran bien? Denme una dirección.

—Limón, como vuelvas a saltar por encima de los sofás verdes del jefe te voy a dar con la *Enciclopedia de mitos, leyendas y cíclopes* en la cabeza.

—¡Maika, dame mi teléfono de una vez! ¡Nos van a llevar al calabozo!

—¡¡Señoras, por favor, díganme una dirección y mando una patrulla!!

—Usted no se preocupe, creo que ha sido una falsa alarma —acertó a decir Auro a gritos, a pesar de que estaba casi sin aire de perseguir a la dependienta por la tienda para quitarle el móvil.

—¿Una falsa alarma? ¡Pero si tienen secuestrado a Bruno!

—¿Quiénes? —volvió a preguntar el pobre policía.

—¡Los atracadores del banco!

—¡Díganme el nombre del banco y la calle!

—Mira, yo a ti no te digo nada porque no te enteras. Ya voy yo y saco a mi jefe de ahí.

—¡No! Quédese donde está. Confíe en la autoridad. Nosotros sabremos qué hacer.

—¡Limón, deja de perseguirme! ¡Me estás poniendo nerviosa!

—Yo sí que estoy nerviosa por cómo coges mi móvil. ¡Es nuevo! Cuidado no se te caiga o te rapo la cresta.

Aurora paró en seco. ¿Acababa el limón andante de amenazarla con raparle la cresta?

—Repite eso si tienes cojones, chica guapa.

A Aurora, a sus treinta y tres años, se le nubló la vista de la cosilla que le dio en el estómago cuando Maika la llamó «chica guapa». Era la primera vez en su vida que alguien le decía un piropo que la afectara tanto.

—Si vas a volver a llamarme así, lo repito las veces que haga falta — musitó en plan diva de telenovela en plena conquista.

A Maika esas moñadas no le iban y, bueno, muy dada a pensar tampoco era. Todo el mundo hablaba de su falta de control de impulsos y de su espontaneidad alocada...

—¡¡NOOOOOOOOOOOOOOOO!!

Sí, el carísimo móvil de Aurora acababa de salir volando por los aires, pero a las dos les dio tiempo a oír la voz del que supusieron que era un angustiado policía:

—¡¡¡Pónganse a cubierto!!!

* * *

—Rotura de escafoides, Sara. De seis a ocho semanas con yeso y después rehabilitación. Tómalo con calma porque esto va para largo.

—Venga, Juan, ¡no me fastidies!

A Bruno le temblaban las piernas. Había aguantado como un machote mientras le hacían las radiografías a Sara, pero saber que ella estaba con tanto dolor y que él no podía hacer nada por evitárselo lo tenía de los nervios. Ahora escuchaba las palabras del guapo traumatólogo que la trataba mientras esperaba sentado en la silla que había dentro del box de urgencias.

—Y aún has tenido suerte —prosiguió sabihondo-*man*, que sería muy guapo, pero que aún no le había quitado el dolor a su ~~ehiea~~ amiga—. Al no haberse desplazado, no tenemos que operarte ahora mismo para ponerte un tornillo o hacerte un injerto. Tómatelo en serio, que te conozco.

Sí, lo reconocía, ese «te conozco» le había tocado, y mucho, las pelotas.

Ajena a los pensamientos de Bruno, Sara lo miraba de reojo. No iba a admitirlo en su vida, pero el hecho de que él estuviera allí con ella, acompañándola, le daba seguridad y eso le llamaba mucho la atención. Pasaba más horas en el hospital que en cualquier parte, pero una cosa era atender a los demás y otra muy distinta ser ella la paciente.

—Entonces ¿qué tengo que hacer? —preguntó nerviosa perdida. Seis u ocho semanas de baja más todo el proceso de rehabilitación significaban por lo menos tres meses fuera de juego.

—Descansar. Ahora llamo a Ramón para que te escayole y te apunto para dentro de cuatro semanas para que vengas a hacerte otra radiografía. No pases por urgencias, vente a la consulta y ya está, te atiendo desde allí. De momento, Sara, cariño, reposo, no hagas tonterías y deja que te cuiden —agregó mientras le hacía un gesto con los ojos mirando a Bruno.

Ella negó con la cabeza como queriendo restarle importancia, pero Bruno, que había oído el «cariño», estaba a punto de pedir cita en el digestólogo del ardor de estómago que se le había puesto. Estaba celoso. Sí, lo admitía. Celoso a niveles intergalácticos.

—Si no te importa, te esperaré fuera hasta que te hayan puesto el yeso. Me da miedo molestar.

—¡No molestas! —exclamó Sara en un tono de voz demasiado efusivo para su gusto—. ¿Verdad, Juan?

No entendía por qué se sentía tan vulnerable y tan tonta, y mucho menos por qué necesitaba que él se quedara a su lado.

—Por mí no hay problema. Voy a avisar a Ramón. Dame dos minutos.

—¿Sales con él? —preguntó Bruno a bocajarro.

Hacía mucho que había decidido pasar de las tonterías e ir al grano en los aspectos de su vida en los que debía ir. Sara le gustaba de verdad, y cuanto antes supiera por dónde iban las cosas, mucho mejor.

—Alguna vez —respondió ella.

No era el momento y, además, no tenía ganas de mentirle, pero Bruno acababa de darle la coartada perfecta para que pudieran ser amigos y que él no intentara nada más. Necesitaba cumplir su promesa y, así, estando cerca como amigos, sería la mejor forma, aunque... se muriera de ganas de que la abrazara y le diera un beso de consuelo.

—Entonces creo que aquí estoy de más, Sara. Siento mucho que te hayas roto el escafoides o como se llame, pero aquí estoy haciendo el imbécil. Como sé que te dejo en buenas manos, me marchó. Maika debe de estar muy intranquila. Hace tres horas por lo menos que me he ido al banco a hacer un recado que cuesta diez minutos y aún no he vuelto ni la he llamado.

Sara no quería que se fuera, y estaba segura de que él no quería irse, pero quizá era lo mejor para los dos. Lo cierto era que tampoco sabía cómo pedirle que se quedara. No estaba acostumbrada a pedir ayuda, ni tampoco había necesitado tanto a alguien antes.

Por eso asintió apenas sin hablar.

—Si veo a tus amigos les digo que te van a escayolar pero que tú estás bien. Deben de estar preocupados por ti. Cuídate —exclamó él justo antes de darle un beso rápido en la cabeza y marcharse.

A Bruno le pesaban los pies. Le pesaban muchísimo. Por nada del mundo la habría dejado sola en un hospital, pero bueno, en realidad, no se quedaba sola. Estaba con su amiguito y sus amigos.

Caminó hasta la sala de espera con la esperanza de que Chuso y su marido todavía estuvieran allí y suspiró con alivio cuando los vio cogidos de la mano, aguardando a que les dijeran si ya habían sido tíos.

—Brunito —dijo Chuso, que se levantó nada más verlo—. ¿Cómo está nuestra Sarita?

—Bien, se ha roto la muñeca y la van a escayolar, pero estad tranquilos, que la atiende su novio Juan.

—¿Su novio Juan? —preguntó Felipe sin enterarse de nada.

—Sí, maridito, Juan, Juan el traumatólogo, ¿no, Bruno? El guapo de Juan.

—Ése, sí. —Dos palabras. Era incapaz de alargar más la frase.

—¿El tío aquel con el que vivió Sara mientras estudiaba la carrera?

Bruno no quería saber más datos. Quería largarse de allí y no enterarse de nada más, porque si seguía oyendo cosas sobre el tal Juan no habría tableta de chocolate que lo consolara de aquello.

—Sí, cariñito, *ése*.

Estaba muy enamorado de su marido, pero había veces en las que Chuso tenía ganas de pisarle un pie con la plataforma. ¡No se enteraba de nada!

—Bueno, chicos, y vosotros, ¿sabéis algo de Marta y Mauro?

Chuso se alegró de que Bruno no siguiera con el tema de conversación de Juan y Sara, así no tendría que dar ninguna explicación sobre ellos. Decir mentiritas estaba fatal, y a él no le gustaba nada de nada.

—Mi Maurito nos ha enviado hace diez minutos una fotito desde el paritorio y nos ha dicho que Martita ya está dilatada del todito. Dentro de nada vamos a ser títos —concluyó mientras se ponía a dar saltos de macaco en medio de la sala de espera.

—Mi enhorabuena entonces. Si no os importa, me voy a La Bookería. La he dejado en manos de Maika y nunca se sabe si eso es buena o mala idea.

—Oh, Brunito, librerito guapo, ¿no vas a esperar a Sarita?

—No; como te he dicho, está en manos de Juan. Saluda de mi parte a Mauro y a Marta, por favor, y mi más sincera enhorabuena.

—Está bien, como quieras, pero que sepas que estoy convencido de que a mi Sarita le gustaría que la esperaras.

—¿Para qué? Seguro que ya tiene quien la espere.

Fue ya cuando Bruno hubo salido por la puerta que Chuso le dijo a Felipe que no se había enterado de nada.

—Bruno es el *Bruno* que Sarita lleva buscando hace más de dos años, Feli, así que, aunque le guste, jamás tendría nada con él. Quiere cumplir la promesa que le hizo a su papá antes de morir. ¿Recuerdas que te conté la historia?

Felipe asintió con la cabeza mientras sacaba su móvil, que vibraba en el bolsillo del pantalón.

—¿Y él sabe de esa promesa?

—No, y Sara nos hizo jurar a todos el otro día que jamás diríamos nada al respecto. ¿Qué te pasa, Felipe? ¿Por qué lloras, cariñis?

—Mira, Pablo Álvarez Requejo acaba de nacer. ¡Somos tíos de nuevo!

* * *

Llevaba las llaves del coche de Sara en el bolsillo, mierda. Bruno recordó que la había llevado allí en su propio coche cuando se cansó de buscar el viejo Mercedes de su padre por el parking del hospital. Joder, ¿y ahora qué hacía?

Pensó que lo mejor era que volviese a la sala de espera donde estaban Chuso y Felipe y les diese las llaves, así que, sin ningunas ganas, dio media vuelta y regresó al hospital. No los encontró allí. El bebé ya debía de haber nacido.

Aunque se alegró por ellos, pensó que era un verdadero fastidio tener que entrar de nuevo en el box donde estaba Sara, pero no le quedaba más remedio que hacerlo, así que, armado de mala leche, caminó hacia el pasillo de los boxes, localizó el de Sara y entró después de haber llamado a la puerta. Nadie respondió. Abrió con cuidado y no encontró a nadie allí dentro. Cada vez más cabreado, enfiló el pasillo otra vez y llegó al mostrador de recepción. Sobre él había un cartelito que anunciaba cambio de turno y que, a partir de esa hora, todo el mundo sería llamado por megafonía.

Con las llaves en la mano, Bruno pensó en hacerse el harakiri, pero decidió que era una idiotez y fue hacia el coche de nuevo. Acababa de tener una idea.

Abrió la puerta, entró y buscó en la guantera la documentación del vehículo. Allí estaba la dirección de Sara.

* * *

Sara estaba agotada y, para colmo, se había hecho la valiente y no había permitido que nadie la llevara a casa, ni Chuso, ni Felipe, ni siquiera Juan, su amigo del alma, con el que había vivido en Pamplona mientras estudiaban la carrera; así que llamó un taxi y, con la mano dolorida y aún sin que los calmantes le hubieran hecho efecto del todo, se metió en él y se quedó medio dormida tras darle la dirección de su casa al taxista. Al día siguiente se ocuparía de recoger su coche. Ahora lo que necesitaba era tirarse en el sofá con una mantita e intentar dormir, a ver si se le olvidaba que se había roto la mano y que iba a estar escayolada como mínimo mes y medio.

Medio atontada por la cantidad de pastillas contra el dolor que su amigo le había hecho tomar, Sara pagó y se bajó del taxi. Apenas eran las dos de la tarde y ella estaba ya hecha polvo. Cabizbaja y con cuidado de no darse más golpes, caminó hasta el portal de su casa e intentó buscar las llaves en el inmenso bolso que llevaba. Aquello iba a ser mucho más difícil de lo que ella suponía. No podía sujetarlo y buscar con una mano.

—¿Necesitas ayuda?

—¡Bruno!

—Te he estado buscando por el hospital para devolverte las llaves, pero, como no te he encontrado, he pensado que lo mejor era traerte el coche hasta aquí. He supuesto que te acompañaría alguno de tus amigos.

A Sara le latía el corazón a una velocidad desbocada. Nunca en su vida se había alegrado tanto de ver a alguien. Sí, podía parecer una exageración, pero se había sentido muy sola cuando él se había ido de aquel box.

—Me han subido a la consulta de Juan para escayolarme con más tranquilidad.

Bruno ni contestó. A modo de respuesta, se sacó las llaves del coche de Sara del bolsillo y se las metió en el bolso.

—Te lo he dejado allí delante —dijo mientras señalaba la acera de enfrente.

—Bruno, ¿sería abusar de ti pedirte que me lo metieras en el garaje? Así estaría más tranquila.

—No es problema. ¿Entras por esa puerta?

Sara asintió.

—Bien, espera aquí, ahora te traigo las llaves otra vez.

—No, prefiero ir contigo, así te indico cuál es la plaza.

—No hace falta que vengas, con que me digas el número, me las apañó.

Estaba enfadado. Mucho. Sara había vuelto a nombrar a Juan, aunque no sabía por qué le dolía tantísimo. No, no era verdad, sí lo sabía. Le dolía porque se había enamorado de ella nada más verla.

—¡Voy a ir contigo! Tengo que caminar medio metro, y desde el garaje hay un ascensor con el que puedo subir a mi casa. No se me va a caer la mano porque haga eso.

Bruno la miró de reojo. Era terca como una de esas mulas irlandesas que salían en todas las guías sobre ese país que vendía a decenas en La Bookería. A la gente, al parecer, le fascinaba Irlanda.

—¡Cuidado con la columna de la derecha al girar! Varios vecinos nos hemos dejado medio coche ahí.

—Lo tengo controlado, tranquila.

—Sí, pero yo conozco mi garaje y te digo que al girar a la derecha se estrecha.

—¡Qué poca confianza! Te digo que tu coche cabe muy bien.

—No estés tan seguro. Estás demasiado pegado.

—No me he dado un golpe en mi vida —gruñó Bruno, con la sensación de que estaba empezando a cabrearse.

—Sí, claro, eso decimos todos, pero tú hazme caso y no te pegues tanto.

—Confía en mí, te lo digo de verdad. Tengo el carnet desde los dieciocho años y jamás he rozado siquiera el coche contra un bordillo.

Sara cerró los ojos cuando Bruno comenzó a girar el volante bien pegado a la pared derecha, e hizo una anotación en su casi anestesiado cerebro para que no se le olvidara llamar al día siguiente al seguro. En ese momento estaba demasiado cansada hasta para discutir.

—¿Ves? —exclamó él con autosuficiencia—. No le ha pasado nada a tu cochecito...

El ruido de la rascadura se oyó hasta en los barcos de pesca que faenaban a unas millas de la costa que se divisaba desde el balcón de Sara.

Lo que el viento se llevó

Margaret Mitchell

—La que debería estar enfadada soy yo, no tú. Desde que has abollado la puerta de mi coche estás insoportable.

Bruno gruñó ya de forma descarada, sin intentar esconder que estaba cabreado.

—De verdad que no pasa nada, te repito. Amplié la cobertura del seguro de mi coche sólo por esa columna. Yo he tropezado con ella varias veces.

—Hijo puta.

—Hombre, muchas gracias. Te cargas mi coche y, además, me insultas.

—No, tú no, el arquitecto mamón que diseñó ese garaje.

Sara flotaba en el limbo provocado por la medicación que le había dado su amigo Juan.

—La verdad es que un poco torpe sí eres. Te he avisado unas cuantas veces, pero como eres un machote y los machotes no estampan los coches —agregó con las manos levantadas—, pues no me has hecho ni puñetero caso.

—¡No soy ningún machote! —berreó Bruno en pleno ataque de mal humor.

—¡Claro, claro! —exclamó Sara casi dando vueltas por el portal del edificio—. Eres un moderado librero que jamás ha roto un plato. Pues mira, te jodes, hoy te has cargado mi coche, asúmelo.

—Vas a disculparme, bonita, pero el coche se lo ha cepillado tu arquitecto. Yo sólo conducía.

—Conducías sin hacerme caso y como te daba la gana por mi garaje. Si hubieras estado atento a mis palabras, te habrías abierto en la curva y mi querido coche estaría ahora intacto, ¡pero no, de eso nada; el señor —gritó

Sara en pleno discurso intenso— es un experto en columnas y en su soberbia máxima ha decretado que, al pasar junto a ellas, éstas se volvían invisibles y blanditas!

—Esa columna no debería haber estado ahí.

Sara se plantó delante de él.

—¿Porque tú lo digas?

—¡¡Porque la lógica lo dice!!

—¿Qué lógica?!

—¡La mía, faltaría más!

—Te estás comportando como un zopenco.

Bruno sopesó la respuesta antes de abrir la boca. Solía decir gilipollices cuando estaba tan enfadado como ahora.

—¡Y tú has tenido la desfachatez de comprarte un piso con un garaje mal construido!

—¿¿Pues sabes qué te digo?! —chilló Sara con un brazo en jarras y el de la mano escayolada en cabestrillo.

—¡¡¡QUÉ!!!

—¡Que ahora voy y me subo en el ascensor y desapareces de mi vista!

—Ah, de eso nada —retó él—. De mi vista no vas a desaparecer cuando tú lo digas.

—¡Uff! ¡No te soporto nada! Me caes mal desde el primer momento en que te vi.

—¡Pero si no veías nada porque estás cegata!

Estaban dentro del ascensor que llevaba a la planta donde Sara tenía el ático con la puerta cerrada, pero ninguno de los le había dado al botón que correspondía. Bruno porque no sabía cuál era el piso, y Sara porque estaba tan enfadada que se le había olvidado.

—¿Cegata, yo? ¡Anda, quién fue a hablar! El cegato sordo que acaba de estampar mi coche contra una insignificante columna; es que hay que ser muy...

—¿... muy qué? ¡Ten valor y termina la frase!

Bruno acababa de acercarse a ella y apenas los separaba un velo de aire minúsculo casi microscópico. Sara estaba drogada por completo, así que le dio igual lo que acababa de hacer: sacar la lengua y lamerle el labio superior.

—¡¡¡Dios!!!

Si el ascensor se hubiera descolgado, a ninguno de los dos les habría resultado extraño. Bruno la empotró contra el espejo y la besó como si saborearla fuera lo único importante que le quedaba hacer en la vida. Sara respondió con un gemido, algo que él no esperaba porque para gemir hacía falta aire y allí, dentro del ascensor, no quedaba ni un poquito.

Excitado, le subió el jersey granate y acarició sus pechos, haciendo especial hincapié en los pezones, que estimuló con la yema de los dedos. No fue un mimo suave, no. Estaba hecho para que perdiera el control, para que lo deseara aún más.

Creyó que se caía. El roce de los dedos de Bruno en sus pezones era aún mejor que sentir su aliento caliente en la boca. Todos los besos con él habían sido especiales, pero aquél tenía un punto desalmado que iba a dejarla destrozada por el deseo.

Excitada como nunca en su vida, abrió aún más la boca para acoger todos los envites de la lengua de aquel hombre que amenazaba con volverla loca sin saber que, con ello, acababa de conseguir que él dejara de ser consciente de lo que hacía.

—¿Qué haces? —susurró ella sobre su boca al notar que Bruno le bajaba los leggings de repente y la aupaba con la espalda pegada al espejo.

—Besarte, comerte, hacerte el amor, follarte como un loco —le explicó él mientras la penetraba de una sola embestida—. Me tienes hecho un idiota. Desde aquel día en La Bookería, no he podido pensar en otra cosa que no fuera volver a sentir tu calor.

Sara gimió de nuevo y gritó ante la nueva acometida por parte de Bruno.

—Es maravilloso estar dentro de ti —continuó él—. Me acoges tan bien, me quedo así, oh, tan encajado, tan dentro, tan...

—¿Tan...? Nunca terminas las frases importantes —pidió ella, con los dedos de su mano derecha enredados en los rizos canosos de Bruno a la vez que apretaba los músculos de la pelvis porque el placer que él le estaba proporcionando era superior a su capacidad de pensar.

—Tan de puta madre, Sara.

El orgasmo los sorprendió a ambos. Ninguno lo esperaba tan pronto, con tan sólo tres o cuatro embestidas, así que los arrasó entre gemidos.

—¿Hay alguien ahí?! —preguntó una voz que ninguno de los dos oyó porque estaban mirándose para ver si alguno de ellos descubría cómo podían volver a respirar con normalidad o cómo hacer que sus piernas dejaran de temblar.

»¿Se ha quedado alguien encerrado en el ascensor? —volvió a preguntar la misma voz.

El silencio seguía instalado entre ellos. No era muy común que estuvieran tan callados, pero el orgasmo los había arrasado de repente, sin remedio, con fuerza, casi con ira, y sobre todo los había dejado a ambos con una sensación de batalla. En el caso de Bruno, de batalla ganada. Sara, sin embargo, acababa de perder una vez más.

—Es que yo no quiero hacerte daño —musitó casi más para sí que para que Bruno lo oyera.

Vio cómo él se dejaba caer sobre la pared contraria al espejo y supo que le había hecho daño. Daño, pero de verdad. Perfecto, acababa de hacer todo lo contrario de lo que había prometido. Estaba desolada, y eso que aún respiraba con cierta dificultad. Acababa de cargarse para siempre la posibilidad de cumplir su promesa.

—¡¡¿Es que no me oís o qué?! —gritó la voz que llevaba un rato dando berridos y que acababa de abrir la puerta del ascensor.

—No, no te hemos oído —refunfuñó Bruno.

* * *

—Eres un capullo.

—Despedida.

—Sí, claro, vas a despedirme ahora que me has ampliado el contrato. Chaval, tú no sabes lo caro que eso te puede salir. Además, no te hablo. Estoy enfadada contigo, tronco.

—No sabes lo que te agradezco que no me hables.

—Eres un gili-mustio, vamos, el no va más del gilipuertas+mustiez, que lo sepas.

Bruno había entrado en La Bookería sin saludar. Maika esperó sus dos segundos habituales de cortesía y, escandalizada ante la falta de decoro de su jefe, decidió entrar en acción, a ver si era capaz de espabilarlo.

—No tengo ganas de idioteces, Maika, te aviso.

—Tienes un pavo encima, colega, que no te aguantas ni tú. Dime ahora mismo qué es lo que te ha hecho la rubia para que te amorres a la tableta de chocolate de emergencia que te dejé comprar el otro día.

Bruno levantó la cabeza y se la quedó observando con incredulidad. ¿Cómo sabía que le había pasado algo con Sara?

—Sí, lo sé. Eres tan transparente como un pez duende de cristal.

—Ese pez no existe.

—Tus cojones que no.

—Maika, no te inventes el nombre de un pez.

—No me he inventado nada. No tengo la culpa de que no te leas los libros que entran en tu tienda.

Bruno se volvió sorprendido. Hasta entonces había estado trasteando detrás del mostrador de la cafetería.

—¿Te lees todos los libros que hay en la librería?

Maika se levantó del taburete para observar al cliente que estaba en las estanterías de libros raros e invendibles. Acababa de coger con las manos el de *Tu vagina es una amapola*, y ella jamás perdía una oportunidad.

En cuatro minutos, el pobre hombre, que había tenido la osadía de alucinar con el título de ese libro, lo llevaba metido en una de las bolsas de cartón con el logo de La Bookería, acompañado de otro de los invendibles: *Fustigarse es cosa de besugos*, una amplia guía de cómo cocinar el besugo en épocas de cabreo emocional.

—No, no me los leo todos, no estoy tan perturbada. Sólo los que me da la gana. Este mes en concreto estoy leyendo los que tienen algo de color azul en la cubierta, sólo esos.

Bruno la miró mientras masticaba chocolate a dos carrillos. De alguna forma, comerlo siempre lo había aliviado.

—Ese en concreto sobre los peces duende no pude terminarlo porque lo vendí cuando me faltaban diez páginas para el final. Estuve con dolor de cabeza tres semanas.

—¿De lo malo que era? —preguntó Bruno con curiosidad. Su dependienta jamás dejaba de sorprenderlo.

—No, Bruno, joder, dices unas cosas horribles sobre los libros. No hay libro malo. De todos se aprende. Céntrate un poco, hazme el favor, que con el pavo que tienes encima no aciertas una. Me duele la cabeza cuando no puedo terminar algo que tenía planeado terminar. Y todos los libros se deben acabar si se empiezan. T-O-D-O-S. Es un sacrilegio no hacerlo.

—Pues yo no hago eso.

—No, ya, tú eres un ser desalmado que deja los libros a medias y, vamos, no me jodas, que para dejarte algo a medias ya podrías dejarte la puta tableta de chocolate, que a estas alturas ya te has comido la mitad.

—¿Quieres? —ofreció.

—Quiero pegarte dos sopapos, pero como eres mi jefe, voy a mantener mi control de impulsos en un punto estable, aunque, si de mí dependiera, iba a meterte la tableta por las orejas, so mamón, que ahora me acabo de acordar de que estoy tela de cabreada contigo.

—¿Por qué?

Maika se plantó a tres centímetros de su cara.

—¿¿Cómo que por qué??

Bruno tenía cero ganas de reír, pero tener así a Maika, tan cerca de él, con la cresta y el piercing ese que se había puesto pegado en la nariz, era superior a sus fuerzas.

—Vuelve a reírte y te vas directo al dentista a que te pongan implantes.

Intentó mantenerse lo más serio que pudo, pero, claro, era muy difícil con Maika aún ahí, sin moverse ni un ápice.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Ella ni siquiera pestañeó. Estaba demasiado absorta contando las pecas que Bruno tenía esparcidas por la nariz. Apenas eran perceptibles para el ojo humano, pero a ella la tenían fascinada.

—¿Te encuentras bien?

En una situación así, Bruno sabía que resultaba osado preguntar.

—Tienes pecas.

—No he tenido pecas en mi vida.

—Pues yo te las estoy viendo.

—Debes de sufrir alucinaciones.

—No he sufrido de eso en mi vida.

—No tengo pecas.

—Eso ya lo has dicho.

—Es que no las tengo.

—Los cojones que no. Yo las veo. Tengo ojos de halcón.

—En los cojones tampoco tengo.

Maika parpadeó por fin.

—Eres un vulgar. Me importa un pito lo que tengas en los cojones.

—Mira, un pito sí tengo ahí.

—No sé qué demonios te pasa.

—A mí no me pasa nada.

—¡Y una santa leche! Desde que la rubia maciza entró por la puerta de esta

tienda, estás hecho una puta pena y comes más chocolate que nunca. Dime qué te pasa porque estás insoportable. Llevas ya un rato aquí y no me has contado nada del atraco. ¿Cómo has conseguido que el atracador te liberase? ¿No suelen salir primero las mujeres y los niños? Joder..., ¿de qué te ríes ahora?

—Me río porque no tengo ni puñetera idea de qué estás hablando.

—¿Cómo que de qué estoy hablando? Del atraco del banco de aquí al lado. Bruno se puso blanco.

—¿El banco en el que yo he estado esta mañana? ¿Ha habido un atraco?

—Joder, pavo, joder, pavo..., ¿te han lavado los sesos? ¡¡Pero si estabas dentro del banco!!

—¿¿Quién, yo??

—¡Dime, si no, por qué has tardado tanto cuando has ido sólo a por cambio! Mira que yo he llamado hasta a la policía... Bruno, tus carcajadas me están sentando fatal. ¿De qué te ríes, cacho carne con ojos?

—¡En el banco no ha habido ningún atraco!

—¿Y dónde coño te has metido toda la mañana? Pavo, ¡que son las tres de la tarde y te has ido antes de las once a por cambio!

Bruno volvió a coger la tableta de chocolate que había dejado tan sólo cinco segundos antes encima del mostrador.

—¡¡Deja de comer chocolate!! ¿No ves que si no dejas de empapuzarte de eso te vas a poner malo?

—No, no lo veo. El chocolate me ayuda a olvidar.

Los ojos de Maika estaban a punto de salirse de sus órbitas. En su vida había oído, leído o estudiado antes que el chocolate tuviera propiedades amnésicas.

—¿Y se puede saber cómo hace eso?

—¡El chocolate no hace preguntas!

Vamos, menudo día de mierda que llevaba. Primero el atraco, después el Limón, que se había enfadado con ella porque se había cargado su móvil, y ahora el jefe, que afirmaba, exclamación y todo, que el chocolate era un

amnésico que no le preguntaba cosas. De verdad que tenía muchas ganas de irse a su buhardilla, tomarse una sopa y ponerse a estudiar. Era la única forma de olvidarse de tanta gilipollez junta.

* * *

—Chuso no puede quedar. Pablo nació ayer y están todos demasiado ocupados.

—Me lo he imaginado, Greta. No pasa nada, gracias por haberme llevado al médico.

—¿Ya se te ha pasado el mal humor?

No, a Sara no se le había pasado. Su médico de cabecera acababa de darle la baja para dos meses. ¡No tenía ni idea de qué iba a hacer con su conciencia durante ese tiempo sin poder ir a trabajar ni hacer casi nada con la mano escayolada hasta el codo!

—Va a pasar más rápido de lo que crees, ya verás. ¿Te corto el pescado?

Sara afirmó con un pequeño gesto de la cabeza. Estaba a punto de echarse a llorar. No había dormido en toda la noche por el dolor provocado por su dichoso escafoides. Además, en apenas veinticuatro horas se había dado perfecta cuenta de lo inútil que se sentía con una mano para todo. Vestirse había sido una odisea y lidiar con sus padres otra; éstos no podían entender bajo ningún concepto que quisiera quedarse en el ático a pesar de estar con el hueso hecho trizas.

Al final de la mañana, tuvo que tragarse su orgullo y llamar a Greta. Aurora no era buena amiga para esas cosas. Tenía menos paciencia que un grillo, y Greta, en cambio, era la personificación de la calma.

—Gracias, Gretita —volvió a decir.

—No necesito que me des las gracias todo el tiempo, Sara. Ya sé que es un incordio estar así, aunque lo que me preocupa no es tu mano, sino tu cabecita. ¿Por qué estás tan triste?

—Ayer me acosté con Bruno.

Era mejor soltarlo así de repente porque, si empezaba a dar vueltas, iba a ser mucho peor para su estado de ánimo.

—¿¿Cómo? Pero ¿eso no era tema zanjado?

—Al parecer, no.

El dolor había tenido que ver en su incapacidad para dormir, pero pensar en Bruno aplastándola contra el espejo del ascensor era una imagen que la tenía loca por completo.

—¿Quieres contármelo?

—Es largo, pero el resumen es que lo hicimos en el ascensor de mi casa.

Greta se atragantó con el agua que bebía.

—¿Qué me estás contando?

—Y ahora —explotó Sara, ya con lágrimas en los ojos— voy a ser incapaz de cumplir mi promesa porque yo no quiero una relación con él. Prometí cuidarlo, no follármelo.

—Mira que eres bruta hablando.

—Es que eso es lo que hice. Me lo tiré en el ascensor.

—¿Te lo tiraste tú sola? Mira, Sara, vamos a mirar todo esto con un poco de perspectiva.

—Está bien, fuimos los dos, y ahí es donde está el problema.

—¿Desde cuándo la atracción es un problema? Porque sólo se trata de eso, ¿no?, de atracción.

Eso era lo malo de tener amigas de toda la vida, que la conocían demasiado bien y ella no estaba preparada para hablar de sentimientos; es más, se negaba en rotundo a pensar ni siquiera que pudiera haber algo más que atracción física con Bruno.

—Sí, química sexual y punto.

—Sigo sin ver el problema, la verdad.

—Sabes lo que le prometí a su padre antes de morir.

—Chica —exclamó Greta, siendo por una vez mucho más pragmática que

ella—, pegarle un polvazo de vez en cuando también es cuidar de él, ¿no crees?

Sara prefirió no responder y comerse lo que le quedaba del pescado en silencio mientras fingía que escuchaba los problemas de su amiga en el colegio.

Los puentes de Madison County

Robert James Waller

Aurora estaba debajo del portal de la sinuosa escalera que conducía a la buhardilla de Maika. Llevaba allí hora y media. Lo sabía porque tenía delante un reloj automático de esos que cambian cada cinco segundos para anunciar la temperatura. Aún no se había decidido a llamar al timbre. No entendía muy bien qué era lo que hacía allí, pero de repente había necesitado verla. Sí, eran las nueve y pico de la noche y estaba cansada, pero allí permanecía, de pie y mirando hacia la ventana de la buhardilla con aquella dichosa luz amarillenta encendida. Y ella, sin saber qué hacer. Se encendió otro cigarro, el quinto desde que había llegado, y, casi sin darse cuenta, le pegó una calada y lo tiró al suelo. Iba a llamar.

—¿Sí? —se oyó la voz de Maika.

Joder, ¿cómo era posible que estuviera tan nerviosa?

—Soy Aurora —susurró despacio, como si las ganas de salir corriendo estuvieran ganándoles a las de quedarse.

—No te entiendo, colega. Grita un poco más, que seguro que sabes.

—¡Soy Aurora!

La de imbecilidades que estaba haciendo desde que había tropezado con ella.

—No conozco a ninguna Aurora. Te has equivocado, tronca. Y no me gustan los desconocidos. Vete por donde has venido.

Sería muy abogada, y además de las que hablaban como los papagayos en los juicios, pero en esos momentos acababa de quedarse sin palabras. Sopesó

decirle lo que le acababa de venir a la mente, pero le parecía algo tan íntimo que no supo qué hacer.

Diez minutos después, cuando comprendió que no se iba a marchar sin verla, volvió a llamar al interfono.

—¿Sí?

—¿Maika?

—Sí, soy yo; ¿y tú quién eres?

—Soy el Limón.

Maika tardó veintisiete segundos en darle al botoncito que le abrió la puerta.

* * *

Bruno estaba seguro de que en La Bookería había fantasmas o alguna presencia. Los había sentido la primera noche que se quedó a trabajar y, desde entonces, tras el miedo inicial, habían llegado a una especie de acuerdo de no agresión. Ellas, porque estaba convencido de que eran femeninas, hacían sus ruiditos de vez en cuando, y él les contaba cosas en voz alta, algunas veces para tenerlas entretenidas.

Sí, era posible que se estuviera trastornando un poco más de lo que ya lo estaba, pero el tema de Sara lo tenía medio ido. Esa sensación única de estar dentro de ella, de llenarse de su calor, de tenerla bien apretada contra él, de besarla, de escuchar cómo gemía mientras él se hundía en ella era tan especial, tan indescriptible, que no sabía qué iba a ser de él si ella no quería volver a verlo.

Desde que la dejó en el ascensor después de haber hecho el amor de esa forma tan única, no había sabido nada de ella, y eso que había estado tentado de ir a su casa varias veces. Sabía, o al menos podía intuir, que a ella le estaba pasando algo similar a lo que él sentía. Era imposible que no fuera así cuando respondía a sus caricias y se entregaba tomando incluso la iniciativa

más de una vez. Por eso no entendía qué era lo que pasaba después. Quizá no quisiera un compromiso o a lo mejor no terminaba de gustarle, pero no, eso no podía ser, porque era imposible hacer el amor con tanta pasión y dulzura al mismo tiempo y no sentir nada.

—¿Vosotras qué haríais? —preguntó en voz alta.

No obtuvo ninguna respuesta. Quizá sus musas, como él las llamaba, no tenían nada que decir. Tras pegarle un mordisco al bocadillo que había comprado para cenar, decidió concentrarse en la contabilidad de la tienda un rato más. Si se iba a casa, no podría dormir. Allí, por lo menos, tenía compañía, aunque esa noche anduvieran algo despistadas.

* * *

Maika abrió la puerta enfundada en una camiseta larga de Iron Maiden que le llegaba hasta las rodillas y Aurora pensó que estaba preciosa así, con su cresta, ahora de color amarillo, y esa camiseta llena de agujeros.

—¿Te has perdido, Limón? —preguntó asombrada. Las sorpresas solían ponerla un poco nerviosa. Le gustaba y era fan férrea de la anticipación.

A la persona a la que iba dirigida la pregunta le habría encantado tener una respuesta coherente preparada, pero no, no había nada ni nadie que la hubiera preparado para lo que estaba sintiendo por dentro.

—No sé —respondió con la firme sensación de que se le habían licuado las pocas neuronas que le quedaban disponibles a esas horas.

—Ah, pues estamos bien.

—¿Puedo pasar?

—¿Por qué? —quiso saber Maika. Lo cierto era que estaba estudiando y no esperaba que nadie llegara a su casa a esas horas.

—No lo sé —volvió a decir Aurora.

—Limón, ¿te encuentras bien?

—No sé...

—Vuelve a decir eso y te pego un sopapo con la puerta.

Cuanto antes supiera que la paciencia no era su mayor virtud, mucho mejor.

—Tenía ganas de verte, supongo.

Maika se quedó estupefacta. Allí estaba el Limón, vestida con un traje de chaqueta a todas luces caro de narices, peinada como si acabara de salir de una gran peluquería y con unos zapatos carísimos en los pinreles diciéndole que tenía ganas de verla, ¡a ella!

—¿Y eso por qué? —consiguió pronunciar cuando se le pasó un poco el soponcio.

—Me gusta estar contigo.

Le tembló hasta la cresta. ¿Le gustaba estar con ella? ¿Cómo podía ser? Pero si le había roto el móvil.

—Espero que no sea una estrategia para que te pague el teléfono pijo que salió ayer volando sin querer.

—No, tranquila, es que... ¿Puedo pasar? —dijo Aurora dudando.

No le gustaba que la gente fuera a su casa, bueno, a su buhardilla, lo único que se podía pagar, de momento, sin pedirle ayuda al Notario. Era como su templo. Su lugar para ella. El sitio donde podía ser lo que de verdad era sin tener que fingir o controlarse todo el tiempo; pero dejar pasar allí al Limón le estaba dando tembleque.

—Creo que sí.

—Si no te apetece, no importa, de verdad. Igual debería haberte llamado antes de venir; además, es tarde. Seguro que estabas a punto de cenar y puede que te haya interrumpido y estuvieras haciendo algo importante, ¿verdad?

—Pues sí —respondió Maika con su habitual franqueza—. Lo que hacía era muy importante.

Aurora se sintió una imbécil. ¿Qué hacía en casa de una chica de veinte años? ¿Desde cuándo se había vuelto estúpida?

—Perdona, ya me voy. Discúlpame por haberme presentado así.

—No entiendo nada, Limón.

Se volvió cuando ya había bajado tres escalones.

—¿Cómo?

—Pues que no entiendo para qué has venido si ahora te vas. ¿No ibas a pasar?

Subió de nuevo los tres escalones, maletín en mano.

—¿Quieres que pase?

—Joder, tronca, antes de que vinieras no, pero no puedes llegar, subir hasta aquí andando, decirme que tenías ganas de verme y después pirártelas así.

—Está feo, ¿no?

—Feo no, es de gilipuertas.

Aurora todavía reía cuando Maika cerró la puerta tras ella. Observó la buhardilla con detenimiento. Era pequeña, calculó que no pasaría de cuarenta metros cuadrados, pero estaba ordenada con absoluta pulcritud. Al fondo, dos estanterías cuajadas de manuales y de libros. Se acercó para observarlos. Algunos parecían muy antiguos.

—Es mi colección de primeras ediciones. Me ha costado mucho conseguirlos.

El salón estaba lleno de libros por todas partes y, sin embargo, ninguno daba la impresión de estar fuera de su lugar. Todo parecía tener un sitio perfecto donde estar colocado.

—Me gusta tu casa —anunció tras volver a posar los ojos sobre una sorprendida Maika.

—¿Te gusta? Es diminuta. Parece la casa del ratón ese que deja pasta a los niños cuando se les caen los dientes.

—Sí, me gusta. Es un hogar.

Maika se sintió orgullosa. La casa del Notario, donde había crecido, tenía cuatro plantas y una bodega. En ella había cuadros enormes que no habrían cabido ni por la puerta de su buhardilla y, sin embargo, no la cambiaría por nada del mundo. Era el primer espacio de toda su vida que consideraba suyo.

—Si fuera educada tendría que preguntarte si quieres beber algo, ¿no es

así, Limón? —soltó recordando algunas de las normas de cortesía que le habían enseñado.

—Lo que tú quieras, Maika.

—¿Lo que yo quiera significa que te traiga algo de beber si yo quiero o que te traiga lo que yo quiera de beber? Mira, Limón, a mí hay que explicarme muy bien las cositas, que yo me lío con las palabras y no pillo las sutilezas del discurso.

—Lo que tú quieras de todo —exclamó Aurora con ternura.

¿¿Con ternura?? No recordaba haber sido tierna con nadie jamás. Bueno, sí, una ogra no era, pero... ¿tierna?

—Bueno, pues voy a hacerte una infusión de canela y cardamomo, que eso me sale mazo bien.

—¿Te acompaño a la cocina?

—No. Es muy pequeña y me agobio.

—Perfecto, pues te espero aquí —respondió con una enorme sonrisa.

Aurora no recordaba haberse drogado en su puñetera vida y, sin embargo, allí, en ese pequeño lugar, rodeada por las cosas de Maika, se sentía como extasiada, feliz, tranquila, protegida, como si hubiera viajado a una dimensión extraña en la que podía quitarse máscaras y caretas y ser ella misma.

Se había pasado la vida fingiendo, sobre todo delante de su madre, el ser más cruel y con menos empatía de cuantos conocía y, teniendo en cuenta su trabajo como abogada, era decir mucho. Anclada en las viejas creencias de que los hijos estaban para servir a los padres, los había machacado durante toda la vida para que tanto ella como sus hermanos fueran sus siervos, pero especialmente a ella, por ser la única chica. Por eso jamás iba a su pueblo. Hacía años que había dejado, incluso, de llamar a su madre.

—¿Te has mustiado, Limón? Se te ve pocha.

—Estaba pensando en mi madre —contestó sin apenas darse cuenta de que había podido expresarlo con total naturalidad, como si le doliera menos.

—Bueno, tema chungo, por lo que veo. Mira, vamos a bebernos la infusión,

porque esto parece que se va a poner intensito. Puedes sentarte aquí, en el sofá. Las sillas son un poco incómodas, ya no me daba la pasta para gastarme más y prefería invertir en mis libros.

—¿Te gusta leer?

—Los libros son mi vida desde que tengo uso de razón.

—¿Por eso trabajas en La Bookería?

—No, eso fue suerte. Terminé la carrera y me puse a currar. Pasé por delante de la tienda, vi que Bruno necesitaba a alguien y..., pues no sé, me contrató. La verdad es que nunca he sabido por qué me eligió a mí.

—Porque eres fantástica —se le escapó a Aurora, que la escuchaba fascinada.

—¿Y eso por qué lo has dicho? Me he puesto hasta roja.

—No sé, me ha salido sin más.

—Te salen a ti muchas cosas sin más.

—¿Has ido a la universidad?

—¿Y tú? Tela la de preguntas que me estás haciendo esta noche.

—¡Ay, perdona! Es que me interesa saber cosas de ti.

—Ya estamos... Hice el grado de Biblioteconomía y Documentación.

—Yo estudié Derecho. Soy abogada.

A Maika se le erizaron todos los pelos del cuerpo otra vez al recordar que era letrada. ¿Abogada? De todas las profesiones del mundo, tenía que haber estudiado lo mismo que el Notario. Aurora percibió el sutil cambio en el gesto de la muchacha más fascinante que había conocido nunca.

—¿No te gustamos los abogados?

—No —respondió Maika—. Me parecéis seres desalmados sin corazón.

—Ostras, ¿todos?

—Los que yo he conocido, sí.

—¿Has tenido problemas con la justicia?

—Mira, tronca —explotó Maika, sentada a su lado en el sofá—, en mi puta vida he tenido problemas con nadie, excepto con una persona.

—Imagino que es abogado...

—Imaginas bien, bueno, no, es notario, es *el Notario*.

—No sé si debería seguir preguntando.

—No, mejor que cambiemos de tema, porque si sigo hablando de mi padre voy a ponerme de muy mala hostia.

—¿El notario es tu padre?

—Sí, no flipes tanto, tronca, que se te ve mucho en la cara.

—Perdona.

—Y, sí, si te estás preguntando si lo conoces, la respuesta va a ser que sí, porque es superfamoso, el muy cabrito, y todo el mundo ha oído hablar de él.

A Aurora, de repente, se le encendió una luz en la cabeza. Maika le recordaba a alguien desde que la conoció, pero jamás había sido capaz de asociar su cara con la del notario con el que trabajaba el bufete de la familia de Sara.

—Alberto Cifuentes es tu padre, ¿verdad?

Maika se puso blanca sólo con oír el nombre del ser masculino al que le debía la vida.

—Sabía que lo conocías, vaya puta mierda.

Alberto Cifuentes era un tío despreciable. Aurora no lo podía soportar. Le hablaba a todo el mundo con una suficiencia incómoda que hacía que nadie se sintiera bien en su presencia. Era grosero y hasta rozaba la mala educación. Sí, de acuerdo, jamás perdía las formas, pero esa manera de mirar por encima a cuanto ser humano se posaba delante de él la sacaba de sus casillas. Habían discutido en numerosas ocasiones, siendo una de ellas bastante grave, cuando Aurora dio la cara por un cliente que por circunstancias de la vida no tenía recursos para pagarle su abultada cuenta, que, por cierto, se había visto incrementada en una hora más porque habían estado en su despacho una hora y tres minutos.

—Tranquila, Maika. Es insoportable, tienes toda la razón.

Maika había empezado a recoger las tazas vacías de las infusiones. No

soportaba el desorden.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Aurora fue consciente de que a la pobre le temblaban hasta las manos.

—He dicho que es una persona insoportable. Trata mal a todo el mundo al que considera inferior a él. ¿Te encuentras bien? —le preguntó al ver que dejaba las tazas de nuevo en la mesa y volvía sentarse a su lado.

—Eres la primera persona que me dice eso. Todo el mundo gira a su alrededor como si fuera el sol, y jamás nadie le lleva la contraria.

—Pues yo discuto con él, te lo aseguro.

—¿Y te sirve de algo?

—Sí, de mucho. A mí no me habla mal nadie, ni siquiera... tu padre —concluyó, a pesar de que sabía que sí había una persona que le hablaba muy mal, pero aún no estaba preparada para admitir en voz alta delante de ella que su madre era una maltratadora.

Maika la observó con admiración.

—Limón, tú tienes los cojones como dos melones.

Aurora pensó que sí, porque se perdió en los hermosos ojos azules de Maika y, cogiéndola por la nuca, la besó.

* * *

Sara intentaba quitarse el sujetador. Había podido desabrocharse sin problemas la camisa, pero lo del sujetador con una sola mano estaba siendo una tarea titánica. Se sentía agotada, casi sin ganas de hacer nada. Durante todo el día se había estado torturando pensando en Bruno y en todas las cosas especiales que sentía estando cerca de él, pero de ninguna forma iba a admitir que pudiera haber algo más entre ellos. Eso era imposible.

Cuando por fin fue capaz de despojarse del instrumento de tortura que la tenía prisionera, suspiró de alivio. Había sido Greta la que se lo había abrochado por la mañana y no sabía cómo se las iba a apañar el resto del

tiempo. Nunca se había roto nada, y la exasperaba no ser capaz de cuidar de sí misma. ¡Dos meses con la escayola! O buscaba algo en lo que entretenerse, o iba a desquiciarse.

Se puso el pijama como pudo y se sentó delante de la tele. No vio nada. Cayó agotada antes de que empezara la película que había decidido ver.

* * *

En La Bookería, Bruno también dormía encima de los papeles. Había tomado una decisión: dejar de lado el chocolate y las lamentaciones y ponerse en marcha para conquistar a Sara. Estaba enamorado y era el momento de luchar. Lo supo cuando, tras oír un ruido, salió del despacho y vio que en la sección de romántica había caído un libro: *Amor a primera vista*. Seguro que era un mensaje de sus musas.

Idiotizado ante la idea de aceptar que tenía fantasmas aconsejándolo, intentó relajarse un poco para poder seguir con la contabilidad. Lo consiguió tanto que se durmió.

La isla del tesoro
Robert Louis Stevenson

—Maika, ¿estás cantando?

No se había enterado. Desde la noche pasada estaba en un limbo de sensaciones maravillosas. Flotaba, daba vueltas alrededor de las nubes, veía unicornios de colores y hasta cantaba.

—¿Te encuentras bien?

Bruno nunca la había oído cantar, cosa rara, ya que decía ir a muchos conciertos con sus amigos. Lo que no sabía era que cuando iba a esos conciertos jamás olvidaba sus infalibles tapones de las orejas. Así podía escuchar la música sin que le destrozara los tímpanos.

—Creo que tienes fiebre.

—¡Eh, tronco! ¿Por qué me tocas sin avisar?

—Me tienes preocupado. Estás cantando.

—¿Y eso es tan raro?

—Un poco sí.

—Ah, es que hoy estoy contenta.

Ahora sí que se preocupó. De forma habitual, la dependienta tenía mucha energía, pero... ¿contenta? Más bien protestona, irreverente, nerviosa, imprudente y hasta divertida. Maika siempre refunfuñaba por algo, casi siempre, por algo que hubiera hecho él.

—¿Y eso?

Le resultaba inevitable preguntarle.

—Cosas mías, no seas cotilla, macho, que no te pega nada. No te importa.

—¿Cómo que no me importa, si me han cambiado a la huraña de mi

dependienta por un oso amoroso?

Maika hizo lo que menos se esperaba Bruno: reír a carcajadas.

—¿Has entendido que era una ironía a la primera?

—No, pirado de la vida. Es que me he acordado de una cosa.

Una hora más tarde, el comercial de libros estúpidos había aparecido sin previo aviso y *M. I. S. A., Manual Interactivo para Sandios del Amor* fue adoptado en La Bookería ante la estupefacta mirada de Bruno, que por primera vez era consciente de que era más que probable que ese mamón, como Maika lo llamaba, le vendiera esos libros sólo a él.

Avergonzado y con la firme promesa de no dejarse vencer nunca más, cogió el libro de veintinueve euros y pico y se metió en el despacho para esconderlo.

* * *

—¿Para quién has dicho que es el ramo de flores, coleguita?

—Para Mari Carmen Cifuentes.

—Repite eso y eres hombre muerto.

—¡Pero si tú me lo has vuelto a preguntar!

—Mira, Ramón, a mí no me estreses. Dame las flores.

—¿Son para alguien de La Bookería? —preguntó el simplón repartidor de la floristería situada a la derecha de la tienda.

—Sí, eso parece.

A Maika no la llamaba nadie Mari Carmen desde la última glaciación o, mejor dicho, jamás nadie se había atrevido a llamarla así, de nuevo, desde que con tres años mordió al último que tuvo la osadía de hacerlo. La pena fue que mordió a su profesor de infantil, al que quería de verdad. Lo peor fue que tuvieron que darle un punto en la mano, lo que conllevó que el Notario se enterara. Aún recordaba el castigo: tres semanas sin merendar lo único que

podía comer, sus galletas crujientes. El castigo fue horrible para ella. Las demás galletas o incluso el pan le arañaban la lengua.

—Anda, échame una firmita aquí y ya me dirás quién es la tal Mari Carmen.

—Hoy no van a encontrar tu cadáver.

Cuando el bobo de al lado se hubo marchado, Maika observó el ramo con cautela y hasta con cierta desconfianza. Era la primera vez en toda su vida que alguien le mandaba un ramo de flores, claro que también el día anterior la habían besado por primera vez.

Se le encogía el estómago cada vez que lo pensaba. Es más, si cerraba los ojos, aún podía sentir los labios del Limón pegados a los suyos. Primero con cautela, con mucha suavidad. Después con algo que no sabía bien cómo describir, puesto que no lo había sentido nunca. Sólo acertaba a decir que se había sentido viva, feliz, como en una especie de catarsis del copón bendito.

—¡Maika! ¿Y esas flores tan chulas?

—No sé, las ha traído Ramón.

—¿Un regalo?

—Eso parece.

Bruno esperó a que ella le dijera algo más, pero su dependienta estaba como catatónica y sin pestañear observando el ramo de muchos colores que tenía en la mano.

—¿Son para ti?

—Ajá...

—¿Alguna admiradora secreta?

—Ni puta idea.

—Mujer, ¿no has mirado la tarjeta?

—¿Qué tarjeta?

—La que suelen llevar los ramos de flores para que se sepa quién los manda.

—Éste no tiene ninguna tarjeta.

—¿Cómo que no? —respondió Bruno con la tarjeta en la mano.

—¡Ey! ¿Dónde estaba? No seas mamón y dámela.

—Maika, Maika, hay algo que no me has contado.

—Y no te lo pienso contar, tronco. Dame la puta tarjeta o te saco los ojos.

A Bruno le encantaba el tono con el que Maika decía ese tipo de cosas. No conocía a nadie más inofensivo que ella. Era demasiado buena persona para desearle siquiera algo malo a una mosca. A su manera, siempre estaba preocupada por los demás, y desde luego que le estaba muy agradecido por la forma en que se implicaba con La Bookería. Ni en sus sueños más optimistas habría soñado con una dependienta mejor y más cualificada para vender libros. Era fabulosa con las ventas, y en las últimas semanas había clasificado y ordenado todos los libros, manuales y novelas de la planta baja. Ahora, todo estaba mucho más claro y era más sencillo encontrar cualquier título, por no decir que también habían aumentado las ventas gracias a que todos los libros importantes estaban más a mano.

Decidió no hacerla rabiarse más y le entregó la tarjeta.

—¿No vas a abrirla?

—Me da vergüenza, macho.

—Pero ¿sabes qué pasa? Que si no la abres nunca sabrás quién te lo ha enviado.

Para Maika eso era lógica aplastante, pero todavía estaba estupefacta ante todo lo que le estaba sucediendo. Por eso miró a Bruno, porque necesitaba apoyo logístico para atreverse a averiguar quién le había dedicado un rato de su tiempo, le había comprado un ramo de flores, había escrito la tarjeta y se lo había enviado. Demasiados detalles todos juntos para alguien que estaba acostumbrada a estar sola.

—Hazlo, tú puedes —la apoyó su jefe.

Envalentonada, despegó el sobre con cuidado. No quería que se rompiera ni un poquito.

—¡No pone nada! Tienes una admiradora muy discreta.

A Maika, en cambio, no le cupo la menor duda de quién lo había enviado.

Un potente olor al perfume del Limón se esparció por toda la tienda. Feliz como una lerda, que eso es lo que era en ese momento, tan sólo acertó a decir:

—Yo sé quién ha sido.

Y sonrió como nunca la había visto sonreír Bruno.

* * *

Un rato después, Ramón entregaba un nuevo ramo de flores, esta vez tulipanes de colores, en un ático enfrente de la playa a una chica con la mano escayolada.

—¿Son del librero?

—Aurora, se llama Bruno.

—Ya lo sé. Un detalle bonito lo de las flores, ¿no crees?

—Pero no puede ser.

—¿Por qué no puede ser? A veces de lo más extraño surge una historia de amor preciosa.

Sara miró a su amiga. Aurora estaba de lo más rara y decía cosas que nunca pensó que pudieran salir de su boca.

—Es el hijo de Mario.

—Supongo que eres consciente de que estás en bucle con ese tema, ¿verdad? Desde que lo encontraste, no paras de repetirlo una y otra vez.

—Una promesa es una promesa.

—Sara, para; si sigues moviéndote así, no puedo peinarte, leñe.

—Es que peinarme sí puedo hacerlo yo. Te recuerdo que la mano rota es la izquierda y que yo soy diestra.

—Sí, puedes peinarte, de acuerdo, pero mal, así que estate quieta de una puñetera vez. Además, volviendo a tu tema favorito, me gustaría mucho saber en qué momento prometiste no acostarte con él.

—Si estiras tanto la coleta, me vas a dejar como a una china, Auro. Me duele.

—Eres una quejica, haz el favor de callarte.

—¡Afloja la coleta y dejaré de quejarme!

—¿A que te peinas sola?!

—Me recuerdas a mi madre —refunfuñó Sara a punto de echarse a reír.

—Pues menos mal que no te recuerdo a la mía —bromeó Aurora, provocando con ello que ambas se rieran ya sin control.

—No quiero hacerle daño, Aurora, y yo no estoy preparada para una relación.

—¿Quién dice que le vayas a hacer daño?

—Bruno es... distinto. Creo que pertenece a esa extraña especie de hombres que se comprometen si se enamoran.

—¿Y dónde está lo malo? ¿No has querido siempre enamorarte?

—No del hijo de Mario. Si sale mal, ¿qué? ¿Cómo podría cumplir entonces mi...?

—Mira, Sara, si vuelves a decir la palabra *promesa*, voy a vomitar.

Aurora había decidido interrumpirla. La tenía hasta el mismo cogote. Saltaba a la vista que a su amiga le gustaba el librero, y no podía entender de ninguna forma que no se dejara llevar.

—Deberías revisar qué es lo que quieres hacer, Sara, porque esto puedes llevarlo de muchas formas, y la peor de todas es la que has escogido.

—Es que no sé cómo tengo que hacer las cosas —confesó.

—Supongo que ya habrás analizado qué es lo que ese chico te hace sentir.

—No, no puedo permitirme hacer eso.

—¡No muevas más los pies, que no puedo atarte los cordones!

—Mañana llamo a Greta otra vez. No paras de regañarme.

—¡Es que no te estás quieta y yo estoy rendida! Apenas he dormido esta noche.

—¿Un caso difícil?

Aurora pensó en los labios de Maika aprendiendo a moverse debajo de los suyos y sintió uno de esos pellizcos que solía notar cuando estaba cerca de

ella. Con total probabilidad, no había en todo el planeta dos personas más diferentes. ¿Cómo era posible que se sintieran tan atraída?

—Puede que sea el más complicado de mi vida.

—¿Quieres hablar sobre ello?

No, aún no podía compartirlo con nadie. Era algo demasiado íntimo, íntimo de verdad, y aunque había tenido algunas aventuras desde que dejó el pueblo para siempre, ninguna de ellas había significado ni la más mínima parte de lo que Maika la hacía sentir.

—Todavía no puedo, Sara, pero lo haré cuando sea posible.

Nunca le había mentado a su amiga, y acababa de decirle una gran verdad.

—Entonces, aquí estaré para escucharte cuando sea posible, ¿vale?

Aurora le ató los cordones lo más rápido que pudo. Si seguía así, agachada, las lagrimillas que estaban a punto de salir de sus ojos iban a caer con mayor rapidez. Necesitaba recuperar su habitual y aparente fortaleza emocional lo antes posible.

Un mensaje en el móvil las sacó de la conversación. Sara fue la primera en verlo.

—¡Oh, mira, Auro, mira qué precioso es Pablo!

* * *

Bruno dejó a Maika casi en estado de shock en el piso de arriba. Verla de tan buen humor había sido contagioso y entre los dos habían vendido un montón de buenos libros.

Se sentó detrás de la mesa de su despacho y volvió a pensar en Sara, en cómo estaría después de haber recibido el ramo de tulipanes. Tras ver la felicidad de Maika con el suyo, decidió que sería buena idea enviarle uno a la chica que lo tenía loco perdido.

El sonido del teléfono lo devolvió a la realidad del despacho.

—Brunete, tronco, te paso una llamada.

—¿Quién es? —preguntó aún despistado mientras golpeteaba con los dedos encima de su última adquisición invendible, el *M. I. S. A., Manual Interactivo para Sandios del Amor*.

—Pues, tronco, no se lo he preguntado. Perdona, tengo la cabeza en otra parte. Espera, que pregunto y te vuelvo a dar paso.

—No, no importa, Maika, pásame la llamada. Ya la atiendo yo.

—Está bien, colega, pero si es una plasta máxima, me la pasas a mí, que lidio mejor con ellas, ¿vale?

—Ninguna clienta es una plasta máxima, Maika, nos dan de comer.

—Ja, espera, que me va a dar un cólico nefrítico. ¿No has hablado nunca con la Sepia?

Es que era imposible no reírse con las cosas que Maika le contaba, de la misma forma que le resultaba imposible también no preguntar quién carajo era la tal Sepia.

—*Nop*, no he tenido el placer. ¿Quién es?

—¿Que no la conoces? Es una tipa que llama una media de dos veces a la semana para decir que quiere dos sepias, dos lenguados y una malla de mejillones.

Bruno reía a carcajadas.

—¿Qué me estás contando? ¿Y cuándo lo hace?

—Los martes y los jueves sobre las cinco de la tarde. La pava se cree que llama a una pescadería, y aunque todas las veces le digo que se ha equivocado de número, a los dos días vuelve a llamar. Estate atento, que el jueves te la paso, macho.

—Hecho, no me lo quiero perder por nada del mundo.

—Bueno, ¿y qué?, ¿atiendes ya la llamada?

A Bruno se le había olvidado por completo cómo había empezado la conversación con Maika y cuál era la finalidad de la misma, algo habitual cuando hablaba con ella. Con la cantidad de historias surrealistas que le contaba, era casi imposible no despistarse.

—Claro, pásamela. No sé si la persona que ha llamado estará todavía esperando.

Había que cambiar la musiquita que sonaba cuando una llamada quedaba retenida. La que había era una verdadera tortura. Por favor, qué fea.

—Pensaba que igual no querías hablar conmigo después de lo del otro día. A Bruno casi se le cae el teléfono al suelo.

—¿Sara?

—Sí, soy yo.

—¿Cómo estás?

«Triste, con los sentimientos enredados, y me siento culpable, Bruno, pero no soy capaz de contarte todavía qué es lo que me está pasando. Bueno, todavía o alguna vez, porque soy la culpable de que tu padre no sobreviviera para morir en el hospital sin dolor, o rodeado de su familia.»

—Hecha una inútil con la mano escayolada. —«Cobarde.»

—Vaya, lo siento mucho. ¿Necesitas ayuda?

—A todas horas. No puedo vestirme, no puedo atarme las zapatillas, no..., pero mis amigas se turnan para echarme una mano.

Bruno la interrumpió, aunque fue prudente y no le dijo que lo que de verdad quería era ser él el que la ayudara. Para distraer sus pensamientos, abrió el *M. I. S. A.* casi sin darse cuenta y comenzó a leer por encima.

—También tienes a tu novio.

¿Novio? ¿Tenía ella un novio?

—¿Cómo dices?

—Sí, Juan, el traumatólogo.

Sara reseteó su mente en medio segundo. ¡Se le había olvidado por completo! Era lo que tenía mentir. A ella se le daba fatal y una de las razones era precisamente ésa, que no tenía memoria para poder mantener la trola en el tiempo.

—Tiene mucho trabajo.

—¿Tanto como para no ocuparse de ti?

Decidió cortar la conversación sobre el tema o acabaría metiendo la pata hasta el fondo.

—Bruno, te llamaba para darte las gracias por las flores. Los tulipanes son muy bonitos.

—Los he visto en el escaparate de la floristería de al lado de La Bookería y he pensado que podrían animarte un poco.

Sara volvió a mirarlos. Eran preciosos. Aurora los había puesto en un búcaro que habían comprado en Venecia en un viaje en el que se fueron todos hacía dos años y pico.

—Alegran el salón.

Bruno detectó el tono tristón de Sara mientras pasaba a la página tres del *M. I. S. A.*

—¿Y a ti? ¿Te alegran a ti?

—Un poco, gracias de nuevo.

—No irás a colgar ya...

—Es que tengo muchas cosas que hacer. —Otra trola más y le darían el diploma a la mentirosa del año.

—¿Con la mano escayolada?

«Jaque mate máximo.»

—Estoy enganchada a un libro.

Ahí estaba de nuevo una conversación absurda y besuguil entre ellos.

—Yo también.

«Y bien cierto que es», pensó Bruno leyendo ya la página cuatro del *M. I. S. A.*

—Bueno, pues ya hablaremos.

«Más que nada porque en algún momento tendré que empezar a cumplir la promesa que le hice a tu padre.»

—Sí, supongo.

Si no sabes cómo pasar tiempo con la chica que te roba el aliento y que aparece en tus sueños, invéntate un tesoro y motívala para que te acompañe a buscarlo. El tesoro

imaginario os hará pasar tiempo juntos en circunstancias favorables y adversas y así podréis conoceros bien. De esta forma, si lo tuyo es sólo un encaprichamiento, lo averiguarás. También le darás tiempo a ella para que te conozca y para que te vea como a un auténtico Indiana Jones.

—Nos vemos.

—Cuídate esa mano.

—Un beso.

—¿De qué tipo?

—¡Bruno!

—¿Qué pasa?

—Nada, hasta pronto.

—Disfruta.

—¿De qué?

—De tus vacaciones.

—Tener la mano escayolada no es estar de vacaciones.

—Es verdad, lo siento.

—No importa.

—Disfruta, pues.

—¿¿De qué quieres que disfrute??

—¿De tu tiempo libre?

—Eso sí, hacía muchos meses, años, diría yo, que no tenía tanto tiempo libre.

—Anda, pues mira, igual que yo.

—¿Tú?

—Sí, yo.

Nada debe detener tu objetivo. Recuerda que buscar el tesoro debe ser lo más importante para ti, así que, si no tienes tiempo libre, cógete unas vacaciones. Es necesario dedicar al menos un día de planificación, una noche de búsqueda inicial y dos días con sus dos noches, que finalizarán con el hallazgo del tesoro. No olvides que este método de enamoramiento es infalible, pero para ello debes seguir con fidelidad las instrucciones del *M. I. S. A.*

—¿Y eso?

—Hoy empiezo mis vacaciones.

¡¿Qué demonios estaba diciendo?! ¿Cómo que vacaciones? Llevaba varios años sin saber lo que era eso. ¡Un momento! ¿Y por qué no?

—¿Tienes vacaciones?

—¡Sí!

—Caray, qué ímpetu.

—Es que me hacen mucha falta.

—Creía que los empresarios autónomos nunca cogíais vacaciones.

—Así es, pero este año he decidido que necesito un poco de tiempo para mí. Además, el mes de marzo es ideal para hacerlo, ya que a partir de abril llegan la mayoría de las novedades editoriales y empiezan las ferias del libro.

Mentira, trola de las grandes. El trabajo que había en su mesa esperándolo ya le llegaba a las orejas.

—¿Y tienes algo planeado?

Decídete. Yo, el doctor Lewis J. Powerbeats, te aseguro que funciona. ¡No te arrepentirás! Y no olvides que no puedes pasar la página hasta que hayas tomado la primera decisión: BUSCAR EL TESORO DE TU VIDA.

—Sí, voy a buscar un tesoro.

La rehostia el follón en el que se estaba metiendo. Él, el ser más urbanita que conocía, el dependiente del teléfono, la civilización, los restaurantes y todo lo que ello conllevaba, buscando un tesoro imaginario. Estuvo a punto de echarse para atrás hasta que oyó el tono entusiasmado de Sara al otro lado de la línea:

—¡¿Un tesoro?!

Quince segundos de titubeo máximo y análisis poco fiable de la situación.

—Bruno, ¿sigues ahí?

—¡Sí! Perdona, es que estaba consultando uno de los mapas.

—¿Es un tesoro pirata? ¿Tienes el mapa de un pirata?

Bruno pensó que aquello no podía estar pasando y mucho menos a él, el tío

más soso y neutro de la Vía Láctea. ¿Cómo que un tesoro pirata? ¿Qué carajo era todo aquello?

—¿Pirata? —repitió para ganar tiempo.

—Sí, he leído en algún reportaje que el famoso Barbarroja estuvo por nuestras costas.

—Ah, sí, pues no, no es un tesoro pirata. —Menos mal que la lengua le funcionaba, de momento, aunque no estuviera conectada con su cerebro.

¿¿Y de dónde narices se sacaba un tesoro en ese momento??

Lo primero que te venga a la cabeza es lo mejor que te puedes inventar. Sí, no estamos a favor de que te inventes nada, pero en casos extremos como el tuyo urgen medidas extraordinarias. Intenta ser lo más verosímil posible.

—¿Qué tipo de tesoro es, entonces?

A Sara le interesaba muchísimo la historia. Quizá era lo único en común que tenía con toda su familia, y desde pequeña le chiflaban las aventuras piratas, los tesoros escondidos y la arqueología. Sus películas favoritas eran las de Indiana Jones, y podría jurar que hasta se las sabía de memoria.

—Es templario —exclamó de repente tras unos momentos de ~~ardua~~ escasa meditación.

—¿¿Qué me estás contando?! —gritó Sara desde el otro lado—. Me encanta la historia de los templarios.

Bruno se arrepintió de inmediato. En menudo follón se estaba metiendo. No tenía ni papa sobre los templarios salvo lo que la gente común solía saber sobre ellos. ¿Por qué demonios estaba haciendo caso del puñetero libro que le había colado el comercial cruel?

—¿De verdad crees que hay un tesoro templario escondido por aquí cerca?

—Eso dicen... —Si Pinocho existía, era un principiante a su lado.

¿Qué hacía ahora?

No te echés atrás. Ya has dado el primer paso y la tienes muy interesada. Ahora, valor y al toro, amigo. Empieza a pensar dónde será tu primer día de búsqueda. Recuerda que debe ser un sitio relativamente cercano en el que no inviertas mucho tiempo en el viaje,

pero donde necesitéis hacer noche sí o sí. De esta forma, si os encontráis a gusto, os quedáis, pero si descubrieras que tu acompañante no es como tú esperabas, podéis volveros.

—¡Qué interesante, Bruno!

—En la vida me habría imaginado esta faceta tuya como aventurera...

—«Ni tampoco que yo fuera a meterme en semejante sarao.»

—Sí, me encanta hacer senderismo y buscar nuevas rutas.

—Sí, a mí también me apasiona. —«Tanto como pillarme los dedos con la puerta del coche.»

Y no te olvides de invitar a tu futura chica a la aventura.

—Cuéntame algo más sobre ese tesoro que vas a buscar, por favor, Bruno.

—¿Y por qué no te vienes conmigo?

Esa mañana había mandado muchas cartas, cartas con sellos que había pegado a lengüetazos. ¡Ahí estaba! El pegamento de los sellos era una deriva alucinógena. El corazón le latía desbocado sin control alguno. Deseaba con todas sus fuerzas que Sara le dijera que sí, a pesar de que era consciente, muy consciente, de hecho, de que todo aquello era una bomba nuclear que podía explotarle en toda la cara más pronto que tarde. No tenía ni puñetera idea de tesoros, no sabía nada de los templarios, odiaba andar por la montaña, era alérgico al polvo y, para rematar el asunto, era capaz de perderse en una plaza redonda. Igual lo mejor era que ella dijera que no y le pusiera un punto final con cordura a toda esa locura que se le había ocurrido por culpa del puñetero libro.

Sin embargo..., Sara había vuelto a leer *Gestiona tu estrés con un gato de escayola*, y en el capítulo diecisiete decía muy claro que hacer locuras, caminar por la montaña y lanzarse a la aventura eran excelentes formas de relajarse, así que...

—Hecho.

La vuelta al mundo en ochenta días

Julio Verne

—¿Qué coño me estás contando? ¿Cómo que te vas de vacaciones?

—Maika, las necesito. Hace más de dos años que no tengo y, además, me he metido en un lío del que no sé cómo voy a salir.

—¿Trapicheas con pastillas? ¿Te drogas? Ya decía yo que este gilipolleo que tienes encima no podía ser natural.

—Hombre, muchísimas gracias. No me he tomado un tripi en mi vida.

Maika, que daba vueltas sobre sí misma con las manos en lo alto de la cabeza, paró en seco.

—¿Qué? ¿Lo tuyo viene de serie?

Menos mal que tenía a Maika cerca, porque lo hacía reír a pesar de que estaba histérico perdido.

—Necesito comer chocolate.

—¡Me cago en la leche, Bruno! Tú haces contrabando de chocolate. ¡Júrame que no! —gritó la dependienta con las dos manos puestas ya en la camisa de su jefe.

—Maika, suéltame.

—Desmiente si tienes pelotas lo del contrabando de chocolate.

—Desmentido.

—Vale, pues te suelto. Perdón, es que me alteras.

—Lo siento, no era mi intención.

—Bien, tengamos un momento de paz, tronco. Necesito respirar y centrarme.

—¿Hacemos yoga?

No debería haber bromeado, pero es que, sí, cuando estaba nervioso aún hacía más el tonto.

—Tú quieres una endodoncia gratuita, Bruno. ¿Quieres que te saque los dientes de cuajo? Estamos trabajando, macho, es que no sé qué harías sin mí. Si quieres hacer yoga o tirarte del trampolín del parque, vete, pero déjame trabajar. Tengo que seguir clasificando estos albaranes.

—Eres la empleada perfecta, Maikita, no sé lo que haría sin ti.

—Vuelve a llamarme así y te quedas sin yugular; después no quiero lamentaciones. No digas que no te he avisado.

—Eres una exagerada.

Maika no respondió. Acababa de quedarse con los ojos en blanco ante lo que había leído en uno de los albaranes de la semana.

—Dime que no has comprado este libro...

—Un segundo, Maika, le cobro a la señora y miro a ver de qué libro hablas.

Sabía a la perfección de cuál estaba hablando, el *M. I. S. A.*, y lo que era peor, sabía que una vez admitida la compra debería explicarle dónde estaba y por qué no iba a poder venderlo.

—Son cincuenta con trece céntimos, señora. Ah, prefiere pagar con tarjeta, no hay problema. Si es tan amable de poner el pin...

Maika observaba a su jefe de reajo. ¡Menudo pavo estaba hecho! Y ahora pretendía irse de vacaciones. ¡Sería posible! Pero bueno, Bruno tenía otras cualidades. Era buena persona, olía muy bien, la aceptaba tal cual era y, además, como estaba medio gilipollas, le pagaba un buen sueldo; claro que ella se lo merecía.

—Gracias por la compra. Disfrute de sus lecturas.

—Se ha ido babeando la buena mujer. Te ha faltado besarla en los morros.

—Uno, que es un eficiente vendedor.

—Y un asco como seleccionador de libros. Pregunta uno, ¿dónde está esta mierda de libro? —dijo ella sin querer pronunciar siquiera el título de la

nueva y apestosa compra de Bruno.

—En mi despacho.

—¿Por qué no está en la estantería de los libros invendibles?

—Le estoy echando un vistazo. Parece interesante.

Maika tiró al suelo los albaranes y los pisoteó.

—¿Interesante?

—Sí, nunca sabes lo que puedes encontrarte en uno de esos libros con nombre raro.

—¡¡¡Interesante??! Déjame verlo.

—Luego, está abajo.

—¡Bruno!

No quería que lo viera bajo ningún concepto. Había puesto hojitas de ésas con pegatina en las páginas más significativas e incluso había subrayado algunas de las frases y los consejos más importantes de recordar.

—Chica, déjalo, venga, ven, te invito a almorzar.

—Ni de coña. Voy a ver el libro.

Maika podría haber ganado una carrera de saltos de valla, de eso no había la más mínima duda. Corría como un lagarto australiano cuando quería llegar a algún sitio a coger algo. No había obstáculo que se le resistiera. Como era de suponer, llegó antes que Bruno a su despacho, agarró el libro y entró en pánico a los dos segundos de haberlo tocado.

—¡Dame una bolsa!

Bruno iba preparado.

—Toma.

—Eres INSOPORTABLE. No sólo has comprado un libro que se llama *M. I. S. A., Manual Interactivo para Sandios del Amor*, sino que encima lo has leído, subrayado y MARCADO. ¡¡Es un ATENTADO contra un libro!! Arg, y, además, has doblado la esquina de varias páginas. ¡¡ME MUERO DEL PARRAQUE!! ¿Cómo eres capaz de hacer una cosa así?

—Respira, Maika, respira...

—No puedo, esta vez sí que me ahogo de verdad. ¿A quién se le ocurre maltratar un libro así? ¿Tú sabes lo que cuesta todo el proceso de creación, escritura, maquetación, imprenta...? ¿Eres consciente?

Bruno asentía con la cabeza en plan autómeta. No sólo lo sabía, sino que además en numerosas ocasiones había participado en el proceso, ya que muchos autores le pedían consejo sobre sus nuevas novelas o sobre editoriales.

—Y si lo sabes ¿para qué te lo cargas? ¡Dame otra bolsa! ¡Arg!

—No lo he roto, lo estoy disfrutando. No hay más bolsas. Están arriba.

—Mientes más que hablas y, si no estás mintiendo, quiero arrancarte la piel a tiras, a tiras pequeñitas, de esas que duelen. Es imposible que te guste un libro así. ¡Es una auténtica bazofia! ¿Para qué sirve?

—Me extraña que tú hables de esa forma de un libro. Siempre los defiendes.

—Éste no puedo. Se llama *M. I. S. A.* ¿Para qué puede servir?

No quería decírselo porque, en el momento en que Maika se enterara del contenido del manual, Bruno iba a tener un serio problema. Primero se reiría de él. Mucho. Después lo llamaría «tonto», que lo era hasta decir basta porque a ver cómo le explicaba a alguien que iba a lanzarse a buscar un tesoro imaginario siguiendo las instrucciones de un libro pésimo y bochornoso, y, para finalizar, se desmayaría por parraque nervioso supremo.

—¿De posavasos? —se aventuró a decir en un intento de desviar la atención y derivarla hacia un tema más gracioso.

—Mira, macho, no insultes mi inteligencia, tronco. ¿Qué carajo estás tramando con este... TRASTO? Es que no puedo ni llamarlo «libro».

Maika volvió a inspirar y a espirar dentro de la bolsa de cartón, que se inflaba y se desinflaba cada vez más rápido.

—Cariño, verás, no deberías...

—¿¿DISCULPA?? ¿Cómo me has llamado? —preguntó con las manos ya tirándose de la cresta hacia arriba.

—Sólo es un apelativo cariñoso. Anda, no te tires de los pelos, que vas a arrancarte el tupé.

—¡Es culpa tuya! Mira, me acaba de salir una urticaria nerviosa en el brazo. Retira eso a la de ya.

—No, cariño, verás... ¡Ey! Acabas de darme una patada.

—Es que tientas a la suerte.

Bruno supo que Maika acababa de entender por qué estaba tan interesado en el *M. I. S. A.* porque dejó de arrancarse la cresta, lanzó el libro como si le quemara en las manos encima de la mesa y comenzó a saltar como un macaco histérico.

—No es lo que parece.

—¡Tus cojones!

—Maika, yo es que...

—Tú has cogido un libro que es una aberración, has empezado a leerlo y te has creído que inventándote un tesoro vas a conquistar a la rubia maciza. ¿Sí o no, pavo?

Joder, es que lo había clavado. Le habría encantado que se le hubiera ocurrido algo con que contrarrestar el alegato de Maika, pero es que no se le pasaba ninguna idea porque ella había dado con la clave. Por eso dijo que sí, en voz bajita, pero lo admitió.

—¡Mírame! —pidió la dependienta en un tono de voz suave pero tan frío como un camión de bloques de hielo.

—No me atrevo. ¡Suéltame los huevos!

—Voy a retorcértelos como si fueran de plastilina y te los voy a poner de sombrero. ¡Mírame a la de ya!

—Bueno, ¿y qué querías que hiciera? Sí, ya sé que estoy hecho un zopenco en lo que se refiere a Sara, pero ¿qué pierdo?

—¿La dignidad? ¿La inteligencia? ¿De dónde coño vas a sacarte un tesoro? Espero que por lo menos no hayas sido más memo todavía y le hayas dicho que es inca o azteca...

—Mujer, no, no estoy tan bobo.

—No, qué va, ¿bobo, tú? Estás de lo más centrado. ¿Qué haces?

—Cojo chocolate del cajón.

Maika acababa de sentarse en el suelo en plan indio, con el libro encima de las rodillas. Estaba analizando la situación de la mejor forma que sabía, leyéndoselo de golpe, a ver si podía entender qué carajo le estaba pasando a su jefe.

Si lo analizaba bien, el tal Lewis J. Powerbeats era un cabronazo inteligente que sabía cómo atraer a los incautos. Lo que le quedaba por descubrir era el porqué, qué ganaba el coleguita engañando a pobres adolescentes. Estaba claro que el libro era para quinceañeros, ya que les aseguraba que, si seguían sus instrucciones, la mujer de sus sueños caería rendida a sus pies. Lo averiguó en la última página:

Si todavía no has encontrado ningún tesoro, te sugiero que encargues por el módico precio de doscientos cincuenta y tres euros con noventa y nueve céntimos el anillo de alféñido Tesoro Real, con el que terminarás de deslumbrar a la mujer de tu vida. Recuerda, sólo tienes que llamar al 907 456 443 y el Tesoro Real podrá ser tuyo, sin gastos de envío. Te lo mandamos, además, grabado con la infalible frase TÚ ERES EL LUCERO DE MI ALBA. Atrévete. Contamos contigo para mantener vivas las llamas del amor.

—Ven conmigo un momentito... —pidió Maika tras levantarse del suelo de un salto.

—Puedo ir solo, no hace falta que me cojas de la mano.

—Por si te escapas...

—¿Qué hacemos en el baño?

—Quiero que te mires al espejo y que me digas lo que ves.

—A mí.

—¡Mira bien, macho!

—Coño, Maika, me veo a mí.

—Pues yo veo a un tipo que ha montado una librería en época de crisis, cuando se lee un huevo en digital. Veo a un tío de treinta y cinco años,

atractivo e inteligente, que desde que tropezó con una rubia maciza se ha vuelto gilipueñas perdido. Veo a un memo de los santos cojones que quiere buscar un tesoro imaginario porque ha leído en un panfleto encuadernado para pavos de quince años desesperados que así va a conseguir a la rubia maciza. Veo a un adicto al chocolate que no para de hacer el IMBÉCIL... ¿Vas pillando lo que veo?

—Sí, me hago una idea...

—Pues reacciona, tronco, reacciona, que no tienes granos en la cara. Tienes los huevos negros. Si la rubia no te hace caso, que le den, pero hazme el favor de centrarte.

Hacía tiempo que Bruno no se sentía tan mal. Maika tenía razón en todo.

—Perdóname.

—A mí no me pidas perdón, so memo. Con que vuelvas a ser el cafrecillo de siempre tengo bastante.

—Ahí está el problema. No quiero seguir siendo el de siempre.

Maika inspiró aire con tanta fuerza que le entró tos.

—Explica eso ahora mismo. —Si alguien tenía un máster en querer cambiar, ésa era ella.

—Sara me hace sentir como si... —Joder, qué difícil era abrir su corazón.

—Sigue, no me hagas volver a cogerte de las pelotas.

—... como si mi padre todavía estuviera aquí —soltó de repente Bruno, con la sensación de que acababa de quitarse quince kilos de pura tristeza de encima—. Cuando estoy con Sara, vuelvo a sentirme feliz. ¿Es eso una locura?

—No —dijo Maika tan rápido que hasta se sorprendió a sí misma—. No lo es —volvió a decir. Ella había sentido lo mismo cuando Aurora la besó.

—Ya sé que lo del *M. I. S. A.* es una estupidez, ¿crees que no me he dado cuenta? Pero estaba ahí, hablando con ella por teléfono en una conversación absurda en la que lo que de verdad quería decirle era que me había enamorado de ella y que no podía dejar de pensar en nuestros besos, cuando comencé a leer el puto libro, y simplemente pasó. Le dije que iba a buscar un tesoro y

ella, supongo que también en horas bajas, porque se ha roto la muñeca, aceptó venirse conmigo a buscarlo.

—¿Puedes repetir eso, colega?

—Que Sara va a venirse conmigo a buscar el tesoro.

—Tú te das cuenta de que no hay ningún tesoro, ¿verdad? Porque el *horripiloso* anillo ese que vende el puto Powerbeats no voy a dejarte que lo compres.

—¿Qué anillo? No he leído nada de un anillo en el *M. I. S. A.*

—¿¿Tomas una decisión así sin haberte leído el libro entero??

—Tiene ciento tres páginas y lo he recibido esta mañana. Es del todo imposible que lo haya leído.

—Vamos, no me jodas, yo me lo he leído ya.

—¿¿En los diez minutos en que lo has tenido en las manos??

—¡¡Pero si tiene un montón de dibujos!!

—Sigue siendo imposible. No me lo creo.

Maika le dio un capón. Ella nunca mentía y ésa no iba a ser la primera vez.

—Si te he dicho que me lo he leído es que me lo he leído, leñe.

—¿Tienes memoria fotográfica?

—Sí —admitió.

—¿Tú de dónde has salido, Maika?

—De un país llamado Aspi —admitió con la sensación de haberse quitado un gran peso de encima.

—¿Y cuál es tu misión?

—Conseguir que dejes de hacer el imbécil, entre otras.

—Desarrolla eso...

—¡Que ya que te has metido en un follón propio de mi primo Lucas, que tiene doce años y medio, voy a tener que ayudarte! Da las gracias de que tenga muy desarrollado el sentimiento de piedad, porque tela, macho, tela. ¡Qué difícil me lo pones!

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—¿«Vamos»? Voy a hacerlo, porque si dejo esto en tus manos nos veo a la rubia maciza, a ti y a mí en la cárcel por hacer excavaciones en lugares prohibidos. Así que vete arriba y atiende a los clientes, que, mientras, yo trazaré una ruta para buscar un tesoro..., ¿de qué civilización?

—Le he dicho que es templario.

—Bien, por lo menos puede ser hasta creíble. Ahora bien, voy a decirte una cosa: a la mínima idiotez nueva que te pille, te dejo solo, Indiana Jones de pacotilla.

—Tú me quieres, ¿verdad, Maika?

—Eso debe de ser, ¿no te jode?

* * *

En el otro lado de la ciudad, delante de la playa, una mujer, rubia, guapa, y escayolada rescataba las películas de su arqueólogo y profesor favorito. Le encantaba su nuevo plan. La pena era que su amiga Aurora no podía acompañarla. Tenía una cena con un nuevo cliente adinerado e importante.

En busca del tiempo perdido

Marcel Proust

Aurora había estado debajo de la ventana de Maika hasta las tres de la madrugada, pero ella no había aparecido. Quizá había sido lo mejor, aunque no estaba muy segura de ello. Necesitaba verla, saber si estaba bien. Llevaba unos días en los que se sentía dudosa respecto a todo lo que había sucedido entre las dos, pero, si era sincera consigo misma, era capaz de distinguir que Maika era única y que lo que sentía por ella también lo era.

—Se te ve dormida esta mañana; ¿terminaste tarde anoche?

—Sí, eran más de las tres. Estoy que me caigo por todos los rincones. Repto. No soy persona.

—¿A qué hora tienes hoy el juicio del que me hablaste el otro día?

Se miró el reloj, regalo de Navidad del padre de Sara.

—A las doce y media.

—¿Y a qué hora debes irte?

—Tanta pregunta no es propia de ti. ¿Por qué quieres saberlo?

Sara sonrió. Estaba contenta. Por fin había dado con la clave que la llevaría a cumplir su promesa.

—Quiero ir a La Bookería y no sabía si te daría tiempo a llevarme. Pero no te preocupes —añadió ante la cara que acababa de ponerle su amiga—, también puedo coger el autobús. Para aquí delante y me deja en el centro, cerquita de la librería.

—¿Autobús? De eso nada, yo te llevo.

Acababa de encontrar la excusa perfecta para poder volver a ver a Maika sin hacer la idiota debajo de su casa otra noche.

—De verdad que no me importa.

—Sí, claro, y que te den un golpe en la mano... —«De hecho, estoy a punto de besarte en los morros por proporcionarme la coartada perfecta»—. Yo te llevo ahora mismo. Coge las pastillas, nos vamos.

Esa mañana, Sara no la había llamado, pero cada vez que se sentía insegura por algo, Aurora necesitaba acercarse a ella porque ésta, aunque no supiera qué era lo que le estaba pasando, la aliviaba siempre.

—Auro, espera un segundo que coja las llaves y..., ¡ah, se me olvidaba!

—¿Qué?

—Muchas gracias por hacerme hasta la cama.

—Bah, no seas tonta, y ahora dime qué vas a hacer en La Bookería; ¿ya has decidido dejar de hacer la idiota y decirle a Bruno que te gusta?

—No, de eso nada —comentó más feliz de lo que Aurora podía entender—. Es que por fin he dado con la forma de cumplir mi promesa.

—Sorpréndeme...

—Bruno es aficionado a buscar tesoros arqueológicos y voy a ayudarlo a encontrar el próximo.

—¡Estás chalada, ¿verdad?! ¿Tesoros escondidos? Sara, ¿esas pastillas que tomas provocan efectos secundarios, alucinaciones? ¿Llevan codeína?? A mi amiga Diana Suárez, la que era policía, le dio una reacción impresionante un día que se tomó por equivocación las pastillas de su abuela para el dolor de cabeza.

—No. —Sara rio, tenía aspecto de estar bastante contenta—, no tomo nada que me drogue hasta ese nivel. Por favor —pidió—, comprende que para mí sea importante poder cumplir lo que le prometí a Mario.

—¿Y tú no crees que sería mucho más sencillo decirle a Bruno que intentaste ayudar a su padre el día que lo atropellaron?

—¡No! Nunca podría hacer eso.

—¿Puede saberse la razón? Ponte el cinturón, que voy a arrancar.

—No puedo, sólo tengo una mano operativa.

—Joder, Sara, ¿no sabes pedir ayuda o qué?

—Es que se me había olvidado que estoy escayolada —dijo como justificación.

—Desde que te gusta el librero, estás de lo más tonta. Dime la razón por la que no puedes contarle la verdad a Bruno.

—No pude salvar a su padre —murmuró con lágrimas en los ojos—. Y, además, no me gusta. Sólo, me pone.

—Lo primero, que lo sepas, es una mentira que ha fabricado tu cabecita para no comprometerse porque te da miedo. —Si se lo proponía, Aurora sabía dar zascas con toda la mano abierta—. Y con respecto a lo segundo, querida amiga, eso no te lo crees ni tú.

La Bookería estaba llena hasta los topes, por eso supusieron que ni Bruno ni Maika las habían visto entrar. El primero estaba atendiendo a dos señoras mayores que buscaban libros de recetas tradicionales, y la segunda, con cara de cansada, según la percepción de Aurora, conversaba muy interesada con un chico aficionado a los cómics.

—Deberías sentarte. Te duele la mano aunque te hagas la despistada.

—No sé cómo te das cuenta de esas cosas.

—Porque te miro. ¿A qué hora te tocan las pastillas?

—Ya —señaló ella tras mirar el reloj que había colgado detrás de la cafetera especial.

—¿Necesitas agua?

—Tranquila, llevo una botellita en el bolso. ¿La sacas, por favor?

Maika y su cresta un poco de capa caída la habían visto entrar, cómo no, si la librería se había llenado de repente de olor a limón y a cítricos, pero, a diferencia de lo que solía hacer de forma habitual, consiguió hacerse la despistada y fingir que le interesaba muchísimo lo que el muchacho de los mangas le estaba contando. La realidad era que no sabía cómo mirar al Limón con doscientos enanos cabrones pateando su estómago.

Los mismos enanos, o sus primos gemelos de Alaska, daban saltos ninja en

los estómagos de Aurora y de Sara, más en el de la primera que en el de la segunda, porque la segunda estaba enfrascada en que sus neuronas se controlaran para que pudiera mostrarse amigable y no desesperada por darle un beso a Bruno.

¿Cómo podía ser que sólo con mirarlo quisiera besarlo?

Apuntó en su cerebro el recordatorio de por qué estaba allí y, mucho más serena, esperó en silencio a que él las viera.

—Aurora...

—Dime, Sara —respondió. Acababa de darse cuenta de que necesitaba otra excusa para continuar allí.

—Si tienes que irte, no te preocupes, estaré bien. Después puedo cogerme un taxi.

Genial, ahí estaba su amiga, apoyando la causa...

—No. El juicio no es hasta las doce y media. Tengo tiempo. —Y, si no lo tenía, le daba igual. En la vida había asuntos importantes.

—¿Seguro?

—Claro.

—Oye, Auro, ¿es cosa mía o la dependienta nos ha visto y nos está esquivando?

No había que ser muy perspicaz para llegar a esa conclusión. Maika estaba escondida detrás de una de las estanterías que separaban la sección de narrativa de la de novela negra y, de vez en cuando, sacaba la cabeza y la cresta para mirar hacia donde ellas estaban.

—Creo que no le caigo nada bien.

—¿Por qué no, Sara?

—No sé, igual son ideas mías. Parece que me rehúye. A lo mejor Bruno le ha contado algo.

—¿No te sientes como una imbécil aquí sentada? —preguntó de repente Auro. Era evidente que de quien pasaba Maika era de ella. Sus ojos hasta se habían encontrado y, a pesar de que en ese momento ya no atendía a nadie, no

había sido capaz de ir a saludarla. Quizá se estaba haciendo ilusiones y no merecía la pena.

—No, estoy bien. Bruno está ocupado.

«Ya, pero mi Maika, no.»

—Voy a ir a mirar un libro, ¿te importa? —resolvió de pronto, un poco harta de esperar a que Maika fuera a saludarla.

Sara no respondió. Estaba demasiado absorta observando el culo de Bruno. Culo, por cierto, que había tocado en vivo y en directo ya varias veces. ¡Mierda! Ahí estaba otra vez esa puñetera atracción. Aurora no debería haberla dejado sola. Ahora que no sabía en qué pensar, su mente, dispersa por los medicamentos, hacía lo que le daba la gana.

—¡Hola! —saludó Aurora sin mucho convencimiento, a pesar de que debía reconocerse a sí misma el valor que le estaba echando al asunto.

—No sabía qué decirte ni cómo mirarte, por eso no te he dicho nada.

Quedó desmontada en el acto. La absoluta sinceridad de Maika la dejaba sin recursos, y ella no estaba acostumbrada a personas tan transparentes.

—¿Por qué, preciosa? —No se reconocía cuando decía esas cosas. Era más que probable que la hubiera poseído el espíritu de otra tía, porque ella, desde luego, no se comportaba así.

—Me da vergüenza y me tiembla hasta el hígado.

—Te confieso que a mí también.

—No me lo creo, Limón.

—Pues es así. Hacía mucho tiempo —«nunca»— que no me sentía así.

—¿Así, cómo?

—Feliz.

Bruno vio de lejos a la amiga de Sara y supo que ella estaba en su librería. Podía sentirlo en el ambiente, un hombre enamorado sabía ese tipo de cosas. La encontró sentada en el sofá verde. Fue inevitable recordar la forma en la que habían hecho el amor en ese lugar exacto.

Para Sara también fue imposible no evocar aquellos instantes juntos. Sólo

le hizo falta mirar los ojos de Bruno y descubrir la pasión que había en ellos.

—Hola —consiguió balbucear cuando él llegó hasta donde ella lo miraba de reojo—. He venido para que me cuentes más sobre la búsqueda de ese tesoro. —«Y porque así cumpliré mi promesa de cuidarte», remató en su cerebro. Al parecer, le encantaba martirizarse, y hasta hacía poco no había sido consciente de cuánto.

Oír su voz lo encendía, lo volvía loco, lo transportaba a los gemidos, a los susurros, a los muchos besos que ya se habían dado y... a los que, esperaba, estaban por llegar. Ojalá su plan de enamorado medio trastornado diera resultado.

—Has hecho muy bien. Estoy deseando contarte más cosas sobre el fantástico tesoro...

Estaba atrapado y sin salida. Era un hombre inteligente y culto, aunque hubiera necesitado repetírselo tres mil veces en las últimas semanas. Maika tenía razón. No tenía ningún sentido inventarse un tesoro por mucho que un libro para adolescentes lo recomendara como método de ligue infalible.

—... que voy a buscar —concluyó sin que apenas se le notara el titubeo—. Y tú, ¿cómo estás? ¿Te duele? —preguntó con la clara intención de desviar el tema.

—Dos meses de baja —alegó Sara entre suspiros—. La suerte es que, después de no haber dormido, he decidido ser buena y tomarme la medicación. El dolor era bastante insoportable, pero así, medio drogadita por los calmantes —bromeó a la vez que hacía un gesto gracioso con los ojos—, mucho mejor.

Bruno la observó de arriba abajo. Estaba preciosa con su escayola. Sí, era una gilipollez de las suyas, pero es que era tan atractiva que la escayola sólo la hacía un pelín más vulnerable, con lo que a él aún le daban más ganas de abrazarla y protegerla.

—Me alegro mucho de que estés mejor. ¿Dos meses de baja? ¡Vaya! ¿Y qué vas a hacer en ese tiempo?

—¡Buscar ese tesoro contigo!

Sara apuntó en su cabecita loca que debía hablar con menos entusiasmo la próxima vez o se le iba a ver demasiado el plumero, el penacho y hasta el ganso entero. A Bruno el corazón, el hígado e incluso el escroto le saltaron dentro del cuerpo.

—Bueno, sabes que me encantaría, pero con la mano así, creo que no es muy prudente. —Esperaba que no se le notara el intento de escaqueo. Después de la bronca intensa e inmensa de Maika, había estado reflexionando, y desde luego que la historia tenía muy poco sentido. Ninguno, para ser honesto.

—Te juro que no te voy a dar problemas. Soy bastante hábil haciendo senderismo e incluso he hecho barranquismo, y te prometo que puedo ayudarte aunque sólo tenga una mano operativa, que, por cierto, es la mano derecha y yo soy diestra. Ese dato es muy importante.

«¿Hola?» A Sara le estaba encantando quedar como una desesperada.

—Entonces, perfecto, aunque si vemos que en algún momento la búsqueda pueda suponer un peligro para tu recuperación —¿peligro? Pero si él iba a partirse los dientes a la primera—, debes prometerme que la dejarás. ¿Vale?

—Prometido.

Sí, acababa de levantar la mano en plan *scout*, cuando ella jamás había pertenecido al movimiento. Un momento, ¿había hecho el gesto de los *scouts* o el de *Star Trek*?

Bruno acabó de enamorarse de ella cuando la vio levantar la mano y poner los dedos como Spock.

Detrás de las estanterías de la sección de infantil y cómics, Maika babeaba mientras Aurora le contaba que había estado debajo de su casa la noche anterior. Apenas se atrevían a tocarse, aunque Maika estaba deseando que el Limón la cogiera de la mano. ¿Cómo podía ser que odiara el contacto con cualquier humano y adorara la forma en la que ella la acariciaba? Eso la desconcertaba por completo. Quizá era porque Aurora siempre había sido muy

delicada y la gran mayoría de las veces hasta le había pedido permiso antes de hacerlo.

—Entonces ¿no has dormido en casa? —preguntó Auro con una voz suave y modulada.

Maika cerró los ojos e inhaló el maravilloso perfume que rodeaba a la chica que tenía delante de ella.

—No, estuve trazando una ruta.

—¿Te gusta el senderismo?

—No, lo odio con todas mis fuerzas, pero mi jefe está enamorado de tu amiga y no para de hacer idioteces.

Mierda, acababa de meter la pata, mucho, hasta el fondo. Joder, si es que siempre le ocurría lo mismo. ¡Qué pocas veces filtraba lo que se le pasaba por la cabeza! Lo peor era que, aunque se daba cuenta después, pocas veces tenía solución.

—¿Cómo dices? —volvió a preguntar Aurora, muerta de la risa.

—Mira, pues ya que he sido una inconsciente, voy a contártelo, si es que me juras que puedo confiar en ti y que no le contarás nada de nada a la rubia. Si no, que lo sepas, no voy a volver a besarte ni a dejarte entrar en mi buhardilla, ¿entendido?

Aurora estaba emocionada. «Volver a besarte.» ¡¡Maika iba a volver a besarla!!

—Lo he comprendido a la perfección.

No sabía la razón, pero Maika estaba convencida de que podía confiar en ella. Quizá era porque sus sentidos así se lo indicaban y, para ella, ésa era la señal más significativa posible.

—Bueno, pues mi jefe se ha enamorado como un imberbe de tu amiga Sara y, como hacía mucho tiempo que no era tan feliz, pues ha decidido comportarse como un adolescente y, por culpa de uno de los libros del comercial cruel, le ha dicho a tu amiga que le encanta buscar tesoros cuando no es ni siquiera capaz de encontrar un moco en su nariz. Así estamos.

—¿Y qué tiene que ver eso con la ruta que tú trazabas?

—Alguien tiene que ponerle un puntito de cordura a todo esto.

—¿Tú? —se burló Aurora, queriendo gastarle una broma que Maika no entendió.

—Aunque no te lo creas, tronca, soy una tía seria y cuerda.

Aurora se dio cuenta de que había cometido un error por el tono ofendido de Maika.

—Era una broma, de verdad —le susurró—. Te pido disculpas si no ha sido oportuna.

Maika analizó los gestos del Limón. Parecía arrepentida de verdad.

—No me gustan las bromas. No las entiendo. Los absurdos y las ironías, tampoco. Me he aprendido algunos de memoria para saber detectarlos, pero siguen sin gustarme. Me ponen nerviosa. Es que no las entiendo, de verdad.

—Si quieres, puedo ayudarte a ir comprendiéndolas, ¿te parece? Cada vez que sientas que te he ofendido en algo o que hay alguna cosa que no comprendas, pregúntame, por favor, y entre las dos lo solucionamos.

—¿Por qué? —preguntó Maika alucinada como nunca en su vida.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué me entiendes tan bien? La gente no suele hacerlo y, además, suelen pensar de mí que estoy boba, empanada, que no me entero o incluso que tengo retraso mental.

Aurora tragó saliva y le supo a tristeza. Ella se había sentido así muchas veces en presencia de su madre y de la gente de su pueblo. Incomprendida y extraña, así que ponerse en la piel de Maika no le resultaba tan difícil.

—Porque eres transparente y una de las personas más honestas que he conocido. Además de que me pareces también una de las más inteligentes. Te admiro.

A Maika se le encharcaron los ojos. A excepción de sus profesores, nadie le había dicho antes algo así, y que esas palabras salieran de la boca de la

persona que la tenía fascinada era algo mucho más grande de lo que ella podía soportar sin llorar.

—¿Puedo darte un beso? —le preguntó con una inocencia suprema.

Aurora no pudo evitar mirar a su alrededor. Estaban en un sitio público. La gente entraba y salía y jamás había besado a una mujer delante de todo el mundo, pero ¿cómo no besarla? No tenía tantos prejuicios, ni falta de confianza en sí misma como para no dejarse besar por Maika.

—Siempre puedes darme un beso —consiguió susurrar emocionada.

El mundo desapareció en cuanto sus labios se encontraron. Fue un beso suave, como si apenas se hubieran rozado, pero para ambas fue tan importante como si hubieran escalado la montaña más grande del planeta. Para Maika, porque por primera vez en muchos años había deseado tocar a alguien con toda su alma. Para Aurora, en cambio, fue el beso, a pesar de su brevedad, más intenso de su vida. Habían dado un paso enorme.

—Me gusta besarte —suspiró Maika cuando éste terminó.

—Me gusta besarte —le dijo Aurora imitando cada una de sus palabras—. Y ahora ¿puedes explicarme qué ruta has trazado?

—La del mapa del tesoro inexistente.

Aurora rio con fuerza.

—Esa risa es de Auro —le comentó Sara a Bruno en un claro intento de desviar la atención. Llevaban dos o tres siglos callados mirándose con cara de lerdos. Faltaba nada para que se lanzara a besarlo—. No la veo, pero estoy segura de que es ella. Por cierto, ¿dónde está? Tiene un juicio dentro de un rato y me da miedo que llegue tarde.

—Seguro que ella está pendiente de la hora.

A Bruno las frases le salían cortas y un poco simples, la verdad. No era que no supiera usar oraciones subordinadas complejas, no, es que se ponía tan nervioso cuando tenía delante a Sara que apenas podía coordinar.

—Sí, es una persona muy responsable con su trabajo.

Los grillos se oían a la perfección entre los silencios kilométricos que se

establecían entre ellos. Para él era muy difícil entablar una conversación coherente cuando lo que le apetecía era comérsela a besos.

Para Sara, las cosas estaban más o menos igual, pero como se había tomado todos los relajantes musculares y los antiinflamatorios que su amigo el traumatólogo le había recetado, achacaba su tontuna al efecto de los mismos y punto.

—Se le ve, se le ve.

Cri-cri-cri-cri.

Así los encontraron Aurora y Maika, callados, mirando al frente, una especie de acuerdo tácito, porque continuar mirándose a los ojos era demasiado tentador.

—Tronco, sabes que estás currando y que hay gente haciendo cola en la caja para pagar, ¿no?

Bruno dio un salto pero no movió ni un pie.

—Por supuesto.

—¿Y qué deberías hacer?

—¿Cobrarles?

—¿Cuándo?

—¿Ahora?

—¿¿¿Y...???

—Ah, vale, entendido.

—Macizas, si os esperáis un momentito, voy a tomarle el pulso al jefe por si le ha dado un parraque y no nos hemos enterado. Ahora vengo. ¿Queréis un café?

Aurora y Sara no pudieron responder porque reían a carcajadas, bueno, más la primera que la segunda. La segunda pensaba que la dependienta había sido un poco cruel con Bruno. Él no tenía la culpa de *eso* que les estaba pasando.

La Celestina
Fernando de Rojas

—Así vas por mal camino, tronco. Haz el favor de decirle a tu coco que empiece a comportarse porque la rubia va a pensar que eres un poco simplón.

—Me bloqueo, Maika. La miro y me bloqueo —admitió Bruno apurado—. Sé que tienes razón, pero no comprendo qué me pasa con ella.

—Pues le das al botoncito de tu cerebro para que se encienda, que me estás poniendo negra.

—Te juro que lo intento, pero con toda esa mierda del tesoro, estoy que no me llega el riego sanguíneo a la cabeza. Créeme. En menudo follón he ido a meterme.

—Ya te he dicho que estés tranquilo con eso. Tengo la ruta de la primera salida tramada. Me he saltado algunos pasos del mamón de Powerbeats porque no tenían sentido.

—Maika, nada de esto tiene sentido, ¿eres consciente?

—Yo sí, desde el minuto cero, pero como estás *abobao* perdido, ahora no nos queda otra que continuar con la historia. Verás, lo primero que vamos a hacer es decirle a la rubia maciza que vamos a comer juntos para explicarle el plan. Eso contará como el primer paso del *M. I. S. A.*, que tampoco vamos a llevarle la contraria en todo al método, no vaya a ser que hasta tenga razón. En esta primera reunión organizaremos la ruta y quedaremos para este fin de semana.

—Vale.

—Sé que puedes decir algo más inteligente o preguntar alguna duda.

—¿En serio?

—La hostia, toma, coño —estalló Maika con algo en la mano—, jamás pensé que haría algo así.

—¿Qué me das?

—Tú abre la boca.

—¡Es chocolate!

—Sí, so capullo, que te comportas como si te estuviera dando un bajonazo de azúcar.

Bruno masticó la pastillita de chocolate y se sintió mejor. ¡Bendito chocolate!

—Vale...

—¡¡Y una mierda!! Otro trozo no te doy, así que espabila.

—Me has interrumpido, joder. A ver, ¿adónde vamos a ir el primer fin de semana?

—Según el mapa que he confeccionado esta noche...

—¿Has hecho el mapa del tesoro? ¿En una noche?

—Sí, colega. Me lo he copiado de un mapa antiguo del que me he acordado. En la carrera cogí una asignatura de libre configuración que hablaba sobre cómo se conservaban los mapas en el siglo XV, y me he acordado de que hicimos una especie de experimento. Como soy una urraca, lo tenía guardado en la buhardilla. Con un poco de apaño aquí y allá, ha quedado genial. ¿Quieres verlo?

Bruno tenía la boca abierta.

—¡Por supuesto! ¿Lo tienes aquí?

—En tu despacho.

Si les hubieran prestado un mínimo de atención, Sara y Aurora habrían detectado que algo estaba sucediendo entre aquellos dos cuando pasaron por su lado prácticamente de puntillas.

—Ahora venimos, por favor, estad atentas por si algún cliente viene o quiere pagar. Vamos al despacho a consultar un albarán.

—Mientes de puta madre —susurró Bruno impresionado ante las

habilidades ocultas de Maika.

—Y una mierda. No sé hacerlo, pero contigo o aprendo o acabamos todos *chalaos*.

Aurora se puso en pie y miró a Maika.

—Yo —manifestó— tengo un juicio dentro de una hora. Lo siento mucho, pero tengo que irme.

—¿A qué hora vas a terminar? —preguntó Sara interesada por si luego podría pasar a por ella.

—No te preocupes, yo te llevo en un momento. Además, comemos juntos para hablar de *eso*, ¿no? —se ofreció Bruno, guiño incluido.

Maika puso los ojos en amarillo fluorescente. En blanco sería decir poco.

—Le he contado a Aurora que eres un experto cazatesoros y que te has embarcado en la búsqueda del último, tranquilo.

Bruno quiso morirse cuando la abogada amiga de Sara lo miró. No sabía si había burla, coña o qué en sus ojos.

—Ay, Maika —acertó a decir—, en qué compromisos me pones. Sólo soy un aficionadillo.

—¿Qué me estás contando, pavo? Deja de decir I-D-I-O-T-E-C-E-S —masculló por lo bajo sin saber si sería posible que la rubia no se enterara de nada—. Disimula y punto. ¡Al despacho!

—Ahora venimos, cuidado la tienda.

—Un momento, Indiana... —Bruno captó el tono de inmediato: la amiga de Sara estaba burlándose de él.

—Dime. —No quería caerle mal, así que intentó moderar la voz. Estaba seguro de que lo había conseguido. Además, después le había sonreído con su potente mirada.

Aurora pensó que era un poco más idiota de lo que ya suponía, pero a Sara le gustaba y era, encima, el jefe de Maika y ésta parecía quererlo. Dispuesta a darle una oportunidad, le devolvió la sonrisa.

—¿Adónde vais a ir a comer? Igual puedo escaparme y acompañaros.

Bruno no quería. Maika sí. Estaba loca por volver a comer por ella.

—Genial, Limón. Yo también voy a ir a comer con ellos.

Bruno miró a Sara y creyó ver un destello de decepción en sus ojos, brillo que se difuminó en cuanto la oyó decir:

—Genial, pues vamos los cuatro. Será divertido. ¿En el vegetariano donde comisteis el otro día, chicas?

Ahora fue Bruno el que miró a Maika. ¿Había comido ya en el vegetariano de al lado con la amiga de Sara? ¿Por qué? ¿Era una confabulación?

Maika se sintió observada, claro. Por muchos ojos. Seis en concreto. Aurora quiso rescatarla pero no le dio tiempo.

—Sí, nos encontramos por casualidad y comimos juntas. ¿Algún problema al respecto? La leche, si hay que contar todo lo que hacemos a lo largo del día, vamos apañados. Bruno, por favor, ¿miramos ya el puñetero albarán o me voy a seguir colocando estantes?

—Sí, es verdad, Maika, vamos. Chicas, ¿os parece que quedemos allí a las tres? ¿Te dará tiempo de llegar, Aurora?

—Sí, perfecto. Deseadme suerte, que es un juicio complicado.

Fue entonces cuando Maika hizo algo que nadie esperaba. Se acercó despacio a Aurora y, ante las tres asombradas personas que la contemplaban, le acarició la cara y le susurró a dos centímetros de su boca: «Mucha suerte, Limón».

Y, sí, Aurora la besó delante de todo el mundo.

* * *

—Explícame qué ha sido eso, Maika.

—Bruno, no creo que seas tan bobo como para no saber que ha sido un beso.

—Sí, eso lo he visto.

—Entonces ¿para qué lo preguntas?

—Es que, bueno, no sé cómo decirlo, pero es que te ha besado la amiga con malas pulgas de Sara.

—¿Y...?

—Que no parecía la primera vez que os besabais.

—No lo era —admitió.

—¿Entonces...??

—Bruno, a mí háblame clarito, que ya sabes que no capto las sutilezas del lenguaje.

—¡Es que no me lo has contado!

—Ya.

—¿Así, sin más? Yo te he abierto mi corazón.

Maika se irguió despacio. Estaba agachada sobre la mesa desenrollando el mapa.

—Eso ha sido una frase hecha, ¿a que sí?

—¿Cuál?

—La de que me has abierto tu corazón.

—Pues claro que sí.

—¡Bien, la he pillado! —se autoaplaudió—. Ah, y, si no te importa, deja de decir frases así, que como bien sabes me falla la pragmática del lenguaje y, aunque me entreno, no controlo todas las frasecitas hechas que sueltas por esa boquita.

—No desvíes el tema. Tienes un ligue y no me lo has contado.

—El Limón no es un ligue.

—Oh, perdón, señorita, pues ya me dirás qué es.

Maika subió los hombros en señal de desconocimiento.

—No tengo ni pajolera, pero me encanta que sea mi Limón.

—¿Qué es eso de *limón*?

—¿Qué le pasa a tu nariz, que no se ha dado cuenta de que mi Limón huele como una flor de azahar recién cortada de un limonero?

—Y además eres poeta.

—No, tronco. Soy Maika, y mira qué pedazo de mapa te he hecho.

Sara se había cansado de esperar arriba, por eso decidió bajar, y no porque fuera una cotilla sin remedio. La realidad era que se había quedado alucinada ante el beso que se habían dado su amiga y la dependienta con cresta de Bruno, y allí arriba, sentada en el sofá verde sin nadie con quien hablar, sólo se ponía aún más nerviosa, y es que en todos los años que conocía a Aurora jamás la había visto besar a alguien y mucho menos delante de todo el mundo.

—¿Ése es el mapa? —preguntó ya metida en el despacho.

Maika y Bruno dieron un salto. Ambos se habían olvidado por completo de que Sara los esperaba arriba. A la primera porque los nervios y la emoción del beso la habían dejado traspuesta. Y al segundo porque estaba anonadado por completo ante el espectacular mapa que tenía delante. Parecía sacado directamente del baúl de algún anticuario del siglo XV. ¡Qué belleza!

—¿Puedo verlo? —volvió a preguntar ante la impertérrita mirada de las dos personas que la observaban como si acabaran de ver a un marciano.

—Sí, claro —asintió Bruno—, aunque es muy delicado, ten cuidado.

Maika le dio un pisotón. Todo lo fuerte que pudo y más.

—Rubia, guapa, como comprenderás, no podemos dejar la tienda sin nadie, así que, si te parece, lo vemos después.

—Pero, Maika, ya que estoy aquí, anda, dejadme echarle un vistacillo. ¡Qué emoción!

—No, ahora no puede ser —repitió ella sin que Bruno se enterase de un carajo de lo que estaba pasando allí.

—Chica, déjala mirarlo, que va a ser muy cuidadosa, ¿a que sí?

—Claro —aseguró Sara con las manos pegadas a la altura del pecho.

—Sí, luego lo ves, que ahora nos tenemos que ir a *M. I. S. A.*

—¿A misa, ahora? Pero si es martes.

—Sí, es que, fíjate, rubia, nos ha dado por rezar, ¿a que sí, Bruno?

—No sé..., ¿sí? —Joder, pero ¿de qué estaba hablando Maika?

—Sí. ¿Nos acompañas, rubita?

La pobre Maika llevaba diez minutos haciendo gestos con los ojos. Tenía las órbitas a punto de salirse. Bruno había dejado el puto libro de Powerbeats abierto encima de la mesa, en el capítulo diez, cuyo título decía algo así como «¿Ya tienes a tu chica en el bote con el tesoro imaginario?», y no sabía qué más hacer para que él se diera cuenta.

—No me apetece mucho, si os soy sincera. ¿Os importa si os espero en el restaurante tomándome algo?

—¡Para nada! Es más, mira, si nos dejas diez minutos solos, podemos rezar aquí el rosario y así no hace falta que vayamos hoy a *M. I. S. A.*

—¿Vamos a rezar el rosario? Pero... ¿si no me lo sé!

—Sí, claro, Brunito, venga, no me jodas, que Dios te castigará por gilipueñas. Yo misma te lo enseño.

Maika sabía rezarlo de toda la vida. El Notario era un fiel devoto de las tradiciones. No porque tuviera creencias religiosas, no. Una persona tan arrogante y mala como él no podía ser espiritual ni muchísimo menos, pero era de los que guardaban las formas y acudía a las procesiones y a donde hiciera falta para aparentar que era buena gente.

Sara empezó a reír, era inevitable al ver cómo Maika gesticulaba mientras se ponía de rodillas de cara a la mesa ovalada y comenzaba a rezar. ¡Si hasta había hecho la señal de la cruz en el aire!

—Venga, os dejo unos minutos a solas. Estoy arriba leyendo.

Sara se fue entre risas. Aquellos dos eran una pareja de lo más cómica y, aunque no entendía nada de nada, merecía la pena esperarlos sólo por ver el mapa del tesoro. No sabía la razón, pero de pronto se sentía relajada y contenta y eso la hizo sentir muy bien. Hacía tiempo que no estaba sin preocupaciones y sin ese peso sobre su conciencia. ¿Qué más podía pedir? Había encontrado a Bruno e iba a cuidarlo mientras buscaban un tesoro. Todo había dado un giro genial.

Mientras Sara disertaba sobre todo eso, abajo, en el despacho, Maika fulminaba con siete rayos láser al ser que se había apoderado de su hasta

ahora normalito jefe.

—Tronco, no quiero insultarte, pero o reaccionas de una puta vez o te doy con lo primero que encuentre en la cabeza. ¿Es que no te has dado cuenta de que te estaba haciendo señas?

—No. Cuando tengo a Sara delante, no veo nada más.

—Tú quieres un sopapo, ¿a que sí?

—Mujer, si lo puedo evitar...

—¡¡¡Bruno!!! Tienes el libro de los cojones encima de la mesa.

—Encima de mi mesa siempre hay libros.

Maika empezó a tirarse otra vez de la cresta.

—No me pidas bolsas, que no tengo a mano.

—Dios mío, dame paciencia porque, como me des un poco más de nervio, le cruzo la cara y hago confeti con los trozos.

—Pues ¿qué quieres que te diga?, a mí me da pereza rezar. Además, no sé.

El sopapo debió de oírse en toda la comarca.

—¡¡Maika!! ¡Me acabas de pegar! ¡Me has hecho daño!

—Despídeme si te apetece, pero yo te quiero y no voy a dejar que sigas comportándote como un estúpido memo gilipuertas de los cojones. ¡O te centras o me voy de La Bookería!

Bruno tenía los cinco dedos marcados en el moflete. Aún le escocía la cara. Sabía que Maika tenía razón, aunque no le hubieran gustado nada sus formas. Llevaba un tiempo con la mente en otro planeta y, ya que se había metido en el follón del tesoro, lo mejor era mantener a salvo un poquito de dignidad.

—No quiero que te vayas, pero tampoco voy a consentirte que me pegues.

—Perdóname. No he sabido hacerlo de otra forma.

—Ahora estoy disgustado contigo.

La cresta de Maika bajó, y mucho.

—Lo siento, Bruno. Eres la primera persona a la que le he pegado un sopapo.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó aún sorprendido.

—Porque tienes el libro de Powerbeats, el *M. I. S. A.* dichoso, abierto encima de la mesa y el título del capítulo escrito en rosa chicle es demasiado llamativo. Si Sara hubiera mirado hacia el mapa, lo habría visto enseguida.

—¡Ostras! No me había dado cuenta.

—Ya... Últimamente no te das cuenta de muchas cosas.

—Perdóname, Maika. Tienes toda la razón. Vamos a hacer una cosa. Yo me centro, pero tú no vuelves a pegarle a nadie nunca más. ¿Me lo prometes?

—Te lo juro.

—Perfecto, y ahora vamos a rezar para que podamos salir de esta aventura bien parados, porque puede ser tremenda.

La última frase la dijo más para sí mismo que para Maika, quien tenía el disgusto de su vida cada vez que miraba a Bruno y veía ahí, en su cara, estampadas cada una de las líneas de su mano.

Orgullo y prejuicio

Jane Austen

Habían quedado a las tres de la tarde del sábado, justo después de que Maika y Bruno cerraran La Bookería. A los dos les habría gustado salir bien temprano por la mañana, pero optaron por mantener abierta la librería para no perder las ventas del sábado por la mañana, que siempre solía funcionar muy bien.

—¿Has cogido el mapa, Bruno? —preguntó Sara, aún alucinada por el maravilloso plano que había visto.

—Claro, lo llevamos protegido aquí —señaló el aludido, más guapo que nunca y más feliz que nunca también porque la mujer de sus sueños le hablaba con naturalidad.

Estaba tan colgado que había ido adrede a comprarse ropa de explorador, y la verdad era que debía admitir que le quedaba fenomenal ese pantalón color caramelo junto a la cazadora de cuero camel. También había visto un sombrero, pero le había parecido excesivo. Sabía que en muchas cosas estaba haciendo el ridículo, pero como se había comportado en plan santo varón toda su vida, pensó que bien merecía la pena compensar la situación.

—¿Cuál es la primera parada? Se me ha olvidado —dijo Aurora con bastante poco interés en el tesoro inexistente. Había estado en la misma comida que los otros tres integrantes de la expedición, pero estaba demasiado impresionada por cómo Maika explicaba el mapa. Tanto que no se había enterado de nada, pero le daba igual. Era tan genial estar allí, sentada en la parte de atrás del coche de Sara, con la promesa de pasar el fin de semana con Maika, que todo lo demás no le importaba.

—Vamos a un pueblo que está a casi sesenta kilómetros de aquí. Es un pozo abandonado que, según cuenta la leyenda, fue creado por los templarios hace algunos siglos —le explicó la dependienta con un tono de voz cálido y amable.

—¿Y cómo se llama? —quiso saber Sara, la única incauta de todos.

—No creo que lo conozcas, su nombre antiguo es *Pelus Tomatus Totus*. —Decirlo con seguridad era vital para que no se dieran cuenta de las idioteces que exponía a cada segundo. Por fortuna, la persona que más latín podía saber era Aurora y estaba dentro del club de los compinches.

Bruno no sabía de dónde carajo había sacado Maika la imaginación para que todos los nombres que había puesto en el mapa sonaran creíbles al pronunciarlos con cierta envidia, ni tampoco cómo había conseguido encontrar lugares recónditos que nadie sabía que existían, pero rezaba a todos los dioses que conocía y a los desconocidos también para que Sara no se diera cuenta de que aquello era un invento.

—Y ¿ese pozo ahora cómo se llama? No está tan lejos de casa. Deberíamos haber oído hablar de él si es tan importante, ¿no?

—No se llama —lo tenía todo estudiado— y, además, no lo vas a ver, rubita preguntona, porque nadie lo conoce.

—En realidad, Sara —apuntó Bruno, quien también se había estudiado todo lo que Maika lo había obligado a saber—, puesto que te interesan tanto las leyendas de los pueblos que nos rodean, debo decirte que sólo los historiadores más renombrados a los que no les importa mezclar ciertas dosis de esoterismo, ocultismo, magia y veneración a los ancestros conocen esos lugares.

—La primera vez en toda mi vida que oigo nombrar ese pozo —musitó ella, aún con todas las dudas del mundo.

—Sí —murmuró Aurora justo antes de quedarse dormida, sin darse cuenta de que no debía cuestionar nada para que Sara no se enterara del plan—. A mí tampoco me suena de nada.

Y bien poco le importaba, por cierto.

—Bruno...

—Dime, preciosa. —Mierda, si es que se le veía el ganso entero otra vez, y bien cargado de plumas.

Pellizco supremo de Maika en la mano que tenía encima del cambio de marchas.

—¡Dime! —repitió con la voz de machote más grave que se le podría haber ocurrido.

—Cuando dejéis de pegaros, os preguntaré dónde vamos a dormir.

Maika volvió la cabeza como lo habría hecho un búho en lo alto de un árbol en plena noche.

—Vamos a hacer vivac, por supuesto.

—¿Es un hotel rural?

—Rubita, no hagas honor al color de tu pelo, tronca.

Bruno reía por lo bajo. Él tampoco tenía ni puñetera idea de qué era hacer vivac hasta que Maika se lo había hecho buscar en el diccionario de la RAE.

—Significa, Sara, que dormiremos al aire libre en el campamento que vamos a montar.

—¡¡¿Perdona?!! Nosotras no llevamos sacos de dormir, ni tiendas, ni nada, y estamos en marzo, os recuerdo. ¡Aurora, despierta! Aquí, el club de los exploradores quiere que durmamos a la intemperie.

—Sí —murmuró medio dormida todavía—. Yo lo sabía, ¿no te lo había dicho?

—Ni palabra.

»Es algo importante, Aurora, despierta de una vez. ¡¡Vamos a dormir en medio de la nada, delante de un pantano que no sabíamos que existía y sin un techo que nos resguarde del frío!!

—Bruno —exclamó Maika con mala idea—, ¿no me habías dicho que la rubia era la prima de Indiana Jones?

El aludido asintió con miedo. Acababa de mirar a Sara a través del espejo retrovisor y la cara que le había puesto, ceja levantada incluida, le había dado

pavor.

—Bueno, digamos que le gustan los templarios y...

—Disculpa —lo interrumpió ella—, puedo responderle yo, que, aunque tenga la mano escayolada, eso no me ha afectado al cerebro...

—¿Seguro?

—¡¡Aurora, que eres mi amiga!!

—Chica, es que te pones en un plan muy sieso. ¿No querías buscar un tesoro? Pues en eso andamos. Tú tranquila, que llevan tiendas de campaña.

—¿Y alguno de nosotros ha montado alguna vez una? Porque, que yo sepa, ni tú ni yo lo hemos hecho jamás.

Bruno y Maika se miraron. Ellos tampoco lo habían hecho nunca, pero la dependienta de la tienda de deportes les había asegurado que bastaba con lanzarlas al aire y que se montaban solas. Eso sí, habían tenido que comprar dos porque con ese sistema sólo había en el tamaño más reducido.

—Nosotros controlamos, tranquilas. Maika y yo estamos acostumbradísimo a las expediciones, ¿verdad? ¿A que somos incapaces de acordarnos de todos los sitios extraños e incluso peligrosos en los que hemos dormido?

—Hay que joderse...

Aurora, de profesión abogada, cayó en el fragor de la búsqueda del tesoro cuando Bruno, el *alter ego* de Indiana Jones, la fulminó con la mirada y la carbonizó en el kilómetro 102 de la carretera que llevaba al primer e inexistente punto señalado en el mapa.

—Gira por aquí, anda, machote —le indicó Maika.

Para ella, Bruno era una especie de hermano mayor al que sentía que tenía que ayudar. Desde el principio le había dado una oportunidad al contratarla, y ella era muy fiel con respecto a la gente que quería. Además, era muy selectiva, y Bruno le daba paz y confianza en sí misma. Lo que no entendía, aunque estuviera haciendo esfuerzos maratonianos, era por qué estaba tan requeteimbécil desde que se había enamorado. Ella también lo estaba del

Limón y se sentía de lo más centrada. ¡¡Un momento!! ¿¿Enamorada??
¡¡ESTABA ENAMORADA!!

—¡¡PARA, LA LECHE BENDITA!!

El frenazo detuvo el coche de forma instantánea en medio de un camino de cabras. Sara ni se inmutó. Había caído rendida tras tomarse la medicación, pero Aurora, que se había desatado el cinturón de seguridad justo en ese momento para atarse el cordón de la zapatilla, clavó los dientes en el asiento delantero.

—Pero ¿qué pasa? —consiguió preguntar tras comprobar que sus palas y el colmillo superior seguían puestecitos en sus encías y no en el asiento que tenía delante, contra el que había chocado.

—¡¡Maika, ¿estás bien?!! —exclamó Bruno con el corazón en lo alto del cogote.

—¡Que nadie me diga nada!

¡¡¿Cómo que estaba enamorada?!! A ella no le pasaban esas cosas. Primero, porque no le daba la real y patética gana. Segundo, porque no se había preparado para ello. Tercero, porque no sabía cuándo había pasado y, cuarto y más importante, porque no tenía tiempo para el amor. Aún le quedaban dos meses de cursos para el doctorado, la investigación, la tesis y cien mil cosas más. El amor ocupaba tiempo y volvía gilipueñas. No hacía falta más que mirar a Bruno. Además, nunca se había enamorado antes y no sabía qué podría pasar a continuación.

—Pero ¿adónde vas?

Maika acababa de bajarse del coche, y rápido, por eso no hizo caso de la pregunta de Aurora. Necesitaba respirar y encontrar la piedra más grande que hubiera por allí. Quizá si se diera un golpe con ella recuperaría la cordura. ¿Cómo se le había ocurrido enamorarse? ¿Podía haber algún momento más inoportuno que ése? ¿Era necesario?

—Toma —susurró Bruno a su lado.

—¿Qué me das? —preguntó sin mirar.

—Una bolsa. Está claro que vas a necesitarla de un momento a otro.

Pincharla en momentos de crisis siempre le había dado resultado.

—¿Sabes qué, jefe cabrito? No voy a necesitarla. Respiro a la perfección.

—No sabes cuánto me alegro, pero aquí la tienes, por si acaso. Me vuelvo al coche, a no ser que... quieras contarme por qué te has puesto así de repente.

Maika lo miró. Sí, estaba pasando una fase de agilipollamiento, pero debajo de eso aún seguía en pie su amigo Bruno, el sensato.

—No me lo esperaba, tronco —consiguió susurrar con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué es lo que no te esperabas? Venga, suelta por esa boquita.

—Enamorarme. No me esperaba enamorarme.

La entendió al instante.

—¿Crees que yo lo planifiqué? Me pilló tan desprevenido como a ti. ¿Puedo sentarme a tu lado?

—Pero yo soy distinta, Bruno.

—¿Por qué eres distinta? ¿Te sientes tú distinta? Porque, en esto del amor, me da a mí la sensación de que todos estamos expuestos de la misma forma.

—Bruno, es que yo tengo...

—¿Corazón?

Maika estaba llorando, Aurora estaba segura de ello, y no sabía qué hacer al respecto. Parecía tranquila hablando con su jefe, pero de alguna forma sentía que aquellas lágrimas tenían que ver con ella. Sin saber bien el porqué, se le humedecieron los ojos por la impotencia.

—Joder, espero tenerlo, si no, la sangre no circularía por mi cuerpo.

—En eso estamos de acuerdo. No creo que seas tan distinta de los demás. ¿Quién no es diferente y especial?

Tres palabras bombardeaban el cerebro de Maika. Hacía mucho tiempo que no las decía en voz alta, aunque en ese momento le picaban demasiado en la lengua.

—Suéltalo, Mai, eso que tienes ahí agarrotado, suéltalo ya —la animó

Bruno, convencido de qué era lo siguiente que su amiga iba a decir.

—¡No me llames Mai!

—Perdona, pero me sale solo. Te queda muy bien.

—No me gusta que nadie me llame así.

—Perfecto, pues Maika, venga, saca eso que tienes ahí guardado y que te tiene así de chungo.

—No hace falta que hables como yo para que te entienda. Total, eso sólo es una pose.

—¿¿Cómo??

—Lo que oyes —confesó por fin—. Cada vez que hablo así me duele el estómago. No paro de darle patadas al diccionario.

—¿Y tú cómo hablas?

—Como una repelente, o al menos eso decían mis maestros cuando era pequeña.

Recordar cosas de su época en el colegio le causaba, a veces, mucho dolor. Fue una época demasiado complicada para ella.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Bruno, tuve que aprender a hablar mal, a no emplear las palabras que de verdad llegaban a mi cabeza. Tuve que esconderlas y sustituirlas por todas las chorradas que digo de forma habitual.

—No entiendo la razón.

—«Las niñas de tu edad no hablan así, como si fueran viejas revenidas. Hablan como las niñas que son», eso era lo que me repetía la logopeda del colegio una y otra vez.

—Sabes que muchas veces los adultos se equivocan con los niños, ¿verdad? —le preguntó Bruno mientras le pasaba el brazo por los hombros—. Cuéntame, ¿qué más cosas te enseñaron en ese colegio?

—Sobre todo me mostraron quién era y por qué sentía las cosas como las siento.

—¿Y quién crees que eres, Maika?

—Soy una chica con síndrome de Asperger.

—Y yo tengo tres implantes en los dientes, ¿a que no lo sabías? —apuntó enseñándole toda su dentadura.

—No es lo mismo, no me jodas.

—No, no lo es, pero, Maika, ¿crees que yo no he tenido que enfrentarme a miedos y situaciones complicadas en mi vida? Mira, nunca cumplí las expectativas que mi padre tenía depositadas en mí; ¿sabes por qué?

—No. A ti no te pasa nada para no cumplir las expectativas de un padre.

—¿¿Y a ti?? ¿Qué te pasa a ti? —le preguntó preocupado.

—Ya te lo he dicho. Soy una chica con síndrome de Asperger.

—¿¿Y qué?! Maika, tú no eres ese síndrome que dices tener. Es sólo algo que te caracteriza, que te hace aún más especial. Vivir la vida a tu lado es una aventura constante, un aprendizaje. Eres maravillosa tal y como eres, y yo no te cambiaría por nada del mundo. Bueno, quizá te quitaba la cresta, la verdad.

—La odio con todas mis fuerzas —murmuró ella bien bajito—, tanta laca y tanta gomina me tienen el pelo destrozado.

—Repite eso.

—Que me tienen el pelo destrozado.

—No, la primera frase.

—¿La odio? —volvió a decir mientras lloraba sin parar.

—¿Y por qué la llevas si la odias? —se atrevió a preguntar Bruno a pesar de que ya sabía la respuesta.

—Forma parte del personaje.

—Eso me temía.

»Maika, mírame a los ojos y piensa bien la respuesta, ¿de acuerdo?

—Me cuesta un poco mirar a los ojos, aunque es de las cosas que mejor aprendí a hacer.

—Bueno, mírame si puedes, pero responde desde la honestidad, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —prometió.

—¿Quién eres ahora?

—Soy Maika.

—¿Y quién quieres ser?

—Quiero poder ser yo de una vez.

—¿Quién hay debajo de tu personaje?

—Está Maica, con «c», una chica a la que le gusta estudiar, que aprende muy rápido, que habla con palabras contundentes y complejas. Una persona que desea por encima de todo hacer el doctorado sobre la historia del libro. Una melómana. Alguien a quien le dan miedo los ruidos y las luces pero que ha aprendido a gestionarlos. Un ser que lleva media vida luchando para comprender lo que dicen los demás. Estoy yo, Bruno. ¿Tú me ves? Dime que me ves, por favor —le pidió a la vez que se lanzaba a sus brazos para que la achuchara muy fuerte. Acababa de hacer la confesión de su vida y estaba muerta de miedo.

—Cariño, te veo desde el primer instante y te quiero mucho desde ese momento también. A ti, a quien tú decidas ser, preciosa.

—¿Entiendes ahora por qué no puedo enamorarme?

—No, no lo comprendo, la verdad. Eres el ser más digno de amor que conozco.

—Si me muestro como soy, ¿quién me va a querer?

—¿Todos aquellos que sepan valorarte? ¿Crees que a mí me quiere todo el mundo?

—Tu padre te quería, el mío dejó de hacerlo.

Bruno se puso tenso. Sí, sabía que su padre lo adoraba, pero ahí estaba esa puñetera sensación de haberlo defraudado y de no saber nunca si había estado orgulloso de él alguna vez.

—¿Cómo que dejó de quererte? ¿Qué significa eso?

—Cuando era pequeña y empecé a hacer cosas raras...

—Maika...

—Espero que ese Maica sea con «c» —bromeó ella.

—Por supuesto, con una «c» enorme.

—Gracias.

—Lo que te decía, no digas que empezaste a hacer cosas raras.

—Es que las hacía.

—No, cariño, sólo eras tú, y cada uno tiene sus peculiaridades.

—Bruno, saltaba todo el tiempo porque no sentía las piernas, o aleteaba con los brazos porque se me dormían las manos. Además, me tapaba constantemente los oídos ante los ruidos y canturreaba para aislarme, no quería comer porque algunas texturas me escocían en la lengua, no miraba a los ojos porque, al tener algo parecido al ojo de halcón, veo demasiados detalles que no quiero ver, no entendía las normas de los juegos, ni cómo hablaban los demás y, por si fuera poco, mi lenguaje era como el de un papagayo de trescientos años.

—Yo me hice pis hasta los seis años en la cama. Me daban miedo los túneles. Cada vez que iba de viaje y pasábamos por uno, gritaba hasta que salíamos de él. Me daba miedo la oscuridad al dormir y, además, como dices tú, era tan tímido en clase que tartamudeaba y, sí, que lo sepas, yo también fui a una logopeda. A ver si puedes superar todo eso.

—Puedo. A mí dejaron de quererme por cómo era.

—¿Tu padre?

—Sí, se avergonzaba de mí y no salía conmigo a la calle. Contrató a una señora para que me cuidara y él se olvidó de mí. Se olvidó de Mai.

Bruno comprendió por qué ella no quería que la llamara así.

—¿Te olvidaste tú de ella?

Maica comenzó a llorar de nuevo. Había conseguido tranquilizarse unos minutos antes, pero hablar de su padre siempre la ponía muy nerviosa. Era su punto débil por completo.

—Eso parece...

—Es hora de rescatarla de nuevo, ¿no crees?

—Bruno, yo no sé si voy a poder sola.

—¿Quién te ha dicho a ti que estás sola, cariño?

—Jo, tú me quieres, ¿verdad?

—Maica con «c», yo te quiero muchísimo y te debo más aún. La Bookería, el sueño de mi vida, es posible gracias a ti. Haces muy felices a las personas que tienes a tu alrededor. Nos enseñas el mundo a través de esos ojos tuyos con mirada de halcón. No tengas miedo de enamorarte. La persona a la que quieres va a ser muy afortunada por tenerte cerca.

—Pero ¿y qué hago cuando ella descubra quién soy en realidad?

—BESARME —gritó Aurora, que llevaba detrás de ellos todo el rato.

Había bajado del coche en cuanto se cercioró de que su Maica, ahora con «c», estaba llorando, y jamás sería capaz de explicar lo que había sentido a medida que ella había ido abriendo su corazón. ¡Cómo la comprendía! También se había sentido el bicho raro de su pueblo durante toda la vida. Cuando la oyó decir que no era digna de amor, lo supo. Se había enamorado de Maica. No era una simple atracción. Era amor. Amor del de verdad. Del que admiraba y amaba las peculiaridades del otro. A medida que Maica iba confesándose con Bruno, Aurora se iba sintiendo cada vez más pequeña. Ojalá Maica estuviera alguna vez tan orgullosa de ella como ella misma lo estaba de Maica.

—¿Hasta dónde has oído? —le preguntó ella muerta de miedo.

—Lo he oído todo.

—Mierda.

—De «mierda» nada —le dijo Aurora mientras se le acercaba—. Estoy muy orgullosa de ti —le aseguró sobre los labios justo antes de besarla, allí, en medio de la nada.

Bruno vio a Sara apoyada en el coche. También se había bajado del vehículo al ver que tardaban mucho en volver, pero había preferido dejarlos solos para que terminaran de hablar. Caminó hacia ella y se colocó a su lado.

—¿Todo bien? —preguntó ella con la sensación de que él no estaba preparado para hablar aún.

A Bruno se le caían las lágrimas al imaginar por todos los calvarios que habría pasado Maica de niña. ¿Cómo se protegía a un niño de todo aquello, del desamor de un padre? ¿Cómo podía ese imbécil haberle hecho eso a su hija?

Sara lo observaba en silencio. Parecía muy concentrado en algo y tuvo muchas ganas de protegerlo. Por eso se metió debajo de su brazo, provocando que él la cogiera por los hombros.

—¿Sabes que todo va a estar bien? —le susurró mientras se arrebujaba contra él.

Grandes esperanzas

Charles Dickens

—Quiero que conste en acta —apuntó Maica antes de subirse de nuevo en el coche— que pienso sentarme detrás, con el Limón, así que vosotros dos — señaló con el dedo— vais a tener que apañaros con el mapa.

—Pues jodidos vamos, os lo digo ya —exclamó Bruno sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta y que, con ello, acababa de delatarse un poco.

—¿No eras tú el que estaba acostumbrado a buscar tesoros antiguos? ¿El mapa no es tuyo?

—Por supuesto que lo es, pero Maica tiene cien mil veces mejor orientación que yo.

Maica pasaba de él, de su tesoro y de la rubia. Veía pajaritos llenos de plumas de colores dando vueltas alrededor de su cabeza. Se había quitado de encima el peso más grande de su vida, hablar con libertad sobre ella, y ahora, con la mano del Limón agarrada a la suya, sólo podía disfrutar de esa maravillosa sensación que le provocaba la caricia del dedo pulgar de Aurora.

—Por cierto, Bruno, aún no me has contado dónde encontraste el mapa.

Ahí estaba una de las preguntas que se había preparado gracias a la previsión de Maica.

—Lo compré hace años en un anticuario de la zona. Lo habían encontrado, según me dijo, antes del derrumbe de una de esas casas antiguas que había antes en el centro. ¿Sabes por dónde te digo?

Dios, la de trolas que se habían fabricado. Bruno empezaba a sentirse incómodo con todo eso, y más después de la honestidad con la que Maica había expuesto su corazón. Todo aquello había estado muy bien al principio,

cuando era tan sólo un juego de conquista, pero ahora que tenía a su lado a Sara había algo en su interior que comenzaba a rebelarse.

—Sí, supongo que te refieres a las casitas que había en la antigua judería.

—Esas mismas.

¿Cómo le contaba después que aquel mapa había sido un ejercicio de carrera de Maica? En su vida había mentido porque se sentía incapaz de hacerlo. Incluso le parecía horrible decir mentiras piadosas. Todavía no entendía cómo había podido urdir todo aquello. En algún momento debería armarse de valor y contar la verdad.

—Debió de costarte una fortuna.

—Qué va. El mapa estaba enmarcado como si fuera un cuadro. Creo que nadie era consciente del valor que tenía.

—¿Y tú crees que es fiable?

Sara tenía el mapa entre las manos. Maica se lo había dado cuando decidió sentarse en el asiento de atrás.

—Eso nunca se sabe, Sara. Hasta que sepamos si la primera ubicación es real y encontremos allí la siguiente pista no podremos decir nada más al respecto.

—No debe de faltar mucho ya, ¿no?

—Diez kilómetros, según nuestros cálculos. Ahora giro a la derecha y ya empezaremos a ver el embalse que está cerquita del pozo.

—Pero, Bruno —exclamó Sara cuando vio que en la señal que acababan de pasar ponía claramente el nombre de un embalse bien conocido en la comarca —, este sitio yo lo conozco. Una de mis amigas veraneaba cerca de aquí y veníamos a las fiestas, ¿te acuerdas, Aurora?

La aludida, que estaba en otro plano romántico-sensorial, aterrizó de golpe cuando reconoció el nombre del embalse.

—Sí, es verdad. Hemos venido algunos años a las fiestas. Qué casualidad, ¿no?

Maica la miró. Habrían estado en un apuro y de los grandes si ella no fuera

una muchacha previsora e inteligente.

—Sí, es un embalse conocido. De hecho, Bruno sugirió que podríamos dejar el coche cerca del pequeño embarcadero que hay e ir andando hasta donde vamos a pasar la noche, ¿a que sí?

—Sí, son sólo apenas tres o cuatro kilómetros andando y, como ahora ya anochece más tarde, podremos montar el campamento aún de día.

A Aurora no le gustaba andar. No le gustaba ni un poquito. Por eso puso la cara que puso.

—¿Qué te pasa? ¿Ya te has arrepentido de quererme?

—Ni loca, bonita, es que odio caminar. Me pone negra. Siempre me he aburrido y, además, me recuerda a cuando los niños de mi pueblo se empeñaban en hacer rutas por la montaña.

Maica suspiró aliviada.

—Bueno, pero esta vez será diferente, Limón.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque esta vez vas conmigo.

Aurora se sintió feliz, algo que le sucedía bastantes veces en los últimos tiempos.

El claro al que Maica se refería estaba mucho más cerca de lo que habían pensado. Allí había tres o cuatro coches más, seguramente excursionistas como ellos. Hacía un tiempo maravilloso, casi veinte grados según marcaba el coche, aunque estaban entre montañas y no era de extrañar que al cabo de unas horas las temperaturas descendieran y bastante. Por eso había que darse prisa para llegar cerca del pozo natural donde iban a pasar la noche.

Bruno se había gastado una pequeña fortuna en cachivaches de camping. El experimento de conquista iba a resultarle por un pico, pero sin duda merecería la pena si todo salía bien.

—Te has pasado un poco, ¿no te parece? —bisbiseó Maica en cuanto su jefe abrió el maletero del coche de Sara.

Habían decidido viajar en él porque era el más grande de todos los que

tenían y, además, era una especie de híbrido entre un todoterreno y un utilitario, con lo que el maletero era gigante.

—Sí, ya lo sé, pero debía parecer que lo teníamos todo controlado, ¿no?

—¡Pero, macho, si no le has quitado ni el precio!

—¿Cómo lo diría nuestra Maica de verdad? Tengo curiosidad.

La dependienta rompió a reír. Había cosas que siempre diría de la misma forma, aunque ahora Bruno la viera como una especie de erudita sabihonda.

—¡Pero, tarugo, si no le has quitado el precio!

—¿De qué os reís?

—Pues mira, rubita, que aquí mi jefe es tan apañado que, como su equipo estaba hecho una birria, ha comprado uno nuevo para que estrenes pisito. ¿Qué te parece?

—¿Has hecho eso, Bruno?

El aludido y enamorado tonto asintió como si fuera uno de esos perros de plástico que se ponían antes encima de las bandejas de los coches y que sólo veía el conductor del vehículo que iba detrás.

—¿Por qué?

—Me hacía falta reponer algunas cosas y la tienda estaba muy sucia después de la última vez que busqué un tesoro... —«Allá por el siglo XVIII, en otra vida, ¿no te jode, Brunito?»

—¿En qué puedo ayudar? ¿Qué cargo yo?

—Nada —exclamó Bruno—. Tienes una mano escayolada.

—Ya, sí, lo recuerdo, más que nada porque no dejáis de recordármelo, pero, en serio, ¿qué cojo?

—Esta mochila —decidió Maica, harta de la conversación. Quería llegar cuanto antes al pozo para poder montar las tiendas. Algo le decía que no iba a ser tan sencillo como la vendedora les había asegurado.

—¿No será demasiado pesada?

Sara le sacó la lengua a Bruno y, con ayuda de Aurora, se colgó la pesada mochila a la espalda. Era en la que habían metido toda la comida.

—¿Algo más?

—Rubita, si te doy algo más, te caes para atrás. Anda, no te hagas la guay y quita de aquí, que vamos a sacar todo lo demás. Limón, toma, tú llevas las tiendas y la mochila con vuestra ropa. Habéis tenido una buena idea al meter la ropa de las dos en una.

—Somos así de inteligentes, y a diferencia de vosotros, que parece que no hayáis ido de campamento en vuestra vida, aquí donde nos ves —explicó a la vez que cogía a Sara por los hombros—, nosotras sí hemos ido de campamento.

—Sí, en sexto de primaria —apuntó su amiga con los ojos en blanco—, y te recuerdo que las tiendas ya estaban montadas.

—Bueno, eso es verdad. ¿Eso no pesa mucho, Indiana?

Aurora necesitaba meterse con alguien y Bruno le resultaba el blanco ideal en ese momento. Parecía estar muy apurado con la lámpara de gas que había comprado y que ahora no sabía cómo transportar.

—No, tranquila, Limón. Hemos cogido el cacharro con el que trasladamos los libros. Se pliega y mira qué pequeño queda. ¿A que no lo habías visto, Brunito?

Él apuntó una cosa más por la que subirle el sueldo a Maica en cuanto pudiera. No se había dado cuenta de que llevaban la pequeña carretilla metálica.

—No, por un momento se me había olvidado que la habías cogido. Mil gracias por recordármelo...

»... y por salvarme el culo una vez más —le susurró al oído en cuanto pudo.

Cargados hasta las cejas, tras cerrar el coche, la expedición dejó atrás el claro y se lanzó a la aventura. Según la teoría de Maica, el pozo no estaba muy lejos, a una media hora caminando más o menos, algo nada necesario a ojos de varios de los aventureros, dos de ellos en concreto.

Bruno odiaba caminar por la montaña tanto o casi más que Aurora. Tenía una orientación pésima y, además, lo estresaba pensar que podía perderse.

Sara, en cambio, caminaba con total entusiasmo por el sendero sin que pareciera, ni por un segundo, que llevaba a cuestras bastante peso.

—Es un sitio precioso para esconder un tesoro, no me digáis que no.

—NO. ¿Por qué a los antiguos no les daba por esconder los tesoros en los sitios más obvios? —preguntó Aurora—. Nadie mira ahí.

—Porque entonces su búsqueda perdería el encanto, ¿a que sí, Bruno?

Él acababa de pisar un pedrusco y se había torcido el tobillo. No mucho, pero un poco sí. Y, además, los mosquitos inexistentes del mes de marzo ya lo habían acribillado vivo, porque esperaba que fueran mosquitos y no minibichos extraños que inoculaban enfermedades.

Se sentía en medio de la selva amazónica y no en una sierra situada a sesenta kilómetros del mar. Por eso emitió algo similar a un mugido ante la pregunta de Sara.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es que estoy muy concentrado observando huellas por si ya hay alguna pista.

—¡Ay, por favor, qué emoción! Chicos, vamos a encontrar un tesoro. ¿No estáis contentos?

—Estamos exhaustos del entusiasmo. ¿Falta mucho?

Cualquiera que los hubiera observado se habría dado cuenta de quiénes estaban allí medio obligados y quiénes felices.

Sara daba pequeños saltitos de vez en cuando e inspiraba el maravilloso aire que nacía de la naturaleza. Aurora resoplaba harta ya de caminar, y eso que tan sólo llevaban quince minutos. Maica la miraba de reajo y no se podía creer que fueran cogidas de la mano por en medio de aquel sendero precioso. Y Bruno, bueno, pues Bruno empezaba a arrepentirse de todo aquello, por mucho que en el capítulo ocho del *M. I. S. A. Powerbeats* ya hubiera avisado de que habría momentos de incertidumbre, pesadumbre y reciedumbre, en ese orden.

—¿Merendamos? ¿Alguien tiene hambre?

—Venga, Auro, que apenas llevamos caminando veinte minutos. Es mejor si merendamos ya en el campamento.

—Tengo hambre, Sara. ¿Falta mucho?

—Unos diez minutos, creo.

Bruno también había parado para respirar y por eso disimulaba mirando el mapa. Al parecer, debía consultarlo sí o sí por si había que coger un desvío en un camino en el que había un barranquito a un lado y la montaña al otro, con lo que la posibilidad de buscar atajos era inexistente.

—¿Todavía? Me pesa la mochila —continuó Aurora.

—Pareces una niña de tres años.

—Es que me aburro, Sarita.

Maica se lo tomó fatal y se soltó de su mano, pero Aurora no percibió el enfado hasta que vio que la adelantaba y se ponía a la altura de Sara, que iba en cabeza.

—Lo que me faltaba.

Intentó correr para llegar hasta ellas, pero no hubo forma, así que se dedicó a seguirlas, con la lengua fuera, a cierta distancia.

A los pocos minutos oyeron gritar a Sara.

—Mirad, creo que éste es el claro que indica el mapa, ¿verdad, Bruno? Si no recuerdo mal, está al girar a la derecha, a unos cinco minutos de aquí.

—Sí, yo también recuerdo el sitio —dijo Maica, más que nada porque ella era la que había fabricado el mapa—. Tienes razón, éste es el lugar donde podemos montar el campamento. ¿Descargamos?

Sara se quitó la mochila y Maica dejó la minicarretilla de La Bookería al lado de los árboles que rodeaban el pequeño espacio donde podrían montar las tiendas.

—Por cierto, ¿dónde carajo está el Limón? —soltó cuando fue consciente de que allí sólo estaban la rubia y ella.

—Bruno tampoco ha llegado.

—Seguro que está analizando posibles pruebas.

Intentar defenderlo estaba resultando bastante más complicado de lo que parecía. Las tres o cuatro veces que se había vuelto para mirar a su jefe había estado a punto de gritarle. Caminaba por el sendero como si arrastrase una de esas bolas de acero que llevaban los presos en los cómics y se autodaba palmadas como si un enjambre de mosquitos se lo estuvieran comiendo vivo. Un show, vamos. A buenas horas se había inventado lo del tesoro.

—Sí, imagino que estará ocupado con eso. Me parece tan interesante que se dedique a algo así... Maika...

—Con «c», si no te importa.

—Ah, sí, perdona, con «c». Maica, ¿y qué hace después con las reliquias y los tesoros que encuentra?

Buena pregunta. De hecho, era tan buena que ella ya la había preparado, por si acaso.

—Las piezas de más valor las dona a los museos, por supuesto, y las que apenas valen dinero porque son más abundantes y más fáciles de encontrar las colecciona y las tiene en su casa.

—¿Las dona?

—Sí, Bruno piensa que los tesoros deben ser patrimonio de todos y tienen que poder disfrutarse en los museos. —Esperaba que, después de todo aquello, Bruno la premiara dejándola elegir y comprar los libros.

—La verdad es que es una gran idea. Debe de ser maravilloso trabajar al lado de alguien tan altruista y que sabe tanto sobre la historia.

—De hecho, rubita empanada, más que maravilloso es emocionante. Nunca sabes qué va a pasar a continuación.

Era la primera vez que Sara y Maica se quedaban a solas y entre ellas se instaló un incómodo silencio que no les gustaba a ninguna de las dos, pero es que la primera pensaba que caía mal a la segunda, y la segunda se sentía fatal por engañar a la primera, así que quedarse calladas parecía lo más razonable.

—¿Por qué me llamas «empanada»? —preguntó de pronto Sara al darse cuenta de lo que le había dicho la dependienta.

—Por las drogas que te tomas para el dolor de la mano —explicó Maica—. ¿No dices que te atontan?

—Sí, bueno, es que no estoy acostumbrada a tomar medicación. Si puedo, me lo curo todo con cosas naturales.

—Eso es un poco rarito, ¿no, *blonde*?

—¿Por qué es rarito?

—Se supone que eres neurocirujana, ¿no? Los médicos no soléis creer en las terapias alternativas y esas cosas.

Sara sopesó la creencia de Maica. Era mucha la gente que pensaba así, estaba segura, pero ella era distinta.

—He visto tantas cosas inexplicables en los quirófanos o experiencias tan abrumadoras que me han contado algunos pacientes que con franqueza te digo que no estoy en facultad de decidir qué es lo que de verdad funciona y lo que no.

—Flipo.

—¿Por...?

—Los galenos no soléis hablar de esas cosas.

—Supongo que no, pero en los quirófanos donde realizamos operaciones tan importantes se ven y se oyen cosas que en otras situaciones no se pueden contemplar.

—Ni se te ocurra contarme nada, rubia esotérica, que te recuerdo que estamos en medio de un bosque solas.

Sara sonrió. Llevaban al menos diez minutos esperando a que aparecieran Aurora y Bruno, y todavía no había señales de ellos.

—¿No te preocupa saber dónde se habrán metido?

Maica ahora se arrepentía de haberse enfadado con su Limón. Mira que si se había perdido y no volvía a verla... ¿Y si se la había comido un oso?

—Aún no ha pasado el tiempo suficiente como para preocuparme, pero si no aparecen pronto sí que voy a empezar a ponerme nerviosa. Sólo tenían que

ir en línea recta y, bueno, aunque Bruno esté analizando pruebas y pistas, es que no se lo ve ni siquiera a lo lejos.

»Osos por aquí no hay, ¿a que no?

Sara la miró sin saber bien qué decir. No se había detenido a estudiar la fauna de la zona, sobre todo porque no sabía adónde iban a ir, pero vamos, osos no creía que hubiera.

—Lo que yo sé es que viven en la cordillera Cantábrica, Asturias, Pirineos... Aquí creo que no, pero bueno, Maica, lo estudié en el colegio, no me hagas mucho caso.

—¿Has oído eso?

Acababa de oírse un ruido estruendoso, fuerte y hasta podría calificarse de feroz.

—¿¿El berrido??

—Sí, Sara, el berrido ese.

—¿Por qué no me llamas «rubita» o «rubia maciza»? Me valdría incluso lo de «rubia empanada».

—Porque estoy paralizada por el miedo y no me funciona el cerebro.

—El cerebro no deja de funcionar hasta que nos morimos y, aun así, todavía está en activo un buen rato hasta que se desconecta del todo.

—El mío está paralizado.

—No, eso no puede pasar.

—Joder, no me llesves la contraria, colega, que por aquí no hay ningún sitio donde podamos escondernos.

—¿Los osos suben a los árboles?

Maica miró a Sara y Sara miró a Maica. Ambas eran conscientes de las chorradas que estaban diciendo, pero es que a lo lejos podían oírse a la perfección unos aullidos de origen desconocido.

—Y tú, ¿sabes subir?

—En mi vida lo he hecho.

De repente, los gemidos guturales empezaron a oírse más cerca.

—¿No crees que sería hora de ir intentándolo por si acaso?

—¡Ay, la leche! ¡¡Corre, Maica! ¡Súbete al árbol! ¡El oso ya viene!

* * *

Aurora llegó a un claro casi deshidratada y con una ampolla enorme en el pie derecho que le dolía como si tuviera tres sables clavados en la planta. Además, estaba enfadada como una niña pequeña cuando se pierde en medio de un supermercado. ¡La habían dejado sola! Por delante y por detrás no veía a nadie, así que hizo lo que más odiaba en el mundo: seguir andando hasta que encontrase a alguien porque volver hacia atrás, idea que había acariciado, era lo menos factible, ya que no tenía las llaves del coche. De haberlas tenido, sin duda se habría metido en él y habría esperado a todo el mundo allí.

Perfecto, en el claro no había nadie. Cojonudo. ¿Y ahora qué hacía? Porque el camino hasta llegar allí había sido recto, pero ahora parecía estar ante una rotonda natural.

Cabreada, se sentó debajo del árbol más frondoso que vio e intentó quitarse la zapatilla de deporte. ¿A quién se le ocurría ponerse medias debajo? A ella, sólo a ella, pero es que le gustaba tan poco el deporte que no tenía ni calcetines apropiados, y como le parecía un poco *heavy* no ponerse nada, pues había cogido lo que tenía a mano, unos ejecutivos de color negro.

* * *

—El oso está debajo, Sara, ¿lo oyes rugir?

—Sí, a la perfección, pero no hables, no sea que nos oiga.

Un nuevo berrido les puso los pelos de punta otra vez.

—¡Joder, rubia! Lo tenemos justo debajo.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa? ¡No me digas que nos ha olido y está empezando a subir al

árbol! Ay, rubia, que nos va a comer. ¡Sube más arriba!

—¡No puedo! No hay más ramas —susurró Sara, tan asustada como Maica.

—¿Y qué hacemos?

—Espera, voy a tirarle algo para ver si se aleja.

—No creo que sea una buena idea, Sara.

—Déjame intentarlo por lo menos.

—¿Y qué vas a tirarle, si lo hemos dejado todo abajo? ¿La bota?

—No —exclamó una Sara triunfal—. Voy a lanzarle la cantimplora, que, como es de metal, si la tiro con fuerza le hará daño.

—Sí, le va a hacer un daño del copón bendito. Imagina, una cantimplora estampada en el lomo de un oso de unos cuatrocientos cincuenta kilos... ¡Uy, qué dolor!

—Tú tranquila, que la voy a tirar muy fuerte.

—¡Pero si estás escayolada! Ya flipo con que hayas sido capaz de trepar hasta aquí.

—El miedo, amiga, el miedo, que da alas.

—¿Eso no era una bebida energética? —le preguntó Maica entre risas silenciosas.

—También. Ay, qué situación, qué situación... Menos mal que tenemos humor.

—Bueno, Sara, ¿le tiras la cantimplora o se la tiro yo?

—Hazlo tú, acabo de acordarme de que necesito la mano buena para sujetarme al árbol.

—No, si al final un poco primates sí que parecemos.

Sara volvió a reír, muy a su pesar. Maica era graciosa y, aunque estaban en un árbol, a punto de ser devoradas por un oso enorme, no podía dejar de reírle las gracias, gracias, por cierto, que ella no era consciente de decir.

—¿Se la tiro ya?

El supuesto oso rugió de nuevo con el que fue el peor sonido que jamás habían oído ninguna de las dos.

—¡Ahora! —le indicó Sara.

El grito se oyó a trescientos kilómetros.

—¡¡Le he dado, le he dado!!

Abajo, en el claro, Aurora yacía semiinconsciente debido a un cantimplorazo, con una mano puesta en la cabeza y la otra en una enorme ampolla del pie.

Rimas y leyendas
Gustavo Adolfo Bécquer

Bruno llevaba sentado encima de una roca alrededor de dos horas. No podía seguir con todo aquello. No estaba acostumbrado a mentir y necesitaba ser honesto con Sara. Le daba mucha pena que todos conocieran la verdad menos ella, y estaba convencido de que, si se enteraba, cosa que iba a hacer sin duda, no querría volver a saber nada de él.

Por eso meditaba, allí sentado. Sara era un tesoro. A él le encantaría poder tener una relación con ella, conocerla mejor y disfrutar de la vida juntos. Estaba enamorado, era consciente de ello, pero eso no le daba derecho a montar semejante historia.

Se lo iba a contar, la pena era que no sabía cómo ni cuándo ni dónde, pero iba a decírselo. No podía soportarlo más.

Buscó su móvil en el bolsillo al darse cuenta de que se había hecho de noche. Pero ¿cómo podía ser? A él le había parecido que apenas llevaba allí media hora y, de repente, eran casi las ocho. Debían de estar preocupadas por él. Qué poco cortés había sido.

Se puso en pie y siguió buscando su móvil en el bolsillo del pantalón donde solía llevarlo. ¡Mierda! No estaba. En qué mala hora habían decidido meterlos todos en la mochila que llevaba Maica. Encima, había sido idea suya cuando vieron que la mayoría de ellos no llevaban bolsillos.

Resignado y con la idea fija de aclararlo todo, volvió a colgarse la mochila y regresó al sendero principal.

* * *

—Me aburro aquí arriba y, además, ya empieza a ser de noche. Hace rato que no oímos al oso, ¿se habrá dormido? —preguntó Sara un buen rato después de que lo hubieran oído gritar.

—Yo creo que se habrá marchado. Le he dado un buen golpe con la cantimplora. ¿Bajamos?

—Creo que sí; además, es que me estoy haciendo pis.

—Ostras, pues yo también y no me había dado cuenta. Supongo que estaba paralizada por el miedo.

—Vale, Maica, ¿y ahora cómo carajo bajamos?

—Caray, rubita, tú también sabes hablar mal.

—No te rías, subir es mucho más fácil que bajar y, además, empieza a caer la noche. Mucho no se ve.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Bajo yo primero y te ayudo, ¿de acuerdo?

—¿Crees que podrás? Ya no se ve muy bien.

—Espera, que voy a sacar el móvil —sugirió Maica—. Con la linterna que lleva, veremos mucho mejor.

—Joder, ¿y por qué no se nos ha ocurrido eso antes?

—No digas tacos, rubia, que te quedan fatal. No encuentro el mío, dame el tuyo.

Sara se palpó como pudo con la mano buena.

—Tampoco lo tengo.

—¡¡Mierda!! Si es que los hemos metido todos en mi mochila.

Ambas miraron hacia abajo. La cosa se complicaba por momentos.

—No te preocupes, no me parece que hayamos subido mucho. Me apoyo en esta rama, ahora en el tronco y... ¡Coño, rubia! ¡Pero si estábamos a medio palmo del suelo!

—¡Qué va! Hemos subido un montón.

—Sí, un huevo... Anda, estira el pie, que llegas al suelo.

Sara hizo lo que se le decía.

—No llego, a ver si me voy a caer... ¡¡Ay!! ¿Ha vuelto el oso?

Maica se retorció de la risa.

—No, Sara, no. Es mi mano, que te ha cogido el pie. Hazme caso y da un salto.

—Cógeme la mano —le pidió ella un poco insegura.

—Trae, anda.

Lo que más fastidió a Sara fue que Maica tenía razón. ¿Y por qué tenía la sensación de haber trepado por una palmera?

—Somos dos ridículas —anunció mientras se sacudía las hojas que se le habían quedado enganchadas en el pelo.

—Voy a coger los móviles antes de que se haga más de noche y no veamos ni un pijo. Joder, si es que encima hemos dejado las linternas en la mochila que lleva Bruno.

Sara se preocupó de repente. ¡Bruno! ¿Dónde estaría? ¡¿Y Aurora?!

—¡¡La leche!!

—¿¿QUÉ TE PASA?? —gritó—. ¿¿Vuelve el oso??

—Qué oso ni qué leches. Ven aquí. Aurora está tirada en el suelo. ¡¡Ay, rubia, que la hemos matado!!

—¿¿Cómo??

—No, no estoy muerta, hijas de puta. Sólo aturdida.

Al rodear el árbol, Sara se encontró con Aurora, aún medio turulata por el golpe de la cantimplora.

—¿¿Qué te ha pasado?? —le preguntó más preocupada que nunca en su vida—. ¿Te has encontrado con el oso?

—¿Qué oso ni qué leches? Alguien me ha dado con algo en la cabeza.

—¿¿Cómo??

Maica comenzó a echarse hacia atrás mientras mascullaba algo ininteligible.

—Creo que ha sido con esto.

—¡¡¡LA CANTIMPLORA!!!

Sara empezó a reír con una risa histérica. No sabía si era porque la escena era lo más surrealista que había vivido en su vida o por el alivio de ver que Aurora estaba bien.

—¿De qué te ríes?

—Creo que no es el mejor momento para explicártelo. Anda, déjame ver qué te has hecho —pidió entre lágrimas de risa.

—No te rías, cabrita, la cabeza me duele. Cómo pille al excursionista hijo de la gran puta que ha tirado la cantimplora, pienso decirle cuatro o cinco cosas, eso si no le meto una demanda por intento de homicidio.

—Mujer, no será para tanto, seguro que ha sido una equivocación.

—¿Equivocación? Yo lo último que recuerdo es llegar aquí, quitarme la zapatilla porque tenía una ampolla, gruñir y... poco más. Un golpetazo, la niebla y esta bobería. ¡Dime tú si no ha sido un atentado! Deben de habernos seguido para robarnos.

—Que no, mujer. Maica, por favor, ¿puedes enfocarme aquí? ¿¿Maica?? ¿¿Dónde estás??

La respuesta le llegó desde lo alto del árbol, lugar al que había vuelto a encaramarse.

—¿¿Qué haces ahí?? —le preguntó Aurora sorprendida—. Baja, anda.

—No quiero bajar.

—Pero bueno, ¿¿y ahora esto por qué??

—Porque me vas a demandar, a meter en la cárcel y, encima, como estarás enfadada, no vendrás ni a hacerme visitas.

—Deja de decir bobadas. Maica, baja del árbol.

—Júrame que no vas a demandarme.

Aurora no se encontraba en su mejor momento de paciencia, no en vano acababa de despertarse de un semicoma.

—Te lo juro, pero baja ya. ¡Necesito que me des la mano!

—¡Y yo que enfoques aquí!

»He sido yo —confesó apesadumbrada.

—¿Tú, qué? Anda, dame esa mano tan suave que aquí mi amiga, la médica, me está haciendo daño.

—Lo siento —se disculpó Sara—. Tienes un buen chichón, pero no aprecio nada más importante. A ver, voy a hacerte algunas pruebas.

—Déjate de pruebas, que no estoy ni mareada. ¡Quiero averiguar quién me ha lanzado la cantimplora! ¿Habéis visto vosotras a alguien?

—Te digo que he sido yo —repitió Maica.

Sara levantó la mano a modo de confesión solidaria.

—Yo también he sido.

—¿¿Vosotras me habéis tirado la cantimplora de los huevos??

—No es de los huevos, es para el agua y, de hecho, está llena —le explicó Maica—. Y que sepas que tu cabeza la ha abollado. ¡Pues barata no era!

Aurora no comprendía nada. ¿Por qué iban su mejor amiga y su novia a querer hacerle daño? Sara pareció leerle la mente.

—Pensábamos que eras un oso.

—Repíte eso...

—Yo que tú no lo haría, rubia cómplice. Ese tono de voz no me ha gustado nada.

—Bah, conozco a Auro de toda la vida y sé que no se enfada por estas cosas.

—¿Me habéis roto la cabeza y lo que se os ocurre es decirme que pensabais que era un oso?

—Ajá —susurró Maica un poco asustada aún.

—Comprende que nos asustásemos, rugías como tal...

—¡Tengo una ampolla en el pie! ¿Sabéis lo que duele eso?

—Nos hacemos una idea. Te recuerdo que yo tengo la mano, bueno, el escafoides roto y no grité así ni cuando me lo recolocaron.

—Siempre has sido más valiente que yo, lo admito, pero una ampolla duele un huevo, admítelo tú ahora.

—Lo admitimos, ¿verdad, rubita?

—Vale, ¿quieres que te mire la ampolla? Y voy a ponerte un poco de árnica. Sí, no me miréis así, soy médica, he cogido un pequeño botiquín.

Bruno supo dónde estaban por los berridos que oyó.

* * *

—¿Necesitas ayuda para montar las tiendas, Bruno?

Sara lo había visto llegar demasiado serio y apenas se había creído la excusa que había dado.

—No, tranquila. Son muy sencillas de montar. Además, podrías hacerte daño en la mano. Gracias.

—¿Te pasa algo? —le preguntó preocupada.

—No veo muy claro esto del tesoro —anunció él. Hacía días que no decía una verdad tan grande.

—¿¿Crees que es un mapa falso??

—Cada vez estoy más convencido de ello.

—No te preocupes, si hay alguna pista nueva aquí, seguro que la encontraremos —le dijo mientras alzaba la mano izquierda para acariciarle el hombro.

El escalofrío le llegó hasta la cabeza. Cada vez que ella lo tocaba, le sucedía lo mismo. Necesitaba mantenerse apartado de Sara hasta que fuera capaz de contarle toda la verdad.

—Voy a seguir con las tiendas. ¿Puedes decirle a Maica que venga un momentito?

Sara miró hacia donde estaban las otras dos miembros de la expedición. Charlaban bajito, y se dio cuenta de que Maica le acariciaba con mucho cuidado la cabeza a su amiga, la cual se hacía la víctima tan bien que hasta podía parecer que tenía la cabeza abierta.

—No sé si va a querer venir. Está un poco ocupada ahora mismo atendiendo a Auro. ¿Puedo servirte yo para algo en su lugar?

Mierda, es que ninguno de sus planes le salía bien. Si Sara continuaba allí, a su lado, iba a cogerla y a besarla con todas sus fuerzas. Necesitaba algo de su energía para ser capaz de contarle toda la verdad.

—No, ya te he dicho que no. Vas a hacerte daño en la mano, otra vez.

—¿Estás enfadado conmigo?

Desde que había llegado al claro estaba tan serio que no sabía si era debido a algo que ella hubiera podido hacer mal.

—Nunca podría enfadarme contigo, Sara —le aseguró él justo antes de cogerla por la cintura.

—No estés tan seguro, Bruno —masculló ella a la vez que se alejaba un poco.

Mierda, se moría de ganas de besarlo y sabía que él estaba deseando hacer lo mismo, pero una promesa era una promesa y una historia de amor entre ellos dos, simplemente, no podía ser.

Bruno percibió su frialdad al instante.

—Por favor, dile a Maica que venga. Necesito que me ayude en una cosa.

—¿No puedo hacerlo yo?

La miró agotado. Era tan difícil mantenerse separado de ella cuando lo que más necesitaba en el mundo era fundirse con su piel...

—Creo que ya te he dicho que no.

—Pero, Bruno, con esta...

—¡¡Maica!! ¿¿¿Puedes venir, por favor??? —gritó él con la intención de poner punto final a la charla con Sara.

—¡¡Voy!! —se la oyó decir.

Maica y Sara se cruzaron en el claro. La primera, aún con un gran sentimiento de culpa por el meneo que le había dado al Limón con la cantimplora. Por fortuna, según la doctora del grupo, no le iban a quedar secuelas salvo un chichón del tamaño del huevo de una gallina.

La segunda estaba nerviosa, y no por el golpe de Aurora. Bruno la había mirado como si fuera a decirle algo muy importante, pero al final no se había

atrevido. Lo entendía. No sabía qué era lo que él querría decirle, pero sí sabía lo que ella se guardaba, y era demasiado doloroso e importante como para callarlo durante mucho tiempo, pero sabía que en el momento en que lo hiciera su promesa dejaría de ser posible.

—¿¿Qué quieres, Brunito? ¿No ves que estoy cuidando a mi Limón? ¿No sabes montar las tiendas solo?

—No, no es eso. Es superfácil. Mira —le dijo a la vez que abría la enorme bolsa de la segunda—. Basta con lanzarlas al aire. Se montan solas. Después, hay que fijarlas con estas piquetas y listo.

—Entonces ¿qué te pasa? ¿Para qué me necesitas?

—Voy a contarle la verdad a Sara. Parece que le estemos tomando el pelo y no me siento bien con todo esto.

—A mí tampoco me gustan las mentiras, Bruno, pero ya que has llegado hasta aquí, por qué no buscar el dichoso tesoro inexistente y confirmar que el mapa es falso y ya está.

—Porque no estaría siendo honesto.

—¿Quieres perderla?

—Es lo último que me gustaría hacer en esta vida, te lo aseguro.

—La rubia se enfadará contigo por la mentira. Contigo, conmigo y, sobre todo, con su amiga de toda la vida, mi Limón, que por ayudarnos también le está mintiendo. Piénsalo. Aunque no quieras hacerlo por ti, mantén este rollo por la amistad que hay entre ellas.

—¡Pero es que no está bien!

—Lo sé, Bruno, y me jode decirte que te lo avisé, pero llegados a este punto, con el campamento montado y todo, no te queda más remedio que seguir con la farsa.

—Vaya puta mierda, Maica.

—Siempre puedes confesarlo en vuestro décimo aniversario, ¿no te parece?

A Bruno no le salió ni siquiera una sonrisita de resignación. Estaba

enfadado consigo mismo. El amor no debería llevar a cometer errores tan grandes como el que él estaba cometiendo.

—Está bien, pero sólo esta vez. Mañana buscamos el dichoso tesoro y lo dejamos para siempre, ¿hecho?

Maica suspiró aliviada porque, aunque estaba de acuerdo con él, no quería por nada del mundo que su Limón perdiera a su gran amiga.

—Hecho.

Drácula
Bram Stoker

—Parecemos excursionistas americanos de esos que asan malvaviscos en la hoguera y cuentan historias de miedo.

Sara estaba entusiasmada con su aventura, aunque notara extraño a todo el mundo. De niña había sido una gran aficionada a los libros de Los Cinco de Enid Blyton, y se sentía como uno de los personajes en una de las famosas escenas.

—¿Sabéis qué son los malvaviscos?

—No, ni idea —respondió Aurora con un considerable dolor de cabeza.

—Sí, son las esponjitas esas blanditas y rosa. Aquí también los llamamos «jamones», y los americanos los llaman «*marshmallows*». Es típico ensartarlos en un palito y asarlos en la hoguera del campamento, como os decía. Lástima que no lo hayamos pensado antes. Podríamos haberlo hecho.

—No tenemos hoguera. Está prohibido hacer fuego en el monte.

—Ah, también es verdad. Pues nada...

—¿Os enfadáis si me voy a tumbarme a la tienda? Estoy fatal por el dolor que me ha causado el golpe.

—Jo, Limón, lo siento mucho —repitió Maica apesadumbrada.

—No me pidas más veces perdón, que ya llevas tres mil cuatro disculpas.

Maica bajó la cabeza. Estaba hecha polvo desde que le había tirado la cantimplora a Aurora y, lo que era peor, podría haberle hecho aún más daño, ya que la había lanzado con todas sus fuerzas.

—Es que lo siento de verdad. Creía que eras un oso.

Sara decidió echarle una mano a la pobrecilla.

—Yo también creía que eras un oso. Eres tan exagerada cuando te quejas que no había lugar a dudas.

—No hay osos cerca del Mediterráneo. Están todos en el norte.

—Ya, pero es que tú no te has oído rugir.

—No te metas más conmigo, Sara, que ya os he perdonado a las dos. Me voy a la tienda, ¿vale?

—Aurora —la llamó Bruno de pronto—. He dejado sacos de dormir en cada una de las tiendas. Los cuatro son nuevos, así que escoge el que más te guste.

—¿No tendremos frío, Bruno? —preguntó Sara, que ya empezaba a sentir el frío de la noche.

—No, tranquila, son sacos especiales para nieve, así que no tendremos problema. Buenas noches, Aurora, que descanses muy bien.

—¿Madrugaremos mucho mañana? ¿Qué planes hay? —se interesó la abogada antes de irse a descansar.

Si por Bruno hubiera sido, no habría habido ningún plan, pero le había dado su palabra de honor a Maica y no pensaba defraudarla.

—Tranquila, no tenemos prisa. El pozo que señala el mapa está muy cerca. Cuando nos despertemos, desayunamos, desmontamos el campamento y nos vamos a buscar la siguiente pista.

—¿No os parece emocionante? —Era más bien una pregunta retórica, Sara no necesitaba respuesta. Toda la situación ya le parecía genial a ella sola y no hacía falta que nadie se lo reafirmara.

—Sí, mucho —masculló Bruno mientras le daba otro mordisco a uno de los bocadillos que se habían llevado para cenar.

Era difícil no contagiarse del ambiente mustio que los rodeaba, pero no estaba dispuesta a permitirlo. Sara estaba superfeliz de poder estar allí y no se lo iba a fastidiar nadie, así que cogió una de las linternas y se fue, según ella, a mirar las estrellas desde la roca que estaba a tan sólo dos pasos.

—¿Te vienes conmigo, Maica? —preguntó Aurora cuando ya casi llegaba a

la tienda.

—¿¿Vamos a dormir juntas??

—Puedes dormir conmigo si quieres, Maica. Haz lo que a ti te apetezca, de verdad —le ofreció Bruno.

—Me voy con el Limón, por supuesto. Alguien tiene que cuidarla, y aquí la rubia está en pleno subidón campamentístico. ¿Te importa dormir a ti con Sara?

Si se lo hubieran ofrecido en cualquier otro momento, a Bruno le habría dado un colapso con sólo pensarlo, pero como estaba decidido a contarle la verdad, lo que en realidad necesitaba era tenerla cuanto más lejos, mejor. Miró a su dependienta y supo que iba a tener que sacrificarse otra vez.

—Vamos, macho, no me jodas. No irás a decirme que no te apetece dormir con ella, ¿no?

—Me siento como un gusano porque la tenemos engañada.

—La rubia de tonta no tiene un pelo, así que si está aquí, buscando el tesoro contigo, debe de tener también sus buenas razones, ¿no te parece? Deja de subestimarla, que no se lo merece.

—Y si no se ha creído lo del tesoro, ¿¿qué hace aquí??

—¿Hola? ¿En qué momento he dicho yo que no se lo haya creído? Es posible que le haya convenido creerlo por algún motivo, ¿no te parece?

—¿Qué motivo?

—Ah, yo de eso no tengo ni idea. Tendrás que averiguarlo por ti mismo.

—Maica, ¿sabes algo que yo no sepa?

—Te juro que no, te habla mi intuición.

—Está bien, bonita. Descansa todo lo que puedas y disfruta de estar con tu chica.

—Vuelve a decir eso y vomito.

—¿Por qué? ¿No estás contenta?

—Mucho, pero también tengo muchos nervios encima. Es la primera vez que me enamoro, ¿sabes?

—Sí, lo sé, y te entiendo. Enamorarse da un miedo del carajo.

Eso último ya lo dijo para sí, porque Maica caminaba hacia la tienda que iba a compartir con Aurora.

—¿Te duele?

—Maica, preciosa, me duele mucho, pero no te preocupes, ya has visto que Sara me ha dado uno de sus calmantes y seguro que enseguida se me pasa.

—¿Qué saco de dormir prefieres? A mí me gusta el morado, ¿y a ti?

Aurora la miró feliz. Hacía tiempo que no se fijaba en cosas así, tan absurdas e importantes a la vez. ¿Desde cuándo no pensaba sobre el color de algo? Se pasaba el día trabajando sin parar, y al llegar la noche caía agotada en la cama que le hacía la señora de la limpieza cuando iba a su casa. Adoraba a esa mujer. Si no fuera por ella, su piso se le caería encima porque odiaba hacer las tareas domésticas. Desde niña, su madre había intentado inocularle en vena que había nacido para servirla y, por tanto, se entretenía en enseñarle continuamente y de forma reiterada todas y cada una de las «habilidades que se suponía que debía conocer una mujer». De ese modo, ella fregaba los suelos, ponía y recogía la mesa, lavaba la ropa, la tendía y la planchaba, hacía la compra y se moría un poco cada vez que veía en los ojos de su madre el futuro que ésta había planeado para su única hija. Mientras, sus hermanos jugaban en la calle como los niños que eran.

—Quédate con el morado. El verde también es muy chulo. ¿Tienes frío?

—No, ahora mismo estoy achicharrada.

—¿Por el calor? —se burló Aurora, que ya había empezado a ponerse algo parecido a un pijama.

—No, porque te estoy viendo medio en pelotas y me estoy poniendo burra.

La risa de Aurora era maravillosa.

—¿Y te gusta lo que ves?

—Me encanta.

—Estoy muy feliz de poder dormir contigo esta noche, ¿lo sabes?

Maica se sonrojó. Hacía tanto que alguien no le decía que estaba feliz por

pasar tiempo con ella que no sabía muy bien cómo podía gestionar todo lo que Aurora le hacía sentir.

—Yo también estoy muy contenta, pero a la vez me he puesto muy nerviosa.

Aurora la entendió. Maica necesitaba más tiempo para ir asumiendo su relación y ella estaba más que dispuesta a ir despacio.

—No te preocupes, preciosa. No va a pasar nada que tú no quieras. ¿Sabes lo que me apetece?

Maica no tenía ni idea de qué era lo que podía apetecerle al Limón, pero ella se moría por tumbarse a su lado, besarla con suavidad y cogerla de la mano. En su cabeza no podía haber un plan mejor.

—No.

—Tengo muchas ganas de que nos tumbemos una al lado de la otra, bien calentitas en nuestros sacos, y que hablemos despacito para que vayamos conociéndonos más. ¿Qué te parece?

Sin duda la felicidad era algo con lo que Maica no había soñado muchas veces. Estaba demasiado ocupada intentando que nadie se diera cuenta de que era diferente. Desde pequeña había estado luchando contra sí misma, y ahora acababa de aprender que para que la quisieran sólo debía ser ella misma. Si el Notario no había sabido verlo, ése era su problema. Él se lo perdía.

—¿Puedo besarte, Limón? —preguntó con timidez—. Es que me cuesta mucho estar a tu lado y no besarte.

—Siempre puedes. No me pidas permiso.

—¿Por qué te gusto? ¿Qué he hecho yo para gustarte? —susurró Maica después de darle un beso pequeño pero muy excitante en los labios.

—Algo muy sencillo, dejarme ser como soy yo. Me aceptaste desde el primer instante.

—¿Yo a ti?

A Maica la desconcertaban esas cosas. Ella era la que siempre se había sentido rara y diferente. No podía concebir que los demás también se hubieran sentido así.

—Claro, ¿qué te crees?, ¿que yo no tengo miedos?

Maica volvió a besarla, pero esta vez se entretuvo un poquito más en saborear esos labios gorditos que tan bien sabían. Aurora la dejaba tomar la iniciativa. Quería que se sintiera cómoda junto a ella.

—¿Qué es lo que te da miedo, Aurora? Se te ve tan valiente...

—Mi madre.

—¿¿Tu madre??

—Sí, mi madre.

—No sé si debo preguntarte por qué, pero me gustaría mucho saberlo.

—Mi madre, Maica, no es tan diferente de tu padre. Es fría, egoísta y sólo piensa en su propio bienestar, pese a que con ello hunda la vida de cuantos la rodeamos. Cada vez que me llama para decirme que se viene a pasar una temporada a mi casa me entran escalofríos. No puedo soportar la forma en que me invade el espacio. Te juro que me falta hasta el aire.

—¿Sabe ella que te gustan las chicas?

Aurora se incorporó de golpe, con lo que se mareó con rapidez.

—¡Ay, mierda, qué mareo!

—¿Llamo a Sara? —preguntó Maica asustada.

—No, se me está pasando. Es del golpe.

—Ay, perdóname.

—Tres mil cinco veces, Maica...

—¡Perdón, no me acordaba! Ay, no, perdón otra vez, no.

—Mi madre no sabe que me gustan las chicas. Nunca he reunido el valor suficiente para decírselo.

—Pues lo mismo me ha pasado a mí. De hecho, no veo a mi padre desde hace casi un año.

—Yo a mi madre hace casi dos. La última vez que vino discutimos y juró no volver más.

—Pues menudo alivio te daría.

—¡Ya lo creo!

Bruno las oyó reír y se alegró muchísimo por Maica. Sabía que su infancia no había sido nada fácil, pero hasta que ella se había sincerado con él esa tarde no fue consciente de cuánto había sufrido. Se merecía ser muy feliz, y esperaba que Aurora fuera la persona que la ayudara a conseguirlo.

Estaba agotado. De pensar, de sentir y hasta de mentir. Disgustado consigo mismo y con la situación que había provocado, decidió irse a dormir también, pero antes debía decirle a Sara que no tenía ninguna intención de dormir con ella, aunque se muriera de ganas.

—Al final no hace frío.

El tiempo, ese recurso estúpido al que se había aferrado para poder comenzar a entablar una conversación con la que estaba seguro que era la mujer de su vida.

Sara lo miró. Aún no habían apagado la lámpara de gas y, aunque no podía distinguir cada rincón de sus ojos, sí tenía una visión del hombre guapo que estaba delante de ella.

—No, es verdad, no hace frío.

Estaba sentada todavía en la roca desde la que llevaba un rato observando las estrellas. Hacía demasiados años que no tenía la oportunidad de verlas con tanta claridad.

—¿Te duele?

Le dolía y mucho. Sentía un inmenso dolor por no poder besarla como a ella le habría gustado, pero quería mantenerse fiel a su promesa, al menos esos días, porque era consciente de que lo justo sería contarle que ella no pudo ayudar a su padre a morir de otra forma.

—Mucho —dijo con un tono de voz casi imperceptible.

—¿No te han hecho efecto los calmantes?

Ay, Bruno se refería a su mano.

—No, la mano no me duele.

—¿Y qué es lo que te duele entonces? —preguntó él con unas infinitas ganas de aliviarle el dolor, fuera éste cual fuese.

—Cosas mías.

Era evidente que ella no quería hablar de lo que la preocupaba y, aunque él era un hombre muy respetuoso, le dolió que no quisiera compartirlo con él.

—Sara...

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón. La tentación de tocarla, de rodearla con los brazos y abrazarla era demasiado poderosa y él tampoco era un héroe que pudiera resistirse.

—Esta noche voy a hacer vivac y dormiré fuera de la tienda. Puedes estar tranquila, la tienes toda para ti.

A ella le dolió la decisión de Bruno. Sí, sabía que era lo mejor, lo que ella había provocado, buscado y hasta pedido, pero no por eso dejaba de dolerle.

—¿Por qué? Soy capaz de dormir a tu lado y nada más.

—Puede que tú sí —fue la respuesta de Bruno—, pero yo no confío en lo que tú me haces sentir, así que es mejor no jugar a que somos personas civilizadas, adultas y con un buen control de nuestros impulsos.

—Pero cuando llegue la madrugada hará más frío, Bruno...

—Me abrigaré, no te preocupes.

—Ojalá todo fuera diferente.

Él ya había comenzado a caminar hacia la tienda para coger un saco de dormir y una esterilla, pero se paró en seco al oír las palabras de Sara.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo te gustaría que fuera?

—Normal, me encantaría que pudiéramos tener una relación normal.

—¿De amistad? —Odiaba esa palabra, la odiaba con todas sus fuerzas.

Sara fue incapaz de mentirle. Una cosa era ocultarle la verdad sobre su padre, y otra muy distinta continuar diciéndole que no se sentía atraída por él. Lo malo era que no estaba capacitada para que él comprendiera que no podían tener una relación porque, en cuanto supiera que había estado involucrada en la muerte de su padre, jamás querría volver a verla, con lo que ella no podría cumplir su promesa y, además, se moriría de la pena.

—¿Sara? —insistió él.

—Es más complicado de lo que crees.

—Explícamelo, Sara. Habla conmigo.

Ella se levantó de la roca y quedó muy pegada a él. No había calculado bien la distancia, seguramente porque el claro estaba bastante oscuro a pesar de que la lámpara de gas continuaba funcionando.

Bruno olía a tranquilidad, a besos profundos con lengua, a caricias despiadadas. Olía a amor, a ternura, pero también a una pasión que ella ya había conocido gracias a los momentos que habían pasado juntos. Olía a hogar, a formar una familia, a despertarse juntos por las mañanas y a dormir bien abrazados por la noche. Sabía que con él podría soñar con todo eso a pesar de que los separaban muchas cosas, entre ellas su propia incapacidad para contarle el secreto que la llevaba torturando dos años enteros.

—Aún no puedo. Necesito tiempo —le pidió mientras se lanzaba a sus brazos para abrazarlo con todas sus fuerzas.

—Joder, Sara, así tampoco me lo pones fácil.

—Perdóname. Sé que te he pedido que seamos amigos, pero, por favor, abrázame. Necesito que me abracés.

Bruno no sabía qué hacer con las manos, con los brazos, con todo el cuerpo. Estaba de pie junto a ella, pero sin saber si rodearla con su calor o parar de alguna forma aquella situación.

—Sara —murmuró a punto de claudicar—. Por favor, no quiero apartarte, pero, si sigues así, voy a estrecharte contra mí y no sé si podré parar si me lo pides.

Sintió cómo ella aflojaba el abrazo y comenzaba a separarse de él y odió la sensación de vacío que se instaló entre ambos.

—Lo siento —susurró Sara con una extraña emoción de pérdida instalada en el pecho.

—No te preocupes —consiguió decir él tras conseguir respirar—. Estoy convencido de que tarde o temprano superaremos lo que sea que nos separe y podremos ser amigos tal y como tú deseas.

—Te equivocas con respecto a eso.

—¿Con respecto a qué?

Bruno se había vuelto otra vez para ir hacia la tienda de campaña, pero Sara de nuevo lo había detenido con una de sus misteriosas frases.

—Con respecto a nosotros.

—¿Por qué?

—Porque yo no quiero ser tu amiga, Bruno.

—¿Y qué quieres ser? —preguntó él con un hilo de voz que a Sara le sonó de lo más sexy.

—Quiero ser tuya.

El amor en los tiempos del cólera
Gabriel García Márquez

—Dios, Sara, no me pidas que me detenga porque no voy a poder.

A Bruno le había subido fuego líquido desde los pies hasta el pelo. Las palabras de Sara, la forma en que su boca las había pronunciado, el calor de cada una de las sílabas de aquel «Quiero ser tuya» habían conseguido encenderlo como si estuviera a punto de estallar en mil pedazos de lujuria.

Con las manos temblorosas, la cogió por la nuca y la acercó hasta él en un solo movimiento. Necesitaba apresar esos labios que lo miraban con tanto deseo. El primer impacto estuvo a punto de acabar con él. Sara sabía como el mejor chocolate del mundo. Invocó toda la pasión que fue capaz de transmitir a través de la piel, le abrió la boca con la lengua y le susurró despacio, muy lentamente, cuánto la deseaba.

Ella apenas si podía pensar. En aquel momento no le importaba nada más que fundirse con Bruno, con su piel, con aquel calor lleno de deseo que emanaba. De pronto sintió cómo la levantaba y la cogía en brazos. Sabía bien adónde iba a llevarla, a esa tienda de campaña de la que él había querido huir y ella no se lo había permitido. Emocionada porque sabía que estaba a punto de ser suya, comenzó a mordisquearle el lóbulo de la oreja mientras se aferraba con fuerza a su cuello. Se sentía como la protagonista de su propia historia, como una heroína de cómic que había conseguido enamorar al hombre de sus sueños.

Sabía que Bruno sentía más que una simple atracción por ella. Podía verlo en sus ojos, sentirlo en sus manos, lo comprobaba cada vez que la miraba. Él se merecía lo mejor, sí, y quizá ella no lo era, pero en esa noche no tenía la

fuerza de voluntad necesaria como para apartarse de él y del calor que le ofrecía. Por eso se dejó llevar, por eso le devolvió cada uno de los besos que él le iba dando de camino a la tienda.

—Ten cuidado, guapa. No quiero hacerte daño en la mano —le susurró él mientras la desnudaba.

Había extendido en un tiempo récord uno de los sacos de dormir, abierto por completo a modo de colchón. Con pericia y una rapidez poco habitual en un hombre al que le gustaba hacer las cosas con calma, abrió el otro saco y lo dejó preparado para poder tapar con él a la pedazo de mujer que tenía allí delante, en una minúscula tienda de campaña.

—Te deseo, Bruno —manifestó ella ya desnuda por completo y tumbada encima del saco que él le había preparado.

—Es que me dices esas cosas y no puedo ni pensar —confesó mientras se quitaba los ridículos pantalones de explorador que se había comprado para impresionarla.

—No quiero que pienses, sólo quiero que me desees y que comprendas que yo te deseo tanto como tú a mí —añadió Sara con la mirada desviada hacia la polla erecta de Bruno—. Eso que tienes ahí es una barbaridad, que lo sepas.

El aludido sonrió con el ego estallando en fuegos artificiales. Estaba nervioso. Mucho. Estaba a punto de hundirse dentro de la mujer a la que quería y deseaba más que a nada en la vida.

—Pues es toda para ti.

Sara abrió las piernas en una clara invitación, lo que provocó que Bruno gimiera sin haberla tocado siquiera. De rodillas, ya situado entre sus muslos, cerró los ojos durante un instante y volvió a abrirlos.

—Espera un momento...

—¿Qué pasa? —preguntó ella preocupada.

—Necesito verte bien antes de hacerte el amor.

—¿Verme?

—Sí, deja que coloque bien la linterna —pidió con una mano extendida

para buscar la posición perfecta del pequeño foco de luz que los iluminaba—. No quiero perderme ninguna de tus expresiones mientras esté dentro de ti. He esperado demasiado este momento de nuevo como para perderme qué sientes.

Sara deseaba con toda su alma que Bruno la penetrara. Estaba húmeda, excitada y se sentía sexy, sensual, una hembra preparada para el hombre que la volvía loca; por eso se incorporó y pegó bien sus pechos al de él, que ya estaba otra vez entre sus piernas.

—¿Qué haces? —quiso saber él.

—Estabas tardando demasiado y yo te necesito ya.

Bruno la apartó con mucha delicadeza tras darle un beso con todo su amor y Sara quedó de nuevo tumbada sobre su espalda, con las piernas bien abiertas y anhelante. Veía a la perfección cómo subían y bajaban esos dos pechos que lo tenían loquito perdido. Una de las cosas que más le gustaban de ella eran sus curvas, saber que, pasara la mano por donde la pasase, siempre iba a encontrar esa piel suave y tersa. Uff, no había en el mundo una mujer más sexy que Sara.

—Fóllame, Bruno.

—Créeme que es un placer para mí acatar tu orden.

Con delicadeza, acercó su pene a la húmeda vagina que lo esperaba y se introdujo en ella con la promesa de intentar, al menos, ser lo más suave posible. No quería lastimarla de ninguna forma, pero pronto se dio cuenta de que Sara estaba perfecta para él, para recibirlo.

—Dios, cariño, qué mojada estás.

—De golpe, Bruno, déjate de tonterías. Métemela de golpe ya.

—Estás un poco mandona —bromeó él. Se sentía poderoso haciéndola sufrir y, para llevarle la contraria, trató de ir entrando en ella muy despacio.

Sara no estaba de acuerdo con él, así que hizo lo que le pedía el cuerpo: levantar las piernas todo lo que pudo y rodear con ellas a Bruno para que no le quedara más remedio que penetrarla como estaba deseando que hiciera, profunda y rápidamente.

—¡Dios! —gruñó él al verse hecho prisionero.

—Despacito —gimió ella a punto de volverse loca.

—¿Despacito? Haberlo pensado antes de levantar las piernas, ahora ya no puedo parar, Sara.

—No quiero que pares, pero gime más despacio o Aurora y Maica nos van a oír.

Bruno maldijo en voz baja.

—¡No digas tacos! —lo regañó Sara mientras volvía a levantar la pelvis para que la penetrara aún más profundo.

—¡Y tú cállate!

—No puedo callarme. Qué placer, Bruno, qué placer.

Él estaba a punto del soponcio máximo por orgasmo masivo. Necesitaba hacer algo que distrajera su polla y su deseo porque no iba a poder aguantar mucho más, y, desde luego, si había algo que deseaba más que nada era alargar todo lo posible la maravillosa y explosiva sensación que estaba sintiendo. Sara era y estaba perfecta. Dios, cómo deseaba ese calor que encontraba entre sus magníficas piernas.

—¿Qué haces? —protestó ella cuando salió de su interior. Estaba jadeante, hermosa, con cara de estar recibiendo mucho placer. Sólo esperaba ser capaz de estar proporcionándole el mismo a él.

—Ponte a cuatro patas —pidió Bruno con la voz ronca.

—¿En serio?

—¿Cómo que en serio? Claro que hablo en serio. PONTE A CUATRO PATAS.

—¿Es una orden?

—Digamos que es una sugerencia imperativa.

—Joder, Bruno, eres el tío más sexy que he conocido—confesó Sara después de haber sentido un pellizco de deseo tremendo, así que lo obedeció con todas sus ganas. No podía ser de otra forma. Acababa de ver cómo él jadeaba y, desde luego, necesitaba volver a tenerlo ahí, muy dentro de ella.

—Despacio no voy a ir, cariño, te aviso.

—Me decepcionarías si así lo hicieras. Fóllame ya, por favor. Te deseo mucho.

Bruno la penetró de una sola embestida, la agarró por la cintura y tan sólo dejó que sucediera. Se apretó contra ella con toda su alma, de la misma forma que sentía que ella lo hacía con él.

Estaba impresionado por la manera en que Sara se movía para recibir sus empujones con mayor profundidad. Era toda una mujer, gemía, se retorció de placer y le decía palabras muy sensuales que lo excitaban cada vez más.

—Sara, no sé si voy a poder aguantar mucho más. Me tienes al borde del orgasmo desde hace un buen rato.

—Córrete.

—No sin ti.

Ella comenzó a reír a pesar de la situación en la que estaban. Se sentía completamente desbordada por el placer que Bruno le proporcionaba y ya había tenido varios climáx.

—Bruno, si tengo un orgasmo más, me desmayaré.

Bruno sabía que ella había tenido convulsiones por el placer varias veces, pero sentía que aún le faltaba el gran orgasmo, ese que la dejara al borde del desmayo, como ella misma decía.

—Déjame intentarlo.

Con pericia, se inclinó hacia ella y le cogió los pechos con ambas manos. La postura provocó que la penetrara aún más y llegara a rincones donde no había estado nadie nunca.

El orgasmo los arrasó a los dos a la vez y quedaron tumbados con Bruno encima de la espalda de Sara.

—¡Por favor! ¿Qué ha sido eso? —preguntó ella cuando fue capaz de hablar.

—Ni puñetera idea. Creo que me he muerto.

En la tienda de al lado, Maica y Aurora dormían felices y abrazadas

después de haberse besado millones de veces.

—Eres maravillosa, Sara.

La aludida intentó abrir los ojos, pero no pudo. Estaba agotada, pero sí consiguió levantar la mano izquierda y acariciarle la cabeza a Bruno.

Estaban abrazados. Sara de lado y él detrás de ella. Se sentía hipnotizado con todo el calorcito de su espalda bien pegado a su pecho. ¡Qué mujer tan magnífica! Si hubiera tenido que describir lo que había sentido al explotar en su interior, habría necesitado un mes por lo menos. Aquello era imposible de narrar. Felicidad, placer, lujuria, amor, y esa firme sensación de que había llegado a casa, a su hogar.

Comenzó a besarla por el cuello y sintió cómo ella se estremecía.

—Mmm —ronroneó cariñosa.

—¿Te gusta?

Como respuesta, Sara asintió.

—¿Quieres más?

—Mmmmmmmmmmmmm...

—¿Eso es un sí o un no?

—MMMMMM...

—Sigo sin entenderte.

Sara movió el trasero, que estaba bien pegado a su pene, para ver si entendía mejor esa respuesta.

—Lo tomaré como un sí.

Los pequeños besos de Bruno estaban trastornándola de nuevo. Ese hombre tenía la capacidad de excitarla tan sólo con mirarla, así que ahora que besaba su cuello y su nuca mientras le acariciaba las nalgas con su cada vez más creciente erección era incapaz de describir cómo la tenía.

A él no le iban mucho mejor las cosas, o sí, porque había pasado del cero al todo en cuestión de segundos. ¿Cómo podía ser que volviera a estar empalmado?

—¿Qué te pasa, Bruno?

—Creo que no hace falta que te lo explique, ¿o sí?

—¿Y qué tal si me lo demuestras? —sugirió mientras se daba la vuelta para que él llegara mejor a sus pechos.

Las tetas de Sara estaban volviéndolo loco desde la primera vez que la había visto. Se marcaban debajo del vestido de punto que ella llevaba y prometían ser una auténtica belleza. No se había equivocado. Ahora que las saboreaba podía dar fe de ello. Le besó los pezones con suavidad, pese a que Sara ya le había dicho que no se rompían y que podía morderlos si quería. Y querer, quería, pero tenía miedo de que si lo hacía no pudiera contenerse y se viera obligado a hacerle el amor de una forma tan loca como la de hacía tan sólo unas horas.

Y él quería ir despacio.

—Bruno, lámelos rápido, que yo tengo toda la intención de lamerte la...

Fin de su propósito.

Bruno había tenido más relaciones sexuales, claro que sí, y más si tenía en cuenta que había vivido con una chica durante varios años, pero él no había sentido nunca nada igual que lo que Sara le provocó cuando se metió su pene en la boca caliente.

—Si sigues haciendo eso, cariño, va a llegar un momento en el que no voy a poder respirar. Te lo voy avisando ya para que no te lleves una sorpresa.

Sara reía sobre su glande mientras le paseaba la puntita de la lengua trazando círculos sobre él. Sentía la forma en que Bruno temblaba debajo de ella y en ese momento se sintió poderosa, sexy, imbatible como amante. Durante su relación con Roberto, jamás se había atrevido a llevar la iniciativa, pero todas las veces que había hecho el amor con Bruno había conseguido desinhibirse y disfrutar del sexo, y eso la tenía desconcertada y encantada a partes iguales. Envalentonada por sus logros, succionó la polla de Bruno y se puso de rodillas a su lado.

—Voy a cabalgarte —le explicó sin mucho preámbulo.

—¡Joder! Si ya es bueno que lo hagas, que me lo anuncies me ha puesto aún

más burro.

—¿Me dejas?

Bruno cruzó las manos detrás de la cabeza. Igual sí se había muerto antes y ahora estaba en el paraíso.

—Todo para ti.

—Perfecto, espero que te guste.

Puso los ojos en blanco en cuanto ella se sentó a horcajadas encima de él y, con ayuda de su mano, se introdujo el enorme pene, que la esperaba con mucha ansia.

—Te deseo, Bruno. Eres el hombre al que más he deseado en toda mi vida —gimió Sara mientras se movía sobre él—. Tenerte dentro es tan maravilloso que me provocas una especie de orgasmo continuado. Siempre quiero más de ti, siempre necesito más de ti.

Bruno la escuchaba en silencio. No sabía qué había hecho bien en la vida para que se lo recompensara de semejante forma. ¿Podía haber algo mejor que tener a la mujer de sus sueños en plan amazona?

—Necesito cabalgarte más deprisa, ¿algún problema?

—Ninguno —masculló él como pudo—. Tú llevas el ritmo. TÚ MANDAS.

—De acuerdo.

Sara incrementó la velocidad. Estaba a punto de llegar a un rincón de su alma distinto, especial, donde ni siquiera Bruno había estado antes. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía sentir todo eso? ¿Era posible que cada vez que lo hicieran fuera a ser mejor que la anterior? Absorta en su propio gozo, se concentró y se deshizo en placer mientras se corría en la oscuridad de la noche, tan sólo iluminada por aquella pequeña linterna.

El orgasmo de Bruno tuvo varios matices y lo atacó en rincones de su alma que no sabía que existían.

Horas después, aún despierto y con Sara respirando dormida a su lado, era incapaz de comprender qué era lo que ella lo había hecho sentir, pero estaba seguro de que era muy parecido al amor.

Los buscadores de conchas

Rosamunde Pilcher

—Estás preciosa cuando te despiertas por la mañana.

A Maica le habría encantado creerla, pero se conocía demasiado bien para saber que no era así.

—No digas trolas, Limón.

Aurora se sentó sobre el saco de dormir. Ostras, aún le dolía un poco la cabeza del trastazo del día anterior.

—No he mentado en toda mi vida excepto en una cosa.

—¿En cuál? —quiso saber Maica.

—A mi madre, te lo conté. No sabe que me gustan las chicas. Hay que tener mucho valor para enfrentarse a esa mujer, créeme —dijo avergonzada como si tuviera que justificarse.

—Bueno, el Notario tampoco lo sabe, pero me da igual —señaló fingiendo, aunque ni ella misma se lo creía—. La verdad es que me da igual todo lo que venga de él.

—¿Todavía te hace sufrir?

—Mucho —admitió por fin.

—Anda, ven aquí y deja que te dé un beso de buenos días. La vida con besos se ve mucho mejor.

—¿Te duele mucho? —le preguntó cuando vio que Aurora necesitaba sujetarse la cabeza para poder levantarse.

—Sí, lo reconozco. Tengo pocas ganas de ir a buscar el tesoro.

—Y más si no existe. —Maica rio—. ¿Quieres que nos quedemos aquí y cuidemos el campamento?

A Aurora le pareció una idea fantástica, pero no estaba muy segura de lo que pensaría Sara. Antes de salir, le había pedido que no la dejara a solas con Bruno por si caía en la tentación, y ahora se daba cuenta de que su pobre amiga habría tenido que dormir con él. Seguro que estaba enfadada con ella, pero, para ser honesta, no cambiaría nada de la noche anterior, ni siquiera el golpe. Gracias a él, había encontrado la excusa perfecta para poder dormir con su Maica.

La observó mientras se vestían. Maica era metódica y estuvo un buen rato entretenida con los cordones de sus botas de caminar, ya que los lazos debían ser ambos del mismo tamaño.

—¿Y qué pasaría si el del pie derecho estuviera más corto que el del izquierdo?

—Pasar no pasaría nada, pero yo estaría nerviosa perdida todo el día, y hay batallas que no merecen la pena, ¿no crees? Mejor los ato como me gustan y ya no me preocupo más por eso.

Era lógico, pero es que ella no le había dado nunca importancia a unos cordones.

—¿Te molesta que yo ate los míos como salgan?

—No deberías habérmelo dicho. No me había fijado y, ahora que lo sé, estaré todo el tiempo intentando mirártelos.

—Vaya, lo siento.

—No te preocupes, que eso también tiene solución. Te los ato y listo, pero antes...

—¿Qué? —le preguntó Aurora con una sonrisa al ver que ella se había acercado mucho.

—Antes voy a darte otro beso, que me ha gustado el de antes.

* * *

Bruno dormía con una sonrisa en la cara, y eso provocó que el puñetazo en

el estómago de Sara fuera aún más grande. Era lo bastante madura como para aceptar que se había enamorado de él casi desde el primer instante. Ahora lo sabía después de la impresionante y pasional noche que habían pasado juntos, pero de día, con la luz del sol encima de su cogote calentando la tienda, la mujer sexy y decidida que Bruno había besado se había esfumado y en su lugar estaba ella, la Sara machacada por la culpa.

Se vistió lo más rápidamente que pudo y salió de la tienda sin hacer ruido. Maica y Aurora ya estaban despiertas y parecían superfelices mientras cotorreaban sentadas en la misma roca donde ella había contemplado las estrellas la noche anterior.

—Hombre, Sarita, tú también has madrugado.

—Buenos días, chicas. ¿Cómo habéis dormido? —preguntó. Era genial que estuvieran allí, porque seguro que la conversación distraía sus pensamientos.

—Muy bien, el calmante que me diste me dejó en estado de coma.

—Yo también he dormido bien, rubita. Por cierto, voy a hacer la buena acción del día y voy a atarte los cordones. Con la mano chungu no habrás podido hacerlo.

Dos minutos más tarde, Sara tenía las mejores lazadas de toda su vida.

—¿Qué tal con el jefe?

A Sara se le encharcaron los ojos, pero todas fingieron no darse cuenta. Cuando ella quisiera, ahí estarían para que se pudiera desahogar.

—¿Desayunamos? Tengo hambre, Maica.

—Si queréis voy a despertar a Brunete. Lleva tantos meses sin vacaciones que debe de haberse quedado tostado, aunque no sé cómo puede dormir todavía, con el sol que hay.

Sara sí lo sabía. La noche había sido intensa y ella misma se habría quedado en la tienda de no haber sido por sus remordimientos, a los que, al parecer, les gustaba madrugar.

—Déjalo dormir un poco más —pidió—. Se acostó muy tarde.

—No, no lo puedo resistir —anunció Maica—. Voy a despertarlo a la de

ya.

Y, dicho esto, salió disparada hacia la tienda donde su jefe dormía enrollado en un saco abierto.

—Y tú, Sara, ¿¿qué tal has dormido?? —preguntó Aurora con toda la intención una vez que Maica se hubo ido a despertar a Bruno.

—Yo he dormido bien con los calmantes.

—Vamos, Sara, te conozco demasiado y sé que estás al borde de un ataque de llanto. ¿Qué te pasa?

—No sé si puedo hablar en este momento.

—Cosita —le dijo en tono cariñoso—, ¿qué te pasa? ¿Se ha pasado el librero?

—No, Aurora, no es eso.

—¿Entonces?

—La que se ha pasado he sido yo y ahora no sé cómo volver atrás.

—Levanta la cara y mírame. ¿Te volviste a acostar con él?

Sara bajó aún más la cabeza.

—Ah, no, eso ni pensarlo... Coño, Sara, si lo has hecho, dilo con la cabeza muy alta porque tú no haces las cosas porque sí.

—Dos veces —admitió.

—Caray con el librero.

—No hagas bromas, por favor. Ha sido una noche increíble.

—¿Y dónde está el problema entonces? Es que de verdad que no lo veo por ninguna parte. Te gusta, tú le gustas a él, eso es evidente, juntos en la cama sois la leche, los dos estáis solteros... Tienes cero problemas para estar con él.

—Eso no es verdad.

—Venga, Sara, no me fastidies, habla con él y cuéntale lo que te pasa.

—No puedo. Me importa demasiado como para arriesgarme a perderlo. Prefiero tenerlo aunque sea sólo como amigo. Si me permite ser su amiga

podré cuidarlo y tenerlo cerca y, así, cumpliré la promesa que le hice a su padre.

—¿Qué te hace pensar que después de la noche que habéis vivido va a querer ser sólo tu amigo?

—Vaya, eso también es verdad, no lo había pensado. Estoy aturdida.

—Tú lo que estás es enamorada hasta las trancas y con agujetas en partes de tu cuerpo que no sabías ni que existían.

—Eso, también —admitió por fin.

—Eres consciente de que acabas de admitir que estás enamorada de Bruno, ¿verdad?

Sara asintió con la cabeza porque, si lo decía con palabras, éstas se iban a entrecortar.

—Pues ahora lo único que te falta por admitir es que todo ese rollo que te has montado en tu cabeza está sólo ahí, en tu cabeza. En el momento en que decidas hablar con él desde el corazón y la honestidad, todos esos miedos que te tienen paralizada saldrán de ahí —concluyó mientras le daba unos toquecitos con el dedo sobre la cabeza—. Y ahora, vamos a cambiar de tema, que en cualquier momento tu librero se despierta y no querrás que te vea con la cara de mustia que tienes en este instante.

—No sé si voy a poder. Me dan ganas de salir corriendo. No te creas que no he pensado en ir a por el coche, montarme en él y conducir hasta casa.

—Ah, pues lo siento mucho, doña Valiente, pero te recuerdo que tienes una mano escayolada hasta el codo y que eso es del todo imposible. Por cierto, hablando de lesiones, ¿puedes revisarme el golpe de la cabeza? Me duele muchísimo.

* * *

Bruno se despertó con la persona equivocada y alucinó mucho porque en sus sueños todavía seguía enroscado a las piernas de Sara.

—Bello durmiente, macho, que en teoría eres como Indiana Jones; ¿no será ya hora de que te despiertes y te vayas a buscar el tesorito inexistente?

Parpadeó. Había demasiada luminosidad allí dentro. ¿Dónde estaba? ¿Y dónde estaba Sara?

—¿Maica?

—Todo un detalle que le hayas puesto una «c» en lugar de la «k», a pesar de que estás sobado a nivel de un koala hibernando.

—¿Qué pasa?

—Pasa que todas nos hemos levantado ya, Indi, y estamos esperando a que nos prepares el desayuno, ¿no te fastidia? ¡Anda y despiértate, que te espera un día con barro hasta las orejas!

—Uff, no me apetece nada.

—No haberte metido en este lío.

—La culpa es del *M. I. S. A.* y del amor.

—No, cacho carne con ojos, la culpa es tuya por ser un panoli y por haberte inventado esa historia.

—¡Eh! Sabes muy bien que ayer quise pararlo todo.

—Sí, vale, lo admito, pero te habrías perdido la noche tan de puta madre que te has pasado con la rubia maciza.

—¿Cómo sabes que mi noche ha sido tan genial? Fuimos muy cuidadosos y no pudisteis oír nada, estoy seguro.

—Bueno, pues no lo sabía hasta que he entrado y te he visto la cara de memo con la que dormías, cara, por cierto, que aún tienes.

Bruno se sentó por fin. Estaba desnudo todavía.

—Tápate a la de ya.

—Pero si sólo me ves el torso.

—Ya, pero tengo imaginación y sé que ahí abajo no llevas nada más.

Él decidió respetar la petición de Maica y se subió el saco de dormir hasta el cuello.

—¿Mejor así?

—Mejor si te vistieras, pero podré superarlo.

—Igual te llevabas una grata sorpresa —bromeó, aunque se pusiera rojo de la vergüenza que le había dado su último comentario.

—No me hagas reír, hombre. Ya sabes el refrán: dime de qué presumes y...

—Ha sido una noche increíble, Maica. Estoy feliz y espero que Sara se sienta igual que yo. Qué maravilla de mujer.

—No creo que ella lo haya vivido igual, la verdad... —Maica y su capacidad para hablar sin controlar los filtros oportunos.

—¿Por qué dices eso?

—Se la veía mustia y parecía estar a punto de echarse a llorar.

—¿Y eso?

—Ah, no sé. Tú sabrás lo que le has hecho, y ahora, si no te importa, vístete y sal de una puta vez o te dejaremos sin desayuno. ¡Venga, macho! Hay un tesoro inexistente que buscar.

Salió de la tienda cinco minutos más tarde, cuando terminó de recoger los sacos de dormir.

* * *

Las tres chicas de la expedición bebían los cafés envasados que habían comprado Aurora y Sara la mañana anterior. Maica y Aurora comían, además, unas ensaimadas que Bruno reconoció enseguida. Las hacían en el horno que había en la misma calle de La Bookería, el de la esquina, y eran las mejores de toda la ciudad.

—¿Me habéis dejado algo, zamponas?

Maica le metió una en la boca para que se callara ante las risas de Aurora.

—Muy bonito, esto podría considerarse un atentado —comentó él riendo también—. Buenos días, preciosa —le dijo a Sara casi al oído mientras se sentaba a su lado.

—Buenos días, Bruno —respondió ella—. ¿Cuándo salimos?

No debería haberse levantado, al menos no de una forma tan brusca, pero es que no lo había podido evitar cuando sintió cómo la mano de Bruno se deslizaba por su cintura y la acercaba a él.

—En cuanto terminéis de desayunar. ¿Ya has comido algo tú?

—Sí, me he tomado un café. Recojo mi saco y lista.

—Ya lo he hecho yo, tranquila —masculló Bruno con una sensación de derrota encima. Ella había vuelto a cambiar. Mierda.

—¿Cuándo recogeremos el campamento? —preguntó Sara. Era demasiado evidente que estaba deseando irse de allí.

—Veréis —apuntó Aurora—. Espero que no os enfadéis, pero me duele muchísimo la cabeza y Maica y yo..., bueno, yo —rectificó cuando sintió el codazo de Maica en todas las costillas— he pensado que, si no os importa, podríamos esperaros aquí.

—Ni hablar, os venís con nosotros.

A Bruno le sentó fatal el comentario de Sara. Estaba cansado, frustrado, enfadado y hasta decepcionado consigo mismo por no haber sido capaz de prever que eso podría volver a pasar.

—Tranquila, Sara, suspendemos la búsqueda del tesoro y listo. A nadie le apetece quedarse aquí, por lo que veo.

—No, yo no he dicho eso.

—Ya sé que no lo has dicho con palabras, pero lo has dicho. Sara, mira, basta de jueguecitos absurdos. Dime qué quieres de mí.

Aurora y Maica no sabían dónde meterse. En cierto modo ellas habían provocado aquella discusión.

—No discutáis, chicos, que nos apuntamos al plan.

—Pues si os apuntáis perfecto, pero yo cojo mi mochila y me voy.

—No puedes irte sin nosotras, Bruno —exclamó Maica, que sentía que iba a comenzar a ponerse nerviosa.

—Claro que puedo. Tomad —dijo después de haber sacado la llave del coche que llevaba en el bolsillo para lanzársela a Aurora—. Tú conduces, o

tú, Maica, que sé que tienes el carnet, aunque nunca digas nada. Es evidente que Sara no puede.

—Pero ¿y qué pasa con el tesoro? —susurró Sara, a quien le temblaban hasta las piernas. No esperaba que Bruno se enfadara tanto, aunque sabía que tenía razones para hacerlo.

—El tesoro me importa una mierda. Tú eras la que me importaba.

Las tres chicas que había en aquel claro se dieron perfecta cuenta de que Bruno había utilizado el pretérito imperfecto de indicativo del verbo importar. Pasado. Y ninguna movió un solo músculo, porque no podían, cuando él las dejó allí en medio y cogió el camino... que lo llevaba hasta el pozo donde Maica había marcado que estaba la primera pista del tesoro.

—El muy borrico se ha equivocado de camino. Va directo al pozo —masculló Maica—. Voy a buscarlo.

—De eso nada —le pidió Sara—. Ya voy yo, que soy la que ha provocado todo esto. Quedaos aquí y recogedlo todo, por favor.

Cuando estaba enfadado Bruno caminaba superdeprisa, por eso tardó tres o cuatro minutos en llegar al pozo. ¡Mierda! Se había confundido de camino. ¡Cómo podía ser tan gilipollas! Ahora no podía dar media vuelta porque iban a reírse de él. Tiró la mochila por los aires en un gesto de mal humor y se quitó las botas para refrescarse los pies en el dichoso pozo.

En realidad se trataba de una especie de piscina natural muy pequeña, alimentada por una cascada aún más pequeña.

Así fue como lo encontró Sara, con las piernas metidas en el agua hasta las rodillas.

—¿Piensas encontrar el tesoro sin mí? —La verdad era que no sabía de dónde había sacado el valor para poder decirle eso.

—¿Y qué, si fuera así?

—Estamos juntos en esto desde el principio. Pensé que, si lo buscábamos, iba a ser juntos.

Bruno, que seguía de espaldas a ella, estalló en furia.

—Pues perdóname, señorita exploradora, pero hace un rato no estabas muy dispuesta a venir conmigo a buscarlo.

—¡Eso no es verdad! ¿Ves? Hala, ya estoy aquí metida como tú. ¿Algo que objetar?

Estaba muy enfadado con ella. Muchísimo, tanto que no sabía ni lo que decir en ese momento.

—No hace falta que te metas en el agua, que no es aquí.

—Te crees muy listo, ¿no? Me acuerdo muy bien del mapa y señalaba aquella esquina como posible pista.

—Para llegar a aquella esquina, como tú dices, hay que meterse en el barro hasta las orejas, y no pareces tú muy capaz de querer hacerlo. Ves un poco de barro y huyes.

Estaba claro que Bruno no hablaba del tesoro, pero a esas alturas Sara también se había enfadado ya, consigo misma y además con Bruno por haberla llamado «señorita exploradora» con ese tonito de voz.

—¿Cómo que no soy capaz?! Pero ¿tú quién te crees que eres para hablarme así? Y, sobre todo, ¿quién te crees que eres para decirme que no soy capaz de meterme en el barro? ¿Quieres verlo?

Bruno cruzó los brazos sobre el pecho antes de responder:

—Estoy deseándolo.

Sara no había pensado demasiado, eso estaba más que claro. En pleno mes de marzo, aunque las temperaturas eran muy buenas, el agua estaba casi helada. Era un pozo natural y manaba agua de la roca, de la tierra, así que no era de extrañar que fuera dando pequeños saltos hasta la esquina a la que se refería el mapa. Con lo que no contaba era con que, a pesar de que para llegar a ese saliente apenas cubría los pies, una vez que se adentraba en el pozo, el lodo sí era más profundo.

—¿Ves cómo puedo? —anunció con barro hasta las caderas—. Ya estoy aquí, todo lo contrario que tú, que te has quedado ahí, hecho un mustio.

Bruno subió por la tierra. Para llegar al saliente también se podía ir por ese

camino, aunque implicara escalar un pelín y luego volver a bajar.

Sara estuvo observándolo. Iba a caerse, estaba más que segura. Ella había tocado las rocas y estaban mojadas por la humedad de la noche y las gotas que salpicaban de la pequeña cascada.

—¡Ten cuidado! —le pidió sin poder evitarlo.

—¿Qué te crees?! —gritó Bruno—, ¿que es la primera vez que lo hago? Harto estoy de deslizarme por las rocas y por las montañas.

—Pues para estar tan harto, se te ve de lo más torpe. Vas a resbalar, la piedra está...

Cayó de cabeza casi a los pies de Sara.

Bruno no sabía discernir qué era lo más humillante de todo, si estar lleno de barro y musgo hasta el pelo o mirar la cara de Sara, que intentaba no reírse.

—No dirás que no te he avisado...

—¿De lo que iba a pasar esta mañana también me habías avisado? Porque el golpe, te lo aseguro, ha sido mucho más fuerte que caer sobre el lodo.

—Mierda, Bruno, ¿no podíamos dejar las cosas como estaban?

—No, no podíamos. Desde luego que no. ¿Tú quién te crees que eres para hacerme el amor de la forma en que me lo hiciste anoche y dejarme tirado a la mañana siguiente? ¿Tan imbécil me ves?

—No, no es eso —musitó Sara, que temblaba como una hoja y no precisamente por el frío.

—Entonces ¿qué carajo es? Porque, chica, yo es que ya no te entiendo. Es la tercera vez que nos acostamos, y puedo asegurarte que lo que ha habido entre tú y yo, por lo menos por mi parte, no es sólo sexo. Mierda, Sara, ¿es que no ves que estoy enamorado de ti?

—Prefiero no verlo.

A Bruno se le heló el corazón.

—¿Por qué prefieres no verlo? —le preguntó en voz baja. Apenas le quedaban fuerzas para poder hablar con su tono normal.

—Porque no quiero hacerte daño.

—¿Y por qué me utilizas para pasar un buen rato?

Sara se rebeló ante la frase que Bruno acababa de pronunciar sin darse cuenta de que era una pregunta y no una afirmación.

—¡Yo no te utilizo para pasar un buen rato!

—¿Cómo que no?! ¿Y qué nombre le pones a lo de anoche?

Sara lo miró a los ojos y, como no pudo soportar lo que veía en ellos, se volvió para responder.

—Lo de anoche fue algo maravilloso, pero yo... yo no puedo darte más.

Bruno la abrazó por detrás. Sabía que ella también lo estaba pasando mal.

—¿Por qué, cariño? ¿Por qué no puedes?

—Porque eres el hijo de Mario.

La casa de los espíritus

Isabel Allende

—Repite eso que acabas de decir —pidió Bruno a la vez que la soltaba de repente.

—Porque eres el hijo de Mario.

—¿Conocías a mi padre? ¿Qué tienes que ver tú con él?

Bruno estaba destrozado, impaciente, nervioso como nunca en su vida. De todas las cosas que podría haberse imaginado, jamás se le habría pasado por la cabeza que Sara tuviera algo que ver con su padre.

Ella se volvió para poder hablar frente a frente.

—Bruno, estamos mojados y llenos de barro. ¿Por qué no vamos al campamento, nos cambiamos de ropa y volvemos a casa? Quizá allí podamos hablar con más calma.

—Yo no me muevo de aquí hasta que me digas qué demonios tiene que ver mi padre en todo esto.

—Por favor —suplicó ella mientras se mordía los labios con fuerza.

—¡Ahora, Sara!

—Es que no puedo, así no puedo, Bruno...

—¿Conocías a mi padre? —le repitió sin darle tregua. Necesitaba saber ya qué era lo que estaba pasando.

Sara se sentía aterrorizada. Se le había escapado por completo lo que había dicho y ahora ya no tenía forma de volver atrás. Asustada y muy nerviosa, volvió a levantar la vista dispuesta a enfrentarse de una puñetera vez a aquello que llevaba evitando dos larguísimos años.

—Bruno, el día que tu padre murió, yo estaba allí.

—¡Tú no fuiste quien lo atropelló! Mi familia dice que, cuando localizaron al conductor por el número de la matrícula que los testigos dieron, era un hombre que estaba ebrio por completo.

—No, en efecto, yo no fui quien lo atropelló, pero sí soy la persona que... No podía continuar, era superior a sus fuerzas.

—¿La persona que qué, Sara? Por el amor de Dios, no dejes de hablar ahora —suplicó Bruno mientras la cogía por los antebrazos.

—Yo soy la persona que no pudo salvarlo.

—¿Por qué dices eso?

—Vi el atropello de tu padre. Estaba metida en mi coche y, al oír el ruido, supe que habían atropellado a alguien y que el golpe debía de haber sido muy fuerte. No sé cómo salté por encima de todo el mundo que se arremolinaba alrededor de un hombre. Creo que chillé que era médica y que por eso la gente me dejó pasar. Cuando llegué hasta él... Ay..., Bruno..., por favor, no quiero seguir hablando.

Bruno lloraba abiertamente. Él ni siquiera había podido estar en el funeral a causa de aquel dichoso y estúpido viaje laboral a Tokio.

—Sigue, por favor, necesito saberlo.

Sara cogió aire para poder continuar.

—Cuando llegué hasta él, vi que su estado era muy muy grave. Tenía una fuerte herida en la cabeza y, aunque traté de estabilizarlo, Bruno, créeme, por favor —pidió llorando desconsolada—, no pude hacer nada y... tu padre murió en mis brazos.

—¿Murió en tus brazos? —repitió él como un autómatas que necesitara ir procesando y asimilando la información.

—Sí. La ambulancia llegó pocos minutos después y, aunque intentamos reanimarlo, fue imposible.

—¿Estabas con mi padre cuando murió? —repitió él de nuevo.

—Sí. Murió en mis brazos sin que yo pudiera salvarlo.

—Gracias —soltó Bruno de repente.

—¿Gracias, por qué?

—Por cuidarlo en esos últimos momentos.

—Pero, Bruno, ¿te estoy diciendo que no pude salvarlo!

—¿Lo intentaste?

—Con todas mis fuerzas.

Bruno se abrazó a Sara. Necesitaba sentir su calor. Seguían dentro del barro, aunque ninguno de los dos se daba cuenta de ese pequeño detalle.

—Gracias, cariño. Gracias por haberlo intentado. Gracias por abrazarlo mientras dejaba de respirar. Gracias, de corazón.

En todas sus pesadillas, aquello era lo último que Sara habría imaginado.

—Mi madre y mis hermanos me hablaron de que una médica los había ayudado durante todo el proceso, e incluso de que esa persona había acompañado a mi padre en la ambulancia hasta el hospital. También me contaron que les había facilitado mucho todo el tema del papeleo y que hasta había asistido al funeral.

—Era yo...

—¡Eras tú!

—Sí, he estado sintiéndome culpable por la muerte de tu padre durante dos largos años.

—Sabes que no tienes ningún motivo para ello, ¿verdad?

—No, no lo sabía, Bruno. Tu padre era un hombre joven que con un poco de suerte podría haberse salvado, pero aquel golpe era demasiado fuerte. Me impresionó tanto su fortaleza de espíritu, la forma en que me miró a pesar de que sabía que le quedaban pocos minutos de vida... Su mirada me ha acompañado durante todo este tiempo. Y jamás se me olvidarán las palabras que me dijo justo antes de irse.

—¿Palabras? ¿Se lo contaste a mi madre?

—No, el mensaje no era para ella.

—¿Para quién era, entonces?

—Para ti.

Bruno sintió cómo un intenso escalofrío le recorría la espina dorsal. Su padre había pensado en él justo antes de fallecer.

—¿Qué fue lo que te dijo?

Sara le cogió la cara con las manos.

—Él quería que supieras que estaba muy orgulloso de ti.

Ahí estaba lo que Bruno había necesitado toda la vida. Saber si había cumplido lo que Mario esperaba de su hijo.

—¿De verdad? ¿No me estás mintiendo, Sara?

—Te lo juro, y además me hizo prometerle una cosa.

—¿Qué? Dímelo ya, por favor. ¿Qué te hizo prometerle?

—«Prométeme que cuidarás a mi hijo Bruno.» Te he estado buscando desde entonces.

—¿Cómo? ¿Me has estado buscando?

—Tienes los mismos ojos que tu padre —le susurró Sara mientras le acariciaba la cara con ternura.

—Me lo dice todo el mundo que lo conoció —respondió él emocionado.

De repente se dio cuenta de una cosa: ella sabía que él era el hijo de Mario. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo lo había averiguado?

—¿Desde cuándo sabes que soy su hijo? ¿Que soy el Bruno que buscabas?

—Lo averigüé el día que cenamos juntos en La Bookería, cuando me contaste la historia de tu padre.

Ésa fue la primera noche que se acostaron. De repente, a él le entraron ganas de vomitar. ¡Ahora lo entendía todo!

—Por eso has estado acostándote conmigo. Era tu forma de cumplir con la promesa que le hiciste a mi padre...

A Sara se le heló la sangre en las venas. De todas las pesadillas que había tenido, en ninguna había pensado que Bruno podría creer eso de ella.

—¡No! Eso no es ni ha sido así.

—¿Cómo que no? ¿Ése es el motivo por el que siempre volvías a La Bookería? ¿Por el que siempre me buscabas?

—Te juro que no.

Estaba desesperada. Ahora que por fin se lo había contado todo, no podía ser que aquello estuviera pasando.

—Te juro que no, Bruno, por favor, créeme.

—Permíteme que dude un poco de tu palabra. ¿Te acercabas a mí porque yo soy el Bruno de Mario?

—Al principio, sí, lo admito. Era muy importante para mí cumplir esa promesa, pero ahora que ha pasado el tiempo me doy cuenta de que estoy enamorada de ti desde el principio, desde el primer beso. Cariño...

—¡No se te ocurra tocarme! —exclamó él con furia—. Te libero, Sara, te libero de cumplir tu promesa por más tiempo. ¡Eres libre para acostarte con quien tú quieras! ¡Yo puedo cuidarme muy bien solito!

—Pero, Bruno, ¡yo te quiero!

—Vas a perdonarme, Sara, pero no te creo. Y, dime una cosa: ¿has hecho esto con todos los Brunos con los que te has ido encontrando? ¿Te has acostado con todos ellos? Afortunadamente para ti, no es un nombre muy común. ¿Cuántos han sido?

Sara fue incapaz de responder. Se sentía demasiado humillada como para hacerlo. Todas y cada una de las veces que lo había besado lo había hecho con el corazón.

—¿No piensas responder?

—¿Para qué, si tú ya me has juzgado?

* * *

Sara llegó al claro, donde Aurora y Maica ya lo habían recogido todo, incluidas las dos tiendas, a pesar de que casi las cortan a pedazos para poder volver a meterlas en sus bolsas. Cuando la vieron llegar de esa manera, llena de barro hasta las pestañas y con un importante ataque de llanto, se asustaron.

—¡Sara! ¿Estás bien? ¿Dónde está Bruno? ¿Os ha pasado algo?

—Auro, ya lo sabe todo.

—¿Qué sabe? —preguntó Maica, que no se estaba enterando de nada pero a la que le dolía ver a la rubia en ese estado. Jamás había podido soportar ver a la gente llorar.

—¿Todo? —repitió Aurora—. ¿Se lo has contado todo?

Sara asintió entre sollozos y, aunque le habría gustado hablar, no se sentía capacitada para ordenar todos los pensamientos en frases coherentes, así que tan sólo acertó a decir:

—Quiero irme de aquí. ¡Sácame de aquí, por favor!

—Por supuesto, pero primero debes cambiarte de ropa. Estás mojada y llena de fango, ¿de acuerdo?

Maica se sentía por completo fuera de lugar. No sabía qué debía hacer o decir, así que optó por quedarse quieta en un rinconcito. Se había puesto muy nerviosa y sabía que pronto iba a necesitar autoestimularse de alguna forma. Lo más eficaz si estaba sola era dar algunos saltos con los oídos tapados, pero pensaba que con cerrar los ojos y concentrarse en la respiración bastaría.

—¿Todo bien, Maica? —Aunque no lo pareciera porque Aurora estaba ayudando a Sara a ponerse ropa limpia, también estaba pendiente de Maica, y la había visto apartarse.

—Sí, tranquila, Limón. Aquí estoy, gestionando la situación.

—Perfecto, princesa. Si me necesitas, estoy aquí.

Los nervios y el miedo se esfumaron por completo y Maica comenzó a encontrarse mucho mejor. Nunca se había sentido tan comprendida y apoyada. Era maravillosa la sensación de saber que había alguien que se preocupaba por ella.

—¿Puedo ayudar en algo? —le preguntó a Sara una vez que estuvo convencida de que era capaz de controlar la situación—. No soporto ver llorar a alguien, y aunque entiendo que necesitas desahogarte, ¿sería posible que dejaras de hacerlo?

—No puedo. —Sollozó de nuevo.

—Princesa, pronto estará bien. Sólo necesita salir de aquí. ¿Te vienes con nosotras?

—¿Vamos a dejar a Bruno aquí? —Era incapaz de hacer una cosa así.

—Bruno se las apañará solo como ha hecho siempre, no te preocupes por mí, Maica. Ve con ellas —respondió y ordenó a la vez un disgustadísimo Bruno, que acababa de aparecer en el claro.

—No puedo irme sin ti, tronco, entiéndelo.

—Claro que puedes, y vas a hacerlo. Me quedaré más tranquilo si sé que vas segura en el coche con... —Era incapaz de mirar hacia donde esperaban Aurora y Sara, ésta ya vestida con ropa seca.

Maica sopesó las dos posibilidades. Tal y como estaban las cosas, deseaba con toda su alma llegar cuanto antes a su buhardilla, darse una ducha calentita y ponerse a estudiar algo. Eso le calmaría la mente y la llevaría hasta un lugar seguro de nuevo, pero también había una parte de ella que quería quedarse con Bruno por lealtad.

—Prefiero quedarme contigo. Me gustan las aventuras —musitó con una cara que expresaba todo lo contrario.

Bruno consiguió mirar a Aurora para que le echara una mano.

—Maica, anda, vente con nosotras, porque igual no sabemos interpretar el mapa y nos perdemos por el camino.

—¿Y cómo vas a volver tú? —le preguntó a su jefe—. ¿Por qué no te vienes con nosotras y, así, problema resuelto?

—Yo cogeré el autobús. Salen dos todos los días desde donde dejamos el coche y, si no, seguro que alguien puede llevarme hasta el pueblo más cercano y desde allí podré coger otro medio de transporte. No te preocupes por mí, Maica. Además —dijo para reforzar su discurso—, necesito quedarme solo.

* * *

El camino de vuelta fue silencioso y difícil. En el coche nadie se atrevía a

hablar, salvo Maica para ir dándole las instrucciones a Aurora. Sara, en la parte de atrás, miraba por la ventana ensimismada. Había perdido a Bruno, lo había defraudado, pero es que ella también se había sentido decepcionada de que él interpretara las cosas de esa forma. Llegaron a casa mucho antes de lo que le habría gustado. Necesitaba seguir así, quieta, sin nada que hacer y fustigándose.

Bruno tardó un poco más en poder coger el autobús de vuelta a la ciudad, ya que no salía hasta las cuatro de la tarde. Estaba hecho polvo, aunque una parte de sí mismo daba las gracias porque su padre no hubiera estado solo en medio de la calle, sino en los brazos de Sara.

Sara. ¿Cómo podía haberle hecho eso? ¿Por qué no le había dicho la verdad desde el principio? La había perdido para siempre, bueno, en realidad no la había tenido nunca, así que... ¡¡JODER!! ¿Cómo vivir ahora sin pensar en ella?

Como agua para chocolate

Laura Esquivel

Maica se encontró con su padre sin ni siquiera haberlo pensado. De hecho, si se le hubiera ocurrido, habría evitado la situación sí o sí.

Hacía un par de meses que había vuelto a su ser, a recobrar su esencia. Ya no necesitaba esconderse detrás de un personaje ni fingir que hablaba mal o que era quien no era. Ni siquiera necesitaba la cresta, así que había comenzado a dejarse el pelo más largo. Ahora tenía a muchas personas que la querían sólo por ser quien era, y eso le daba una seguridad en sí misma que no había experimentado jamás. Vestida con unos leggings negros y una de sus chupas de cuero (sí, había sido incapaz de desprenderse de algunas de sus prendas fetiches), esperaba a Aurora a la salida del juzgado. Habían quedado para comer, como todos los jueves, y como Bruno le había dado permiso, pues de repente tenía unas horas libres para ir a buscarla.

Vio a su chica en cuanto traspasó la puerta de los juzgados. Aurora era una mezcla de mujer fuerte y oso de peluche que la desmontaba. Pasaban muchísimo tiempo juntas, y habían encontrado una especie de oasis de paz y tranquilidad que las ayudaba a las dos. Eran geniales las tardes en las que Aurora se preparaba alguno de sus casos mientras ella terminaba de estudiar para los exámenes de acceso al doctorado. A pesar de su aparente buen rollo, Maica se sentía completamente feliz y aceptada, incluso por ella misma, por primera vez en su vida.

—Hola, preciosa —le dijo Aurora en cuánto llegó hasta ella—. ¡Qué sorpresa verte aquí!

Le encantaba que la llamara así, aunque todavía no se atrevían a darse un

beso en público, y menos aún en el entorno de trabajo de Aurora.

—Bruno me ha dado un rato libre. ¿Qué tal te ha ido el juicio? ¿Tienes posibilidades de ganar? —le preguntó muy interesada, y es que del Limón le interesaba todo.

—Hemos pactado y, tal y como estaban las cosas, ha sido todo un éxito, créeme.

—¡Mierda!

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—El Notario, Limón. Mi padre está ahí.

Aurora se volvió, pero antes se ocupó de coger de la mano a Maica. La pobre se había puesto blanca y parecía incapaz de moverse. En efecto, Cifuentes estaba en el pasillo, riendo con esa habitual pose de hombre poderoso intocable.

—¿Quieres que nos vayamos? Anda, ven, mejor sí, vámonos de aquí.

—No, espera. Creo que ha llegado el momento.

—¿El momento de qué?

—De hacerle frente —susurró tras soltarse de la mano de Aurora.

Decidida, caminó hasta donde su padre conquistaba con su verborrea amenazante a los que lo rodeaban.

—Buenas tardes.

—¿Querías algo? ¿Tú quién eres? —le preguntó el Notario con cierto desprecio.

—Llevas mal la edad, papá, ya no reconoces a tu propia hija.

Cifuentes entornó los ojos azules entre el murmullo de las personas que tenían alrededor. Jamás habían oído que tuviera una hija.

—¿María del Carmen?

—Me llamo Mai, si no te importa.

Supo que su padre le estaba pasando un escáner en el momento en que la cogió del brazo y, tras pedir disculpas, se alejó con ella del pequeño grupito de gente al que había intentado impresionar tan sólo unos minutos antes.

—¿Qué?, ¿sigues avergonzándote de tu hija?

—Si sigues dándome motivos, ni lo dudes. ¿Qué quieres? ¿A qué has venido? ¿En qué lío te has metido?

—He venido a recoger a una amiga. —Le habría encantado decirle que Aurora era en realidad su pareja, pero aún le tenía miedo y no quería que ella sufriera la ira de aquel hombre.

—Bien, porque si habías venido a pedirme dinero, ya te dije que no pensaba darte ni un céntimo.

Maica comenzó a sentirse mal. Demasiado tiempo teniéndole miedo. Demasiado tiempo deseando con todas sus fuerzas que aquel ser la quisiera. Demasiado tiempo... Miró a Aurora, que los observaba como si estuviera a punto de entrar al ataque, y le hizo un gesto con la mano para que se tranquilizara. Después cogió aire y se enfrentó por fin a su mayor temor.

—No te necesito, quiero que lo sepas. No me haces la más mínima falta. Cuando era niña, sí. Cuando sentía que el mundo me atacaba, sí. Cuando no podía dormir por las noches porque cualquier ruido minúsculo se convertía en una amenaza, sí. El día que me dijo mi psicóloga que tenía síndrome de Asperger, también. Pero ¿ahora? Ahora, padre de pacotilla, sólo siento lástima por ti porque eres tú y no yo quien no sabe querer. No te deseo que seas feliz porque sé de sobra que una persona como tú nunca lo será. ADIÓS.

—¿Estás bien? —le preguntó Aurora, que lo había oído todo porque en su impaciencia no había sido capaz de esperarla donde Maica la había dejado.

—De puta madre.

—Me alegro, porque a mí me va a explotar el higo de lo orgullosa que estoy de ti.

El notario Cifuentes sólo fue capaz de contemplar cómo su hija se marchaba después de haberle dicho más verdades que nadie en toda su vida.

* * *

Maica estaba desmayada después de aquello; además, durante la mañana habían tenido muchas visitas en La Bookería, ya que habían sido seleccionados como librería oficial de un festival literario. Las cosas allí marchaban muy bien, aunque no pudiera decir lo mismo de la alegría de su jefe, que se había esfumado como por arte de magia desde el día en que todo se descubrió.

Apenas hablaba, a no ser que fuera sobre cosas del negocio o de la propia Maica, y se había convertido en un hombre serio, responsable pero también muy triste y apagado. Maica lo había intentado todo para animarlo, pero no había habido forma de que Bruno llamara a la rubia y tuviera una conversación normal con ella.

—Me tiene preocupada —le comentó a Aurora ya en la comida. Habían hecho un pacto tácito de no volver a hablar del padre de Maica. Era un ser demasiado insignificante como para que les amargara el día.

Estaban en su vegetariano favorito, al lado de La Bookería. Iban todos los jueves, y eso se había convertido en parte de su genial rutina como pareja.

—¿Quién?, ¿Bruno? ¿Sigue igual?

—No, igual no. Está peor. Trabaja como un descosido, yo creo que para no pensar en la rubia.

—No te creas que Sara está mucho mejor. Desde que volvimos del campamento apenas ha querido quedar con nosotros. Se dedica a estudiar inglés como una posesa y a ir a rehabilitación desde que le quitaron la escayola la semana pasada. Nos tiene superpreocupadas.

—¿Qué hacemos?

—Ayer quedé con Greta y con Chuso para hablar del tema. Van a pasarse después de comer por aquí para tomar café. Igual entre todos llegamos a alguna solución, ¿no crees? Ay, Maica, perdona —dijo de pronto Aurora al darse cuenta de que no le había preguntado si le parecía bien que sus amigos se unieran al postre.

—¿Por? —preguntó ella, a punto de meterse un delicioso trozo de

calabacín relleno de quinoa y verduritas en la boca.

—Por no haberte avisado antes. ¿Está rico?

—Riquísimo. No te preocupes, tus amigos me caen muy bien. Sobre todo, Chuso.

—Sí, son geniales. Oye, tus calabacines parecen buenos de verdad.

—Lo están. He elegido muy bien.

—Ya lo creo. Tienen mejor pinta que mi plato de pasta de guisantes.

—Aprende a escoger...

—¿No me vas a dar un poco para que lo pruebe?

—¿Quieres?

—Sí, hace media hora que te estoy lanzando globos sonda para ver si me das...

Maica comenzó a reír con esa risa fresca ausente de malicia.

—¿¿Y por qué no me lo dices directamente?? ¿Aún no te has dado cuenta de que soy de lenguaje literal? Anda, toma.

Eran felices, mucho, y por eso estaban deseando que Bruno y Sara volvieran a ser los de antes.

* * *

Había querido ir a llevarle flores muchísimas veces, pero de alguna forma se sentía una extraña allí. ¿Quién era ella para ponerle flores a Mario? Durante su tiempo de baja, había podido pensar en muchas cosas. Habían sido dos meses de incertidumbre, de mucho dolor, de no saber ni siquiera quién era, pero también había sido un tiempo para ella misma, algo que no había hecho nunca. De alguna forma, sentía que tenía que poner punto final a su historia con Mario. Había intentado cumplir su promesa. Se había perdonado a sí misma por no haberlo podido salvar, y por fin había comprendido que ella no tuvo la culpa de su muerte. Simplemente la vida había querido que se juntaran en un momento tan importante. Entender eso la había llevado a dar las

gracias por haber podido sostenerlo mientras partía, y también porque haberle prometido que cuidaría a Bruno la había llevado a conocerlo, a amarlo y a vivir juntos aquellos momentos tan intensos que siempre iban a estar en su corazón. Por eso le estaba llevando flores. Porque a partir del instante en que se despidiera de Mario podría ser ella misma de nuevo.

Bruno la vio de inmediato. Al principio no sabía quién era la persona que estaba junto a la tumba de su padre, pero a medida que se fue acercando supo que era ella, incluso antes de llegar. Llevaba en la mano un enorme ramo de flores amarillas y parecía triste de verdad. Se acercó despacio y se situó a su lado sin decir nada.

—Bruno...

—Perdona, no quería asustarte.

Hacía dos meses que no se veían y los dos sintieron de inmediato la necesidad de tocarse. Era increíble esa sensación de imán que los empujaba a pegarse cuando estaban juntos, pero ambos resistieron, se opusieron a la energía.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él mientras la miraba. Estaba preciosa, como siempre, aunque se la veía triste y algo cansada. Ya no llevaba escayola.

—He venido a traerle flores a Mario.

—Sí, es una evidencia, pero ¿qué haces aquí?

Sara tenía ganas de correr, de marcharse de allí y no volver a querer verlo nunca más. Durante esos dos meses había pasado muchas veces por La Bookería con la esperanza de armarse de valor y poder entrar, pero nunca había sido capaz.

—Despedirme de él.

—¿Por qué?

Estaba siendo demasiado frío, y ella, que creía conocerlo bien, sabía que eso lo había causado su confesión.

—Tu padre ha acompañado mis pesadillas durante más de dos años y creo, siento, que ya ha llegado el momento de decirle adiós. Necesito continuar con

mi vida.

—Haces muy bien, al fin y al cabo, ya cumpliste con tu promesa. Puedes quedarte tranquila.

A Sara le dolió en el alma el comentario de Bruno, pero lo que no sabía era que a él también le había hecho mucho daño decirlo en voz alta. Dejó las flores sobre la lápida y dio media vuelta dispuesta a irse sin volver a hablar, pero algo en su interior se removió.

—¿Sabes qué, Bruno? La muerte de tu padre cambió mi vida. A lo largo de muchos meses pensé que había algo de culpa en mí. ¿De qué me servía saber tanto de medicina si no fui capaz de salvarlo, de ayudarlo? La promesa que le hice de cuidar a su hijo Bruno me fustigó, me aniquiló y me obsesionó desde el primer instante. Estuve mucho tiempo buscando al hijo de Mario, y cuando lo encontré resultó que era el hombre del que me había enamorado. ¡Cállate! —le pidió al ver que él iba a hablar—. Ahora, vas a escucharme, te guste o no. Me enamoré de ti con el primer beso, no me importa reconocerlo, aunque no querría haberlo hecho porque resultaste ser él, la persona que había estado buscando sin parar. ¿Y sabes qué? Que tuve miedo. Un miedo infinito a que pasara lo que al final pasó. Por eso no quería nada serio contigo. ¿Y si la relación salía mal? ¿Cómo podría cumplir la promesa que le hice a tu padre?

—Podrías haber sido honesta...

—¿Para qué? Cuando lo fui pensaste lo peor de mí, que me había acostado contigo por ser el hijo de Mario. ¿Sabes qué te digo? Revisa tu autoestima. Yo cometí un error, sí, y lo siento muchísimo, ahora haría las cosas de otra forma, pero tú... tú te quieres tan poco que no puedes entender que yo te quiera por ti mismo. Prefieres inventarte una excusa como que yo te quiero por ser Bruno García, el hijo del gran hombre, a darte cuenta de que no te quieres nada. Por eso necesitabas la aprobación de tu padre... Te deseo lo mejor.

Y se marchó. Se marchó sin volver a mirar atrás.

Bruno fue incapaz de moverse de allí durante un buen rato. Las palabras de Sara lo habían sacudido.

La conjura de los necios

J. K. Toole

—Tengo ganas de irme a casa y no me está gustando nada lo que está pasando aquí.

Maica, Aurora, Chuso y Greta lo observaban como si tuvieran delante a un marciano.

—¿Podéis desatarme ya?

—No, no podemos, librerito guapo.

—Sabéis que esto es un secuestro, ¿verdad?

—Uy, sí, somos muy conscientes.

—Aurora, ¿con cuántos años de cárcel está penado el secuestro? — preguntó Maica, la menos convencida de todos.

—Con muchos, y si es con alevosía como éste, más aún.

—No te preocupes, Brunito, que no vamos a hacerte nada malito. Sólo queremos que nos escuches porque estás en plan necio como nuestra Sarita y no nos ha quedado más remedio que hacerte esto.

—¿Qué tiene que ver Sara en todo esto?

—Ah, ella nada —le aseguró Aurora—. De hecho, estamos convencidas de que si el plan no sale bien también nos va a dejar de hablar.

—¿Qué plan?

—El que hemos tramado en la hora del postre hoy —confesó Maica, cada vez más preocupada—. ¿No podemos quitarle al menos la mordaza?

—¡NO! —respondieron todos a la vez menos Bruno.

—¿Es que no veis que no hace nada y que puedo hablar igual?

—Ah, pues sí, tiene razón. ¿Se la atamos más fuerte?

—No, Auro, vamos a quitársela, que, si no, cuando llegue Sara a la librería no va a poder hablar para pedirle disculpas.

—¿¿Perdona??

—Lo que has oído, librero cruel. Vas a pedirle perdón a nuestra niña por haber sido un cafrecito inmaduro cuando ella te contó toda la verdad.

—No tengo ninguna intención de hacerlo.

Mentira y de las grandes. Desde que ella lo había dejado sin habla en el cementerio unos días antes, había reflexionado y mucho. Tanto que se había dado cuenta de que Sara tenía razón. No se quería nada o, mejor dicho, no se había querido nada hasta el momento en que tomó la decisión de montar La Bookería y apostar por su propio sueño. Ella se lo había recordado.

—¿¿Cómo que no, tronco??

—Así no lo voy a hacer, Mai. Parece que me estéis obligando.

—Es que te estamos obligando, ¿no? —preguntó Greta—. Si hasta te hemos atado para que no puedas escapar.

—¿Y creéis que Sara le dará valor a mis palabras si le pido disculpas así? ¿No pensáis que se merece algo mejor?

—Brunito tiene razón, chiquitinas mías. Hemos errado en el plan.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Desatarlo, Greta, desatarlo.

—¡Un momento! —pidió Aurora—. ¿Vas a denunciarnos?

—No.

—¡Júralo por tus muelas!

—Te lo juro por mis muelas, Auro.

—Perfecto, proceded a desatarlo.

—¿Y cómo estamos seguritos de que vas a hablar con nuestra Sarita para pedirle perdón?

—Chuso, te doy mi palabra de honor.

—No me sirve, lo siento mucho. Necesito algo más potentito.

—La quiero. Estoy enamorado de ella. La amo con todas mis fuerzas.

—¡Desátalo!

—Es que no puedo, Chuso, el Limón ha hecho un nudo tan fuerte que no puedo.

—¡Mierda! Desátame ya. Se me están entumeciendo las manos.

—Toma, come esto —le dijo Maica mientras le metía un trozo de chocolate en la boca—. Siempre te ha calmado los nervios.

—Joder, somos unos secuestradores de pacotilla —opinó Greta, que estaba sentada al lado de Bruno y le daba pequeñas palmadas de ánimo en el hombro.

—Mujer, teniendo en cuenta que es la primera vez que secuestramos a alguien...

—¿Queréis hacer el favor de coger unas tijeras y cortar las cuerdas? Tengo las manos dormidas.

—¡Uy, unas tijeras, dice! Ni hablar, yo desato el nudo, que la cuerda no me ha costado nada barata y nos puede servir para otra vez.

—Sí, para vuestra próxima fechoría, delincuentes, que sois unos delincuentes.

—Date prisa, Maica, que Sarita nos va a pillar.

—¿Crees que vendrá, Aurora?

—Sin duda, le he dicho que, por favor, viniera a recogerme porque me había puesto mala y tenía que llevarme al hospital.

—¡Qué cabrita! La habrás asustado.

—Ay, Greta, esto es fuerza mayor —se justificó la abogada—. Además, me hizo jurar que Bruno ya no estaría aquí.

El aludido gruñó. Aquello acababa de dolerle.

—¿Y a qué hora le has dicho que viniera?

—A las ocho y media.

—¿Y qué hora es?

—Las ocho y treinta y cinco.

—¡Mierda! Pues sí nos va a pillar. No puedo desatarlo. Prueba tú, Greta, que eres maestra.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—¿No haces manualidades con tus alumnos?

—Sí, pero de momento no me he atrevido a atar a ninguno... Déjame ver.

A Greta no le dio tiempo. Sara acababa de entrar en La Bookería en contra de todos sus principios, puesto que se había dicho, repetido y hasta grabado en sangre que no volvería a entrar jamás.

—¡¡Arg!! ¡Nos pilla Sarita!

—¡Silencio! Apaga la linterna del móvil.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Sara muerta del miedo. ¿Estarían robando?

La Bookería estaba a oscuras y la luz que había visto al fondo se había apagado al entrar ella.

Bruno intentaba hablar, pero Chuso le había metido en la boca el pañuelo con piñas y lentejuelas que llevaba puesto hasta hacía un minuto en la cabeza.

—¿Qué hacemos, nenitas? —susurró.

—Hay una salida por el garaje, pero tenemos que bajar la escalera —propuso Maica.

—¡¡Vámonos!! Tú primero, que conoces el local.

—¡Ay, Dios, vamos a matarnos!

Bruno pensó que el que iba a matarlas era él, y Sara, que los ladrones estaban escapando por la escalera.

—¡¿Hay alguien ahí?! ¡Si hay alguien robando, que sepas que voy armada!
—gritó mientras cogía con la mano lo primero que había pillado.

—Mjjwejfsñoiudfhsoidfh.

—Repito, ¿hay alguien ahí?

—Mjkwjdwnejnjelf.

Decidió ser valiente y cogió su móvil, encendió la linterna y alumbró en dirección al ruido.

—¡¡Bruno!! ¿Estás bien?

El aludido la miró. No podía hacer otra cosa, atado y amordazado con el pañuelo de las piñas.

—¡Dios mío! ¿Quién te ha hecho esto? —le preguntó. Le temblaban las manos y se había puesto muy nerviosa al verlo en ese estado.

—Gracias. Por fin puedo respirar —exclamó él cuando le quitó el pañuelo de la boca.

—¿Estás bien? ¡Ay! ¡Dime que estás bien, por favor! —le pidió Sara con lágrimas en los ojos.

—Estoy bien, tranquilízate.

No le dio tiempo a decir nada más. Sara acababa de lanzarse para darle un beso. No uno pequeño, no, uno bien largo. Temblando aún, se sentó encima de él a horcajadas y le cogió la cabeza con las manos y se lo quedó mirando.

—¡Qué miedo he pasado cuando te he visto así! ¿De verdad estás bien, mi amor?

—Ahora sí. Ahora estoy muy bien. Sara...

—¡Ay, sí, perdona! Voy a desatarte. Debes de estar dolorido.

Bruno pensó en la erección que ella acababa de provocarle.

—No te imaginas cuánto —respondió en tono jocos—. Espera un momento. Antes de que me desates quiero decirte una cosa.

—Dime —dijo ella de pie con el susto aún metido en el cuerpo.

—Ven, acércate.

Sara consiguió mover los dos pies y llegar hasta él.

—¿¿No quieres que te desate??

—Sí quiero porque necesito abrazarte, pero antes déjame hablar, por favor.

—¿Y si vuelven los que te han hecho esto?

—No creo que tengan el valor de hacerlo. Los has espantado.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. ¿Puedes volver a sentarte encima de mí? Necesito un beso antes de poder decirte lo que necesito decirte.

Sara lo obedeció. No sabía bien la razón, pero lo obedeció. Bruno parecía estar a punto de echarse a llorar también.

—Dime...

—Sara, perdóname. He sido un capullo contigo.

—Un poquito sí, la verdad.

—He estado muy equivocado.

—Mucho.

—No te he puesto las cosas demasiado fáciles.

—Yo a ti tampoco —admitió ella—. Sé que te he hecho sufrir cada vez que me alejaba de ti.

—Tenías una razón.

—Razón que debería haberte contado.

—Sí, así es.

—¿Nos perdonamos? —propuso ella mientras se inclinaba para volver a besarlo con todo su amor.

—Tengo una sugerencia un poquito mejor que la tuya.

—Dime...

—Cariño, si sigues besándome así, no voy a poder hacerla.

—Perdona, es que tenía muchas ganas de volver a saborearte —le dijo ella mientras movía la cadera encima de su evidente erección.

—¡Joder, Sara! Me estás poniendo muy burro. No sé cómo lo haces. ¡No pares!

—Primero, tu sugerencia.

—Me he olvidado de ella.

—Ah, pues paro —amenazó ella, ya de pie.

—Anda, vuelve, por favor, ¡¡acabo de acordarme!!

—Tú dirás —lo animó ella, situada de nuevo encima de sus piernas.

—Te propongo que nos amemos. Que tú y yo nos queramos sin miedos, sin excusas, sin más complicaciones. Sólo tú y yo.

—Hecho —aceptó Sara muy feliz a la vez que le daba pequeños mordisquitos por el cuello.

—Ahora ya puedes desatarme, por favor.

Ella lo miró con picardía. No pensaba hacerlo.

—No...

—Sara...

—Calla, déjame a mí, que sé lo que estoy haciendo...

Bruno cerró los ojos y se dejó llevar. ¡¿Qué más le daba todo, si la mujer de su vida estaba entre sus... brazos piernas?!

—¡¡¡DIOS!!!

* * *

En otro lado del edificio de La Bookería, cuatro personas le daban sin consuelo al botón de emergencias.

—Hay que joderse, cómo es el karmita ese.

—La culpa es tuya, Chuso. Fue idea tuya que secuestráramos a Bruno.

—Sí, ya lo sé, asumo mi culpita, pero la idea de bajar en el ascensor al garajito fue de Maica.

La aludida levantó la mano muerta de la risa. Menos mal que no tenía, ni había tenido en toda su vida, claustrofobia porque, si no, ya estaría gritando y dando saltos.

—¡No te rías, Mai! Tengo fobia a los espacios cerrados.

—Perdona, no quiero hacerlo, pero es que la situación me parece muy divertida.

Chuso comenzó a reír también y Greta se unió a los dos segundos.

—¡Venga, Limón, ríete tú también!

—Lo haría si pudiera.

—¿Habéis probado si alguno de vosotros tiene cobertura?

—¡¡Mi móvil sí!! —anunció Greta.

—¡¡¡Pues llama a los bomberos!!! ¿QUÉ HACES, CHUSO?

—Ensayo el desmayo para cuando vengan..., claro.

Maica los observó. No era la situación ideal, desde luego que no, pero Bruno y Sara hacían el amor en el sofá verde de La Bookería, ella vivía una

vida plena al lado de su Limón y, además, estaba rodeada de amigos. ¿Qué más podía pedir?

Epílogo 1
La casa de Bernarda Alba
Federico García Lorca

—¿¿Tú crees que es necesario que vayamos a ver a tu madre??

—Sí, Mai, ha llegado el momento de que yo también afronte mis miedos tal y como los has afrontado tú. Estoy tan orgullosa de ti que quiero que todo el mundo sepa que nos amamos.

En los meses que llevaban saliendo de forma oficial, los cambios que se habían producido en Maica eran perceptibles y maravillosos, y eso que a Aurora siempre le había gustado hasta su cresta. Vestida con unos vaqueros y una camiseta de manga corta con un pequeño lacito en la espalda, estaba preciosa. Hacía ya un tiempo que la cresta había desaparecido y ahora se peinaba con la raya al medio, dejando que su pelo liso se acomodara como mejor le venía. Lo tenía justo por debajo de las orejas, lo que le daba un cierto toque parisino. Se la veía minimalista, sencilla, como a una intelectual, que es lo que era. A menudo, cuando estaban en su buhardilla, le encantaba observar cómo estudiaba y buscaba documentación para su tesis. Por fin la había comenzado tras las vacaciones de verano.

—¿Estás segura? Estas cosas deben hacerse cuando se está preparada. Al final las personas tan tóxicas son más cobardes de lo que parecen, pero para poder descubrir eso hay que confiar en una misma, Limón.

—Me siento segura.

Acababan de entrar en el pueblo de Aurora. Una preciosa alameda lo precedía, pero el encanto se acabó en cuanto le dijeron adiós al último árbol y se abrió ante ellas un pueblo que a todas luces era opresivo. Maica no habría

sabido explicar por qué, pero desde el momento en que habían llegado la invadió un inmenso deseo de largarse de allí.

—Este sitio da mucha grima.

—Lo sé. Lo percibo desde que era niña.

Aurora aparcó su coche delante de una puerta pintada de color gris. De la fachada colgaban dos faroles espantosos que querían imitar unas gárgolas.

—No tengas miedo, Maica, todo va a estar bien.

—Confío en ti, lo sabes, pero prométeme que no nos quedaremos mucho rato.

—Te lo prometo. Sólo estaremos el tiempo justo.

—¿Te espera tu madre?

—No la he llamado. Créeme, es mucho mejor pillarla desprevenida.

—¿Y estará en casa?

No, no estaría en casa, de eso estaba más que segura. Pasaban veinte minutos de las siete de la tarde del viernes y, desde que tenía uso de razón, ésa era la hora en la que su santa madre se rompía los nudillos dándose golpes de pecho en la iglesia.

—No, está en misa.

—Ah...

—Vamos, ven —le pidió mientras la cogía de la mano y la hacía caminar hacia una pequeña cuesta.

Mai decidió mantenerse en silencio. Sabía lo importante que era la concentración en momentos así, por lo que decidió seguirla hasta donde ella quisiera llevarla.

Las campanas de la iglesia repiquetearon justo en el momento en que ellas llegaron hasta su puerta abierta.

—Maica, ¿recuerdas cuando le contaste a Bruno que durante muchos años habías estado representando un papel?

—Sí, claro.

—Pues ahora, hoy —manifestó tras inspirar aire con energía—, termina el

mío. Gracias por acompañarme. Prepárate, que se levanta el telón.

La madre de Aurora tenía una apariencia bastante común. Alta, con el pelo corto y del mismo color que las otras cinco o seis señoras que salían con ella. Al parecer, la peluquera del pueblo era fiel a un solo color de tinte. Todas iban vestidas más o menos igual, con ropa recatada y una chaqueta fina cubriéndoles los hombros. Pegados a las orejas, esperaba que con un pegamento extrafuerte, todas lucían unos pendientes de perlas tan enormes que bien podrían haber hecho un agujero al caer al suelo. En los pies, los mismos zapatos, todos relucientes, por supuesto, que para eso habrían estado dándole al trapo. Todas, más o menos, parecían venerables y respetables señoras, todas, menos una. Maica no había visto ni una foto, pero estaba segura de que no se había equivocado al decidir que la mujer del lunar en la barbilla era la madre de Aurora. Lo supo por el rictus de hija puta que tenía.

—Madre —oyó decir a Auro sin sentimiento alguno en la voz.

—¡Ay, mi Aurora! ¿Has venido a ver a tu madre? ¿Habéis visto qué elegante va? Es que gana muchísimo dinero. Es abogada y trabaja en un gran bufete.

Las amigas de su madre asintieron. Se veía de lejos que estaban hasta el gorro de ella, pero ya se sabía cómo eran las cosas en los pueblos. Ninguna había tenido el valor de mandarla a hacer puñetas. La señora en cuestión era demasiado problemática y era mejor tenerla de cara que en contra.

—Sí, madre, he venido a verte.

—¿Y quién es esta chica tan mona? —preguntó con retintín—. Debe de ser su becaria, ay, no, que los abogados no tenéis becarios, tenéis pasantes. ¿Verdad, hija?

—Madre, se llama Maica y no es mi becaria.

—¿Secretaria, entonces?

A esas alturas, las amigas de su santa madre ya cotilleaban sin esconderse, y el murmullo general se elevó cuando Aurora, la hija de la mujer más fanfarrona del pueblo, cogió de la mano a la chica con la que había llegado.

—No, madre. Maica es mi novia.

Y, dicho esto, la besó en medio de la plaza de la iglesia de su pueblo.

Nadie podía asegurarlo, excepto Maica, que con su hipersensibilidad auditiva lo oyó a la perfección, pero cuando se propagó el rumor de que a la hija de Alberta le gustaban las mujeres todos en el pueblo añadían que la señora Jacinta, la mujer más mayor del pueblo, había susurrado «jaque mate» en voz baja mientras aplaudía como todas las demás ante el bochorno de la madre de Aurora.

Epílogo 2
Gracias por el fuego
Mario Benedetti

—¿Cuándo vas a atreverte a contármelo?

Acababan de hacer el amor y, como solía pasarle de manera habitual, a Bruno todavía no le llegaba la sangre a la cabeza.

—No sé cómo puedes recuperarte tan pronto, cariño. Estoy aún que no puedo ni respirar. Me dejas hecho polvo.

—Será porque estoy en mejor forma que tú.

—Sí, claro. —Bruno rio, aún hiperventilando—. A lo mejor es que me vuelves tarumba perdido y me haces perder el control.

Sara enredó su pie con el del hombre que la mantenía abrazada, bien pegada a él. ¿Cómo podía haber pensado alguna vez que iba ser capaz de mantenerse alejada de él si se había enamorado desde la primera vez que lo vio aquel día al entrar en La Bookería?

—¿En qué piensas, preciosa?

—En ti, en nosotros, y en eso que guardas aún para ti y que no me cuentas por mucho que te pregunto.

Bruno sabía que se refería a la historia absurda del tesoro, pero el momento era demasiado bonito como para estropearlo con algo así, y más teniendo en cuenta que ya había pasado mucho tiempo de aquello; pero sí, alguna vez se lo contaría...

—¿Sabes lo mucho que te quiero?

—No tengo ni idea —ronroneó Sara divertida.

—Ah, ¿no te han bastado las veces que te lo he dicho mientras me

introducía una y otra vez en ti?

—No seas fantasmilla, amor. Esta vez he sido yo la que ha marcado el ritmo.

Bruno volvió a excitarse al pensar en la forma en que ella lo había cabalgado tan sólo unos minutos antes.

—Vaya, veo que hay alguien que se ha animado de nuevo... —le susurró Sara justo antes de volver a sentarse a horcajadas sobre él.

—Preciosa, no sé cómo lo haces. Te juro que hay veces que me siento como un mandril. Me paso el día excitado... ¿Qué haces? —le dijo cuando vio que ella agarraba su pene, bien erecto.

—Vuelvo a follarte.

—Pero yo no sé si voy a poder otra vez...

—¿Cómo que no? —soltó Sara con picardía.

Dios, adoraba la forma en la que ella se inclinaba sobre él, desnuda, para besarlo. Ese instante en que sus pechos le rozaban la piel era tan excitante, tan intenso, que algunas veces le costaba contenerse para no darle la vuelta y hacerle el amor como un loco.

—¿Te gusta así? —preguntó mientras subía y bajaba despacio sobre él—, ¿o lo prefieres así?

Sara acababa de cogerse los pechos con las manos y había incrementado el ritmo. Los bufidos de Bruno le daban una ligera idea sobre la forma que él prefería.

—Conque no ibas a poder, ¿eh?

Notaba la dureza del pene de Bruno en cada uno de los centímetros de su vagina. Era maravilloso tenerlo ahí, tanto que la primera vez que habían hecho el amor se había dejado llevar y no había podido ejecutar su maravilloso plan. Esperaba ser capaz esta vez.

—Es que eres maravillosa. Haces milagros conmigo... Joder, Sara, creo que no voy a poder aguantar mucho más.

—Espera un poquito, que yo aún no estoy.

Bruno de veras hacía todo lo posible, pero ver subir y bajar los pechos de Sara mientras la penetraba era superior a sus fuerzas. Además, llevaba al borde del orgasmo desde el minuto cero.

—Avísame cuando estés a punto, por favor, y así me dejas llevar contigo.

El sexo era maravilloso con ella. Algo con lo que antes de Sara ni se había atrevido a soñar. La perfección más absoluta.

—¿Te falta mucho?

Adoraba la complicidad que había entre ellos, esa forma genial en la que se compenetraban no sólo en la cama, sino también en la vida.

—Un poquito, aguanta un poquito más...

—No puedo, Sara, no puedo..., estoy más que a punto.

—Perfecto —exclamó ella con una enorme sonrisa.

—¿Qué haces?

—Paro.

—¿Y por qué paras? Estoy al borde del infarto.

—Para darte tiempo, claro.

—¡Ey, no te bajes de ahí! ¿Tiempo para qué?

—Para que reflexiones.

—¿Sobre...?

—Sobre lo que tienes que contarme, por supuesto.

Bruno bufó como un búfalo en celo.

—Pero, Sara, ¡que te estás vistiendo!

—Y, cuanto más tardes, más ropa me voy a poner encima.

—¡¡Sara!!

—¡¡Bruno!!

Estaba fastidiado, excitado y hasta un poco dolido. Él nunca la habría dejado a medias.

—No sé qué quieres que te cuente.

—Ah, si no hay nada que contar, tranquilo, yo me pongo el sujetador y los pantalones y listo.

—Eres muy cruel.

—Lo sé. Venga, adelante, soy toda oídos.

Estaba hecho un idiota, pero es que o Sara volvía a la cama, a montarse encima de su pene, o le daba algo.

—¡Está bien! Voy a contártelo.

—Te escucho, ánimo.

—Me inventé la historia del tesoro.

—¿¿¿Cómo???

—Te quiero; no te enfades, por favor.

—¿¿Eso era lo que debías contarme y no podías de ninguna forma??

—Sí.

Bruno estaba flipado. Sara aún no se había enfadado.

—¿Vuelves ya a la cama conmigo? —le preguntó mientras apuntaba a su pene con un dedo.

—No, aún no.

—¿Y puedo saber por qué?

—Porque tu confesión me ha parecido una idiotez.

—Ah, pues perdona por no tener un secreto escalofriante. ¿Vienes ya?

—No, se me han pasado las ganas y me he quedado frustrada.

—FRUSTRADO me he quedado yo. ¿No ves cómo me tienes?

—Eres muy bobito, Bruno.

—Vaya, muchas gracias. Además de insatisfecho, bobo.

Sara comenzó a desabrocharse de nuevo la camisa que se había puesto.

—¿Estás tú insatisfecho, amor?

—Un poco, la verdad —dijo con toda la pretensión de hacerse el ofendido.

—¿Puedo hacer algo para solucionarlo?

—Ahora mismo, ya no lo sé. Estoy bastante frío.

—Sí, ya —murmuró ella mientras cogía el pene de Bruno con la mano—.

Esto sí que es un tesoro, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Sí, lo es, y no la birria esa que te inventaste.

—Bueno, sería muy birria, pero te lo creíste.

Sara comenzó a reír a carcajadas.

—¿De qué te ríes? ¡Ey! No sueltes a mi amiga.

—Bruno, te pillé desde el primer instante.

—¿¿Perdona?? Repite eso.

—Supe desde el primer momento que el tesoro no existía.

—No me lo creo.

—Puedo demostrártelo.

—¿¿Cómo??

—En la conversación telefónica en la que me hablaste por primera vez del tesoro metiste la pata en una cosa fundamental.

—¿En cuál?

—Leíste en voz alta un párrafo en el que nombrabas a un tal Powerbeats, así que, en cuanto colgué, lo busqué en internet.

—Me estoy quedando helado.

—Ya lo veo, ya —murmuró ella entre risas mientras le acariciaba el pene como quien no quiere la cosa.

—¿Y por qué seguiste con el juego?

—¿Tengo que responderte a eso?

—Te lo agradecería mucho.

—Para estar contigo y poder cuidar de ti.

Bruno la besó. Necesitaba volver a sentir sus labios, saborear esa boca mágica que tanto le gustaba.

—¿Me perdonas?

—¿Por...?

—Por haberte engañado con esa idiotez del tesoro.

—Cariño, igual no me crees, pero con todo eso aún me enamoré más de ti. Eres tan transparente que se te veía a la legua lo mal que lo estabas pasando

con la mentira, y además, si no te hubieras inventado ese tesoro, no habríamos vivido aquella noche en la tienda de campaña.

—Te gustó, ¿eh, Sarita?

—Mucho.

—A mí también.

—Pues cuando quieras repetimos, Bruno.

—¿Con o sin oso?

—Contigo, mi vida, siempre contigo.

—Hecho.

Referencias a las canciones

Macarena, Serdisco, interpretada por Los del Río.

Nota de la autora

Hoy, en el colegio, una de mis pequeñas alumnas me ha dado una gran lección. Estábamos en clase y había muchísimo ruido. Fuera, además, funcionarios del ayuntamiento quitaban unas vallas, con lo que el estruendo era considerable. Observar a mi alumna, a sus cuatro años, gestionando el ruido que literalmente taladraba sus oídos ha sido tan enorme que, creedme, me he pasado media tarde llorando ante semejante ejemplo de dignidad y lucha. Sentadita, quieta, calmándose a sí misma, respirando concentrada, ha aguantado el ruido y, cuando éste ha cesado, me ha mirado y me ha dicho: «¡Soy una supercampeona!».

Pues sí, cariño, lo eres. Tú y todas las personas que día a día lucháis por tener un lugar en un mundo que percibís con «otros sentidos». Gracias por ser superhéroes. Gracias por todo lo que me dais.

Maika es sólo una mujer más con rasgos del síndrome de Asperger. Con ella he querido dar voz a esas niñas, adolescentes, mujeres valientes que luchan día a día por adaptarse a un mundo que pocas veces se adapta a ellas.

El diagnóstico de Asperger, síndrome que forma parte del espectro autista, es mucho más difícil en las mujeres, y a lo largo de muchos años un gran número de ellas han sido las grandes olvidadas e incomprensidas. Ojalá el ejemplo novelado y llevado a la comedia de Maika sirva para concienciar sobre el autismo.

Gracias al CEIP MANEL GARCÍA GRAU de Castellón por ser ejemplo de amor y trabajo en equipo y por haberme «aguantado» mientras escribía esta novela. Me siento muy honrada de trabajar a vuestro lado a diario. Gracias.

Biografía



Bruja piruja de nacimiento, siempre supe que lo mejor que podía hacer era escribir. Al principio sólo eran hechizos, poemas entrelazados y algún que otro sueño. Con el tiempo, mis pequeños encantamientos fueron convirtiéndose en novelas histórico-románticas, aunque de vez en cuando, para trabajar la gamberra que habita en mí, me gusta escribir comedias locas como la que

tienes entre las manos.

Mis pócimas anteriores son: *Dónde está la luna*, *Lluvia sobre el corazón*, *Mi secreto*, *Cotton Bride*, *Gaëlle*, *Mauro*, *yo soy tu madre* y *Las campanas no son sólo para las iglesias*.

Puedes seguir mis andanzas en:

<yolandaquiralte.blogspot.com>,

<facebook.com/yolanda.quiralte>,

<twitter.com/yolandaquiralte>.

El chocolate no hace preguntas
Yolanda Quiralte

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Vitaly Korovin y Por Natapob, Shutterstock / Tipografía:
© Hekla - Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Yolanda Quiralte, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2019

ISBN: 978-84-08-21452-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



YOLANDA QUIRALTE

**EL
CHOCOLATE
NO HACE
PREGUNTAS**

